

Amanecer de hielo

Laura Falcó



Lectulandia

Sandra conoce a Eduardo en Facebook, que casualmente es hijo de un compañero suyo de trabajo que vive en Noruega. Cuando decide viajar hasta allí para conocerlo, no podía imaginar que aquella aventura se iba a transformar en la peor de sus pesadillas.

Dos días después de aterrizar en Alesund, encuentran a Eduardo muerto en la cama. Claramente, ha sido asesinado: está atado de pies y manos y con los genitales cercenados dentro de la boca. Por su parte, Sandra ha desaparecido.

Para Erika Vinter y Lars Ovesen, policías encargados de la investigación, hay dos hechos incuestionables: uno, que quien quiera que haya matado a Eduardo ha emulado las técnicas de la mafia colombiana; dos, que la desaparición de Sandra no parece tener relación alguna con el asesinato...

Lectulandia

Laura Falcó Lara

Amanecer de hielo

ePub r1.0

Karras 07.01.2019

Título original: *Amanecer de hielo*
Laura Falcó Lara, 2017

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

- Capítulo 1. Coincidencias
 - Capítulo 2. Noticias
 - Capítulo 3. El viaje a Alesund
 - Capítulo 4. ¿Dónde está Eduardo?
 - Capítulo 5. Los fiordos
 - Capítulo 6. La Interpol
 - Capítulo 7. Eduardo
 - Capítulo 8. Secuestro
 - Capítulo 9. El coche
 - Capítulo 10. Confesiones
 - Capítulo 11. Recuerdos
 - Capítulo 12. Encontrar a Sandra
 - Capítulo 13. La libreta de Sandra
 - Capítulo 14. Cristina
 - Capítulo 15. Reencuentro
 - Capítulo 16. ADN
 - Capítulo 17. ¿Quién es el asesino?
 - Capítulo 18. El registro
 - Capítulo 19. Readmisión
 - Capítulo 20. Nada es lo que parece
 - Capítulo 21. Causalidad
 - Capítulo 22. Todo puede empeorar
 - Capítulo 23. Nuevos datos
 - Capítulo 24. Tras la pista de Sandra
 - Capítulo 25. Todos ocultan algo
 - Capítulo 26. Atando cabos
 - Capítulo 27. Razones para matar
- Sobre la autora

«Nadie se cruza en tu vida por casualidad y tú no entras en la vida de nadie sin razón alguna. La casualidad no existe, tan sólo existe la causalidad».

CAPÍTULO 1

COINCIDENCIAS

Como cada martes, Agnes llegó a casa de Eduardo sobre las ocho de la mañana. Prefería madrugar y entrar temprano para poder salir antes de las tres del mediodía. Aquel sol, similar al del ocaso, seguía brillando en el horizonte y desdibujando los adoquines de la calle, y lo haría al menos hasta que acabara el maldito solsticio de verano. A pesar de que llevaba ya viviendo allí más de ocho años, no acababa de acostumbrarse al hecho de que no hubiera noche. Eso, y los fríos inviernos con meses y meses sin apenas luz, hacían que todavía echase de menos la Bretaña francesa. Era cierto que aquellos paisajes idílicos, aquellos fiordos, constituían un verdadero lujo para los sentidos, pero el precio que uno debía pagar a cambio era, al menos para ella, demasiado alto.

La verdad es que Alesund era un lugar tranquilo donde vivir. A aquella hora de la mañana, las calles estaban prácticamente desiertas, y una sutil y gélida brisa acariciaba sus grises cabellos de forma constante, mientras ella, todavía algo somnolienta, rebuscaba en su bolso las malditas llaves. Daba igual dónde guardase las cosas; aunque las pusiese en uno de los bolsillos internos, cuando las buscaba nunca aparecían.

Abrió el portal y alzó la vista con resignación hacia el primer tramo de escaleras. El hecho de tener que subir a un cuarto piso sin ascensor se le hacía bastante arduo; sus castigadas rodillas acusaban ya los años, aunque parecía bastante más joven de lo que era en realidad. La edad es una de esas pocas cosas que no perdonan. Por suerte, el señor Eduardo era un hombre bastante pulcro y organizado. No le daba demasiado trabajo, y siempre dejaba la casa recogida. De haberse tratado de una familia con niños, jamás hubiese aceptado aquel compromiso; ya no tenía edad para semejantes tutes. De hecho, cuando llegaba a casa por la noche, su espalda se resentía de estar todo el día encorvada y limpiando.

Aunque no era enorme, aquel apartamento era bastante grande, más aún teniendo en cuenta que allí sólo vivía una persona. Se notaba que era la casa de un hombre. Colores sobrios, decoración minimalista, aquella curiosa barra de bar en la esquina del salón... Al entrar, Agnes miró sorprendida hacia los grandes ventanales de la estancia principal; las viejas y desgastadas persianas de madera seguían bajadas. Aquel era un piso muy luminoso, y se hacía extraño verlo tan a oscuras. En los dos años que llevaba trabajando para Eduardo Torres, jamás se había olvidado de subirlas

por la mañana antes de irse a trabajar. Miró hacia la puerta del dormitorio, y vio que estaba cerrada. Aquello era más extraño aún, de modo que se acercó hasta la puerta procurando no hacer ruido y llamó suavemente con los nudillos. «Tal vez el señor Eduardo se ha dormido, o quizás esté enfermo y en la cama», pensó mientras lo llamaba sin apenas levantar la voz. Nadie contestó al otro lado, pero Agnes detectó un desagradable olor que emanaba del interior de la habitación, y que la obligó a llevarse la mano a la nariz. Dio un paso atrás, extrañada, y se quedó unos segundos paralizada ante la puerta.

—¡Qué demonios! —exclamó sin comprender todavía qué podía desprender aquel desagradable olor.

Se acercó de nuevo y volvió a llamar, esta vez con más insistencia. Nada. Ninguna respuesta. Sorprendida, y viendo que nadie contestaba, decidió que lo único que podía hacer era entrar y comprobar qué pasaba. Empezó a abrir la puerta lentamente.

—¿Señor Torres? ¿Está usted ahí? Soy Agnes... —musitó la mujer por última vez antes de entrar.

Cuando abrió la puerta del todo y entró en la estancia, aquel horrible olor se hizo todavía más intenso, obligándola a arrugar la nariz y a entrecerrar los ojos. Un grito agudo, quebrado y que pudo oírse en todo el inmueble salió entonces de su garganta, al tiempo que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Petrificada, sintió que su respiración se paralizaba. Por un instante, Agnes pensó que iba a desfallecer: la escena que tenía delante era indescriptible, dantesca, aterradora. Apoyada en la pared del fondo, temblando junto a la puerta, con los ojos abiertos de par en par, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar o desmayarse. Sentía que sus piernas flaqueaban y que su estómago, absolutamente vuelto del revés, se retorció en su interior. Se frotó los ojos con fuerza; apenas podía creer que lo que tenía delante pudiera ser cierto.

Frente a ella, tumbado en aquella enorme cama de madera, desnudo, engullido por un espeso y repugnante mar de sangre, estaba lo que quedaba del señor Eduardo. Aquel rúbeo océano teñía y empapaba el niveo lienzo de las sábanas. Sus brazos blanquecinos se alzaban indefensos hasta el cabezal de la cama, como las ramas de un árbol endeble, grotesco e imperturbable. Sus muñecas, asidas a la madera por unas viejas y oxidadas esposas, se veían descarnadas por los múltiples e infructuosos esfuerzos que aparentemente había realizado al tratar de desatarse, y los tobillos, también inmovilizados con fuerza por gruesas cuerdas a los pies de la cama, dejaban entrever los huesos bajo los restos putrefactos de su piel roída por aquellas inhumanas ataduras. Su cuerpo, completamente desnudo, parecía rebozarse en un rojizo y untuoso manantial que procedía de algún punto situado entre sus piernas y su cintura, y su rostro desencajado, con los ojos cristalizados en una expresión de horror tras la agonía sufrida, miraba de forma estéril y yerma en dirección a ella. En su boca, entre sus carnosos labios, un trozo de una masa de carne indefinida surgía hacia el exterior.

Una masa ensangrentada que sin duda había sido introducida con ahínco y decisión hasta su garganta para taponar su boca por completo y producir la asfixia...

Agnes, profundamente conmovida, cerró los ojos por unos instantes, tratando de recuperar las fuerzas. Aquello no podía estar pasando, pensó espantada. Luego volvió a mirar la escena y, tras tomar aire, se aproximó como en trance a la cama. Poco a poco, lentamente y cubriéndose la nariz con la mano, se acercó a lo que quedaba de Eduardo Torres. Era como si algo la empujase a comprobar que aquello era real.

—*Mon Dieux!* —exclamó espantada la pobre mujer al descubrir el origen de toda aquella sangre.

Alguien había cercenado de cuajo el pene y los testículos de Eduardo para ponerlos de forma obscena y casi ritual en su boca. Mareada, a punto de desplomarse por la impresión, Agnes retrocedió lentamente sobre sus pasos hasta apoyarse de nuevo en la pared. Iba a necesitar algo más que unos simples segundos para recuperarse y no caer desmayada sobre el suelo de la habitación. Aquella imagen era mucho más de lo que podía soportar.

* * *

Las coincidencias son a veces sorprendentes, casi imposibles, y hacen que uno se pregunte si no existe una mano invisible que pone las cosas en nuestro camino por alguna extraña razón. Una mano que parece guiarnos de forma sutil, pero firme, en algunos momentos de nuestra vida. Esas «sincronicidades», o serendipias, pasan en muchas ocasiones inadvertidas, pero cuando hacen acto de presencia en nuestra vida siempre es por algún motivo. La mayoría de nosotros no somos ni tan siquiera conscientes de ello, y las dejamos pasar como si nada. En nuestra mano está el estar atentos, el saber detectarlas y, lo más importante, el ser capaces de averiguar la razón oculta que hay detrás de esos inquietantes sucesos. Porque, indiscutiblemente, las casualidades ocurren siempre por algo; nada ocurre sin una buena razón.

Sandra jamás habría imaginado que conocería a Eduardo del modo en que lo hizo; para ambos, aquel extraño cúmulo de casualidades era ciertamente sorprendente y excitante. Había trabajado mano a mano con el padre de Eduardo casi desde los veinte años, y sin embargo nunca supo nada de él. Era cierto que Miguel era un hombre muy reservado con su vida y que apenas contaba nada de su familia, pero no dejaba de ser extraño que jamás le hubiese hablado de ninguno de sus hijos.

Tampoco hubiese imaginado que un simple «me gusta» en el muro de Facebook de Cristina, su mejor amiga, pudiese desatar aquel sinfín de hechos. Un simple comentario, y la caja de Pandora parecía haber cobrado vida, abriendo una realidad hasta aquel momento inexistente. A aquel comentario le siguieron un montón de respuestas, entre ellas la de Eduardo, y Sandra no dudó en rebatir sus argumentos, lo

que dio comienzo a un verdadero debate en el muro de su amiga. Tras enzarzarse en una discusión cuasi filosófica, Eduardo decidió echar un vistazo al perfil de Sandra.

—Veo que trabajas en el Periódico de las Naciones —comentó, enviándole un privado.

—Sí, ¿cuál es el problema? —respondió ella tras aceptarle como amigo, todavía caliente por la apasionada discusión que habían mantenido—. ¿Acaso eso también te parece mal? Igual también quieres opinar sobre mi trabajo.

—Pues no tengo ningún problema en absoluto. Sólo que igual conoces a mi padre...

—¿Tu padre? ¿Y quién es tu padre?

—Miguel Torres...

—¿Miguel? ¿En serio? ¡No jodas! Jajajajajj —respondió Sandra, que no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—¿Le conoces?

—¿Que si le conozco? Trabajo con tu padre desde los veinte años.

—¡Ostras! Menuda casualidad... —exclamó Eduardo, absolutamente sorprendido.

—Pero... ¿cómo es posible que nunca te hayas pasado por la oficina?

—Porque hace muchos años que me fui a vivir a Noruega por trabajo. De hecho, sólo voy a casa un par de veces al año a ver a la familia, ya sabes... Y claro, cuando voy él está de vacaciones, como puedes imaginar.

Aquella extraña coincidencia desembocó en horas y horas de apasionante charla sobre el trabajo de ambos y sus respectivas situaciones personales. No fue hasta casi tres horas más tarde que, tras despedirse de él, Sandra llamó sin dudarle a su amiga Cristina para comentar todo lo ocurrido. Tenía una extraña e intrigante sensación; era como si, de algún modo, aquella persona hubiese estado destinada a entrar en su vida.

—Pero ¿tú no sabías que era el hijo de tu compañero? —preguntó Cristina, sorprendida.

—¡Qué va! La verdad es que Miguel no habla nunca de su vida.

—Pues qué hombre tan extraño, ¿no? La gente suele hablar de la familia, y más después de tanto tiempo. En cualquier caso, os habréis quedado alucinados.

—Ya te digo. Mañana mismo se lo voy a contar a Miguel. No se lo va a creer.

—Yo es que hace años que conozco a Eduardo, pero no tenía ni idea de que su padre también trabajara en el Periódico de las Naciones; si no, te lo hubiese dicho. Nos conocemos desde niños; coincidíamos cada verano en el *camping* de Málaga —apuntó Cristina.

—¿Y cómo es posible que nunca me hablaras de él?

—Bueno, la verdad es que hace mucho que no hablamos. Ya sabes, con la edad la gente cambia.

Casualidades o causalidades, las mismas que, tres años después de ese sorprendente comienzo y tras otro comentario en Facebook —esta vez gracias a un

post algo desafortunado sobre Noruega en el muro de Sandra—, llevaron a Eduardo a proponerle que lo visitase y conociese el país para poder hablar con propiedad.

—Deberías venir a pasar unos días, y así juzgas con tus propios ojos y no hablas de oídas. Además vivo solo, y en mi apartamento hay dos habitaciones... —le propuso Eduardo.

—No me lo digas dos veces, que con lo que a mí me gusta viajar... Y, además, nunca he estado en Noruega —respondió Sandra, tentada por aquella loca idea.

—Pues no lo dudes. Vente con tu marido unos días, y yo os enseño un poco todo esto.

—Bueno, de venir lo haría sola. Es que acabo de separarme...

—¿En serio? Como en Face pones casada... —comentó Eduardo un tanto extrañado.

—Sí, totalmente en serio, ¡puedo asegurártelo! Es que todavía no he sido capaz de empezar a cambiar las cosas... Me da apuro que la gente empiece a preguntarme.

—Pues con más motivo tienes que venirte. Lo pasaremos de fábula, ya verás —añadió Eduardo, entusiasmado con la idea de tener compañía.

—¿Sabes qué? ¡Por qué no!

* * *

Y así fue como dos personas que tan sólo se habían visto en una ocasión —cuando, al año de descubrirse, Eduardo decidió acercarse en uno de sus viajes a la oficina de su padre y conocerla en persona—, dos personas que llevaban casi tres años sin apenas intercambiar cuatro palabras seguidas por las redes, decidieron pasar unos días juntos en Noruega. Una decisión impulsiva, alocada y atrevida, una decisión absolutamente imprevisible, pero que en principio parecía acertada. Ambos eran aún jóvenes y con ganas de disfrutar de la vida, y lo más importante, ninguno de ellos tenía compromiso alguno.

Durante las siguientes tres semanas, Eduardo y Sandra se hicieron prácticamente inseparables. Estaba claro que se sentían atraídos el uno por el otro, y, una vez superadas las rencillas de aquella primera discusión, la química saltó de forma casi inmediata entre ellos. Su día a día se convirtió en un continuo ir y venir de *wasaps*, llamadas, chats interminables, videoconferencias... Miles de conversaciones, ideas y planes para cuando ella estuviese allí con él. Cuando pasaban más de dos horas sin saber del otro, ya se echaban en falta. Sin darse cuenta, a medida que iban pasando los días, una extraña y maravillosa atracción fue fraguándose entre ellos. Una química que, a diez días de que Sandra cogiese el avión rumbo a Noruega, se había convertido en la firme promesa de algo más que una mera amistad. Una fascinación, una seducción mutua, que probablemente podría haberse dado en cualquier otro momento, pero que el destino quiso que fuese justo entonces, tres años después de

haberse conocido y justo cuando Sandra estaba sin compromiso alguno y él también. Una química que les hacía soñar con unos días idílicos en los fiordos, con el principio de una relación casi mágica, una relación que parecía haber sido planeada por el destino y con la que los dos fantaseaban. Ambos contaban ansiosos las horas que faltaban para verse y para averiguar si aquellas expectativas que se habían generado eran en realidad el inicio de algo sólido o sólo una bonita pero irreal quimera.

Las cosas, sin embargo, no siempre acaban como uno espera. Las cosas a veces pueden cambiar y estropearse en cuestión de minutos, de segundos, y mostrarte su cara más imprevista, más oscura, más amarga. Las cosas, aquellas cosas que empezaron bien, que parecían hermosas, casi mágicas y perfectas, pueden de pronto mutar y convertirse en algo impredecible, en algo muy negativo, en algo casi macabro, en una de tus peores pesadillas. Y eso era lo que el caprichoso, absurdo e imprevisible destino parecía tener preparado para ambos.

* * *

Cuando la policía llegó a casa de Eduardo, Agnes estaba sentada en el sofá, llorosa, pálida y con una infusión de manzanilla entre las manos. Blanca como la cera, hacía verdaderos esfuerzos por permanecer serena y no venirse abajo. Su voz temblorosa apenas tenía fuerza para describir, en su todavía deficiente noruego, lo que acababa de presenciar en aquel apartamento. Aquella escena tardaría años en borrarse de su mente, si es que llegaba a hacerlo algún día.

El inspector Lars Ovesen, que sentía curiosidad por lo sucedido, se adelantó y entró solo en la habitación, mientras su superior, Erika Vinter, seguía tomando declaración a Agnes Dufrais. De pronto, un extraño ruido salió del dormitorio, y Erika, alarmada, se incorporó y corrió hacia la habitación, pistola en mano. Ya desde la puerta vio a su compañero allí parado, encorvado sobre sí mismo y casi congelado ante la escena. A dos metros de la cama, Lars, cuyas piernas apenas podían sostenerlo, acababa de echar todo el desayuno. Erika no pudo evitar sonreír. Después de oír la declaración de Agnes, sabía perfectamente lo que iba a encontrarse en aquella habitación.

—¿Por qué será que os afecta tanto todo lo referente a vuestras partes íntimas? —preguntó con ironía.

—Creo que prefiero contestar a eso más tarde... —dijo Lars entre arcadas, mientras salía de la habitación a toda prisa.

Erika asintió sin perder la sonrisa. La cara de Lars era un verdadero poema.

—¡Pídele a la señora Dufrais que te prepare una manzanilla! —respondió divertida, antes de adentrarse en el dormitorio.

Con la mano sobre la nariz, tratando de evitar en parte aquel insufrible hedor, Erika observó atentamente la escena. Era evidente que la víctima era un hombre

bastante joven y atractivo; debía de estar sobre los treinta y largos, y no parecía nórdico, sino más bien del sur de Europa. El espectáculo era realmente repulsivo y, aunque la inspectora Vinter estaba acostumbrada a situaciones parecidas, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no apartar la vista. Estaba claro que aquello no era obra de un aficionado. Se acercó un poco más a la cama, y empezó a analizar aquella barbarie con curiosidad casi malsana. No parecía haber otro traumatismo en el sujeto que la disección de sus partes, y, a juzgar por la cantidad de sangre y la expresión de su rostro, aquello había sido realizado cuando aún estaba vivo y consciente. El corte era limpio y preciso, y la forma en que el hombre había sido atado, perfectamente calculada para impedir sus movimientos. Se le hacía difícil imaginar el sufrimiento por el que había pasado aquel pobre desgraciado. Cabía suponer que la muerte se había producido por la masiva pérdida de sangre, aunque ella estaba convencida de que era mucho más probable que hubiera muerto por asfixia; aparte de ocluir la garganta de la víctima, el asesino había taponado también concienzudamente con algodones las fosas nasales del sujeto. Fuese quien fuese el responsable de aquella carnicería, era innegable que se había tomado su tiempo para disfrutar de su obra. Había una cierta dosis de ensañamiento y de sadismo en aquel asesinato.

Erika sabía que su capacidad de observación se había convertido con los años en su mejor arma a la hora de analizar los hechos. En apariencia, aquel crimen tenía todos los ingredientes para ser clasificado de asesinato ritual, y posiblemente era fruto de algún tipo de ajuste de cuentas, aunque algunos detalles parecían demasiado elaborados para algo tan burdo. En primera instancia, habría que investigar qué organizaciones o sectas practicaban tales castigos o venganzas, pero no descartaba otras hipótesis. Lo que estaba claro era que, de entrada, a falta de la autopsia y de otros análisis, ésa era la hipótesis más plausible sobre la que empezar a trabajar. A juzgar por el olor nauseabundo y el avanzado estado de descomposición del cadáver, Eduardo Torres debía de llevar muerto como mínimo entre cuatro o cinco días. Probablemente desde el jueves o el viernes.

A pesar de que era una mujer bastante dura e impasible, la crudeza de aquella escena y el vomitivo hedor empezaron a hacer mella en Erika, de modo que decidió retroceder y alejarse del cuerpo. Era difícil que aquello no le afectase a uno. Había que ser de hielo para permanecer inmune ante tal atrocidad, y sabía que, cuando saliera del dormitorio, aquel penetrante olor se quedaría impregnado en sus mucosas. Ahora tenían que esperar a los de la Científica y al médico forense, que ya estarían de camino. Se acercó de nuevo al sofá, donde Agnes seguía llorando desconsolada, y, posando la mano sobre su hombro, le dijo:

—Si quiere puede irse a casa, pero esté localizable y no abandone la ciudad.

Era difícil imaginar a aquella pobre mujer huyendo de la justicia, pero la ley la obligaba a pronunciar aquella odiosa frase una y otra vez.

CAPÍTULO 2

NOTICIAS

El calor empezaba a ser insoportable en aquella época del año. La gente se guarecía bajo los toldos de las terrazas o vegetaba en las oficinas, agradeciendo infinitamente el aire acondicionado. En realidad, seguir trabajando cuando el sol atizaba de aquel modo era algo inhumano. Ni tan siquiera las gafas de sol servían de mucho. Miguel detestaba el calor. Él prefería las estaciones templadas, y creía firmemente que, cuando en los países mediterráneos empezaba el verano, los gobiernos deberían decretar el horario laboral nocturno. Así podrían entrar a trabajar justo cuando cayese el sol en el horizonte, y quien quisiera podría salir de la oficina sobre las nueve de la mañana y aprovechar para ir a la playa.

Ése, desde luego, no sería su caso.

Hacía media hora que todos habían regresado de comer en aquel bar-restaurant de la esquina. No es que fuese un sitio especialmente bueno, pero el menú era correcto y el precio muy ajustado. Aun así, a Miguel no le gustaba nada tener que comer cada día fuera de casa, y en esta ocasión, como le ocurría tantas otras veces, ya se estaba arrepintiendo de haber comido demasiado. Y sobre todo de haber bebido tanto vino. Durante aquellas comidas, ninguno quería recordar lo duro que era volver luego a la oficina y continuar trabajando como si nada. Sentía que su cabeza estaba ligeramente espesa y que le costaba concentrarse más de lo habitual. Su lengua parecía como de trapo, y era consciente de que, si se veía obligado a hablar, le costaría bastante pronunciar las palabras con claridad. No es que estuviese borracho, pero sí algo más achispado de lo debido. Miguel era de buen comer y de buen beber, y eso se podía ver en cómo disfrutaba de las comidas y en la dudosa forma física en la que se encontraba.

Se sentó frente a su ordenador, dispuesto a acabar de una vez con aquel maldito informe que le habían pedido los del Comité; era imprescindible que lo entregase como muy tarde a la mañana siguiente, y lo llevaba muy atrasado. Tenía la mala costumbre de dejar las cosas para el último momento, y luego siempre tenía que acabarlas de prisa y corriendo. Debían de ser cerca de las tres del mediodía y, tras la comilona, sentía que se le cerraban los párpados. Le resultaba muy difícil luchar contra las órdenes que el cuerpo dictaba a la mente, y ahora estaba claro que éste quería echarse una cabezadita a toda costa. Se incorporó y se fue al baño a lavarse la cara para ver si conseguía despejarse; era incapaz de trabajar con aquella modorra. Ya

de vuelta y algo más despierto, volvió a sentarse frente a la pantalla para proseguir con el dichoso documento. El sol, que en el mes de junio entraba a degüello por las enormes cristalerías del despacho, amenazaba desde hacía rato con achicharrarle el pescuezo, y, pese a que había bajado la cortina de la ventana trasera, la sensación de calor parecía no desprenderse de su cuerpo. Al parecer, era imposible que la temperatura de aquella oficina contentase a todo el mundo; siempre había gente que decía congelarse y otros, como él, que se morían de calor por las tardes. Y justo en aquel momento, cuando por fin había conseguido concentrarse y redactar unas líneas con cierta coherencia, su teléfono empezó a sonar de forma insistente. Por seguridad, antes de coger el móvil que vibraba encima de su mesa decidió guardar el informe que estaba preparando en su ordenador. Aquello era lo que más lo exasperaba de los teléfonos móviles, que entorpecían y paraban todo lo que uno estuviese haciendo, fuese donde fuese, y te obligaban a contestar. Molesto con la interrupción, avanzó hasta casi la puerta del despacho para evitar que aquel inclemente sol siguiese abrasándole mientras atendía la llamada. Miró la pantalla y vio el prefijo de Noruega; sin duda, era su hijo.

—Hola, Eduardo. ¿Cómo va todo por ahí?

Al otro lado se hizo un pequeño silencio.

—Yo no... —musitó una voz femenina que parecía descolocada por la respuesta—. ¿Hablo con Miguel Torres? —dijo con claro acento nórdico desde el otro lado de la línea.

Miguel apartó ligeramente el teléfono de su oído y miró de reojo el número que aparecía en la pantalla. El prefijo era de Noruega, eso estaba claro, pero no reconocía la voz. No tenía ni idea de quién podía estar llamándole.

—Emm... Sí, sí, soy yo —respondió, extrañado—. ¿Con quién hablo?

—Buenos días, señor Torres. Soy la inspectora Erika Vinter, y pertenezco al cuerpo de policía de Noruega.

—Ya... ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Miguel algo descolocado.

—Verá, tengo malas noticias sobre su hijo. Lamento informar...

Apenas pudo oír las siguientes palabras que pronunció aquella mujer. El mundo, su mundo, se paró en seco en aquel preciso instante. Miguel se tambaleó, aturdido, y dejó caer su teléfono, que por suerte resistió el impacto con el suelo. Su cabeza empezó a dar vueltas como un ti vivo y tuvo que retroceder unos pasos para no caerse, hasta topar con la mesa de su despacho y desplazarla ligeramente. Apoyado sobre ella, tratando de mantenerse en pie, aún no podía creer lo que acababa de oír al otro lado de la línea... Aquello no podía ser cierto... Había hablado con su hijo hacía apenas una semana y todo iba bien... Tenía que haber un error. Sí, seguro que se habían equivocado de persona... Esas cosas ocurrían a veces... Ocurrían a menudo... Agarrándose a la mesa, cogió el teléfono del suelo, se acercó hasta la silla y se dejó caer sobre ella. Al otro lado de los cristales de su despacho, un par de compañeros lo miraban intrigados por su errática actitud. Era como si estuviera borracho. Las

palabras de la inspectora retumbaban en su cabeza una y otra vez como una maldición:

—Lamento informarle de que su hijo ha sido asesinado —había dicho la inspectora con voz entrecortada.

Dar ese tipo de noticias era algo a lo que incluso ella, con su característica frialdad y falta de tacto, no conseguía acostumbrarse. Se necesitaba una falta absoluta de empatía, una completa ausencia de emociones, para que algo así no te afectase. Erika dejó pasar unos segundos para que Miguel tuviese tiempo suficiente de asimilar lo que había oído y, tras una breve pausa, añadió:

—Siento mucho tener que darle esta noticia... —se quedó callada unos segundos, antes de proseguir—. Necesitaremos que venga a Alesund lo antes posible, tanto para proceder a la identificación del cuerpo, como para poder avanzar con la investigación. Tómese el tiempo que necesite para organizarse, y en cuanto sepa su número de vuelo le agradecería que me llamara para informarme de su llegada. Si quiere apuntar mi teléfono...

Miguel, que más que una persona ahora parecía un robot, anotó el número de la inspectora como si una parte autónoma y primitiva de su cerebro fuese capaz de hacer cosas básicas sin usar la razón, y luego colgó. Con la mirada perdida, ensimismado, respiró profundamente e intentó calmarse. No, aquello no podía estar ocurriendo, no era posible... Por primera vez en su vida, entendió a aquellas personas que se sentían incapaces de llorar ante la muerte de un ser querido. No era por falta de dolor, ni de angustia... Se debía simplemente a una absoluta incapacidad de asumir el hecho, de creer que lo que estaba ocurriendo era real. Como si negar la evidencia le permitiese mantener la esperanza, mantener vivo a su hijo de algún modo. Superado por las circunstancias, apoyó su cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos, tratando de revivir todos y cada uno de los momentos que había pasado con Eduardo, como si tuviese miedo de que su muerte se los llevase también lejos de él. Sentía que en su interior iba creciendo una extraña montaña de emociones. Sentía que poco a poco lucharían por salir, y sabía que, cuando lo hiciesen, el dolor iba a ser tan intenso, tan profundo, que sería incapaz de afrontarlo, de soportarlo. Hizo girar la silla hacia la ventana y miró a lo lejos, a un punto indefinido del horizonte, tratando de buscar respuestas. Su mundo amenazaba con desintegrarse para siempre. Era como si un terremoto, un inmenso tsunami, hubiese arrasado de pronto con su vida, con su realidad, y la hubiese puesto patas arriba en cuestión de segundos. Era como si de pronto se hubiera visto inmerso bajo un inmenso océano que le engullía por momentos, como si estuviese bajo el agua, sintiendo ese vacío, ese silencio tan profundo, y por último la falta absoluta de aire que va presionando tus pulmones y te hace convulsionar. Si en aquel instante alguien hubiese tratado de hablarle, probablemente ni siquiera lo hubiese oído; ni siquiera se hubiese dado cuenta de su presencia. Estaba sumido en sus pensamientos, tratando de restablecer una cierta

cordura a aquella sinrazón, cuando de repente recordó algo que lo puso en alerta. ¿No le había dicho Sandra que esa misma semana iba a estar con su hijo en Alesund?

Nervioso, se incorporó de un brinco del asiento, se asomó fuera del despacho y llamó a Ana Gutiérrez, compañera de redacción de Sandra.

—Ana..., ¿no se iba Sandra de viaje esta semana...? —preguntó de forma atropellada en cuanto ella entró en el despacho.

—Sí... Creo que se iba el domingo por la noche, pero como lleva casi diez días de vacaciones tampoco puedo precisarte... —contestó ella, sin terminar de entender el nerviosismo de Miguel—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Hay que localizarla ya! ¡Como sea!

—¿Es que ha pasado algo...?

—¿Tienes su teléfono?

—Sí, claro, pero... ¡¿Qué ocurre?! —preguntó alarmada.

—Llámalas, por favor; ahora mismo.

Un tanto desconcertada, Ana volvió a su mesa, cogió el móvil, buscó el número de Sandra y la llamó mientras volvía al despacho de Miguel.

«Este número se encuentra fuera de cobertura en estos momentos...».

—Está fuera de cobertura o apagado... —dijo Ana, que ya empezaba a temerse algo grave.

—Apúntame el número en un papel, por favor —pidió Miguel sin dar mayores explicaciones.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? Me estás asustando, Miguel...

—Ya te lo contaré en otro momento, ahora no hay tiempo —respondió él, sin ser consciente siquiera de la inquietud de su compañera.

Ana salió del despacho y enseguida comentó con algunas de sus colegas el extraño comportamiento de Miguel. Todas lo miraban intrigadas a través del cristal, tratando de averiguar qué ocurría. Miguel buscó entonces angustiado el papel donde había anotado el número de la inspectora. ¿Y si Sandra había corrido la misma suerte que su hijo? Con el corazón en un puño, marcó el número con el prefijo de Noruega. Contestó una voz firme y profunda:

—Fortelle...

—¿Podría hablar con la inspectora Vinter?

—Sí, soy yo. ¿Señor Torres? ¿Es usted?

—Sí, veré..., es que acabo de acordarme de que mi hijo había invitado esta semana a una compañera mía de trabajo, y me extraña no saber nada de ella.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, intrigada.

—Sí, se supone que llegó a Alesund el domingo por la noche. ¿Saben algo de ella? ¿Está ahí con ustedes?

—Curioso... En el apartamento no había ni rastro de una mujer. Y tampoco la mujer de la limpieza dijo nada al respecto. ¿Cómo dice que se llama su compañera?

—Sandra, Sandra Cuevas.

—Necesitaría que averiguara en qué vuelo venía y si alguien ha hablado con ella durante estos tres últimos días. Yo intentaré hacer algunas averiguaciones por aquí. ¿Sabe usted si iba a hospedarse en casa de su hijo o en un hotel?

—En su casa, seguro —confirmó Miguel, que sabía perfectamente cuánto le gustaba a su hijo tener invitados en casa.

—Muy bien. Gracias por avisarnos. Si pudiese hacerme llegar una fotografía de ella, sería de gran ayuda.

—Por supuesto, buscaré alguna reciente y se la hago llegar. La mantendré informada.

—¿Sabe si tiene algún familiar con quien pudiésemos hablar, llegado el caso?

—Sí, creo que sí.

—¿Cree que podría conseguirme algún teléfono? Si es de un familiar cercano, mucho mejor...

—Desde luego.

—Por cierto, ¿ya sabe usted cuándo podrá venir a Alesund? Tal vez no sea fácil encontrar un vuelo...

—Bueno, acaba usted de llamarme...

—Lo sé, y le pido disculpas, pero necesitamos su colaboración, y si espera demasiado tal vez no encuentre plaza para mañana. Ya sabe, tendrá que volar primero a Oslo y...

—Sí, sí, no se preocupe...

—Dígame algo en cuanto lo sepa. Ah, y recuerde que no hay demasiados vuelos a Alesund y si espera demasiado igual no encuentra plaza para mañana —dijo Erika; interesada en que volase cuanto antes—. Por cierto, gracias por la información.

Miguel cerró su móvil y se sentó de nuevo en su silla. Aquella butaca de cuero negro, que al recostarse se vencía ligeramente hacia atrás, hacía que su panza pareciese todavía más prominente de lo que era. Completamente superado por las circunstancias, se pasó la mano por la cara, retirándose hacia atrás el flequillo. Luego, como solía hacer cuando algo lo angustiaba, empezó a jugar con su canosa barba con ambas manos, mientras trataba de recomponerse e intentaba procesar lo ocurrido. Era evidente que todavía no había sido capaz de asumir la noticia de la muerte de su hijo, y que tampoco lo haría en breve, pero la búsqueda de Sandra le había dado una válvula de escape, algo en que entretener sus pensamientos, algo que le permitía, al menos por el momento, no pensar en lo sucedido y sentirse útil. Decidido a averiguar qué había pasado con su joven compañera de trabajo, salió del despacho y se acercó al departamento de administración de personal. Seguro que allí tendrían los datos de algún familiar de Sandra, alguien que pudiese facilitarle más información sobre su paradero. No se la podía haber tragado la tierra, pensó, y había que encontrarla lo antes posible. Sólo esperaba que no fuese ya demasiado tarde. Cuando consiguiese un número de teléfono, volvería a casa, sacaría el billete de avión para el día siguiente,

intentaría localizar a la familia de su compañera y le pasaría el teléfono de contacto a la inspectora. Esperaba que ella pudiese ayudarlo a encontrarla.

Como en muchas empresas, el de administración era un departamento gris y lleno de gente poco motivada con su trabajo que tan sólo cumplía un horario para cobrar a final de mes. Daba igual si se trataba de administración relacionada con el personal, con la facturación o con temas tributarios. Era como si el mero hecho de llevar delante la palabra «administración» equivaliera a que todos los que trabajaran allí fueran una especie de funcionarios. Cuando tenías que lidiar con alguno de aquellos departamentos, las horas perdían por completo su valor. Su trabajo no tenía relación alguna con el ritmo que llevaba el resto de la empresa. Y Encarna, la responsable de administración de personal, no era precisamente una excepción. Miguel se armó de paciencia y se acercó a ella con la mejor de sus caras y su más seductora sonrisa.

—Hola, Encarna, ¿qué tal va todo?

—Bien... —respondió ella, arqueando las cejas con mirada desconfiada—. ¿Qué te trae por aquí? —añadió, sabiendo que aquella visita no era fruto de la cortesía.

—Verás, es que tenemos que localizar urgentemente a Sandra, y su teléfono parece apagado. Es un tema muy grave.

Encarna no era una mujer demasiado sociable. Siempre era muy seca, y nunca hacía nada por los demás si no se veía obligada a ello. Además, en este caso, por supuesto, no estaba autorizada a dar los datos personales de los empleados al primero que se los pidiera. Esa información era estrictamente confidencial, y Miguel lo sabía bien, de modo que venía preparado para presionarla:

—Encarna, Sandra puede estar en peligro y la policía noruega necesita localizarla como sea; no es una broma. Si quieres ser responsable de lo que pueda pasarle...

Sólo había una cosa que superaba con creces la falta de iniciativa o de colaboración de alguien como Encarna, y era el miedo a ser responsable de algo importante o de carácter grave. La encargada de personal, que odiaba aquel tipo de situaciones que se salían de lo estipulado en las normas internas de la empresa, miró a Miguel fijamente y respondió:

—Si por casualidad me llaman la atención por esto..., yo te juro que no te lo voy a perdonar... Yo...

—Yo asumo toda la responsabilidad, te lo prometo. ¿Quieres que te firme algo para quedarte tranquila?

—No, no hace falta —respondió con un tono que daba a entender que estaba algo ofendida.

Aun así, Encarna lo miró con recelo, como tratando de escudriñar la verdad en sus ojos.

—No es necesario que me firmes nada, te creo —dijo mientras buscaba en el archivador la ficha de Sandra—. Pero no te acostumbres a pedir las cosas de esta manera. Ya sabes que en esta casa existen protocolos...

—Te lo agradezco mucho, de verdad —contestó Miguel, sorprendido de que hubiera resultado tan fácil—. Y tranquila, no tengo intención de pedirte nada más.

Nervioso, miró la ficha de su compañera. El único contacto que constaba en aquel documento era el teléfono y dirección de María Cuevas, su madre. Miguel tomó un papel y anotó la información.

* * *

Lars Ovesen era un hombre extraordinariamente meticuloso, a veces incluso un tanto previsible y cuadriculado, pero esas cualidades fueron las que hicieron que Erika lo eligiera como compañero. La inspectora era todo lo contrario, divertida, espontánea, creativa, un tanto impulsiva..., demasiado impulsiva, quizá, y muy directa, algo que podía ser positivo o negativo para su trabajo de detective, dependiendo de las circunstancias. En más de una ocasión, aquel exceso de impulsividad y transparencia le había costado algún disgusto, en especial con sus jefes. Por eso, cuando su antiguo compañero se jubiló, Erika tuvo muy clara la elección de Lars: ambos se complementaban a la perfección, y Lars le servía de contrapunto.

Su nuevo compañero era calmado, tranquilo e infinitamente más reflexivo que ella en todos los sentidos. Tenía buena planta, era alto y fornido, y muy formal. Vestía con discreción, y era muy austero. De hecho, Lars no solía comprar demasiadas cosas —odiaba gastar innecesariamente—, y acostumbraba a llevar ropa más bien oscura y de corte clásico. Eso componía su carta de presentación. Con sus casi cincuenta años, Lars nunca se había casado ni tenía intención de hacerlo. La mera idea de que alguna fémica pudiese invadir su apartamento y desorganizar su espacio, su santuario, le ponía los pelos de punta. Era un hombre maniático y un tanto huraño, y, aunque se movía bien en las distancias cortas, no le gustaban nada las reuniones y menos aún las multitudes. Pese a no ser especialmente agraciado, tenía un cierto atractivo. De hecho, era bastante presumido, y siempre llevaba su pelo gris perfectamente perfilado y engominado, algo muy poco habitual entre sus colegas del cuerpo de policía. Se cuidaba mucho, y no era extraño que le pusieran menos edad de la que en realidad tenía.

Erika, por el contrario, había estado casada en dos ocasiones, pero el tiempo siempre terminaba por demostrarle que su profesión y el concepto tradicional de familia no se llevaban muy bien. Por ese motivo, hacía mucho que decidió renunciar a la maternidad y, aunque a sus cuarenta y dos años todavía estaba a tiempo de replanteárselo, aquello ya era para ella un capítulo cerrado. Sin embargo, pese a sus dos fracasos sentimentales, Erika seguía buscando a su hombre ideal, aunque sabía que difícilmente lo encontraría. Era una romántica empedernida, no podía evitarlo. Por otra parte, sus incontables curvas, su forma sensual de moverse y aquellos ojos oscuros y ligeramente rasgados que recordaban a los de una gata en celo hacían que

los hombres enloquecieran por ella, lo que siempre acababa convirtiendo su vida amorosa en un frenético ir y venir de citas que tan sólo le reportaban algo de buen sexo, pero muy poco de ese amor por el que ella suspiraba. Lo cierto es que parecía que, de un modo inconsciente, trataba de evitar a aquellos hombres que podían encajar bien en su vida, y sólo se relacionaba con los que indudablemente acabarían aportándole una relación esporádica y noches de lujuria y alcohol.

Sentado frente al ordenador, y siguiendo a rajatabla el protocolo establecido para estos casos, Lars repasaba concienzudamente cada uno de los expedientes de crímenes parecidos que se hubieran dado en Noruega durante los últimos diez años. Aun así, aquel asesinato parecía diferente al resto. Aquello no era obra de un perturbado, de un asesino al uso, sino más bien producto de una *vendetta* de algún tipo de organización mafiosa; aunque también era posible que se tratara de un asesino en serie, y, si ése era el caso, no tardarían en aparecer nuevas víctimas que confirmasen aquella opción. Fuera como fuese, estaba claro que el asesino conocía bien los métodos de la mafia. Lars estaba convencido de que aquello era cosa de un grupo organizado, pero la cuestión era saber cuál y, sobre todo, por qué se había producido aquel asesinato. En Noruega, ese tipo de organizaciones no eran nada habituales, y el hecho de que la víctima tampoco fuese de origen nórdico le hacía sospechar que se trataba de una organización extranjera. Sí, todo apuntaba a que aquel joven se había visto implicado en algún asunto turbio relacionado con alguna de las mafias europeas. Era lo único que podía explicar aquel macabro ritual. La mayoría de esos grupos solucionaban sus problemas de aquel modo: asesinando de forma ejemplar a cualquiera de sus miembros o colaboradores que cometiese un error, y transmitiendo así mensajes claros y contundentes al resto de los miembros de la organización.

Mientras tanto, en otra mesa situada al fondo de la planta, un miembro del departamento de peritaje informático de la Científica revisaba con cuidado el ordenador y el teléfono móvil de Eduardo. La mayoría de los especialistas de aquel departamento eran ostensiblemente más jóvenes que el resto del personal, algo que tenía sentido, dado el tipo de trabajo que hacían. Muchos de ellos eran casi imberbes, e incluso habían tenido problemas con la policía por cuestiones relacionadas con delitos informáticos, algo que era prácticamente un requisito indispensable para entrar a trabajar en aquel departamento de la Científica especializado en sabotaje, pirateo y manipulación informática. El joven en cuestión, tras revisar a fondo ambos aparatos, afirmó con absoluto convencimiento que allí no había nada que relacionase a la víctima con organizaciones mafiosas, sectas o similares, aunque, de haber habido algo, probablemente lo habrían hecho desaparecer sin dejar ni rastro. De hecho, era evidente que aquel teléfono móvil había sido limpiado a conciencia con el fin de no dejar ninguna huella. Erika, que había estado observándolo con impaciencia de pie al lado de la mesa, le pidió entonces al joven que entrase también tanto en el chat de Facebook como en el WhatsApp de la víctima, con el fin de poder leer las

conversaciones que había tenido con Sandra Cuevas durante los días previos a su viaje. Aquel chico la miró de reojo, sin duda harto de tener a la inspectora resoplando en su nuca, pero hizo lo que le pedía sin decir nada. Erika era muy consciente de que trabajar con alguien mirándote por encima del hombro no era para nada relajante, sino más bien todo lo contrario. De hecho, ella misma no lo hubiese soportado, pero estaba tan ansiosa por averiguar cuáles habían sido los últimos movimientos del sujeto que no podía evitar ser excesivamente pesada e incisiva.

Cuando el joven le imprimió toda la documentación, la inspectora se dirigió a su mesa y se sentó a leer todos y cada uno de los mensajes entre la víctima y esa tal Sandra Cuevas. Luego se levantó de su silla, se acercó a su compañero y se lo quedó mirando:

—¿Has encontrado algo? —preguntó Lars, devolviéndole la mirada.

—Parece que el señor Torres tenía razón, Sandra tenía previsto llegar a Alesund el domingo por la noche.

Lars se quedó pensando unos segundos.

—Pero para ese día Eduardo ya estaba muerto, ¿no? Entonces..., ¿quién la recogería en el aeropuerto? ¿Y si no la recogió nadie, qué se supone que hizo?

—El último *wasap* de él es del viernes por la tarde, y podría coincidir o tener algo que ver con su asesinato, pero me temo que han borrado algunos mensajes. El viernes, ella todavía no le había pasado los datos de su vuelo... Además, teniendo en cuenta que hablaban cada día varias veces, ¿cómo se explica que a esa tal Sandra no le extrañase no saber nada de él en dos días?

—Tienes razón, no tiene ningún sentido. Lo lógico es que hubiera varios mensajes o incluso llamadas de ella preocupada por la falta de noticias... —apuntó Lars.

—Exactamente —Erika asintió y miró al técnico informático en busca de respuestas.

El joven, algo estresado, les hizo una señal con la mano pidiéndoles un poco de paciencia.

—De acuerdo, de acuerdo, lo he captado. Voy a ver qué puedo hacer, ¿vale? Pero recordad que tengo sólo dos manos.

* * *

En cuanto llegó a su domicilio, Miguel dejó sobre el mueble de la entrada todas sus cosas. Aquella casa era bastante más pequeña que la que tenía antes de quedarse solo, pero era muy luminosa y acogedora. La había decorado con gusto, de forma recia y minimalista; sólo con lo justo y necesario. Únicamente la mano de la mujer que acudía cada día a limpiar la casa hacía que aquellas paredes se impregnaran de algo femenino. Hacía tiempo que vivía ya sin compañía, y lo cierto es que se había

acostumbrado a ello; ya no la echaba en falta. Sin embargo, en ese preciso instante se dio cuenta de cuán huérfano estaba en realidad. Una sensación de vacío se apoderó de él, generándole una gran y desconocida inquietud. Hacía mucho tiempo que su mujer, Alicia, había decidido marcharse de su vida y no volver la vista atrás. Y probablemente desde aquel instante su vida no había vuelto a ser la misma. Se había acostumbrado a vivir sin esa parte de su corazón, y había desterrado la posibilidad de que nadie más compartiese su mundo. Era más fácil huir de sí mismo, esconder los sentimientos para siempre, que enfrentarse al abandono. Para él, que se casó creyendo ciegamente en el amor eterno y el matrimonio para siempre, la huida de Alicia era algo incomprensible. El desamor y el exceso de espacio fueron los principales impulsores de la mudanza.

Allí, sobre el mueble de la entrada, la última foto que Eduardo le mandó parecía mirarlo fijamente. Era una preciosa fotografía tomada en lo alto de la montaña, en la que se veía a su hijo, sonriente y rodeado de nieve. A Eduardo le encantaba la escalada. Desolado, Miguel cogió la foto enmarcada y contempló la imagen de cerca. Eduardo había sido siempre un chico extrovertido, amante de los deportes y de la naturaleza. La suerte había hecho que heredase lo mejor de la fisionomía de sus padres, convirtiéndose, ya en la adolescencia, en un chico de mucho éxito entre las féminas. Por otra parte, nunca había sido de meterse en líos. Estudioso y muy aplicado, consiguió terminar sus estudios de ingeniería de forma brillante y sin apenas esfuerzo, y empezó a tener ofertas laborales incluso antes de licenciarse. Por desgracia para él, la más atractiva vino de una multinacional afincada en Noruega. Eso fue muy duro al principio para todos, pero lo cierto es que era una oferta irrechazable, y no quedó otra que aceptarla.

Con un nudo en la garganta, sin apenas poder contener las lágrimas, Miguel volvió a dejar la foto en su sitio, se sentó en el sofá y reflexionó durante unos instantes sobre cómo debía afrontar aquella conversación con la madre de Sandra. Cualquier forma de abordar aquella llamada le parecía poco acertada, pero sabía que debía hacerla. Algo nervioso, cogió el inalámbrico de encima de la mesita del salón y marcó el número de aquella mujer sin saber muy bien cómo iba a sacarle el tema. Cuando sonó el tercer tono, alguien respondió al otro lado de la línea; era una voz de mujer:

—Sí, ¿dígame?

—¿Es usted la madre de Sandra Cuevas?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Verá, perdone que la moleste, soy un compañero de trabajo de su hija Sandra. Mi nombre es Miguel...

—Encantada... —interrumpió ella—. ¿Y en qué puedo ayudarlo? —preguntó un tanto sorprendida.

—Verá, resulta que Sandra se iba este domingo a pasar unos días a casa de mi hijo, en Noruega..., en Alesund, para ser exactos, y quería saber si tenía noticias de

ella.

—¿Noticias de Sandra...? —respondió la mujer, quedándose por unos segundos en silencio—. Bueno, lo cierto es que ella no me cuenta demasiadas cosas de su día a día; de hecho, acabo de enterarme por usted de que está en Noruega. Es una buena chica, pero muy independiente, ¿sabe?

—Ya, ya veo... Sí, de hecho la conozco bien, como le decía, llevamos años trabajando juntos... Bueno, entonces nada, no se preocupe, y gracias, de todos modos... —repuso él, descartando que aquella mujer pudiera serle de mucha ayuda—. Veré si puedo localizarla de otra forma...

—Pero... No termino de entender el motivo de su llamada. ¿Ocurre algo con Sandra?

Miguel, que se temía aquella pregunta, se sintió apesadumado, sin saber muy bien cómo responder. Respiró hondo, tratando de ganar tiempo. Hubiese sido más fácil colgar sin más, sin dar ninguna explicación, pero no hubiese sido muy elegante por su parte, pensó. Sabía que no le quedaba otra que decirle la verdad a aquella mujer, aunque aquello lo metiera en un lío. Se armó de valor, y decidió contarle lo sucedido:

—Verá, todo esto es un poco delicado... —empezó a decir, sin saber muy bien cómo enfocar aquello—. Hace aproximadamente una hora, me ha llamado la policía noruega para comunicarme que habían encontrado a mi hijo... A mi hijo...

De pronto, se paró en seco, como si alguien hubiese accionado un freno de mano invisible. Algo en su interior acababa de tambalearse, de agrietarse, de romperse, generándole una extraña sensación de vértigo, una terrible conmoción que no alcanzaba a controlar y que amenazaba con bloquear todos sus sentidos de golpe. Notó cómo las gotas de sudor resbalaban ansiosas por su frente, deslizándose hasta el nacimiento de su barba. Sintió un nudo en la garganta, y las palabras parecieron quedarse atoradas, inertes y sin fuerza, a medio camino entre su cuello y su boca, incapaces de salir. Su corazón empezó a latir arrítmico, acelerándose y desacelerándose sin control. Era como si todo su cuerpo se hubiese revolucionado y hubiera decidido revelarse contra él. Como si el hecho de tener que pronunciar él mismo la palabra «muerte» lo hubiese devuelto de golpe y sin anestesia alguna a la cruda realidad. Sí, su hijo estaba muerto, probablemente había sido asesinado, aquello era un hecho irrefutable, y ya no iba a volver a verlo nunca más. En aquel mismo instante, una intensa puñalada de fuego se clavó en sus entrañas, partiéndole el alma en dos. Sin apenas poder respirar y con un dolor punzante que le atravesaba todo el pecho, Miguel pensó que estaba siendo víctima de un ataque al corazón o algo peor. Aterrorizado, dejó caer el teléfono sobre el sofá y, tratando de recuperar el aliento, inspiró varias veces de forma nerviosa, casi espasmódica. Un miedo irracional y descontrolado se apoderó de él, haciendo que incluso se marease y estuviese a punto de perder el conocimiento. Luego, cuando por fin fue capaz de respirar de nuevo con relativa normalidad, su mente descendió a los infiernos y, dándose cuenta de la innegable y cruel situación por la que estaba pasando, se cubrió el rostro con las

manos, desesperado, y rompió a llorar como lo habría hecho un niño que no sabe cómo gestionar la frustración, el miedo o el fracaso. Algo en su interior se había desbocado, y toda su serenidad, toda su capacidad de contener y gestionar sus sentimientos, se había convertido ahora en un estallido descontrolado de emociones. Algo en su interior, algo que no atinaba a discernir, había barrido y hecho trizas todas sus defensas, empujándolo a la peor de sus pesadillas.

Al otro lado del teléfono, María, la madre de Sandra, que no cesaba de oír aquel estremecedor y angustioso llanto, trataba por todos los medios de que Miguel volviese a hablar con ella y le contase qué estaba pasando. Aquella frase entrecortada y la posterior reacción de aquel hombre le hacían temer lo peor. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era aquel misterioso hombre? ¿Qué relación tenía con su hija? Y lo que era peor, ¿a qué venía aquella extraña llamada y qué era lo que le pasaba a Sandra? Desesperada, intentó por todos los medios que Miguel cogiese de nuevo el teléfono y le explicara qué estaba ocurriendo.

—¿Sigue usted ahí? Por favor, diga algo, ¡contésteme! ¡Sé que me está oyendo! —exclamaba alzando la voz cada vez más, con los nervios a flor de piel y negándose a colgar el auricular, temerosa de lo que pudiese haberle pasado a su hija.

Aquel silencio la estaba matando. Los segundos parecían dilatarse hasta convertirse en un tiempo indefinido y angustiante.

—¡Por favor, no puede dejarme así, responda...! —gritó desesperada.

Al otro lado de la línea, sólo aquellos ahogados e inquietantes gemidos parecían responder a sus sobrecogedoras súplicas. Miguel, que de fondo podía oír perfectamente aquella insistente voccecita llamándole de forma desesperada, no se sentía capaz de contestar. De hecho, aunque lo hubiese intentando, difícilmente hubiese podido pronunciar dos palabras seguidas en aquel terrible estado. Su voz, fuerte y profunda, estaba ahora ahogada, acallada en su garganta, incapaz de brotar más allá de sus labios. Aquel desasosiego, aquel dolor, se había instalado súbitamente en su pecho, en todo su ser, y había llegado para quedarse. Tras unos largos minutos, logró recuperar un poco la calma y, sacando fuerzas de flaqueza, cogió por fin el teléfono entre sus manos y, con hilo de voz apenas audible, atinó a decir:

—Tranquila, señora, no se preocupe, no pasa nada, de verdad... Luego la llamo.

Y acto seguido, colgó el teléfono y volvió a derrumbarse sobre el sofá, dejando que el dolor que sentía se apoderase de todo su ser.

CAPÍTULO 3

EL VIAJE A ALESUND

Tras algo más de dos horas y un par de *bourbons* bien cargados, Miguel consiguió serenarse, al menos en apariencia. Hacía mucho que no había vuelto a beber, pero ahora lo necesitaba. Aquella noticia había derrumbado todas sus defensas, y se sentía absolutamente vencido e incapaz de controlar sus emociones. Nunca había pasado por algo así, se sentía frágil y vulnerable, pero era consciente de que no podía dejar las cosas como estaban; tenía que volver a llamar a la madre de Sandra.

Sacando fuerzas de flaqueza, cogió el teléfono inalámbrico y marcó aquel número una vez más. Ahora los efectos del alcohol le proporcionaban cierta entereza. Respiró hondo un par de veces, mientras el teléfono sonaba.

—Sí, diga... —respondió María al otro lado.

—Vuelvo a ser yo, Miguel Torres, el que la ha llamado hace un par de horas. Lamento haberme comportado de esa forma, pero...

—¡Dios mío, siento mucho lo de su hijo, señor Torres! —contestó ella, interrumpiéndolo.

Miguel no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Có... cómo dice...?

—Acaba de llamarme la inspectora Vinter, hará cosa de una hora, y me ha contado lo sucedido.

—¿Sandra está...?

—Nadie sabe nada de ella, señor Torres... Está oficialmente desaparecida... —respondió la señora Cuevas, todavía conmocionada.

—Lo lamento...

Se hizo un espeso silencio a ambos lados de la línea.

—Mañana cojo un vuelo a primera hora para ir a Noruega... —dijo por fin Miguel—. No sé si usted tiene previsto ir, pero, si piensa hacerlo, tal vez podríamos viajar juntos... En estos casos, la compañía es de gran ayuda, según dicen los entendidos.

—Yo también voy a reservar un billete para ese mismo vuelo; me parece una buena idea. Por cierto, mi nombre es María.

—Encantado, aunque hubiese preferido conocerla en otras circunstancias —dijo Miguel.

—Claro, claro, por supuesto...

A pesar de estar casi a finales de junio, la mañana amaneció especialmente fría y desapacible en Alesund. De hecho, hasta que el sol llegara al punto más alto del horizonte, rozando ya las doce de la mañana, aquella humedad latente seguiría importunando a los habitantes de aquella pequeña ciudad costera. Lars, que había decidido incorporarse más temprano, ya estaba en su sitio cuando Erika llegó a la comisaría.

—¡Vaya, hoy hemos madrugado! —exclamó al verlo enfrascado entre un montón de papeles.

—Inspectora —saludó Lars, levantándose de su asiento—, creo que tengo algo sobre el asesinato de Eduardo Torres.

—¿En serio? ¿Tan pronto? —respondió ella con aire de incredulidad.

A la inspectora parecía haberle costado saltar de la cama. Todavía andaba medio dormida, y sujetaba el café que llevaba entre las manos como si se aferrase a un salvavidas. Se acercó a la mesa de su compañero sin poder disimular su escepticismo.

—Todavía es pronto para poder afirmar que estoy en lo cierto, pero algunos aspectos del ritual y la forma en que fue ejecutado parecen encajar con los procedimientos habituales de la mafia colombiana.

La mirada de satisfacción de su subalterno hizo sonreír a la inspectora Vinter.

—¿Mafia colombiana en Noruega? Mmmm... Curioso, ¿no crees? —repuso Erika.

—Bueno, hay varios detalles que coinciden con el *modus operandi* de nuestro caso...

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—El más famoso es el de la corbata colombiana. Hacen una incisión en la garganta de la víctima, y sacan por ella la lengua del susodicho. Se aplica a los chivatos —apuntó Lars.

—Muy gráfico, sí.

—En esa misma línea, hay procedimientos en los que el castigo que se aplica es el de cortar los testículos al interfecto y metérselos en la boca, incluso cosiéndosela posteriormente. En estos casos, el sujeto suele ser culpable de haberse acostado con la mujer equivocada. Es decir, la de otro —subrayó Lars, tratando de impresionar a la inspectora.

—¿Y esos casos incluyen también el pene? —preguntó Erika, que no terminaba de ver muy claro todo aquello—. Porque te recuerdo que, en este caso, el *pack* era completito.

—No he encontrado ningún caso así, pero la similitud del procedimiento hace pensar...

—¿La similitud? ¿Desde cuándo trabajamos los policías con similitudes, señor Ovesen?

Lars se la quedó mirando.

—Tiene razón, inspectora, aunque debe reconocer que es un buen punto de partida...

—Sí, es posible que nuestro asesino pretenda imitar a la mafia —lo interrumpió ella—, lo cual no sé si nos ayuda mucho, la verdad —y mientras se encaminaba al departamento de informática, añadió—: Por el momento, sólo nos sirve para descartar posibilidades, ¿no crees?

Cuando la inspectora le dio la espalda, Lars suspiró, un tanto molesto, para variar, y golpeó la mesa con el puño, dolido por la respuesta de Erika. El hecho de haber estado tantas horas trabajando para poco más que «descartar posibilidades» le sentaba como una patada en el hígado. A veces Erika parecía olvidarse del trabajo que había detrás de cada hipótesis que le planteaba, y las rechazaba sin tan siquiera un mínimo reconocimiento de la labor realizada. Su jefa podía llegar a ser exasperante. No destacaba precisamente por su empatía, ni tampoco por su mano izquierda. Era extremadamente directa, clara y concisa, y las emociones, si las tenía, se las debía guardar para su vida personal, porque entre aquellas cuatro paredes no parecía mostrarlas casi nunca. Lars se incorporó, disgustado, se puso la chaqueta y decidió ir a por un café y a fumar un cigarrillo; salir de allí lo ayudaría a olvidarse de la inspectora, al menos por un rato. Erika lo miró de reojo, sin entender por qué se ponía así.

—Éste va a ser un caso complicado, Lars, será mejor que nos lo tomemos con calma —dijo, tratando inútilmente de animarlo.

* * *

Llegaron a Alesund casi al mediodía. El hecho de que no hubiera un vuelo directo hacía que el trayecto fuera bastante más largo y pesado de lo esperado. Tenían que hacer transbordo en Oslo, con una espera aproximada de hora y media. Por fortuna para María, que no era demasiado habladora, y menos aún en aquella situación, Miguel era capaz de conciliar fácilmente el sueño en los aviones, así que pasó el vuelo tranquila, escuchando música con los cascos mientras Miguel descansaba. En su cabeza, la posibilidad de que Sandra hubiese corrido la misma suerte que el hijo de Miguel la atormentaba. Ni tan siquiera la música conseguía hacerla desconectar. En cuanto bajaron del avión, recorrieron la terminal hasta la siguiente puerta de embarque. Las maletas estaban facturadas hasta Alesund, de modo que no tenían que preocuparse por ellas.

—Siempre he envidiado a la gente capaz de dormir en los aviones; yo nunca he podido hacerlo —dijo María.

—Pues en mi caso es casi automático, es prácticamente sentarme y caer dormido.

—¡Qué suerte!

—¿Quieres tomar algo mientras esperamos?

—Quizás un café —respondió María.

—Perfecto.

El siguiente vuelo se hizo bastante más corto, y llegaron a Alesund según el horario previsto. Las maletas no se hicieron esperar, ésa era una de las ventajas de un aeropuerto tan pequeño como aquél: pocos pasajeros, poca distancia entre el avión y la terminal, y pocos vuelos. Allí parecía difícil que uno pudiera perder el equipaje. Con sólo una pequeña sala de recogida de maletas y una única cinta para el equipaje, aquél era, con toda seguridad, el aeropuerto más pequeño que María había pisado en su vida. Sin entretenerse más de lo necesario, cogieron todas sus cosas y tomaron un taxi en dirección al Quality Hotel Waterfront, justo en el centro de la ciudad. María, que no había estado nunca allí, miraba ensimismada a través de la ventanilla del vehículo. Más allá de la novedad y de que el entorno era precioso, aquélla era una forma como otra cualquiera de no tener que estar manteniendo una conversación que no le apetecía nada.

El paisaje que iba surgiendo a su paso era ciertamente bucólico. El intenso y frondoso verde de la vegetación, combinado con los azules cristalinos del mar que los rodeaba, hacía que cualquiera se quedase prendado de la zona. Las construcciones, que ya empezaban a divisarse a lo lejos, perfilándose en la carretera, eran todas bajas, y la mayoría aisladas y diseminadas sobre el terreno de forma grácil y caprichosa. Cada una de aquellas armoniosas casitas tenía su propio terreno repleto de árboles y flores, que hacían todavía más hermoso el entorno. Era muy difícil no quedarse ensimismado ante aquel espectáculo. La vista se perdía a lo lejos, embelesada entre aquellos parajes que, casi sin pretenderlo, transmitían una absoluta sensación de paz y bienestar. Era un lugar ideal para desconectar de todo por una temporada.

—Todo esto es muy hermoso, pero creo que no podría vivir en un sitio así. Demasiado frío todo el año, y demasiada calma... —apuntó María, que seguía absorta mirando a través del cristal—. Aunque reconozco que posee un paisaje envidiable.

—Puedo asegurarte que al principio cuesta acostumbrarse, al menos eso decía Eduardo cuando llegó y se instaló aquí. La cultura es también muy distinta a la nuestra, y eso tampoco ayuda. A mi hijo le costó bastante habituarse a sus costumbres —explicó Miguel.

—Lo entiendo perfectamente. Yo necesito algo más de movimiento... Si me fuese a vivir a una población tan pequeña, creo que no sabría qué hacer con mi tiempo. Terminaría por subirme por las paredes de aburrimiento. Y luego el frío y la lluvia... No, definitivamente no es para mí.

—A mí me ocurriría algo parecido. No estoy hecho para un lugar como éste, prefiero los climas más moderados, pero hay que reconocer que es precioso. ¿Es la

primera vez que viajas a Noruega?

—Sí, la primera.

—Pues te garantizo que no será la última; esto tiene algo especial, algo que definitivamente te engancha.

—No sé si después de esto me quedarán ganas de repetir, la verdad...

Una vez más, se hizo un incómodo silencio entre ambos. No era fácil que surgiesen temas de conversación entre dos desconocidos, y menos aún en aquellas extrañas y violentas circunstancias. Por suerte, el trayecto desde el aeropuerto no era largo. A lo lejos empezaba ya a divisarse el centro de Alesund. Aquellas casitas bajas de distintos colores, agrupadas en un armónico conjunto, creaban una encantadora imagen que parecía sacada de un cuento de hadas. Era como entrar en una postal. Mientras María recorría con la vista aquella especie de acuarela, Miguel aprovechó para observarla con algo más de detenimiento. Era obvio que Sandra era la viva imagen de su madre, salvo por el color esmeralda de sus ojos, que debió de heredar de su padre. María, en cambio, tenía unos hermosos ojos color miel. Su pelo ondeaba con la brisa que entraba por la ventanilla, y hacía que su imagen fuera algo vaporosa, casi onírica. Los años parecían haber jugado a su favor y, aunque ya no era una niña, su rostro seguía teniendo ese punto de jovial que transmitía frescura. Las pocas arrugas que bordeaban sus almibarados ojos eran fruto de la perenne sonrisa de su rostro, y expresaban de forma tácita el carácter extrovertido y sociable de aquella mujer.

María, que seguía como absorta en sus pensamientos, lanzó un largo suspiro y, con un fino hilo de voz, dijo:

—Dios mío... Sólo espero que Sandra esté viva.

Miguel bajó la cabeza en señal de respeto, aunque el comentario sonó como un mazazo en sus oídos y lo dejó un tanto desconcertado. No sabía muy bien qué contestar. Que María hubiese sido capaz de decir aquello estando al lado de alguien que acababa de perder a su hijo no parecía demasiado apropiado, aunque era consciente de que ella ni siquiera se había dado cuenta de ello. Era como si pensara en voz alta. Ojalá él tuviese todavía esa opción, pensó. Ojalá pudiera esperar que Eduardo estuviera vivo. Miguel la entendía perfectamente. Las reacciones de las personas en situaciones límites como aquélla eran muy difíciles de controlar. No podía culparla por desear que su hija estuviese viva. Si él hubiera estado en su lugar, si la situación hubiese sido a la inversa, probablemente le hubiera ocurrido lo mismo, y, tarde o temprano, habría soltado algo poco conveniente. Durante el resto del trayecto ninguno de los dos dijo nada más, inmersos como estaban en sus pensamientos. Quizás era incluso mejor así.

* * *

Como Erika sospechaba, el teléfono de Eduardo había sido manipulado, y los últimos mensajes que había intercambiado con Sandra habían sido convenientemente borrados. Por suerte, quien fuera que hubiese manipulado el teléfono no sabía lo suficiente de informática como para hacerlos desaparecer del todo, y aquel chico de la Científica había sido capaz de recuperarlos de algún lugar perdido entre lo real y lo onírico.

Erika tomó el terminal con entusiasmo y empezó a leer con detenimiento todo el material, tratando de ver más allá del texto. Lo que se decía en ellos carecía en general de importancia; aquello era simplemente un intercambio de mensajes entre dos personas enamoradas. Lo importante era saber quién había contestado a partir del viernes en lugar de Eduardo y por qué. Tras revisar el resto de aplicaciones, incluidos Facebook y Twitter, Erika salió del área de la Científica y fue directa a la mesa de Lars.

—Ahora sé con seguridad que tenía razón —exclamó eufórica y con ánimos renovados—: Sandra siguió hablando con Eduardo hasta el mismo domingo por la mañana.

—¿Cómo es posible...? Pero si Eduardo ya estaba... ya estaba...

—Efectivamente, Eduardo ya estaba muerto. Pero alguien quería a Sandra aquí, en Alesund, y por ese motivo siguió fingiendo que Eduardo seguía vivo.

—Se supone que esta tarde llegarán los resultados de la autopsia, tal vez arrojen algo más de luz sobre el momento y la forma de la muerte —repuso Lars.

—No tengo muchas dudas sobre el momento de la muerte, pero espero que la autopsia sea un poco más reveladora en otros aspectos. No tenemos huellas ni nada que nos pueda llevar a una pista. El asesino sabía muy bien lo que hacía.

—O usó guantes o limpió todo a conciencia... Y me inclino a pensar lo segundo —apuntó su compañero.

Erika empezó a golpear ligeramente la mesa de Lars con la punta de sus uñas, algo que solía hacer cuando estaba pensativa o preocupada..., y que enervaba a Lars sobremanera.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Lars, que tras tres años trabajando juntos empezaba a conocerla bien.

—En que deberíamos hablar con la Interpol para que la policía española requiese y examine el ordenador y el domicilio de Sandra. Si alguien la quería aquí, no sería por casualidad.

—Tiene sentido.

—Voy a cursar la solicitud inmediatamente —dijo Erika, dirigiéndose a su mesa—, antes de que alguien pueda manipular también las cosas de Sandra.

—Si no lo han hecho ya, cosa más que probable —añadió Lars, que era más pesimista.

—Por cierto, el señor Torres y la señora Cuevas están ya en la ciudad. Llámalos y hazlos venir en cuanto puedan. Podrías ir a buscarlos...

—Habría que pasar primero por el depósito, ¿no crees?

—Sí... Es cierto. Entonces, tal vez sea mejor quedar con él en el depósito hacia las diez... Y convocaremos a la señora Cuevas aquí una hora más tarde. ¿Te parece bien?

—Perfecto, me pongo a ello —respondió Lars, cogiendo el teléfono de la mesa.

Un tanto ensimismada, Erika se sentó frente a su ordenador para redactar un primer informe del caso y solicitar a la Interpol la colaboración de la policía española. ¿Quién y por qué tendría tanto interés en que Sandra no cancelase su viaje a Alesund? Más allá de la relación laboral de Sandra y el padre de Eduardo, Miguel, no existía probablemente ningún otro vínculo entre ellos. Era evidente que, si el único objetivo hubiese sido Eduardo, hubiera sido mucho más fácil anular el viaje de Sandra que hacerla venir hasta aquí.

En cualquier caso, tampoco Eduardo tenía en su día a día ninguna actividad sospechosa. Su vida se limitaba a su trabajo como ingeniero en una empresa de tecnología aeronáutica, a sus ligues y a sus amigos. Eduardo era un chico sencillo, con una vida bastante sana y tranquila. No había nada en su vida cotidiana que hiciera pensar que estuviera metido en problemas. A sus treinta y ocho años, sólo había estado a punto de casarse en una ocasión, pero poco antes de la boda se dio cuenta de que el matrimonio no estaba hecho para él, y rompió el compromiso. Desde ese instante, su vida se había convertido en un ir y venir de chicas y relaciones que difícilmente superaban los seis meses. Era un hombre atractivo, y su carácter abierto hacía que mantener aquel frívolo ritmo de vida le fuese relativamente fácil. Eduardo era el perfecto prototipo de hombre latino. Sus negros cabellos, sus ojos de oscura y penetrante mirada y aquella sonrisa casi hipnótica se lo habían puesto muy fácil en aquel país de níveas pieles y dorados cabellos. Sin embargo, para los que le conocían bien era obvio que Eduardo no era feliz. En el fondo deseaba encontrar a esa persona que le hiciese sentar la cabeza, pero aquellas mujeres del norte, un tanto frías, un tanto distantes, no parecían la mejor alternativa.

En cuanto a Sandra, tampoco había nada que hiciese sospechar que pudiera tener algún problema. Si bien llevaba varios días de vacaciones y sin estar en contacto con nadie, eso no era razón para sospechar que algo anómalo estuviese ocurriendo en su vida. Sandra era una mujer de seductores ojos color verde intenso y cobrizos cabellos. A duras penas superaba el metro setenta, pero, en conjunto, se podía afirmar que era una mujer bastante hermosa. A sus treinta y seis años, había conseguido ser una periodista muy reconocida en temas de denuncia social, corrupción y política. Tras un corto matrimonio de apenas dos años con su novio de toda la vida, se había divorciado, y su vida desde entonces transcurría entre la oficina y sus amigos. El exceso de carácter y una personalidad arrolladora y triunfadora no facilitaban que los hombres se acercasen a ella. Muchos se sentían inseguros, abrumados y descolocados frente a una mujer que, en varios sentidos, les daba mil vueltas. En principio, a falta de hablar con su madre y poder profundizar algo más en su día a día, no había nada

que hiciese sospechar que alguien quisiera secuestrarla o agredirla. Aquello no tenía demasiado sentido. Por otro lado, tampoco estaba claro que su desaparición y el asesinato de Eduardo tuvieran relación alguna.

* * *

Acompañar a un familiar a reconocer un cadáver nunca era una tarea agradable. Sin duda alguna, era una de aquellas cosas que cualquier policía prefería evitar. Daba igual si se trataba de una persona mayor o joven, si las causas de la muerte eran naturales o no, la tensa situación y aquel olor penetrante que siempre había en el depósito de cadáveres le removían a uno las entrañas. Por lo visto, según leyó Erika en un informe, al entrar en el proceso de descomposición el cuerpo humano liberaba una mezcla química que estaba formada nada menos que por 452 compuestos orgánicos volátiles. Ella lo llamaba «olor a cadáver», sin más. Si a eso se le sumaban los olores a desinfectantes, éter y demás productos químicos que solía haber allí, la mezcla era vomitiva. Fuera como fuese, lo peor del depósito eran siempre los casos de asesinatos violentos o las muertes en las que la integridad física de sujeto había quedado seriamente dañada. En aquellas situaciones, tener que estar allí, al lado de la familia, se hacía especialmente duro. Para los familiares, ver a su ser querido en según qué circunstancias solía ser devastador. Lars tenía muy claro que la profesión de forense era posiblemente la última a la que se le hubiese ocurrido optar. Con lo aprensivo que era, ver a diario aquellos cuerpos y según qué escenas habría acabado haciendo mella en su salud.

Erika y Lars estaban ya en la puerta del depósito, hablando y esperando pacientemente, cuando Miguel apareció. Al verlo llegar, el inspector apagó de inmediato el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Señor Torres? —preguntó Erika, saliendo a su encuentro.

—Sí, soy yo. Erika Vinter, ¿no? —dijo Miguel, estrechando su mano con energía.

—Sí, le presento a mi compañero, Lars Ovesen.

—Encantado de conocerle, señor Torres. El forense nos espera dentro, ¿le parece bien que entremos? —dijo Lars mientras le daba la mano.

—Cuanto antes mejor, sí —respondió Miguel, tratando de mantener la compostura.

La morgue es un lugar gélido, inhóspito, desagradable. Miguel no había estado nunca en un depósito de cadáveres, y por supuesto hubiese preferido que eso hubiera seguido siendo así. En principio, aquello no distaba mucho de lo que se mostraba en las películas o se describía en las novelas, aunque ahora todo le parecía aún más tétrico y sórdido. Siempre se había preguntado cómo alguien podía llegar a ser forense; a él le parecía que ese oficio, junto con el de la gente que trabajaba en

funerarias, era el peor al que uno podía dedicarse. Aquélla no era una especialidad a la que alguien deseara dedicarse desde niño, eso desde luego.

Entró en aquel edificio con el alma compungida y el estómago revuelto, deseando salir cuanto antes. Ante sus ojos, tan sólo paredes blancas alicatadas, frigoríficos, camillas metálicas..., y aquel repulsivo olor a desinfectante que lo envolvía todo. Aquellos tubos fosforescentes daban al lugar un aspecto todavía más impersonal e ingrato... Sólo entrar, sintió que se le retorcían las entrañas y empezaba a flaquear. Se preguntaba si iba a ser capaz de pasar por aquello sin desplomarse. Respiró hondo, como si con ello se insuflase valor, y siguió caminando, tratando de no pensar demasiado en lo que iba a suceder en los próximos minutos. A todo aquello había que unirle que no soportaba ni los hospitales. Algo en su interior se sentía amenazado e incómodo entre sus paredes. Estar cerca de los enfermos o de la muerte le generaba un malestar casi incontrolable... Y aquello era todavía peor: allí ya no había ni tan siquiera enfermos, allí tan sólo había cadáveres.

Recorrieron un largo pasillo hasta una puerta lateral, donde los esperaba un funcionario con bata blanca, bajito y muy delgado:

—Buenos días, soy el médico forense encargado del caso. Pasen, por favor —dijo el hombre, abriendo la puerta—. Les estaba esperando.

Allí, en aquella sala anexa llena de lo que parecían pequeños nichos metálicos, Miguel vio que sólo una de las puertas se hallaba abierta, con una camilla asomando tímidamente hacia el exterior. Sobre ella, un cuerpo tapado por una gran talla blanca esperaba ser descubierto. Miguel se estremeció y sintió que un inesperado escalofrío recorría toda su espalda, produciéndole algo así como un espasmo incontrolable. Un tanto mareado, intentó tomar aire para reponerse. Sentía que su organismo se revelaba con todas sus fuerzas contra aquella experiencia. Aun siendo un hombre fuerte, era consciente de que su mente no estaba preparada para aquella situación. Tragó saliva, como si al hacerlo pudiese también engullir aquel malestar que estaba apoderándose de él poco a poco. No recordaba haber sentido nada parecido en toda su vida...

Erika, que se había dado cuenta de su malestar, se acercó a él y le puso la mano sobre el hombro:

—¿Se encuentra bien, necesita más tiempo? —preguntó, viendo que el rostro de aquel hombre se tornaba por momentos tan blanco como la cera.

—No, mejor acabemos cuanto antes... —repitió él como en trance, tratando de aguantar el tipo.

—Podemos esperar si necesita sentarse un rato —insistió la inspectora, que ya había visto a mucha gente desmayarse en aquella situación—. No es algo fácil, y es perfectamente comprensible que no se encuentre demasiado bien.

—No, de verdad. Prefiero hacerlo ahora.

—Como quiera, yo estaré a su lado.

Aquel extraño hombrecillo de aspecto escuálido y de piel blanquecina, que parecía sacado de una película de Boris Karloff, cogió con delicadeza la esquina superior de la sábana que cubría el cuerpo y la retiró lentamente bajándola hasta el tórax. Aquello era casi un ritual... De pronto, al descubrirse el cuerpo, todos se quedaron atónitos, sin palabras y sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. Miguel, que no salía de su asombro, miró a la inspectora Vinter e, indignado por aquella grotesca e insospechada situación, le preguntó en tono desafiante:

—¿Qué tipo de broma es ésta?

Erika, que no salía de su asombro, encogió los hombros sin saber qué contestar y, desconcertada, miró al encargado. El médico, claramente nervioso, tampoco parecía entender lo sucedido.

—¿Qué significa esto? —exclamó la inspectora, increpando al forense responsable del caso, que no sabía qué decir.

Aquel cuerpo, el cuerpo que estaba tumbado sobre aquella fría camilla metálica, no era el de Eduardo Torres, de eso no había duda. Todos los allí presentes, consternados, se hacían las mismas preguntas: ¿Dónde estaba el cuerpo de Eduardo? ¿Quién era el hombre que ocupaba su lugar? ¿Y quién o por qué habían hecho tal cosa?

CAPÍTULO 4

¿DÓNDE ESTÁ EDUARDO?

Sandra se incorporó. Le dolía mucho la cabeza, pero se dio cuenta de que estaba en una cama. Era evidente que alguien la había golpeado con fuerza y la había dejado allí, en aquel extraño lugar. Se sentía muy débil y algo mareada. Se sentó haciendo un esfuerzo y miró a su alrededor, todavía aturdida. Era una habitación prácticamente vacía, pequeña, inhóspita, de paredes originalmente blancas, aunque ahora luciesen desconchadas y amarillentas, y sin ventana alguna al exterior. Por el olor a humedad que impregnaba cada rincón de aquella estancia, podía deducir que aquello era probablemente un sótano.

Aparte de la cama, que más que una cama parecía un revoltijo de hierros mal dispuestos y oxidados, cubiertos por un endeble y roído colchón, había una mesita de noche, probablemente sacada de un desguace o recuperada de un contenedor, un mugriento inodoro en una de sus esquinas, y un montón de rollos de papel de váter. Una débil y mortecina luz que desprendía una desvencijada lámpara sobre la mesita de noche, iluminaba a duras penas la estancia.

Se levantó lentamente. Tenía mucho miedo de marearse todavía más y caer de bruces contra aquel inmundo y asqueroso suelo. Seguro que allí uno podía pillar una infección, pensó. Observó de nuevo aquella especie de zulo, esta vez con más detenimiento y tratando de averiguar dónde se encontraba. No recordaba nada de lo sucedido... Absolutamente nada. Avanzó poco a poco, tambaleándose hasta una mugrienta puerta metálica que la separaba del exterior, e intentó abrirla empujando con fuerza. Nada, imposible, la puerta era recia y fuerte, como la de una celda. Cada vez más nerviosa, empezó a gritar pidiendo ayuda, pero sus gritos desesperados parecieron ahogarse en el metal de aquella contundente puerta. Aquello no le serviría de mucho. Aún aturdida, trató de recordar lo ocurrido, pero su memoria no parecía querer colaborar demasiado. Al lado de la cama, en aquella pequeña mesita, le habían dejado una bandeja con comida; por lo menos no pensaban matarla de inanición, se dijo a sí misma, intentando animarse. Aunque tenía hambre y aquella comida no tenía mal aspecto, no pensaba ponerse a comer antes de averiguar dónde estaba y quién la había metido allí.

Comprobó si tenía su teléfono móvil, pero ya no lo llevaba consigo. Se lo habían quitado. De hecho, ya no llevaba nada en los bolsillos, tan sólo aquella pequeña libreta negra con bolígrafo que solía usar para tomar notas. La dejó sobre la mesita, se

sentó de nuevo sobre aquel incómodo camastro e intentó tranquilizarse. Ponerse nerviosa no le serviría de nada. Tenía que pensar. Pensar y mantener la calma. Era obvio que había sido secuestrada. Bien, no había muchas más opciones a las que atenerse, de modo que no sería fácil escapar y salir de allí. En aquel claustrofóbico lugar había muy poca luz... Sí, aquello podía ser un sótano, tal vez incluso un zulo; un lugar preparado para retener a alguien. Necesitaba mantener su mente ocupada si no quería volverse loca; ésa debía ser su máxima prioridad. «Escribir me ayudará — pensó—, necesito concentrarme en algo, y tampoco tengo mucho más donde elegir». Cogió la libreta y el bolígrafo y, aunque la luz era más bien escasa, había la suficiente para poder escribir unas líneas sin dejarse los ojos en el intento. Entonces apoyó la libreta sobre la mesita y se puso a ello. Eso la ayudaría y, por otro lado, era lo que mejor sabía hacer. Sólo esperaba que alguien la sacase de allí antes de que perdiera la cordura.

Domingo, 6 de junio:

Mi nombre es Sandra Cuevas, y creo que soy víctima de un secuestro. No sé dónde estoy, ni termino de entender qué es exactamente lo que me ha ocurrido, ni por qué. Tengo un golpe en mi cabeza, de modo que alguien debe de haberme golpeado con fuerza y dejado inconsciente esta mañana, cuando llegué a Noruega; de la llegada a este país sí que me acuerdo.

Lo cierto es que, desde que dejé que Eduardo entrase en mi vida, nada ha sido muy normal. Todo en mi vida parece haber tomado una senda algo incierta. Quizás esta pequeña libreta y este bolígrafo que aún conservo me ayuden a poner mis ideas en orden. O, en el peor de los casos, ayuden a quienquiera que encuentre mis restos a entender lo que me ha pasado.

Son tantas cosas las que han ido a confluir en un mismo momento que ya no sé ni por dónde empezar a contar esta inaudita e inquietante historia de la que soy protagonista. Creo que lo más adecuado es empezar por el momento en que decidí venir a Noruega, a Alesund, a conocer a Eduardo. Ése fue, posiblemente, el punto de inflexión, el instante en que todo cambió en mi vida para siempre. De eso hace tan sólo quince días, aunque a mí me parezca una eternidad. Si alguien llega a decirme que iba a conocer por un comentario de Facebook al hijo de Miguel, mi compañero de trabajo de toda la vida, no me lo hubiese creído, pero el destino a veces parece caprichoso y, en este caso, quiso que fuese así. El mismo destino que hizo que él me invitase a pasar unos días en su casa coincidiendo con mi reciente divorcio, lo cual me animó a

aceptar tan descabellada propuesta. El mismo sino que hizo que, sin buscarlo y sin siquiera conocerlo, terminase enamorándome locamente de él. ¿Imposible? Eso pensaba yo antes de encontrarme en esa tesitura. Ahora sé que uno puede enamorarse a distancia, de una imagen, de unas palabras, de una voz, de alguien a quien sólo has visto una vez y durante unos breves minutos en toda tu vida. Ahora sé que existen los flechazos, los torbellinos emocionales y los tsunamis sentimentales, y que yo, sin buscarlo, me metí de cabeza en uno que quizás acabe por costarme muy caro.

Aunque adoro viajar y lo hago siempre que puedo, lo cierto es que hacía mucho que un viaje no me apetecía tanto, aunque hay que reconocer que, posiblemente, más que el lugar de destino en sí, lo que me apetecía era estar con esa persona y conocerla mejor. Pasamos quince días chateando, viéndonos por webcam, telefoneándonos... Una verdadera locura, un tobogán de emociones. Cada día que pasaba tenía más y más ganas de irme y conocerlo que el anterior. Fue entonces, tres días antes de marcharme, cuando las cosas empezaron a complicarse. Ahora tengo la sensación de que en realidad no conocemos a las personas que nos rodean; al menos eso es lo que siempre me ha ocurrido a mí. La realidad no deja de sorprenderme. He aprendido que estoy rodeada de mentirosos, de gente que oculta cosas, de secretos, de gente falsa y peligrosa... Y sin quererlo, por intentar averiguar la verdad, por querer saber demasiado, me he metido en la boca del lobo yo solita. La verdad es que tengo bastante miedo, y no estoy segura de si saldré con vida de esta encerrona. Quizá sean esas cosas que descubrí en el último momento las que ahora me han llevado a estar aquí, privada de mi libertad, presa.

Por otra parte, a pesar del miedo que tenía, lo que sentía por Eduardo me hacía sentir viva y seguir adelante. Recuerdo como si fuese ahora los nervios que sentí al coger aquel avión. ¡Tenía tantos sueños depositados en estos días! ¡Tantas ganas de conocer de verdad a Eduardo y de pasar un tiempo con él! Parecía todo tan perfecto... Y yo estaba tan ciega... ¡Qué lejos veo ahora todo aquello!

Sólo espero poder contar esto en persona algún día, y que nadie haya de leer estas líneas. De ser así, significará que yo estaré muerta.

* * *

La morgue se llenó de policías en pocos minutos, como era de esperar. Tras la llamada de Erika a la central, los especialistas de la Científica y otros agentes no tardaron en personarse allí. ¿Quiénes querrían llevarse, y por qué, el cuerpo de Eduardo? Era evidente que habían actuado por la noche; al fin y al cabo, el depósito no era un sitio especialmente vigilado, ni tampoco contaba con medidas de seguridad demasiado estrictas. Aun así, ¿quién podía estar interesado en robar un cadáver y dejar en su lugar el cuerpo de otro hombre, también asesinado recientemente? Todo aquello parecía sacado de una novela de ciencia ficción. En todos los años de profesión, ninguno de los dos se había encontrado con la desaparición de un cadáver de la morgue.

Ambos examinaron con detenimiento al sujeto. Era un hombre de mediana edad y, a juzgar por su aspecto andrajoso y descuidado, sus cabellos sucios y encrespados y la mugre de sus uñas, tenía toda la pinta de ser un vagabundo al que se le había realizado una corbata colombiana en toda regla. Aquello no era casual, y tanto Erika como Lars lo sabían. Era evidente que la teoría del inspector cobraba mayor fuerza ahora, y sin embargo había algo en todo aquello que no cuadraba. Sentada en el suelo, en un rincón de la sala, Erika no paraba de dar vueltas a todas las piezas de aquel extraño puzzle. Lo primero era averiguar la identidad del nuevo cadáver y la posible relación, si es que la había, con Eduardo. Después, ya se encargaría de investigar a qué respondía aquella advertencia que el nuevo cadáver encontrado parecía gritar a viva voz. Por otro lado, no podía dejar de pensar en la cara de su superior cuando se enterase de aquello. El comisario Espen no era muy amante de las sorpresas, y aquello no iba a gustarle nada.

Lars, consciente de que habían quedado con María Cuevas en comisaría, decidió adelantarse y dejar a Erika allí, con el señor Torres. La inspectora era sin lugar a dudas mejor que él gestionando aquellas situaciones; tenía una habilidad innata para salir de atolladeros como aquél, y siempre parecía tener respuestas para todo. Tampoco es que él fuese alguien con pocos recursos, pero, puestos a elegir, Lars siempre prefería quedarse en la trastienda.

Cuando el inspector Ovesen llegó a la comisaría, la señora Cuevas ya estaba allí. Sentada en una de aquellas incómodas sillas ancladas a la pared, ataviada con un largo y elegante abrigo de paño color camel, destacaba notablemente en aquel ambiente frío, plomizo y deslucido. A su lado, una prostituta entrada en años, esposada, miraba el estado de sus largas uñas color carmín mientras esperaba a que el policía de turno hiciese los trámites de rigor para su ingreso en los calabozos. Era más que evidente que María se sentía incomoda a su lado.

—¿Señora Cuevas? —preguntó Lars acercándose a ella.

—Sí, soy yo.

—Inspector Lars Ovesen —dijo estrechando su mano—. Disculpe el retraso, hemos tenido un pequeño contratiempo en el depósito.

Llamar «un pequeño contratiempo» a perder un cadáver no parecía muy acertado, pero sin duda era la mejor forma de expresar lo ocurrido ante alguien que no tenía por qué recibir más información al respecto. Por suerte, María tampoco sabía a qué se refería exactamente.

—No pasa nada —respondió ella con cortesía.

—Acompáñeme, por favor —dijo él llevándosela a una de las salas de interrogatorios, para poder hablar con mayor tranquilidad.

Tras pedirle que tomara asiento y ofrecerle un café que ella rechazó, Lars fue directo al grano.

—¿Sabía usted que su hija iba a venir a Noruega? —preguntó en cuanto se sentó ante ella.

—No tenía ni idea. Hace ya mucho tiempo que Sandra hace su vida, y no suele decirme a dónde va o con quién. Quedamos un par de veces al mes para comer juntas, y me llama a menudo para ver cómo estoy. La verdad es que poca cosa más.

—Ya veo... —masculló Lars, temiendo que no iba a sacar nada relevante de aquella reunión.

—Bueno..., no es que tuviésemos una mala relación, pero tampoco es que fuera idílica, ya me entiende... —añadió como para justificarse, sintiéndose juzgada.

—¿Sabía algo sobre la amistad o de la reciente relación entre su hija y la víctima?

—No, tampoco sabía nada. Sandra era muy reservada con sus relaciones personales, mucho. Y es innegable que, desde jovencita, siempre ha tenido una corte de pretendientes; como puede imaginar, no me hablaba de todos ellos. Tampoco yo he sido nunca de inmiscuirme en sus asuntos.

—¿Tenía su hija algún tipo de problema?

—¿Problema? ¿A qué se refiere, exactamente? —dijo María, sorprendida por aquella pregunta.

—Bueno, su hija ha desaparecido, y Eduardo Torres ha sido asesinado. Como puede comprender, tratamos de averiguar qué relación puede haber entre ambos hechos...

—Mi hija no tiene enemigos, ni «problemas», que yo sepa. Es una buena chica y una magnífica periodista. Es muy trabajadora, ¿sabe? No tengo ningún motivo para creer que alguien quisiera hacerle daño. ¿Por qué iban a hacerlo?

—Entiendo, señora Cuevas, entiendo. Aun así, necesitamos que nos cuente cosas sobre ella. Cualquier cosa puede sernos de ayuda, aunque a usted no se lo parezca. Quiénes son sus mejores amigos, qué gente y qué lugares frecuentaba, en qué artículos o temas estaba trabajando... Qué relación tenía con su ex marido.

—Lo comprendo perfectamente, inspector...

—Sin su ayuda, no sabríamos por dónde empezar a buscar. Por el momento, hemos pedido a través de la Interpol que la policía española haga un registro exhaustivo de su casa y de su puesto de trabajo.

—Pero... ¿por qué investigan a mi hija? Ella es una víctima y no la culpable... —exclamó María, que no terminaba de entender aquello—. ¿Qué sentido tiene eso?

—Efectivamente, todo parece indicar que ella es una víctima más en todo este asunto, pero si la causa de su desaparición no es el asesinato de Eduardo, si alguien la quería aquí independientemente de eso, hay que encontrar la razón, el detonante... Y tal vez entre sus cosas encontremos la respuesta.

—¿Quiere decir con eso que es posible que Sandra se haya visto envuelta en algún asunto turbio?

—No lo sabemos todavía, señora Cuevas, por eso debemos investigar todas las opciones.

—Tienen que encontrarla... Por favor..., es lo único que tengo —dijo María, sin poder contener las lágrimas.

—Lo haremos, se lo prometo.

Lars inspiró hondo, tratando de no emocionarse; sacó un paquete de pañuelos de su bolsillo derecho y se los acercó a María. Era tan fácil ponerse en el lugar de los familiares, y tan difícil aprender a controlar las emociones... Al menos para él. En ese sentido, Erika era mucho más fría y pragmática.

María Cuevas era, además, una mujer de apariencia delicada y frágil; una de esas mujeres que parecen necesitar que las cuiden, aunque, a juzgar por la vida que había llevado, había sido siempre capaz de tirar del carro sin ayuda alguna. Pese a que ya había superado la cincuentena, seguía siendo una mujer muy atractiva y sensual, al menos eso pensó Lars al verla. Siempre se había cuidado mucho, y nunca había dejado que los kilos se instalaran en su más bien pequeño aunque bien proporcionado cuerpo. Sus ojos, expresivos, profundos y de color miel, aquella media melena de color caramelo y sus carnosos e insinuantes labios hacían a aquella mujer más que deseable.

—Hábleme un poco de su hija... —le propuso Lars, intentando que se tranquilizara.

—Es una buena chica... Y además muy guapa... ¿Ha visto su foto? —dijo sacando una fotografía de la cartera.

Lars miró la foto de la chica con detenimiento. Era evidente que aquella joven delgada, sensual y muy elegante era una mujer que no pasaba desapercibida. De hecho, Sandra, aún pareciéndose a ella, era una versión mejorada de su madre. Aquellos hermosos ojazos verde esmeralda y sus profusas y largas pestañas, que a buen seguro hipnotizaban a más de uno, eran probablemente una herencia paterna.

—Muy guapa, sí. De hecho, se parece mucho a usted... —le dijo Lars, intentando ser agradable.

—Sí, eso dicen...

—¿Tiene previsto quedarse unos días en Alesund, o va a regresar a España? —preguntó el inspector, tratando de distender el ambiente y romper aquel incómodo momento.

—Me gustaría quedarme unos días. Imagino que no soluciono nada permaneciendo aquí, pero me hace sentir más útil.

—Lo entiendo, es normal. ¿En qué hotel se aloja?

—En el Quality Hotel Waterfront.

—Es un muy buen hotel, tranquilo y muy céntrico. ¿Había estado antes aquí?

—No, nunca.

—Pues le recomiendo que aproveche para descubrir la zona, le gustará y, al menos, desconectará un poco; aunque imagino que no es fácil.

—Gracias.

—Pero recuerde que necesitamos saber cosas sobre Sandra. Si hoy no se siente con fuerzas, podemos dejarlo para mañana.

—No se preocupe, ya estoy bien —dijo ella, intentando recordar los nombres de los amigos de su hija y cosas que Sandra le hubiese contado—. Sólo necesitaba desahogarme un poco, y le ha tocado a usted...

En ese momento, alguien llamó a la puerta de la sala. Lars se incorporó y la abrió; era Erika, que ya había regresado del depósito de cadáveres. Con un sutil gesto de cabeza le pidió a Lars que saliese de la sala. En sus manos, una carpeta repleta de papeles parecía anunciar que había nueva información sobre el caso.

—Ya tenemos la autopsia de Eduardo —susurró la inspectora, y, antes de entrar en la sala, añadió—: Luego lo comentamos.

—Le presento a mi superior, la inspectora Vinter —dijo Lars, presentando a ambas mujeres.

Tras estrechar la mano de María, Erika tomó asiento frente a ella.

—Estaba tratando de que la señora Cuevas me explicase un poco cuál era el entorno de su hija. Amistades, compañeros de trabajo..., esas cosas. Aunque por lo visto no hablaba demasiado con ella.

—¿Le puedo hacer una pregunta...? Si no es indiscreción, claro —interrumpió Erika—. Deduzco por su apellido que es el mismo que el de su hija, que no existe un señor Cuevas...

—No, no lo hay. Me quedé embarazada muy joven, y el padre no quiso hacerse cargo, así que le puse mis apellidos a Sandra. De hecho, no he vuelto a saber nada más de él, y ni ganas, la verdad.

—Perfecto —dijo la inspectora—. ¿Cree que puede haber algún motivo para que ahora hubiese decidido regresar o ponerse en contacto con ella?

María pareció sorprendida.

—No, no..., qué va. Hace siglos que no sabemos de él. ¿Por qué habría de regresar?

—Claro, lo entiendo. No se preocupe, sólo es una pregunta de rigor, nada más —respondió Erika.

—Si pudiese hablarnos un poco de las amistades de Sandra... —insistió Lars, retomando sus preguntas.

Al salir de la sala de interrogatorios, Espen Holt, el superior de Erika, se acercó a ellos, algo contrariado, para comentar lo ocurrido en el depósito. Como Erika esperaba, aquello le había parecido sorprendente y le hacía sentir que la situación no estaba bajo control.

—Inspectora Vinter —soltó sin más mientras se acercaba—, ¿cómo demonios puede desaparecer un cuerpo del depósito de cadáveres?

—¿Ya se ha enterado, comisario?

—¡Cómo no voy a enterarme, si todos en la comisaría hablan de ello! No parece que tenga la situación bajo control, cosa que me extraña en su caso, inspectora. Resuelvan esto cuanto antes, o seremos el hazmerreír de todo el cuerpo —y regresando ya a su despacho, añadió—: ¡Es prioritario!

—Pero no es culpa mía, yo no controlo el depósito —exclamó Erika, siguiéndolo por el pasillo.

—Como si lo fuera, ¿me oye? —dijo el comisario con contundencia—. Estas cosas no pasan en Alesund, y menos en mi comisaría.

Espen era un hombre duro e inflexible que nunca se daba por vencido. Para él no existía el término fracaso ni nada que se le pareciese. Asumía como suyos todos los errores de su equipo, y eso lo llevaba a ser especialmente crítico con la falta de empuje o de competencia profesional. Fuera de la comisaría, podía parecer un hombre afable, educado y considerado con su gente, pero todos los policías que trabajaban con él sabían que eso no era así. No podía decirse que fuese un mal jefe; en general, el equipo estaba contento con la forma en que llevaba la comisaría, aunque a veces podía ser especialmente intransigente, algo irrespetuoso y severo en sus formas. Su mirada era fría y cortante, y su aspecto el de alguien a quien ya no le importaba perder cosas, si con ello ganaba la batalla. Quizás ese talante tan duro e intransigente y esa frialdad implacable los había adquirido tras la muerte de su hija. La pequeña sólo tenía cuatro años cuando un conductor ebrio los embistió una noche regresando a su casa, llevándose por delante la vida de la pequeña Susan. Para Espen, aquel golpe supuso una pérdida total de fe en la vida, y posiblemente de cualquier tipo de creencia que le hiciese pensar que existía un ser superior que velase por el bien de los mortales. Aquel mazazo terminó también al cabo de un año con su matrimonio, y le convirtió en el ser duro y malhumorado que buscaba rellenar el vacío de su vida con el trabajo, y que a duras penas se soportaba a sí mismo.

* * *

Debían de ser cerca de las ocho cuando María llegó a la recepción del hotel. A aquella hora de la tarde, el sol seguía luciendo a media altura, aunque bastante más tenue y sutil que por la mañana. Con aquella luz, el paisaje adquiriría matices casi oníricos, despintando progresivamente las paredes del níveo blanco y tiñéndolas de un jugoso carmesí.

Algo cansada, María subió a su habitación dispuesta a darse una ducha rápida y llamar a Miguel para ir a cenar, tal como habían quedado al mediodía. El padre de Eduardo, que conocía bastante bien la zona, había reservado mesa en uno de los mejores restaurantes de pescado del centro. El hecho de no estar sola allí, en un país desconocido y en aquella desgarradora situación, era de agradecer. María se estremeció con sólo pensar qué hubiera sido de ella si hubiese tenido que pasar por aquello sin compañía.

—Ya estoy de vuelta en el hotel —dijo María en cuanto Miguel descolgó.

—¿Te parece bien quedar en media hora abajo, en el vestíbulo? —respondió Miguel, que ya hacía un rato que había regresado.

—Perfecto.

Cuando María apareció en recepción, Miguel ya estaba esperándola. Se dirigieron al bar del hotel, y en cuanto se sentaron las preguntas no se hicieron esperar.

—¿Cómo que ha desaparecido el cadáver? —preguntó María, horrorizada por la noticia.

—En su lugar han dejado otro fiambre, un hombre de mediana edad al que le habían rajado el cuello y le habían sacado la lengua justo por la incisión.

—¡Dios! Pero... ¿en qué andaba metido tu hijo? No sé..., es todo muy macabro, ¿no crees?

—Pues bien, no lo sé, María, yo tampoco entiendo nada. Siempre había sido muy buen chico, nunca nos dio ni un solo problema. Era un chico sano, muy responsable, buen estudiante, deportista...

—Ya.

—¿Y a ti te han dicho algo sobre Sandra? Igual sabes más que yo, porque lo que es a mí, después de lo de la morgue, poco me han contado...

—No saben nada de ella, y además tampoco tienen clara la posible relación entre su desaparición y el asesinato de Eduardo.

A Miguel le parecía sorprendente que la policía considerara siquiera que los casos no estuvieran relacionados.

—Sería demasiada casualidad que fuesen dos sucesos independientes, ¿no crees?

—Sí, sería extraño, la verdad. ¿Sabes una cosa? —dijo María con tristeza.

—Dime.

—Que me han hecho sentir una mala madre. Me he dado cuenta de que sé muy pocas cosas sobre la vida de mi hija. Quizá no le he prestado toda la atención que debería.

—¿Y crees que eso es ser mala madre? Sandra es una mujer muy independiente, no creo que sea sólo cosa tuya.

—La tuve muy joven y sola, y se me hizo todo una montaña, fue muy difícil. En cuanto creció y salió de casa, sentí que era mi oportunidad para recuperar mi vida y quizá..., quizá me alejé demasiado de ella —respondió María, sin poder evitar sentirse mal por ello.

—No me parece que debas culparte, la vida ya es bastante jodida como para que nos culpabilicemos de cosas así —dijo Miguel, tratando de tranquilizarla.

—¿Y tú? ¿Qué pasó con la madre de Eduardo?

—Encontró a otro hombre hace más de seis años, y se fue para no volver. Ni yo ni Eduardo supimos más de ella.

—¿Cómo puede una madre desaparecer de ese modo y olvidarse de un hijo? —preguntó María, absolutamente asombrada por aquella información—. Es algo que no alcanzo a comprender...

—Eso me pregunté yo, y lo mismo se preguntó mi hijo durante años. Nunca hemos vuelto a saber de ella.

—Vaya...

—Fue una época muy dura, en especial para Eduardo, que dudo que jamás la haya perdonado por desaparecer de su vida de ese modo.

—No me extraña.

Tras un breve silencio, Miguel preguntó:

—¿Y ahora qué tienes pensado hacer? ¿Regresas a casa, o te quedas unos días por aquí?

—Quiero quedarme unos días. Aunque ya sé que no sirve de nada, tengo la sensación de ser más útil estando aquí. En casa enloquecería, me subiría por las paredes. De hecho, he pedido unos días de vacaciones a cuenta en mi trabajo para poder quedarme. Aquí estaré mejor.

—Pues, si te apetece, estaré encantado de enseñarte la zona. La verdad es que, desgraciadamente, yo tampoco tengo mucho más que hacer, y conozco muy bien esta pequeña ciudad y sus alrededores.

—Te agradezco mucho tu ofrecimiento. Igual te tomo la palabra. En realidad, supongo que no sabría qué hacer, aquí sola tanto tiempo —respondió María.

—Para mi será un placer hacerte de cicerone.

Tras la marcha de María Cuevas, Erika y Lars aprovecharon para comentar con calma el interrogatorio y el informe de la autopsia.

—Parece que la señora Cuevas no tenía demasiado contacto con su hija... —apuntó Lars.

—Eso parece. Sea como sea, deberíamos pedir que se interrogue a esas cinco o seis personas cercanas a ella.

—Sí, el exmarido, tres amigas y un par de compañeros de trabajo —enumeró Lars, repasando sus notas.

—Mañana pasaré la información de todos ellos a la Interpol. A ver si conseguimos algo.

—Bueno, ¿y qué dice el informe de la autopsia? —preguntó Lars, que ya sentía verdadera curiosidad por saber el resultado.

Erika acercó la carpeta a su compañero para que pudiese leer el informe con detenimiento. Siempre era algo tedioso leer aquellos informes repletos de datos y términos médicos casi indescifrables, pero esta vez la curiosidad le hizo devorarlo en pocos minutos. La autopsia, tal como Erika sospechaba, venía a confirmar lo que ella había conjeturado desde el primer instante: que Eduardo había sido asesinado el viernes 21 de junio, para ser más precisos entre las seis y las siete y media de la tarde. La muerte había sobrevenido por asfixia, y no por la ingente pérdida de sangre, como podía parecer a simple vista. Por otra parte, según el informe se habían detectado altas tasas de algún tipo de barbitúrico en el cuerpo de la víctima, lo cual hacía suponer que, antes de atar a Eduardo a la cama, el asesino lo durmió para facilitar las cosas. Eso no encajaba para nada con las prácticas de la mafia, a cuyos miembros no les hacía falta dormir a nadie para atarlo por la fuerza. Normalmente hubiesen reducido al individuo a golpes entre varios, o lo habrían llevado hasta el catre a punta de pistola. Era evidente que aquel asesinato era obra de un individuo que conocía bien a Eduardo, pues, de otro modo, le hubiese sido difícil entrar en su casa sin forzarla y hacerle beber aquella sustancia sin levantar sospechas. Sin duda alguna, el barbitúrico debía de haber sido mezclado con alguna bebida, de manera que la víctima no fue consciente de que lo estaba consumiendo. Por otra parte, estaba claro que el asesino pretendía por algún motivo emular a la mafia. Un individuo que seguramente no sabía utilizar ni tenía un arma de fuego, y que en ningún caso usó la fuerza para reducir a la víctima. Aun así, las incisiones realizadas eran extraordinariamente perfectas, tanto que parecían hechas por un cirujano o por alguien con conocimientos médicos y especialmente cuidadoso y refinado en sus formas. La mafia no se tomaba tantas molestias, ni contaba entre sus filas con especialistas de ese tipo ni nada parecido. Sin embargo, el cadáver de la morgue seguía un patrón absolutamente distinto. Estaba lleno de contusiones, magulladuras y cortes por todas partes, algo bastante más frecuente, y la incisión que lucía en la garganta era mucho más burda. Ese asesinato sí parecía seguir el método clásico de los grupos mafiosos. Erika repasaba una y otra vez todos los datos que tenía en su cabeza, sabiendo que aún le faltaban piezas. Aquel caso estaba desafiando su inteligencia y su paciencia al mismo tiempo. Sus ganas por resolverlo hacían que no pudiese parar de pensar en ello a todas horas.

Lo único que tenía claro, al menos por ahora, era que ya no había duda alguna de que el resto de mensajes enviados a Sandra desde el móvil de Eduardo, posteriores al viernes, no habían sido escritos por él, tal como había imaginado la inspectora. Alguien se había tomado la molestia de suplantarle para seguir chateando con Sandra como si nada hubiera ocurrido.

—¿Crees entonces que hay dos asesinos distintos? —preguntó Lars, intrigado por aquellas deducciones.

—Es probable, aunque retorcido. Y en cualquier caso, no consigo entender el sentido del segundo cuerpo, ni el vínculo que puede haber entre ambas víctimas.

—Habrá que esperar a la otra autopsia, y a que identifiquen al sujeto.

—Si fue la mafia quien terminó con el segundo individuo, ¿por qué y para qué el cambio de cadáveres? —masculló Erika, cuya cabeza iba a cien por hora—. ¿Qué relación hay entre Eduardo y la mafia?

—Creo que aún nos falta información para responder a esa pregunta. Tal vez mañana nos llegue alguna respuesta de la Interpol y de la policía española. Cuando consigamos más información sobre Sandra...

—Lo que está claro en el caso de Sandra —lo interrumpió Erika— es que llegó a Alesund y recogió su equipaje, pero ningún taxista reconoce haberla llevado. Alguien tuvo que recogerla, y forzosamente tenía que ser alguien que no levantara sus sospechas.

—Y ese alguien no fue Eduardo...

—Para mí, existen dos posibilidades. O que fuese alguien que quisiese hacer desaparecer a Sandra, independientemente de Eduardo, o que fuese alguien que quisiera seguir con el plan establecido para no levantar sospechas antes de tiempo, y para ello necesitaba que Sandra no cambiase sus planes.

—Ambas explicaciones tienen sentido, aunque me parece más sencilla la segunda. Quiero decir que pensar en dos móviles distintos y dos criminales actuando en paralelo parece algo menos verosímil, ¿no crees?

—Sí, aunque de entrada prefiero no descartar ninguna hipótesis —afirmó Erika.

—Bueno, creo que por hoy ya tengo suficiente. ¿Te das cuenta de que siempre cerramos la comisaría nosotros dos?

—Eso me temo, Lars, eso me temo.

Ambos se miraron, cansados, y empezaron a recoger sus cosas. Lo cierto es que se había hecho muy tarde, y salir de la comisaría a altas horas se había convertido de un tiempo a esta parte en algo habitual. Aquellas más que frecuentes jornadas interminables eran parte del fracaso sentimental y personal de ambos, y los dos lo sabían. Tanto Lars como Erika se habían habituado ya a ese tipo de vida algo desorganizada y centrada casi de forma exclusiva en su trabajo, y tampoco echaban de menos una realidad convencional, con pareja y niños correteando a diario por el salón de casa. En el caso de Erika, quizás hubo un período, años atrás, cuando se casó con Tom Rohde y todavía soñaba con crear un hogar ideal, en el que aquello pudiese haber encajado con sus deseos, pero para Lars aquella jamás había sido una opción. Su carácter algo huraño e independiente difícilmente hubiese podido gestionar una realidad familiar al uso. Para Lars, incluso el hecho de mantener una relación sentimental por un largo período se convertía en algo excepcional que terminaba por agobiarlo. Con los años, se había convertido en algo así como un ermitaño. A veces

Erika incluso dudaba de que la vida sexual de su compañero contemplase la inclusión de mujeres que no fuesen de pago. Tampoco parecía nada fácil que ninguna mujer estuviese dispuesta a convivir con un hombre tan poco sociable y con tantas manías y rarezas. Por su parte, Lars, consciente de lo huraño de su carácter y de que difícilmente compartiría su vida con nadie, temía como una de sus peores pesadillas la idea de la jubilación. Sólo pensar que la única y principal razón de su existencia pudiese esfumarse de la noche a la mañana le provocaba tal desasosiego, semejante sensación de abismo, de vacío, que sentía que podía hasta enfermar de terror.

—¿Sabemos ya algo de las cintas de las cámaras de seguridad del aeropuerto? —preguntó Lars, que empezaba a inquietarse por la falta de avances en la investigación.

—Se supone que esta mañana los compañeros de la Científica empezaban a revisarlas; en cuanto tengan algo, nos lo pasarán. Espero que no tarden mucho.

—Ojalá se vea con claridad con quién se fue Sandra. Si no es así, no tendremos ninguna pista.

—Me temo que, sea quien sea, es un profesional, y dudo que cometa ese tipo de errores, ¿no crees? —afirmó Erika, que sospechaba que las cintas no les ayudarían demasiado.

CAPÍTULO 5

LOS FIORDOS

Las mañanas en aquella parte del país, incluso en pleno verano, solían ser algo frías y desapacibles. Sólo a medida que el sol se iba levantando y el cielo se iba abriendo se generaba un atisbo de tibieza en aquel verde paisaje. Para los habitantes de Alesund, eso era una mañana cálida, incluso calurosa; para María Cuevas, que se puso una chaqueta fina sobre sus hombros, era un día casi gélido. Debían de ser más de las diez de la mañana cuando María bajó, todavía somnolienta, al vestíbulo del hotel. Miguel, que ya había desayunado hacía más de dos horas y había ido a recoger, con permiso de la policía, el coche de su hijo, la esperaba leyendo tranquilamente la prensa internacional. En el exterior, la densa bruma del amanecer ya había empezado a escampar, y un fresco y reconfortante aroma a mar recorría la entrada del hotel. A aquella hora, el vestíbulo parecía un hervidero de gente entrando y saliendo. Al verla aparecer, Miguel levantó la vista del periódico y, sin dudarle un instante, se incorporó para salir a su encuentro.

—Buenos días, María, espero que hayas dormido bien... Imagino que querrás desayunar algo.

—Creo que lo tengo un poco difícil; ya deben de haber cerrado el comedor a estas horas, ¿no?

—El comedor tal vez sí, pero no la cafetería. No te preocupes, yo te acompaño y así aprovecho para tomarme otro café.

—¿A qué hora te has levantado?

—Mejor no quieras saberlo. La verdad es que nunca he sido de aguantar mucho en la cama, pero ahora, dada la situación, duermo francamente mal.

—Ya me lo imagino.

—He hablado con la policía para preguntarles si podía usar el coche de mi hijo, de modo que tenemos un vehículo a nuestra disposición —explicó Miguel con una agradable sonrisa.

También le habían dicho que ya no había duda alguna de que el resto de mensajes enviados desde su móvil a Sandra, posteriores al viernes, no habían sido escritos por él, tal como habían imaginado. Alguien se había tomado la molestia de suplantarle y seguir chateando con Sandra como si nada, pero prefirió no decirle nada a María por el momento, para que pudiera desayunar tranquila.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó ella, sin atreverse a insinuar que la acompañara a dar un paseo por la zona.

—Pues tenía pensado enseñarte todo esto; bueno, si te apetece, claro...

—Muchas gracias, no sabes cuánto lo necesito —respondió María, asintiendo con aquella sonrisa tan dulce que la caracterizaba.

Después de desayunar, salieron del hotel y se dirigieron al coche de Eduardo. Aquel Nissan Qashqai de color granate era perfecto para las carreteras y caminos de la zona, sobre todo si, como solía hacer Eduardo, a uno le gustaba meterse por pistas de montaña o subirse a las cimas de algunos montes medio nevados.

Miguel condujo sin prisa en dirección al mirador Fjellstua que, situado en lo alto del monte Aksla, ofrecía unas vistas magníficas de la ciudad y de todo el archipiélago. Un total de cuatrocientos dieciocho escalones hasta la plataforma panorámica que, afortunadamente, pudieron evitar, gracias a que ahora tenían un vehículo a su disposición. Allí arriba había un bar con mesas y bancos de madera de teka, donde la gente, que solía llegar exhausta, podía descansar un rato tras la caminata. Estaba claro que las vistas desde el mirador compensaban con creces el ascenso porque, desde allí, la ciudad parecía una recreación de un escenario de película.

Miguel aprovechó aquella parada para explicarle a María algo más sobre Alesund. Siempre había sido un magnífico anfitrión y, aunque aquella no era su tierra, la conocía lo suficientemente bien como para enseñársela a María. Ya ni recordaba cuántas veces había estado en aquella ciudad, visitando a su hijo. Recorrerla sin él iba a ser algo muy duro, pero también era una forma de rendirle homenaje.

—En 1904, la ciudad se incendió; aquello todavía se recuerda como uno de los incendios más terribles de Noruega —comentó señalando algunos edificios—. Por suerte, Guillermo II de Alemania se encargó de construir una serie de albergues para que todas las personas que se habían quedado sin casa, que fueron muchas, tuviesen un techo bajo el que cobijarse.

María lo miraba absorta, sin decir ni media palabra. Lo cierto era que Miguel tenía una forma de explicar las cosas que las hacía interesantes, y a ella le encantaba la historia.

—En apenas tres años, Alesund fue reconstruida como si fuese una maqueta de *Art Nouveau*. Y a día de hoy, sigue teniendo ese encanto digno de un cuento, con sus pintorescos y hermosos canales, sus calles empedradas, sus fachadas pintadas de colores... Y todo ello, como puedes comprobar, en medio de un paisaje idílico. ¿Qué más se le puede pedir a una ciudad?

—Las vistas son exquisitas, preciosas... —contestó ella, admirando el paisaje desde una de las barandillas—. Lástima que la visita no sea precisamente por ocio...

—Si quieres podemos ir a visitar uno de los fiordos de la zona, el de Geiranger. Merece la pena —dijo Miguel, tratando de ignorar aquel comentario. No iba a

permitir que todo aquello les fastidiase la mañana.

—Por mí perfecto; no tengo nada mejor que hacer.

—Está a unos cien kilómetros de aquí, pero es una buena carretera. Podemos alquilar una pequeña lancha, navegar un rato por el cauce y comer allí cerca. Luego, por la tarde, regresamos al hotel...

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. Si hubiera tenido que venir aquí sola... Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

—Lo hago encantado, María. En el fondo, yo también lo necesito, tener compañía es de gran ayuda para mí en estos momentos.

—Lo imagino —dijo ella con gesto apenado—. ¿Has podido entrar en casa de tu hijo?

—No. Sólo me han dejado coger las llaves del coche de la entrada; ya lo habían inspeccionado, y está limpio. También te digo que no sé si quiero ver el lugar donde encontraron... —Las palabras se ahogaron en sus labios, y Miguel miró a María a los ojos: sabía que había llegado el momento de decirle lo que le había contado la policía—. Verás... Esta mañana..., en fin, los inspectores me han dicho que ya no tienen ninguna duda de que los mensajes posteriores al viernes enviados a Sandra desde el móvil de Eduardo no habían sido escritos por él. Al parecer, alguien se había tomado la molestia de suplantarle para poder seguir chateando con ella como si nada...

Por unos instantes, se hizo un silencio algo embarazoso entre ambos; ninguno de los dos quería pensar en la verdadera razón de su estancia en Noruega, ni en lo que todavía les podía quedar por vivir. Miguel revisó su teléfono móvil para comprobar si tenía algún mensaje, pero no era así. Todavía no había novedades.

—Si queremos ir a Geiranger, deberíamos apresurarnos —dijo mirando su reloj, consciente de que debían salir cuanto antes para llegar allí antes de la hora de comer—. Tenemos un buen trecho por delante.

—Tú mandas.

Aquel paisaje verde y boscoso que los acompañaba a lo largo del camino, rodeado a ratos del azulado y cristalino mar, era un verdadero regalo para los sentidos. María miraba embelesada por la ventanilla del coche, tratando de no pensar en nada más. Sin embargo, de vez en cuando su subconsciente la traicionaba, y la idea de no volver a ver a Sandra hacía que su corazón se retorciese de dolor en su interior. Durante unos segundos, recordó el día en que tuvo a su hija. Había estado a punto de darla en adopción, pero, en el último instante, algo en su interior la hizo rectificar. Cuando la comadrona puso a aquel pedacito de carne rosada sobre su pecho, supo que ya no podría despegarse de ella jamás. Estaba sola, y su miserable sueldo a duras penas le daba para mantenerse a flote, pero en cuanto la vio supo que haría lo que fuese para salir adelante y tenerla a su lado. Y así fue. Durante algunos años, no encontró otro modo de dar de comer a su hija que vendiendo su cuerpo; algo de lo que no se sentía demasiado orgullosa, y que Sandra vivió de forma traumática y jamás le perdonó. Ése fue el motivo real por el que su hija se fue de casa en cuanto

pudo, y la razón principal de la falta de entendimiento entre ellas. Siempre pensó que, con los años, Sandra terminaría por entenderla, pero por desgracia nunca fue así.

—El fiordo de Geiranger es sólo un brazo del gran entramado que comienza al sur de Alesund —dijo Miguel, tratando de dar conversación—. De hecho, la mayoría de los fiordos son tan profundos que incluso es posible la navegación de los grandes buques por sus aguas, de modo que pueden llegar hasta cualquiera de las poblaciones costeras.

—Ajá... —respondió ella, que parecía estar ausente.

Viendo la respuesta de María, Miguel comprendió que no estaba de humor para hablar, que posiblemente su mente seguía dándole vueltas a la desaparición de Sandra. Así que, siendo prudente, volvió a quedarse en silencio. Tampoco él se sentía con fuerzas como para sacarla de aquel estado de letargo, porque eso significaría hablar de todo ello, entrar en detalles y elucubraciones... En un intento de que aquel mutismo fuese más llevadero, conectó la radio y puso música de fondo. Por suerte, ya quedaba poco para la primera parada.

—Ya hemos llegado al ferri —apuntó al rato, rompiendo el estado casi hipnótico en el que parecía sumida su compañera—. Ahora entraremos con el coche y, si te apetece, subiremos a cubierta.

—Perfecto —respondió ella de forma monosilábica.

El recorrido en transbordador duraba poco, pero las vistas desde cubierta eran francamente sublimes. Durante el trayecto, ninguno de los dos dijo nada. La brisa acariciaba con sutileza los cabellos de María, que parecían haber iniciado una danza casi poética alrededor de su rostro. Miguel, que había hecho aquel recorrido en diversas ocasiones con su hijo, no podía dejar de pensar en él. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contener las lágrimas.

—Deberíamos ir bajando de nuevo al coche, ya casi hemos llegado —dijo cuando se acercaban al embarcadero.

Subieron al coche y emprendieron nuevamente la marcha. Tras unos tres cuartos de hora de conducción, llegaron al fiordo de Geiranger. El embarcadero estaba rodeado de una especie de hotel rural que disponía de varios bungalós a lo largo de la orilla de río. Miguel, que conocía bien aquello, aparcó el coche al lado de la caseta de alquiler de embarcaciones.

—¿Has montado antes en zódiac? —le preguntó a María.

—Un par de veces, que recuerde. Un verano, de jovencita, en el que me empeñé en aprender *windsurf*.

—¿Te gustan los deportes de vela?

—¿A mí? ¡Qué va! Lo que me gustaba era el chico que daba las clases —explicó ella riendo—. De hecho, apenas aprendí a mantenerme sobre la tabla. Fue el dinero peor invertido de mi vida.

—Pero al menos conseguirías al chico, ¿no?

—Ni tan siquiera eso; ya tenía novia.

Por primera vez desde que habían llegado a Noruega, ambos rieron con ganas.

—Pues creo que lo mejor será que conduzca yo la zódiac —dijo Miguel, ayudándola a subir a la embarcación.

Aquel impresionante fiordo estaba rodeado de majestuosos picos nevados, de espectaculares cascadas y de una más que tupida vegetación. A ambos lados, en las laderas, numerosas granjas centenarias, la mayoría de ellas abandonadas, daban un toque aún más pintoresco a aquel delicioso paisaje. Ver aquellas construcciones tan cercanas al borde del precipicio daba hasta algo de vértigo. María no podía evitar imaginarse a un crío corriendo por aquella peligrosa ladera.

—Este fiordo alberga una hermosa leyenda relacionada con la gran cascada que puedes ver allí al fondo —explicó Miguel, señalando al frente.

—A ver..., sorpréndeme —respondió María, que ahora parecía estar más receptiva.

—Pues verás, dicen que un campesino tenía siete hijas, y un joven que vivía al otro lado del fiordo quiso casarse con la más joven, sin conseguirlo. Intentó entonces casarse con otra de las hermanas, pero tampoco fue correspondido. El hombre, decidido a casarse, probó suerte entonces con cada una de las restantes hermanas, pero ninguna de ellas lo aceptó como esposo.

—Vaya...

—Se dice que, entonces, el joven hizo un sacrificio para que los dioses las convirtieran en cascadas, y que esos siete brazos que parten de una misma fuente de agua nos recuerdan la historia. Aquella cascada que tenemos enfrente es la del pretendiente, pues cuentan que el joven, desilusionado por tantos rechazos, se dio a la bebida, convirtiéndose él mismo en cascada frente a sus siete amadas. De hecho, si te fijas, esa cascada, al abrirse en dos brazos, deja en medio un espacio que se asemeja a una botella.

—Bonita historia —dijo María embelesada, que no paraba de mirar a todos lados sorprendida con aquel espectacular enclave.

—Daremos la vuelta al fiordo allí donde se ramifica, y regresaremos para ir a comer. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

Eran cerca de las dos del mediodía cuando regresaron al embarcadero y, aunque el sol brillaba en lo alto, la humedad, y más al ir en marcha sobre la motora, se calaba hasta los huesos, dejándolo a uno prácticamente helado. María, que no paraba de frotar sus manos contra sus entumecidos brazos, agradeció que aquel paseo por el fiordo hubiese llegado a su fin. Sus manos y su cara, enrojecidas, parecían dos cubitos de hielo.

—Debería haberte dicho que cogieras un anorak. Yo soy muy caluroso, y lo cierto es que nunca pienso que los demás puedan pasar frío.

—Tranquilo, no pasa nada. A pesar de todo, el recorrido ha merecido la pena. Estos parajes son casi hipnóticos...

Tras devolver las llaves de la motora en la caseta de alquiler, cogieron el coche de nuevo y, bordeando las montañas, se acercaron a un pueblo cercano que estaba al otro lado del fiordo. Daba igual a dónde fueran, parecía que cualquier rincón de aquellas latitudes hubiese de tener aquel no sé qué tan especial que convertía un paisaje bonito en uno de embriagadora belleza. Sentados en una terraza de aquel entrañable pueblecito, ambos parecieron volver de golpe a la cruda realidad.

—¿Cuándo piensas volver a casa? —preguntó Miguel, sabiendo que la estancia de María allí no iba a solventar nada.

—No lo sé, Miguel, pero soy consciente de que tarde o temprano tendré que hacerlo. Tengo que volver al trabajo, y aquí tampoco puedo ayudar mucho...

—Te entiendo perfectamente, imagino que no es fácil. El hecho de no saber qué está pasando puede llegar a ser realmente angustioso.

—No sabes lo que daría por..., por...

María rompió a llorar de forma desconsolada. Había intentado contenerse, pero aquella pregunta, aquel simple comentario, hizo que algo dentro de ella detonara. Miguel, que probablemente tenía más razones que ella para derrumbarse, trató de mantenerse sereno y la abrazó, intentando consolarla. Apenado, se esforzó en buscar en su interior alguna frase que pudiera aliviarla.

—Aparecerá tarde o temprano, María... —acertó a decir.

«¿Como lo hizo tu hijo?», pensó María, que bajó la cabeza y omitió verbalizar aquella respuesta tan cruel. Lo cierto es que, en su interior, no podía dejar de pensar que, si no hubiese sido por aquella estúpida invitación, su hija estaría a salvo.

Sentados en una de las terrazas desde las que se podía observar el fiordo, ambos se quedaron pensativos. Era como si, tras una mañana de agradables emociones, la tarde estuviese torciéndose por momentos. El trayecto de regreso a la ciudad transcurrió nuevamente casi en un mutismo absoluto, salvo por la música de fondo. De pronto, cuando apenas quedaban diez minutos para llegar a Alesund, el móvil les alertó a ambos a la vez de que habían recibido un mensaje. María abrió su teléfono y, viendo que el mensaje era de la inspectora, lo leyó en voz alta.

—«Hola, soy la inspectora Vinter. Necesitamos que vengan sin falta mañana a las diez a comisaría. Gracias».

—Supongo que yo tendré el mismo mensaje —dijo Miguel, que no quería apartar la vista de la carretera.

—¿Crees que habrán descubierto algo?

—A saber, pero mejor no te hagas muchas ilusiones... —contestó Miguel, mirando de protegerla.

—Tienes razón —dijo María, exhalando un largo suspiro—. Es como estar inmerso en una pesadilla y no poder despertar. No termino de creerme todo lo que está pasando. En el fondo, pienso que ahora me iré a casa y Sandra me llamará, como cada semana, para hablar un rato.

—A mí me pasa lo mismo, sólo que en tu caso todavía hay esperanzas de que aparezca con vida...

—Lo siento, Miguel... Creo que estoy siendo un poco egoísta.

Él le cogió la mano.

—No, por Dios, no te preocupes... Espero que, al menos en tu caso, todo vaya bien.

* * *

El sol empezaba a descender, dejando aquel vacilante reflejo rojizo en las calles de la ciudad. Lars, que no paraba de dar vueltas por la sala como un animal encerrado, se sentó finalmente en la esquina de la mesa de Erika, pensativo. Era ya tarde, pero él ni tan siquiera sabía en qué hora vivía. De hecho, los días en que regresaba temprano a casa eran muy pocos. Para Lars, llegar a su apartamento demasiado pronto era casi como un castigo. Su trabajo lo era todo para él, y bajo aquel techo siempre acababa embargándole una desasosegante sensación de vacío.

—¿Quién coge a un mendigo de la calle, lo asesina siguiendo el ritual de la corbata colombiana y se va al depósito de cadáveres a cambiarlo por otro muerto? —preguntó de forma retórica.

—Alguien que quiere dar un mensaje. Pero la verdadera pregunta es: ¿a quién y por qué quieren enviarle ese mensaje? Ahora sabemos que el asesino de Eduardo y el del mendigo son dos personas distintas; la autopsia no deja lugar a dudas. Y eso complica aún más la ecuación —dijo Erika intrigada, tratando de cuadrar las piezas de aquel rompecabezas.

—Y es casi seguro que el segundo asesinato sí es obra de la mafia. ¿Crees que el mensaje es para el asesino de Eduardo, por intentar incriminarlos? —inquirió Lars.

—Es una posibilidad... Pero, de ser así, ¿por qué debería el asesino de Eduardo enterarse del cambio de los cadáveres y de que al mendigo le han hecho la maldita corbata? Es de suponer que esto no va a salir a la luz pública, al menos no mientras la investigación esté en marcha.

—Entonces, ¿crees que el mensaje es para otra persona? —preguntó Lars, sorprendido.

—Estoy casi segura de ello, pero me falta algo.

—Sin embargo, tampoco hay muchas opciones...

—Es cierto, pero no termino de ver ninguna clara —dijo ella, que, como Lars, no dejaba de darle vueltas al asunto.

Su compañero la miró circunspecto, tratando de averiguar qué pasaba por aquella brillante y algo alocada cabeza.

—¿Cuándo nos enviará la Interpol los primeros resultados de la investigación que está llevando a cabo la policía española? —preguntó, cambiando de tercio.

—El encargado del caso me aseguró que, como muy tarde, mañana al mediodía tendríamos resultados —afirmó Erika.

—Quizá por ahí podamos avanzar en algo, porque, si en los dos asesinatos andamos perdidos, en la desaparición de Sandra no tenemos por dónde empezar.

—No me lo recuerdes —replicó Erika con cara de pocos amigos.

—Sea como sea, alguien tuvo que recoger a Sandra en el aeropuerto sin levantar sospechas. Es decir, tuvo que convencerla de que estaba ahí en nombre de Eduardo.

—O era alguien conocido...

—¿Conocido? ¿En Noruega?

—De momento, no debemos descartar ninguna hipótesis.

En ese preciso instante, un agente de la Científica entró en la sala buscando a la inspectora Vinter.

—Tenemos los fragmentos de la grabación de las cámaras de seguridad del aeropuerto —dijo sin más.

—¿Y? —contestó Erika, expectante.

—Parece que la chica se va con otra mujer; y aparentemente se conocían, por la forma en que se abrazan.

—¿Hemos identificado de quién se trata?

—Por las imágenes, imposible. Lleva un chaquetón tres cuartos de pelo, con una capucha que le cubre convenientemente el rostro...

—¡Mierda! —exclamó Erika.

—Además, por su forma de colocarse parece que es plenamente consciente de la posición de las cámaras —añadió el agente—. Aquí os dejo un *pendrive* con las imágenes...

—Gracias. Buen trabajo.

Lars y Erika cruzaron una mirada de preocupación; aquéllas no eran las buenas noticias que esperaban. Parecía como si los elementos se aliaran para complicar cada día más aquella investigación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lars.

—Habrá que pensar qué mujer conocida de Sandra podría estar aquí en Noruega.

—¿Te parece si miramos las imágenes? Igual vemos algo que ellos no han visto —dijo el inspector, tratando de darse ánimos.

—Sí, será lo mejor...

Erika introdujo el *pen* en su ordenador y abrió el archivo. Ambos miraron atentamente las imágenes que aparecían en la pantalla. En ellas, se veía primero a Sandra recogiendo su maleta en la cinta del aeropuerto, y saliendo después con su maleta a la zona externa, donde los familiares y los chóferes esperaban a los pasajeros. Allí, de espaldas a la cámara, una mujer de no más de metro setenta, ataviada con un abrigo tres cuartos de pelo con capucha, levantaba la mano saludando para que Sandra se acercase a ella. La periodista española parecía sorprenderse al verla, pero se acercó a ella entusiasmada y sonriendo, y la abrazó efusivamente como

si la conociese de toda la vida. Estaba claro que no era para nada una extraña. Luego, ambas salían andando del aeropuerto hablando tranquilamente, pero ninguna de las cámaras conseguía captar el rostro de la sospechosa. Era evidente que aquella misteriosa mujer sabía qué debía hacer para no salir en ninguna de las imágenes, y que tenía perfectamente claro dónde estaban las cámaras. Había estudiado la escena, y sabía muy bien lo que estaba haciendo. Las cosas se complicaban. Sin saber qué aspecto tenía la persona que aparecía en las imágenes, sólo les quedaba recurrir a las listas de pasajeros de los vuelos para tratar de verificar su identidad y establecer alguna relación con Sandra. Por otro lado, las cámaras de seguridad tenían una memoria de setenta y dos horas, con lo que cabía suponer que las imágenes de la llegada a Alesund de aquella mujer ya no estarían disponibles, pues probablemente habría llegado antes incluso de la muerte de Eduardo. Todo parecía volverse en su contra.

* * *

Martes, 8 de junio

Sigo sentada aquí, sobre este incómodo y andrajoso jergón, y cada vez se me hace más difícil mantener la calma; el pesimismo me invade, y me siento frágil y expuesta. Escribir está empezando a no servirme de nada. Tengo la sensación de ser como un animal salvaje encarcelado que no para de dar vueltas sobre sí mismo, tratando desesperadamente de buscar la forma de huir. No tengo ni idea de quién puede ser el responsable de este absurdo encierro, pero está claro que parece haberse olvidado completamente de mí. Hace al menos un par de días que estoy aquí, encerrada, sola, y nadie ha hecho acto de presencia. Nunca imaginé que el silencio y la soledad pudiesen afectarnos tanto; necesito ver u oír a otras personas si no quiero enloquecer.

¡Si al menos supiese cuál es el motivo de todo esto! Apenas me queda un poco de agua y un miserable pedazo de pan duro, y empiezo a temer que éste va a ser mi fin. Mi estómago no deja de retorcerse de hambre y no parece que nadie vaya a venir a ocuparse de mí.

Sigo sin recordar nada de lo ocurrido después del vuelo a Alesund, probablemente el golpe que me dieron en la cabeza o alguna sustancia posterior han hecho que sufra de amnesia parcial. Sólo recuerdo que recogí la maleta y que me dirigía con ella hacia

la salida... En cualquier caso, tengo motivos más que suficientes para darme cuenta de que me he puesto yo sola en peligro, y que esta situación podría ser la consecuencia de mis propias acciones y de los riesgos que he tomado. Me he quedado horas arrimada a la puerta, intentando afinar al máximo el oído para saber si había alguien al otro lado, pero no se oye ni un alma, salvo por algunas rachas de viento azuzando las copas de los árboles, que parecen estar bastante lejos. Es probable que esta casa esté en mitad del campo, aislada, y sin duda hace tiempo que no está habitada. Tampoco creo que haya vecinos cerca, y, de ser así, es altamente improbable que alguien pueda oírme, por mucho que intente gritar.

Estoy casi convencida de que no fue Eduardo quien vino al aeropuerto a por mí; creo que fue una mujer; aunque sólo es una intuición, porque mi mente sigue sumida en una especie de nebulosa. Es una sensación horrible. Sólo viene a mi mente el sutil olor de un perfume algo acaramelado... ¿Vainilla, quizá? ¿Seré capaz de recordar algo más con el tiempo?

Mi única esperanza es que Eduardo, al ver que no llegaba a su casa, haya puesto en alerta a las autoridades locales. Sea como sea, hay algo que no cuadra en toda esta descabellada historia: ¿por qué no me recogió él, tal como acordamos por teléfono? Aunque, por supuesto, es posible que sí lo hiciera, y que Eduardo sea el responsable de este encierro... Pero ¿qué sentido tendría eso? ¿Qué motivos podría tener para hacer algo así?

Mi cabeza va a mil por hora, y ya no sé qué pensar...

Además, aunque Eduardo hubiese advertido a las autoridades y la policía estuviera buscándome, ¿cómo demonios iban a dar conmigo? Nadie sabe lo que me ha pasado, y menos aún dónde estoy. No sabrían por dónde empezar a buscarme... Ni tan siquiera he avisado a mi madre de que iba a hacer este maldito viaje. Ojalá jamás me hubiese animado a venir; quizás ahora estaría en casa, tranquila, tomando una taza de té, y no aquí, encerrada sin saber qué va a ser de mí. Tan sólo Miguel, Cristina y las chicas de la oficina saben que me iba a Alesund. Pero ninguno de ellos va a preocuparse por mí hasta que haya pasado al menos una semana, cuando vean que debería estar trabajando, que no he regresado de mi viaje en la fecha esperada y traten de localizarme.

Las posibilidades de que alguien me rescate son más que remotas, eso está claro. Encontrarme parece una misión imposible, de modo que, o muero aquí, o busco la manera de huir por mis

propios medios. Si tengo que morir, que al menos sea haciendo algo útil. Me niego a irme de este mundo sin presentar batalla.

CAPÍTULO 6

LA INTERPOL

El cielo todavía lucía umbroso, y los titubeantes primeros rayos de luz aún se resistían a mostrarse sobre el horizonte. En las calles casi desiertas había algunos vehículos aparcados, en cuyas lunas el rocío de la mañana dibujaba caprichosos cuadros. Erika llegó a la comisaría más temprano que de costumbre, y sus pasos parecían retumbar en aquellas calles yermas de vida. Estaba ansiosa por leer los informes de la Interpol en cuanto llegaran a sus manos. Siempre que esperaba algo importante, pasaba la noche en vela. Los nervios hacían que diera vueltas y más vueltas en la cama, y era incapaz de conciliar el sueño. Sólo esperaba que aquel informe aportase un poco de luz a todo aquello. Ése iba a ser un caso complicado, y ella lo vislumbraba como un atractivo reto. Lars, que tampoco tardó en hacer acto de presencia, tenía pinta de haber dormido mucho mejor que ella. Aquel hombre parecía poder dormir bajo cualquier tipo de presión. ¿Habría algo que le quitara el sueño?

—¿Ha llegado algo? —preguntó Lars en cuanto entró en la sala.

—Todavía no.

—¿A qué hora hemos convocado al señor Torres y a la señora Cuevas?

—A las diez, todavía hay tiempo. Espero que, para entonces, ya contemos con el informe. Me gustaría tener algo más que meras conjeturas.

—¿Quieres un café mientras tanto?

—Sin azúcar, por favor.

—Si a estas alturas no supiese que lo tomas sin azúcar, iríamos mal —respondió él con sorna.

El tan ansiado correo electrónico con el informe no se hizo esperar demasiado. Erika lo imprimió a toda prisa, pero Lars, mucho más impaciente, empezó a leerlo en la pantalla. La sala quedó en silencio mientras ambos leían. Poco después, Lars apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cabeza, masajeándose la frente:

—¡Bufff! —exclamó levantando las cejas—. Esto se complica por momentos. ¿Crees que Sandra era consciente de lo que había descubierto?

—Es más que probable, aunque dudo que supiera a quién o a quiénes afectaba su investigación. La empresa es lo suficientemente grande como para que aún anduviera algo despistada al respecto.

—¿Y si Miguel Torres fuese uno de ellos?

—Yo también lo he pensado. Sería el móvil perfecto para hacerla venir y desaparecer. Pero eso supondría que padre e hijo actuaron conjuntamente, y entonces el asesinato de Eduardo no tendría sentido... Algo sigue sin cuadrar...

Erika se quedó pensativa, mordisqueándose los labios.

—Por otra parte —intervino Lars—, salvo su padre, tres compañeras de trabajo y una amiga común, una tal Cristina, nadie más sabía nada del vínculo entre ella y Eduardo, por lo que parece difícil que algún conocido recogiese a Sandra al llegar.

—Es cierto... —respondió Erika, ensimismada—. Estaba pensando que quizás esas vacaciones que Sandra se tomó días antes de viajar a Alesund no fuesen gratuitas.

—No te sigo.

—Tal vez trataba de esconder algo o huir de alguien.

—¿De la mafia?

—Es posible.

Erika, que difícilmente se daba por vencida, volvió a releer el informe con mayor detenimiento, como si al volver a hacerlo pudiesen aflorar nuevos datos por arte de magia.

—Supongo que esta vinculación de la empresa y la mafia colombiana estará siendo investigada ahora por las autoridades españolas —dijo Lars.

—Ya, pero no podemos esperar a que lo resuelvan por nosotros, para Sandra sería demasiado tarde. Debemos proceder en paralelo.

Nerviosa, Erika se acercó a la pared en la que colgaba un gran cuadro de corcho con las fotos y datos que iban obteniendo a raíz de la investigación, y repasó detenidamente toda la información. A veces, aquellos monólogos consigo misma la ayudaban a concentrarse.

—Veamos, por un lado, tenemos a Eduardo. Un hombre soltero, con una vida cómoda y sexualmente un tanto ajetreada, que decide invitar a una conocida a pasar unos días a su casa en Noruega. Por otro, tenemos a Sandra, una mujer recién divorciada, que conoce casualmente a Eduardo hace unos tres años gracias a una amiga común, Cristina, y que, invitada por éste, decide venir a pasar unos días a Alesund.

—También sabemos que, casualmente, Sandra trabaja desde hace muchos años con el padre de Eduardo, Miguel, en el Periódico de las Naciones, y que entre ambos existe una buena relación —observó Lars, tratando de ser útil—. Y a eso hay que añadir, gracias al informe de la Interpol, que Sandra estaba investigando un tema de tráfico de drogas y blanqueo de capitales de la mafia colombiana en el que, al parecer, estaban implicadas una o varias personas de su empresa. Y de pronto, se toma unas vacaciones y nadie sabe de ella hasta que las cámaras la detectan en Alesund...

—Lo más fácil sería pensar que Miguel es la persona implicada, y que aprovechara la invitación de su hijo a Sandra para venir a Noruega para hacerla

desaparecer. Pero eso, como ya hemos visto, no encaja de ningún modo con el asesinato de su hijo...

—Tal vez sí.

—¿Cómo?

—Recuerda que, según la autopsia, el asesinato de Eduardo y el del mendigo no han sido llevados a cabo por la misma persona —recordó Lars.

—Tienes razón, pero entonces estaríamos reconociendo que existen dos casos distintos. Por un lado, el asesinato de Eduardo, que no sabríamos ni quién lo hizo ni por qué, y por otro el asesinato del mendigo... como aviso para alguien... —dijo Erika, pensativa.

—Y ese alguien tampoco está claro. Puede ser Miguel, María o incluso la propia Sandra...

—¡Sandra! No había pensado en esa posibilidad, y no es algo descabellado. Es decir, si quien ha asesinado al mendigo no sabe que Sandra ha desaparecido, es posible que ese mensaje sea para ella. Al fin y al cabo, es quien andaba detrás del tema de la mafia colombiana, y quien iba a estar en Alesund a partir del domingo y podía reconocer perfectamente el cadáver...

—Efectivamente, no es descabellado —apuntó Lars, orgulloso de su gran aportación.

—Vale... Imaginemos por un momento que eso es así. ¿Por qué llevar a Sandra hasta aquí, pudiendo asustarla en Madrid? Y una vez aquí, ¿por qué hacerla desaparecer o raptarla? ¿O es que Sandra tiene que ver con ambos asesinatos...?

—Creo que estoy empezando a marearme... —dijo Lars, que, a aquellas alturas del razonamiento de la inspectora, empezaba a perderse.

—Y todavía nos queda por saber quién es la misteriosa mujer que recogió a Sandra en el aeropuerto.

—A la que Sandra, forzosamente, tenía que conocer... Algo todavía más extraño, teniendo en cuenta que Sandra no conocía a nadie en Noruega —añadió Lars.

—Respecto al entorno de Sandra, tampoco veo nada que me llame demasiado la atención. Un exmarido que no ha dado ningún problema, y con el que ni compartía hijos ni bienes materiales...

—Tres compañeros de trabajo que, aunque sabían que Sandra venía a Noruega, no tienen apenas relación con ella fuera del entorno laboral... —apuntó Lars.

—Y un par de amigas más cercanas que están tanto o más preocupadas que su madre.

—¿Qué opinas de esa tal Cristina? —preguntó Lars.

—¿Cristina?

—Sí.

—No sé, ¿debería opinar algo en especial? No hay nada en ella, ni en su entorno, ni en su declaración, que sea extraño o sospechoso.

—Es cierto, pero tal vez sea la única mujer que conociese a Sandra y que pudiera haber viajado a Noruega...

—Muy por los pelos, ¿no crees? —repuso Erika—. ¿Y cuál sería su móvil?

Lars se limitó a encoger los hombros.

—¿Qué hora tenemos?

—Menos diez. Deben de estar al caer —respondió Lars.

—Cuando lleguen, los separaremos en dos salas. Necesitamos saber si la madre de Sandra sabía algo de la investigación de su hija, y también quiero averiguar qué sabe Miguel del tema de la mafia colombiana. Quizás eso nos dé la clave para entender a quién iba dirigido el mensaje.

—¿Quieres que me encargue yo de María Cuevas?

—Perfecto —dijo Erika, que tenía muy claro que sería ella quien interrogara a Miguel.

* * *

En el exterior, el sol ya había hecho acto de presencia y, para cuando María y Miguel llegaron, la temperatura ya era algo más cálida que a primera hora. Lars fue a buscarlos a recepción.

—Adelante. ¿Quieren tomar un café, un poco de agua?

—No, gracias, acabamos de desayunar —respondió María por los dos.

—Si no les importa, preferiríamos hablar con cada uno por separado —dijo Erika, incorporándose y dirigiéndose hacia ellos en cuanto los vio entrar por el otro extremo de la sala—. A usted le ha tocado conmigo, señor Torres.

La inspectora era a veces un tanto brusca. No era un tema de falta de modales, era tan sólo que su propia impaciencia, su aceleración, la llevaban a ir directa al grano sin dar importancia a las formas. Aquellos que la conocían no se lo tenían en cuenta, pero mucha gente solía molestarse con su forma de proceder.

—Iremos a la sala uno —añadió, enfilando ya por un pequeño pasillo, sin comprobar siquiera si Miguel la seguía.

María y Miguel se quedaron mirando a Lars, que se limitó a alzar ligeramente las cejas y los invitó a seguir a la inspectora.

En aquella comisaría había únicamente dos salas de interrogatorios. Una era un poco más grande que la otra, pero ambas compartían aquella horrenda estética minimalista. En ellas tan sólo había una mesa metálica, cuatro incómodas sillas alrededor de la misma, y una cámara en la parte superior de una de las esquinas.

Miguel entró en la sala uno, siguiendo a Erika, y se sentó ante ella al otro lado de la mesa.

—Verá, señor Torres, resulta que la autopsia del cadáver que dejaron en lugar del de su hijo ha arrojado nuevos datos a la investigación.

—¿Ah, sí?

—Sabemos que era un mendigo, y que lo mataron siguiendo los métodos de la mafia colombiana —continuó Erika, mirando a Miguel directamente a los ojos, intentando detectar cualquier pequeño cambio en su actitud—. Eso nos lleva a concluir que no fue asesinado por la misma persona que mató a Eduardo.

—Entonces, ¿qué relación tiene todo esto con mi hijo?

—Bueno, está claro que quienquiera que lo hiciese pretendía enviar con ello un mensaje a alguien... A alguien que, por supuesto, entendería por qué se había producido el intercambio de cadáveres, y que también debía conocer el significado de la corbata colombiana.

—¿La qué colombiana? —preguntó Miguel.

—La corbata colombiana, señor Torres. ¿Acaso no conoce el significado del ritual? ¿No le suena?

—Sinceramente, no estoy muy al corriente de los métodos de la mafia. No es un tema que me interese demasiado...

—Pues debería interesarle, porque tanto el asesinato de su hijo como el del mendigo o bien han sido llevados a cabo por la mafia, o bien por alguien que imita sus técnicas —puntualizó Erika, a quien el aplomo que mostraba el señor Torres le parecía un tanto extraño.

Él no dijo nada, y se limitó a escuchar con atención a la inspectora, tratando de averiguar adónde quería llegar con todo aquello.

—Sea como sea, ya se trate de la mafia o no, está claro que el ritual del asesino de Eduardo pretendía poner de relieve alguna actitud sexual poco honesta por parte de su hijo. En cambio, en el segundo caso, la víctima sólo fue un pobre desgraciado que estaba en el lugar y momento equivocados. En este caso, el mensaje va dirigido indiscutiblemente a una tercera persona.

—¿Y cuál se supone que es ese mensaje?

—Un aviso para que alguien no hable más de la cuenta —respondió Erika, que seguía observándolo con recelo.

—Entiendo... ¿Y a quién creen que iba dirigido?

—No lo sabemos, quizás usted pueda ayudarnos...

—¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso? —exclamó Miguel, sorprendido por aquella sugerencia.

—Piénselo. Más allá del forense y de la policía, usted es la única persona que iba a ver el cadáver. Parece lógico pensar que el mensaje iba dirigido a su persona, ¿no? —subrayó la inspectora, tratando de poner nervioso a Miguel.

—¿Y esto es todo lo que tienen? ¿Simples conjeturas absurdas sobre el padre de la víctima? —soltó Miguel indignado, mientras se levantaba de su asiento dispuesto a abandonar la sala.

—Nadie le ha dicho que pueda levantarse; aún no hemos terminado —replicó Erika en tono poco amigable.

—Yo creo que sí. Y no se confunda, a menos que me lea mis derechos y me diga que estoy detenido, puedo irme de esta sala cuando me parezca —respondió Miguel dirigiéndose hacia la puerta, absolutamente fuera de sus casillas.

—¿Estaba al corriente de la investigación que Sandra tenía entre manos? —dijo Erika, tratando de llamar su atención.

—¿Cómo? —Miguel se detuvo en seco y se volvió hacia ella, intrigado.

—Por lo visto, Sandra había descubierto una importante red colombiana de tráfico de drogas que se estaba instalando en España, y que se servía de una o varias personas de su empresa para operar en el país. Al parecer, se trata de una trama de blanqueo de capitales muy bien orquestada.

Miguel retrocedió y tomó asiento de nuevo. Erika pensó que no daba la impresión de saber nada de todo aquello. Parecía realmente sorprendido, y también preocupado. Cerró los ojos y se frotó la frente con las yemas de los dedos, como tratando de pensar con claridad.

—Deduzco que ustedes han valorado la posibilidad de que yo podría estar involucrado en esa trama...

Erika asintió:

—Tal vez no sea así, pero reconozca que es la hipótesis más lógica. Usted era la única persona que, con toda seguridad, iba a ver el cadáver del mendigo. ¿Me equivoco?

Pensativo, Miguel se cubrió la barbilla con la mano derecha, mientras con los dedos de la otra mano daba ligeros toques sobre la mesa.

—Entonces, ¿es posible que mi hijo haya sido asesinado por su relación con Sandra? —preguntó algo nervioso—. ¿Porque ella andaba tras ese tema de la mafia?

—No lo creemos así, lo de su hijo es otro tema. Estamos casi convencidos de que existen dos asesinos y dos móviles distintos.

—Es decir, que continúan sin tener ni puta idea, y mientras tanto hay una chica desaparecida cuya vida puede estar en peligro —replicó Miguel, bastante molesto con todo aquello.

En la sala contigua, Lars interrogaba a María.

—¿Sabe en qué andaba metida su hija? ¿En qué estaba trabajando últimamente?

—Bueno, como ya les he dicho, mi relación con ella no era muy fluida y, aunque hablábamos al menos una vez a la semana, no me contaba demasiadas cosas de su trabajo.

—Por favor, intente hacer memoria, sobre todo en todo lo relacionado con las últimas semanas —insistió el inspector—. ¿Dijo o hizo algo poco habitual? ¿Algo que le pareciese distinto o un tanto extraño?

María trató de pensar de qué habían hablado las últimas veces, pero no había nada que le llamase especialmente la atención. De pronto, se quedó pensativa, como si hubiera recordado algo:

—No dijo nada diferente a lo acostumbrado, pero sí hizo algo distinto.

—¿Qué, exactamente?

—En las dos últimas ocasiones, me llamó desde un número diferente, no desde el suyo. La primera vez me dijo que su móvil estaba sin batería, y que una compañera le había dejado el suyo; la segunda, que se había dejado el teléfono en casa, y que esa misma compañera se lo había vuelto a prestar.

—¿La llamó al móvil? —preguntó Lars.

—Sí, claro.

—¿Ha borrado el historial de llamadas?

—No, no suelo hacerlo.

—¿Me permite su teléfono?

—Sí, por supuesto —respondió María, desbloqueando la pantalla en un estado casi hipnótico.

—¿Qué día fue el de la última llamada que recibió de ese número? ¿Lo recuerda?

—Creo que fue el martes o el miércoles, antes de venirse aquí.

Lars miró el registro de llamadas de ambos días en busca de un teléfono no identificado.

—¡Creo que lo tengo! —exclamó victorioso, levantándose de su asiento—. No se mueva de aquí, por favor, ahora mismo vuelvo.

Sin dudar, el inspector se dirigió a la sala donde se hallaba la inspectora Vinter. En aquel preciso instante, el señor Torres salía de ella con cara de pocos amigos y, sin cruzar ni una sola palabra con él, se fue directo hacia las escaleras que conducían a la calle.

—¿Ha ido bien? —preguntó Lars arqueando las cejas, intrigado con la reacción de Miguel.

—Bueno, supongo que he tenido interrogatorios mejores —respondió ella en tono irónico—. ¿Y a ti?

Lars se acercó a la mesa y, tras explicarle a Erika toda la conversación que había tenido con María, le mostró el móvil.

—Adelante, llama, a ver quién contesta —dijo ella que, por su tono de voz, parecía saber perfectamente qué iba a ocurrir.

—Está bien —respondió Lars, intrigado por la actitud de Erika, que parecía más un reto que otra cosa. Sin dudar, le dio a la tecla de rellamada.

La respuesta no se hizo esperar:

«El número que ha marcado no corresponde a ningún cliente...».

—Lo sabías, ¿verdad? —dijo Lars con mirada circunspecta.

—Me lo temía, más que nada. Es muy probable que fuese uno de esos teléfonos de usar y tirar —puntualizó ella—. Esto, sin embargo, nos demuestra una cosa: que Sandra sabía que su teléfono podía estar pinchado, y que, además, temía por su vida. ¿Por qué, si no, iba a llamar a su madre desde un teléfono de prepago?

—¿Y aun así decide irse a Noruega de vacaciones? —interrumpió Lars, a quien todo aquello le parecía descabellado.

—Tal vez ella no se las planteara como unas vacaciones, sino como una forma de ocultarse una temporada.

—Parece como si, cada vez que averiguamos algo, la historia se complicase un poco más...

—De todos modos, sigo sin entender qué relación tiene el tema de la mafia y la investigación de Sandra con Eduardo y su historia de amor —masculló Erika, que seguía pensando que faltaba alguna pieza que hiciera encajar todo aquel berenjenal.

—Estás convencida de que, al final, ambas historias estarán relacionadas, ¿no es así?

—Convencida no, pero me cuesta creer que se produzcan dos crímenes tan semejantes sin que tengan relación entre ellos.

—Por cierto, he dejado a la señora Cuevas en la sala de interrogatorio. ¿Le digo que se puede marchar?

—Sí, claro, y devuélvele su teléfono móvil. Con tener a uno cabreado ya es suficiente...

Lars regresó a la sala, donde María lo esperaba un poco impaciente, y se sentó de nuevo frente a ella.

—¿Ha habido suerte? —preguntó, un tanto nerviosa.

—Desgraciadamente, no. Parece que la llamó desde un teléfono desechable.

—Vaya, ¿y por qué haría algo así?

—Verá, al parecer, al menos por la información que hemos podido recabar gracias a la Interpol y a la policía española, Sandra había descubierto una trama de blanqueo de dinero dentro de su empresa, relacionada, además, con la mafia colombiana.

—¿Cómo? —dijo ella, asustada—. ¿En serio?

—Sí, así es. Por otro lado, creemos que ellos sabían que los había descubierto, y su hija, al sospechar que podía haberse metido en problemas, tomó algunas precauciones; dejó de utilizar su móvil, por ejemplo, y tal vez aprovechó su viaje a Alesund para «desaparecer» una temporada.

—¡Dios mío...! ¡Qué horror! ¿Y por qué no me dijo nada? —preguntó angustiada.

—Sin duda no querría preocuparla...

María bajó la mirada, contrariada y un tanto asustada. Aun así, no pudo dejar de pensar en que su hija no veía en ella a la madre que debería haber sido.

—O, simplemente, no confiaba en mí.

—No sea tan dura consigo misma. Los hijos no suelen confiar demasiado en sus padres... —Lars guardó silencio unos instantes, pensativo—: Por cierto, una última pregunta. ¿Sabe si Sandra conocía a alguien en Alesund que no fuera Eduardo?

—¿Cómo? ¿En Alesund? No lo creo, ¿a quién iba a conocer aquí? —preguntó, descolocada.

—En las grabaciones del aeropuerto, se ve cómo la recoge una mujer que ella parece conocer bien...

—¿Una mujer? Pero ¿la han identificado? —dijo María con el corazón en un puño.

—En ningún momento se le ve la cara. Va con un abrigo con capucha, y evita las cámaras.

—Pero debieron irse en algún coche, en un taxi, ¿no?

—Sí, es cierto. Todavía estamos investigándolo. La matrícula del coche en el que se fueron es de un vehículo de alquiler, y, aparte de poner el vehículo en busca y captura, mañana tenemos previsto interrogar al encargado.

—Es decir, que siguen sin saber nada de Sandra... —replicó María, sin poder ocultar su desesperación.

—Le aseguro que estamos utilizando todos los recursos disponibles en este caso. Aun así, si se le ocurre qué mujer relacionada con Sandra pudiese estar aquí sin que resultara extraño, sería de gran ayuda.

—No se me ocurre nadie, la verdad... —susurró María mientras se incorporaba, cabizbaja, y exhalaba un largo suspiro.

—Ojalá pudiese darle mejores noticias. Imagino por lo que estará pasando, señora Cuevas —dijo Lars levantándose también, y tratando de ser amable con ella.

—¿Tiene usted hijos?

—No, no tengo.

—Entonces, dudo que pueda entender qué siente una madre que no tiene ni idea de qué ha sido de su hija. Una madre que piensa que igual su pequeña está... muerta.

—Lo siento... —respondió Lars, sintiéndose francamente mal por aquella respuesta.

—Sólo espero que hagan bien su trabajo y que encuentren respuestas cuanto antes.

—Le puedo asegurar que estamos dedicando todos nuestros esfuerzos, y que hacemos lo que está en nuestra mano.

—Aun así, por el momento eso no parece suficiente, ¿no cree? —repuso ella, sin darle apenas tregua al pobre hombre.

Incómodo, Lars bajó la mirada, tratando de evitar que sus ojos se cruzaran con los de ella.

—Muchas gracias por venir, señora Cuevas. Seguimos en contacto —dijo mientras la acompañaba al vestíbulo, donde Miguel la esperaba con cara de pocos amigos.

* * *

Miércoles, 9 de junio

Empiezo a estar verdaderamente preocupada. Si pasa un solo día más sin ver a nadie, creo que me volveré loca. Esta claustrofóbica habitación sin ventanas y sin apenas mobiliario ofrece muy pocas opciones a la imaginación. Entre el hambre y la angustia de no saber qué va a ser de mí, me siento como una cobaya en un laboratorio. A ratos, incluso empiezo a dar vueltas sin darme cuenta, como si fuese un animal enjaulado.

Para no perder la forma física, he intentado dedicar al menos media hora cada día a hacer flexiones y abdominales, pero sé que no puedo esforzarme demasiado porque llevo días sin comer, y cada vez tengo menos fuerzas. Por el momento, y hasta que me quede energía suficiente, lo mejor que puedo hacer es seguir escribiendo. Eso al menos hace que pase el tiempo entretenida y sin pensar demasiado en si me van a encontrar o no.

Por otro lado, no puedo dejar de pensar que, más allá del tema de Eduardo, de esta loca escapada, me metí yo sola en un berenjenal tremendo. Fue algo inesperado, algo en lo que hubiese sido mejor no meterse.

Cualquier periodista sabe que tirar del hilo de según qué información es a veces muy peligroso; pero la curiosidad, ese instinto periodístico que Dios me dio, no me hubiese permitido mirar hacia otro lado. Era superior a mis fuerzas; lo sería para cualquier periodista que se precie. Todo ocurrió muy rápido, sólo cinco días antes de irme a Noruega, y la verdad es que pequé de imprudente y no supe pararlo a tiempo, aun intuyendo que era peligroso. Toda esta historia empezó por leer en una pantalla ajena un correo abierto que no era para mí. Esa mala costumbre de fijar la vista en lo que no debo... Enseguida supe que alguien estaba en graves problemas, y que la empresa se encontraba inmersa en algo muy gordo e ilegal. Al principio, fue tan sólo curiosidad, y recabar información no fue tan sencillo. De hecho, nunca lo es. Pero una vez sabes dónde buscar, las puertas se abren solas. Y como a mí no me van los retos...

Cuando quise darme cuenta de dónde me había metido, ya era demasiado tarde... Demasiado tarde... Algunas personas influyentes del periódico usaban la empresa para blanquear dinero de la mafia colombiana. Era un gran negocio que, por lo visto, llevaba mucho tiempo funcionando. El hecho de que nuestro periódico operase en ambos países a la vez lo convertía en una plataforma idónea para este tipo de negocios; era perfecto. Lo que jamás imaginé es que pudieran descubrirme tan fácilmente... Fui

una ingenua y pequé de soberbia; me creí más lista que todos, y la cagué: la mafia no se anda con tonterías. Una mañana, recibí un mensaje anónimo en mi casa, una nota impresa advirtiéndome de que los matones de la organización sabían quién era, dónde vivía y que tenían pinchado mi teléfono. Que tenían controlado a todo el mundo que me importaba, y que absolutamente todos estábamos en peligro. La persona que me enviaba aquel anónimo me recomendaba no seguir hurgando en el tema, que me deshiciera de todo lo antes posible. Me aconsejaba fehacientemente que saliera del país al menos por una temporada, y que durante un tiempo no usara mi teléfono móvil. Al día siguiente, me compré uno de prepago para usarlo en caso de necesidad, y reservé el mío tan sólo para seguir en contacto con Eduardo; no podía explicarle nada de aquello, entre otras cosas porque tenía serias sospechas de que su padre podía estar también implicado en todo aquel asunto. He de reconocer que estaba muy asustada, y que no sabía qué hacer o cómo actuar, así que decidí hacer caso al anónimo y dejé aquel mismo día de investigar sobre el tema. Aun así, no me deshice de nada. Sabía que aquella información podía acabar siendo un seguro de vida para mí, y tenerla a buen recaudo podía serme muy útil. Incluso llegué a plantearme si debía decirle algo a algún amigo de confianza, pero me di cuenta de que podía poner en peligro la vida de esa persona. Definitivamente, estaba sola en todo esto.

En cuanto a lo de irme un tiempo del país, el viaje a Alesund cumplía perfectamente con aquello. Era una escapada que me permitiría desaparecer por algún tiempo, y en parte también algo que me apetecía mucho. De hecho, si todo iba bien con Eduardo, si las cosas acababan yendo en la dirección que habían tomado, incluso quería plantearle alargar mi estancia allí por unos meses, aunque no fuera en su casa. En el fondo, lo único que deseaba de verdad era que mi relación con él funcionase, más allá de todo este asunto. Hacía tiempo que nadie despertaba en mí tantos sentimientos, y aquella solución me pareció una buena alternativa.

CAPÍTULO 7

EDUARDO

Al día siguiente, la mañana amaneció lloviendo a cántaros. Parecía que el cielo, ensombrecido y absolutamente sembrado de relámpagos, quisiera caer sobre el mundo hasta engullirlo. Había estado diluviando toda la noche y el olor a hierba mojada impregnaba el lugar. Las calles parecían pequeños riachuelos. Aquel agreste paisaje regado por la torrencial lluvia ofrecía un espectáculo único, de aquellos que a uno le gustaría disfrutar en casa frente a una chimenea y bien abrigado. Sin embargo, Erika y Lars, pese a ser sábado por la mañana, estaban calándose hasta los huesos bajo aquel insaciable aguacero. Una llamada a primera hora de la mañana les había anunciado que el cuerpo de Eduardo Torres había sido encontrado flotando cerca de la costa. Por lo visto, un hombre lo había visto mientras paseaba por la ribera.

Ver sacar un cadáver del agua, y más en aquel deplorable estado, era siempre algo desagradable. La pequeña grúa levantaba del agua aquel cuerpo que, desde donde estaban, parecía una masa informe de carne. Algo verdaderamente repulsivo. Hinchado y con la piel desgarrada por las mordeduras de los peces, aquel ser apenas se parecía al chico que habían encontrado muerto sobre una cama días atrás. El lugar estaba repleto de policías, y un hombre de mediana edad, rechoncho y de pelo canoso, estaba siendo interrogado al respecto. Un poco más allá, tras el cordón policial, algún que otro curioso observaba la escena.

Mientras tanto, las gotas de la lluvia no dejaban de caer sobre el agua del fiordo, cada vez más revueltas. Desde una cierta distancia, Erika y Lars observaban la operación sin prisa alguna por acercarse. Hasta que el cuerpo hubiese sido retirado, era preferible no arrimarse demasiado. Por el momento, ellos no podían hacer gran cosa.

—¿Qué habrá sido de sus partes? —preguntó Lars, dando por supuesto que aquel amasijo de carne que había visto incrustado en la boca de la víctima habría desaparecido bajo las aguas.

—Imagino que se las habrán comido los peces... —respondió Erika, sorprendida por aquella pregunta; sólo alguien como Lars pensaría ahora en ese tipo de detalles.

—Pues no creo que al señor Torres le haga mucha gracia enterrar a su hijo sin esa...

—¡Por Dios! —lo interrumpió la inspectora, contrariada por aquella macabra e inoportuna observación—. Creo que, a estas alturas, ésa va a ser la menor de sus

preocupaciones, ¿no crees?

—Bueno, no te pongas así, sólo era un comentario inocente —replicó Lars, un tanto molesto.

El inspector encendió un cigarrillo con su viejo y deslucido Zippo color plata envejecida, y desvió hacia otro lado su mirada, tratando de disimular la falta de sensibilidad que acababa de demostrar. Las situaciones incómodas nunca se le habían dado demasiado bien, y desde niño solía tratar de romper la tensión con ocurrencias de lo menos adecuadas y a veces hasta un tanto ofensivas. Su madre se había hartado de darle coscorriones, regañarlo y castigarlo, pero por lo visto no sirvió de mucho. En el fondo, era una forma de ocultar lo difícil que le resultaba lidiar con las emociones.

Mientras esperaban, Erika sacó el móvil del bolsillo de su anorak y llamó a Miguel Torres para darle la noticia.

* * *

Las gotas que salpicaban con rabia, casi de forma rítmica, el cristal de la ventana de la habitación de María, la tenían medio hipnotizada. Era como estar oyendo un continuo y relajante tintineo que, al rato, pasaba casi desapercibido. Tumbada en aquella cómoda e inmensa cama, adormilada y tapada hasta la barbilla, sabía que su estancia en Alesund estaba llegando a su fin. Permanecer en aquella pequeña ciudad noruega por más tiempo era un lujo que ni su bolsillo ni su corazón podían permitirse. Además, ya había agotado los días de vacaciones que había pedido a la empresa. Se le hacía muy duro regresar sin su niña, aunque quedarse en Alesund tampoco iba a servirle de nada. Lo cierto era que ver llover la relajaba, pero a la vez hacía que le diese una pereza enorme vestirse e ir a desayunar. Aquella especie de estado de trance en el que se hallaba inmersa le producía una agradable sensación de sosiego.

Miguel, que seguía indignado por las insinuaciones de la inspectora Vinter y por lo poco que, según su parecer, se estaba avanzando en la maldita investigación, se encontraba desde hacía rato en el bar del hotel, leyendo la prensa, como cada mañana.

—Siempre tan madrugador... —dijo María en cuanto lo vio.

—Imposible dormir más de cinco o seis horas. Ni siquiera de niño era capaz de ello.

—Pues yo puedo dormir lo que me echen, y en un día lluvioso como hoy ya ni te cuento. ¿Sabes lo bien que se está acurrucado y caliente bajo las sábanas?

—Qué suerte tienes... En mi caso, aun estando muy cansado, no puedo dormir más. Y tampoco aguanto mucho despierto y tumbado en la cama.

—Imagino que ya habrás desayunado, ¿no?

—Bueno, siempre viene bien otro café, y más con buena compañía —contestó él, levantándose para acompañarla.

María sonrió de aquella forma tan femenina y sensual que solía encandilar a los hombres, y ambos se encaminaron hacia el comedor donde se servían los desayunos cuando, de pronto, sonó el teléfono de Miguel: era la inspectora Vinter.

—Buenos días, señor Torres —dijo Erika al otro lado del teléfono.

—Buenos días, inspectora.

—Le llamo para decirle que el cadáver de su hijo ha aparecido...

—¡Ya era hora! —respondió él, no sin cierta ironía.

—Ha aparecido flotando cerca de la costa; por lo visto, parece que lo arrojaron a uno de los canales.

—¿Y ahora qué?

—Habrá que retomar el protocolo donde lo dejamos la última vez.

Miguel se limitó a escuchar en silencio.

—Lamentablemente, el estado del cuerpo no es... demasiado bueno, como podrá imaginar. Por ese motivo, trataremos de mostrarle lo imprescindible. No va a ser una experiencia agradable. Ya le aviso que está hinchado y bastante deformado... Lo siento.

—Entiendo.

—¿Podría estar en el depósito dentro de una hora, aproximadamente? —preguntó Erika, que quería terminar con aquello lo antes posible.

—Ahí estaré.

María, que seguía allí de pie frente a él, lo miraba con curiosidad, esperando sus explicaciones.

—Parece que al final han encontrado el cuerpo de mi hijo... —dijo Miguel, sin entrar en más detalles—. Me esperan en una hora en el depósito.

—Menos mal.

—La verdad es que no sé si me alegro o no. Es una sensación extraña. El hecho de que no hubiese cadáver me permitía seguir pensando en él como alguien vivo; ahora, en cambio...

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Lo harías? —preguntó él, sorprendido y a la vez agradecido por aquel gesto.

—Sí, claro. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Te lo agradecería mucho, la verdad. Aunque me considero un hombre fuerte, no tengo claro cómo voy a reaccionar, y tener una mano amiga cerca siempre ayuda.

—Dame unos minutos para tomar algo y nos vamos —dijo María, que se sentía en deuda por todas las atenciones que Miguel le había dispensado.

—Perfecto.

Nuevamente estaba allí, en aquel frío y sórdido edificio de paredes blancas, sabiendo que lo que iban a mostrarle acabaría sumiéndolo en el dolor. Por si no era lo bastante cruel que hubiesen matado a su hijo torturándolo, ahora encima debía ver su cuerpo deformado y en avanzado estado de descomposición. Sólo de imaginarlo se sentía enfermo, medio mareado. María tuvo que quedarse en el vestíbulo, porque

únicamente estaba permitida la entrada de los familiares. Allí sentada, en aquella sala fría y vacía, empezó a pensar que también su hija podría estar ahí en cualquier momento. Cuando imaginó a Miguel viendo el cadáver de su hijo sobre una camilla, se le encogió el corazón.

Miguel entró en la morgue como quien camina hacia el cadalso, sintiendo que apenas podía respirar. Sus ojos, habitualmente expresivos, permanecían hieráticos e inertes, como si se prepararan para enfrentarse a la visión de algo horrible, algo que a buen seguro preferirían no ver, y menos aún recordar. Su castigado corazón luchaba por mantener un paso firme y no desfallecer por el camino. Al abrir la puerta de la sala, el forense le ofreció una mascarilla, y le indicó que era imprescindible que se cubriera la boca y la nariz. Un olor intenso y nauseabundo inundaba toda la sala, haciendo el aire irrespirable. Miguel se sintió enfermar.

—¿Está usted preparado? —preguntó el forense, agarrando el extremo de la sábana.

Aquella pregunta se le antojó bastante estúpida. ¿Quién puede estar preparado para algo así? Esta vez no habría otro cadáver, pensó, esta vez sabía que iba a ser Eduardo sin lugar a dudas... Rebelándose contra todas y cada una de las advertencias que le enviaba su cuerpo, Miguel asintió mirando fijamente al forense; sabía que iba a arrepentirse de aquello, pero no tenía otra opción. El médico levantó con cuidado la talla, pero sólo hasta la altura del cuello; el estado de su hijo no permitía mostrar mucho más. Miguel sintió que le temblaban las rodillas y que su estómago se retorció en su interior. Aquella cara tumefacta, desfigurada y sin vida no podía ser la de su niño, pensó horrorizado. Su rostro deformado y mordisqueado por los peces yacía estático sobre aquella camilla, ante la mirada incrédula de su padre. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse sereno, una lágrima traicionera resbaló por su mejilla, dejando entrever un inmenso dolor. Aquella horrible imagen, sumado al terrible hedor que parecía llegar hasta lo más profundo de las entrañas, hizo que Miguel se tambalease y que, finalmente, perdiese el conocimiento y cayera a plomo sobre el gélido suelo.

* * *

—Miguel, ¿me oyes? ¡Despierta, háblame por favor! —exclamó María que, de pie junto a una camilla, esperaba que recuperase el conocimiento, algo asustada.

Poco a poco Miguel fue abriendo los ojos de nuevo, como si despertase de un largo, profundo y reparador sueño. Parecía desconcertado, algo ausente, aletargado.

—¿Dónde...? ¿Dónde estoy? —susurró entre imágenes borrosas.

—Estás en el depósito —respondió María con voz suave, tratando de minimizar el impacto de sus palabras.

—Por un instante, pensé que había sido una pesadilla —dijo él, incorporándose lentamente.

—Lo siento, ha debido de ser horroroso, Miguel —susurró ella, apoyando la mano sobre su hombro.

—Espero que nunca hayas de pasar por ello, María, nunca...

Con la mirada perdida en algún punto de la sala, alejado de aquellas cuatro paredes, Miguel no parecía la misma persona que María había conocido esos días. Era como si, de pronto, hubiese envejecido diez años, y que toda la pasión y alegría que aquel hombre transmitía hubiese muerto junto con su hijo. Desde la otra punta de la sala, la inspectora y Lars miraban con tristeza la escena.

—¿Se encuentra mejor, señor Torres? ¿Quiere un vaso de agua? —preguntó Lars, acercándose a la camilla.

—Estoy bien, gracias —contestó él secamente, poniendo los pies sobre el suelo y tratando de volver en sí.

—No hay prisa, señor Torres —dijo el forense, temiendo que aquel hombre volviera a desplomarse—. Piense que se ha dado un buen golpe... Mañana le dolerá todo el cuerpo.

—No se preocupe, me encuentro mejor. Lo que necesito es salir de aquí cuanto antes.

—Antes de que se marche, necesitaremos que firme estos documentos. En ellos confirma que, efectivamente, se trata del cuerpo de su hijo —intervino Erika que, con su ya acostumbrada frialdad, blandía unas hojas en la mano.

—Por supuesto —dijo Miguel, tomando aquellas hojas y el bolígrafo que le tendía la inspectora.

Ya de vuelta en el hotel, Miguel, que no se sentía con ganas de hablar ni de estar con nadie, se disculpó ante María y se arrastró hasta su habitación. Le faltaba el aire, y su cuerpo parecía haber dejado de responder a sus órdenes. Era como si todo su organismo hubiese decidido desactivarse para eludir aquel dolor, aquellos desgarradores sentimientos que lo atenazaban. Se dejó caer sobre la cama, sin tan siquiera sacarse los zapatos empapados, que no dejaban de gotear sobre la moqueta color crema. Trataba de borrar por todos los medios aquella última imagen de su mente; no quería recordar a su hijo así. Sin embargo, sabía perfectamente que aquel penetrante hedor y aquella horrible visión de su hijo lo acompañarían por mucho tiempo, incluso para el resto de sus días. Dejó que su mirada se perdiera más allá de las ventanas de su habitación. En el exterior, la lluvia continuaba azotando sin tregua las calles, como si quisiera dibujar en los cristales los regueros de las lágrimas que aún estaban por llegar. Destrozado, Miguel rompió finalmente a llorar. Lloró desconsolado, dejándose llevar. Lloró como no había sido capaz de hacerlo desde que llegó a Alesund. El dolor que oprimía con fuerza su pecho se hizo todavía más agudo, punzante, insoportable e hiriente. Agarró la almohada y, tras hundir en ella su rostro, lanzó un grito seco, agónico, roto... Un grito desgarrador que, más que un lamento,

parecía una mezcla de resentimiento y una declaración de guerra hacia el mundo. Ahora ya no había dónde esconderse o en qué escudarse, ahora era todo tan real, tan crudo y evidente, que por primera vez desde que recibió aquella nefasta noticia era absolutamente consciente de la muerte de su hijo y del irrefutable hecho de que ya no iba a volverlo a ver. «¡Nunca más...! ¡Nunca más...!», gritó entre sollozos, enterrándose y tratando de desaparecer en aquella almohada. En ese momento, su teléfono móvil sonó de forma insistente y desagradable, obligándolo a volver en sí. Se incorporó, molesto por aquella interrupción que casi rozaba el sacrilegio, agarró con rabia y desgana el maldito móvil, respiró hondo tratando de serenarse y respondió:

—¿Diga? ¿Quién demonios es? —respondió con brusquedad y con voz todavía entrecortada.

—Hola, Miguel —dijo una voz ronca y carrasposa, que él reconoció de inmediato.

—¡Sólo me faltabas tú...! ¿A qué cojones vino lo del mendigo? —respondió enfurecido—. ¿Acaso os habéis vuelto locos?

—Yo también me alegro de oírte, manito. Sentimos mucho lo de tu filipichín, una lástima, pero estas vainas no ayudan al negocio, ya sabes..., y había que avisarte de que no cometieses ninguna tontería, sobre todo teniendo a la policía tan cerca.

—¿Alguna vez os he fallado? ¡Dime, ¿alguna vez lo he hecho?! —exclamó absolutamente indignado por todo lo que estaba pasando—. Ni te imaginas lo que ha sido ver a mi hijo así. Nadie merece esto, nadie en absoluto.

—La verdad es que no, pero esa mamita que trabaja con vos nos puso en un serio aprieto.

—¿Y yo qué culpa tengo de eso?

—La verdad que ninguna, manito, pero es lo que hay.

—¡Pues sabes una cosa, que ahora vamos a invertir las tornas, manito, ahora vais a hacerme vosotros un favor, para variar! —gritó Miguel, trastornado.

—¿Un favor, nosotros? Nosotros no hacemos favores, Miguelito, ya lo sabes. Tienes que tranquilizarte, esto no va a gustar nada a nuestros socios. Estás jugando con fuego, compañero.

—Esta vez todo me da igual. Dile a tu jefe que quiero que encuentren como sea al asesino de Eduardo. ¡Lo quiero muerto! ¿Me oyes? ¡Muerto!

—¿Y por qué iba a hacer mi jefe algo así?

—Porque sé que quiere que continúe trabajando para él —respondió con seguridad renovada—. Porque tengo mucha información de la organización, y ya no tengo nada que perder. ¿Te parecen razones suficientes?

—Tú sabrás lo que haces, Miguel... Yo se lo transmito, pero no le va a gustar...

—Hazlo, te lo agradeceré —dijo Miguel, colgando el teléfono sin más.

Nunca debería haber dejado que aquella gentuza entrara en su vida. Eso había sido un gran error, el peor de toda su vida, pensó. Pero cuando le hicieron aquella

propuesta, necesitaba desesperadamente el dinero, estaba con el agua al cuello y no tenía muchas opciones, así que no fue capaz de medir correctamente las implicaciones que aquello iba a ocasionarle en el futuro, y aceptó sin más. Al principio todo parecía muy fácil, pero poco a poco las cosas se fueron complicando. Desde que se había asociado con aquellos canallas, su vida se había convertido en una sórdida y desesperante locura. Era como si se hubiera asociado con el mismísimo diablo. Ahora, sin embargo, ya era tarde para lamentaciones. Sabía que no iba a poder dejarlo atrás. Era casi imposible renunciar y salir con vida de tal hazaña... Aun así, siendo frío y práctico por una vez en su vida, pensó que, si aquellos mal nacidos al menos le entregaban o se cargaban al asesino de Eduardo, aquel calvario habría valido la pena.

CAPÍTULO 8

SECUESTRO

Jueves, 10 de junio

Hoy por fin ha venido alguien a traerme comida y agua. Ver a alguien tras estos días sola ha sido casi una bendición. Pese a ser consciente de que no viene a rescatarme, de que la persona que acaba de cruzar esa puerta es culpable de mi encierro, me he alegrado mucho. Aunque oculta su rostro tras un pasamontañas, lleva ropas anchas, gafas de sol y evita hablar conmigo, intuyo que es una mujer; hay algo en su forma de moverse que la delata. Por otra parte, es como si algo estuviese despertando en mi cabeza, como si mi mente empezara a recordar. Tengo la extraña sensación de que es la misma persona que me recogió en el aeropuerto. Son como destellos que acuden a mi cabeza sin ton ni son, como piezas sueltas de un rompecabezas. Dentro de esta inmensa laguna que tengo en mi memoria, parecen abrirse pequeñas brechas de esperanza. Ojalá consiga recordarlo todo.

He intentado que hable conmigo, que me explique qué quiere, por qué estoy aquí, en un infructuoso intento de oír su voz e intentar reconocerla. No ha servido de nada. Se ha limitado a apuntarme con un revólver mientras dejaba las cosas sobre la mesita. Me resulta de lo más curioso que ni siquiera sea capaz de mirarme a los ojos. Por un instante, al ver su reacción esquiva he pensado que quizá sea alguien a quien conozco, alguien que no se siente precisamente orgulloso de sus actos, y que teme ser reconocido.

También la he avisado de que no tengo dinero, y de que difícilmente nadie podría pagar un rescate por mí; pero ni se ha inmutado. Por no tener, no poseo ni siquiera un piso en propiedad. No puedo imaginarme a mi madre teniendo que pagar un rescate. No sé de dónde iba a sacar el dinero, pobre mujer. Pero viendo la reacción de mi carcelera, me temo que su fin no es económico, y eso aún me resulta más desasosegante.

¿Y si los que me tienen presa son de la mafia colombiana? Al hacerme esa pregunta, mi corazón se ha puesto a mil por hora.

Luego he recapacitado, y me he dado cuenta de que eso no tendría sentido. Ellos jamás actuarían así, ellos se limitarían a matarme sin más. No se andan con remilgos.

No consigo entender quién o por qué me ha secuestrado. Por suerte, tuve la prudencia de esconder la libreta y el bolígrafo bajo este mugriento colchón; de no ser así, igual me hubiese quedado sin la única cosa que me permite mantenerme serena y seguir mentalmente activa.

En cuanto mi carcelera ha cerrado la puerta tras ella, no he podido evitar abalanzarme desesperada contra ella, golpeando el frío metal de la puerta e implorando entre sollozos y gritos que me soltara, que no volviese a dejarme allí. Sólo de pensar en estar otra vez aquí varios días sola me aterroriza. Desesperada, me he dejado caer frente a la puerta de rodillas, clavándolas dolorosamente contra el suelo. Me pregunto cuánto tiempo puede aguantar una persona presa y sin ver a nadie, antes de perder el juicio.

* * *

Aunque hacia las tres de la tarde la tormenta parecía haberse retirado, el ambiente seguía siendo muy húmedo y las calles todavía estaban llenas de agua. Lars miró por la ventana de la comisaría, y vio a un par de críos que chapoteaban con sus botas de agua, saltando de un charco a otro. Parecía que ya no volvería a llover, de modo que dejó su paraguas donde estaba y se puso su vieja gabardina de color crema. Lo cierto es que hubiese preferido quedarse allí, tranquilo y caliente, y no tener que salir de comisaría, pero tenía que acercarse a la agencia de vehículos en la que la sospechosa había alquilado el coche que aparecía en las cámaras de seguridad del aeropuerto. Bajo las escaleras, saludó al agente de guardia y se fue directo a su automóvil. Dada la hora, y previendo que no iba a regresar a la oficina, pensó que era preferible no coger el coche oficial. Para Lars, las posesiones eran cosas únicamente útiles a las que no les daba mayor importancia, y por esa misma razón su coche era también una pieza digna de museo. Mientras lo llevase arriba y abajo, no le importaba su aspecto. Erika había bromeado con él tantas veces acerca de aquel trozo de chatarra, que ya no se daba ni por aludido. Aprovechando que tenía unos veinte minutos hasta el aeropuerto de Vigra, Lars encendió la radio para escuchar algo de música. A diferencia de Erika, que adoraba oír música pop, o *soul*, él tan sólo escuchaba sus CD de música clásica o algo de *jazz*.

Como en casi todas las agencias de alquiler cercanas al aeropuerto, había una pequeña cola de clientes esperando para recoger o entregar algún coche. Ante la

mirada de los clientes, que por un instante creyeron que Lars pretendía colarse, el inspector entró hasta el mostrador y, tras mostrar su placa al chico que estaba atendiendo al público, preguntó por el encargado. Una pequeña mujer algo entrada en carnes y con cara de pocos amigos salió a su encuentro.

—Idona Jenssen, encantada —dijo estrechándole la mano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lars Ovsen. ¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo? —respondió Lars, a quien no le parecía apropiado hablar de un secuestro delante de todos los clientes.

La mujer asintió, abrió la puerta de un pequeño despacho y lo invitó a pasar.

—Usted dirá —dijo invitándolo a tomar asiento.

—Verá, al parecer, uno de sus vehículos ha sido utilizado en un secuestro, y necesitaríamos saber quién lo alquiló y si el coche ha sido ya devuelto.

Sorprendida, la mujer frunció el ceño.

—¿Un secuestro, dice?

—Sí, el domingo, para ser exactos.

—¿Tiene la matrícula? —preguntó, algo agobiada por todo aquello.

—Por supuesto.

Nerviosa, aquella mujercilla de redondas facciones se acercó al ordenador y puso en él los datos que le había facilitado el inspector.

—Sí, aquí lo tengo registrado. Aunque..., por lo que veo, todavía no ha sido devuelto.

—¿Tiene los datos del cliente? ¿Quién lo atendió? —preguntó Lars, interesado en el nombre y la descripción de la mujer que había recogido a Sandra Cuevas.

—Espéreme aquí, en el despacho, y enseguida hago venir a Royd, que fue quien atendió a la mujer.

Mientras esperaba, Lars observó con detenimiento aquella minúscula oficina. Era obvio que aquel cuchitril no iba a ganar ningún premio al diseño. Oscuro, sin ventilación y con un notable olor a humedad, aquellas cuatro paredes no invitaban a estar más de diez minutos. Al otro lado de la mesa, un portarretratos con la foto de un hombre corpulento y de un niño bastante rollizo presidía aquel escritorio de conglomerado barato.

—Hola —dijo el chico moreno que había visto en el mostrador, y que como mucho debía rozar la treintena.

—Royd, hazme el favor, cuéntale al inspector todo lo que recuerdes de la mujer que alquiló ese vehículo —le instó la encargada.

—Era una mujer no muy alta. Iba con un anorak oscuro, de esos con capucha, y unas enormes gafas de sol que apenas dejaban ver su rostro. La verdad es que no podría decirle mucho más. ¿Sabe cuánta gente pasa por aquí cada día?

—Puedo imaginarlo.

Según el registro, la reserva había sido hecha anticipadamente a través de Internet y desde España, a nombre de la propia Sandra Cuevas, algo que parecía bastante

extraño, a menos que hubiesen usado sus datos a propósito para despistar. Por otro lado, el coche todavía no había sido devuelto, y teóricamente deberían haberlo hecho durante aquella mañana.

—¿Y por qué no ha denunciado la no devolución del vehículo? —preguntó Lars a la encargada, cuando el chico desgarbado del mostrador salía ya del despacho.

—No solemos hacerlo hasta pasadas al menos veinticuatro horas; a veces los clientes se retrasan, y simplemente les cobramos un recargo. ¿Quiere decir que no lo devolverán?

—Bueno, debo informarla de que el vehículo está desde ayer en busca y captura. A menos que se hayan deshecho de él, tarde o temprano aparecerá, aunque a saber en qué estado. Me atrevería a asegurar que no van a traerlo hasta aquí...

—Pues vaya, espero que al menos acabe apareciendo... —dijo la mujer, deseosa de recuperar el automóvil.

Lars salió de la agencia de alquiler de vehículos algo deprimido. Apenas había conseguido nada con lo que avanzar. Se fue hasta su coche con una única información de la que seguir tirando: la reserva a nombre de Sandra Cuevas realizada desde España. Necesitaba averiguar la IP del ordenador desde el que se había hecho la reserva del coche. Con un poco de suerte, eso podría darles alguna pista fiable sobre la identidad de la posible secuestradora. Sólo esperaba que no fuese desde un cibercafé; si era así, no les serviría de nada. Ya dentro del automóvil, trató de pensar quién habría podido tener acceso al número de carné de identidad de Sandra. Era obvio que, o bien era alguien cercano a ella, y que por tanto hubiese podido hurgar en su cartera, o alguien de su propia empresa. Pensar que Sandra hubiese alquilado el vehículo no tenía lógica alguna; se suponía que Eduardo la iba a ir a recoger.

* * *

Era ya casi la hora de cenar y María, inquieta, sentada en la butaca de su habitación, no sabía qué hacer. Por un lado, pensaba que lo último que querría Miguel era ver a nadie, pero, por otro, si intentaba ponerse en su lugar, una mano amiga, un hombro sobre el que llorar, era siempre de gran ayuda. Finalmente, se incorporó decidida para ir en busca de su compañero de viaje. Al menos, aunque la echara, lo habría intentado.

Frente a la puerta de la habitación de Miguel, nuevamente la asaltaron las dudas. Miró un instante su reloj para cerciorarse de la hora. Eran casi las nueve de la noche, y si finalmente no llamaba a aquella puerta tendría que cenar sola, algo que detestaba. Decidida, golpeó la madera con suavidad.

Tras unos instantes, oyó unos pasos acercándose hacia ella.

—¿Quién es? —dijo la voz de Miguel desde el otro lado.

—Soy yo, María. ¿Estás bien?

Por un momento se hizo el silencio al otro lado, y María pensó que había cometido un error acercándose hasta allí. Sin embargo, segundos después, Miguel abrió la puerta con el semblante de un hombre ebrio y absolutamente destrozado.

—¿Cómo estás? —acertó a decir ella, preocupada y con aquella voz dulce que la caracterizaba.

—Cómo quieres que esté, hecho polvo... —respondió él, bajando la mirada.

—Sí, la verdad es que la pregunta no ha sido muy afortunada. ¿Quieres hablar?

Miguel la invitó a pasar y cerró la puerta tras él. Sentados a los pies de aquella enorme cama de hermosas sábanas estampadas, trató de explicarle a María lo que sentía.

—Nunca crees que algo así pueda pasarte a ti, y ahora me pregunto si alguna vez le dije lo mucho que le quería —musitó con voz entrecortada y con los ojos vidriosos.

—Es cierto que solemos olvidarnos de decirlo, pero eso no significa que los demás no lo sepan. Seguro que él sabía perfectamente que le querías más que a tu propia vida. Es lo que hacemos siempre los padres, querer a los hijos con absoluta devoción.

—Eso espero...

—Conociéndote, estoy convencida de que fuiste un gran padre. Alguien con tu corazón y tu bondad no pudo ser otra cosa.

—No sabes cómo agradezco tus palabras. Hace tanto que nadie me dice cosas agradables. Hace tanto que me acostumbré a estar solo y a no necesitar nada, ni a nadie, que ya no sé lo que es tener compañía o a alguien que se preocupe por ti.

—Pues deberías, todos lo necesitamos. No eres de hielo, aunque me consta que lo intentas.

—Supongo que es la costumbre. Al estar solo, uno se acostumbra a lidiar con todo. Tú también llevas mucho sola, ¿verdad?

María pareció dudar.

—Sí, es cierto...

—Pero creo que lo llevas mejor que yo, o al menos eso aparentas —añadió Miguel, con aquella mirada que transmitía una honda desesperación.

María lo miró con tristeza, y supo que aquel hombre estaba pidiendo a gritos un abrazo. Sin dudar, se acercó a él estrechándolo entre sus brazos, ofreciéndole un hombro sobre el que llorar. En un primer instante, una cierta tensión hizo que el acercamiento fuese extraño, aunque después, Miguel, emocionado por aquella muestra de afecto que tanto necesitaba, dejó que las lágrimas aflorasen libremente y que sus emociones embargaran todo su ser. Hacía mucho que no sabía lo que era sentir que alguien se preocupara de él, hacía años que había olvidado lo que era sentir el cálido abrazo de una mujer. Completamente embriagado por el perfume que emanaba de su cuello, por el tacto de aquella fina piel, Miguel empezó a sentir un cúmulo de sensaciones que había olvidado hacía mucho tiempo. Sintió que algo en su interior se removía. Entonces, sin saber muy bien lo que hacía, dejándose llevar por

aquella ausencia total de cariño y amor con la que había convivido durante tanto tiempo, volvió su rostro hacia ella y, casi de forma instintiva, tomando a María entre sus brazos, la besó con todas sus fuerzas. Hacía tanto que no besaba a ninguna mujer que sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba y que su corazón aceleraba el ritmo hasta límites insospechados. Todo su organismo parecía haber cobrado vida de forma espontánea, y sintió que en lo más hondo de su ser un deseo primitivo e incontrolable de hacer suya a aquella mujer recorría su piel, sumiéndolo en un hondo estremecimiento. María, que también llevaba mucho tiempo sola, sin recordar apenas lo que era sentirse deseada, permitió que aquel instante fluyera entre ambos y la invadiera por completo, sin oponer resistencia alguna. Ambos se dejaron caer sobre el lecho, mientras empezaban a sacarse lentamente la ropa el uno al otro. Miguel, que inclinado sobre María empezó a recorrer su cuello con los labios, dejó que sus manos descendiesen por aquella nívea y suave piel hasta rozar sutilmente sus pechos, que, erguidos, parecían buscar, hambrientos, las yemas de sus dedos. Ella notó cómo su entrepierna se humedecía rápidamente, ansiosa de sentirlo en su interior, mientras él, ciego por la pasión irrefrenable que lo embargaba, ceñía su cuerpo contra la pierna de ella, haciendo que María se percatase de cuánto la deseaba.

Tan sólo les bastó una sutil mirada para saber que ambos ansiaban aquello con locura, sin importarles en absoluto el después ni el mañana. Miguel dejó que sus manos descendiesen prestas hasta las ingles de ella, haciendo que María arquease su espalda presa de un placer que hacía mucho que no sentía. Luego se deslizó sobre las sábanas, bajó hasta colocar su cabeza entre las piernas de ella y, con sus labios y su lengua, recorrió su sexo lentamente una y otra vez, hasta hacer que María se estremeciese y gimiese. Ella agarró entonces con decisión su miembro y, sin dudar, lo introdujo suavemente y con anhelo en su interior. Miguel, que ya casi ni recordaba lo que era penetrar a una mujer, sintió que perdía la cordura y que le costaba horrores controlarse. Durante algunos minutos, tan sólo se oyeron las respiraciones rítmicas de ambos, inmersas en aquel adagio que únicamente se veía interrumpido por algún gemido que osaba romper aquella acompasada melodía. Después, la excitación fue en aumento, y ambos se vieron inmersos en un frenético e improvisado *crescendo* de placer que los llevaría hasta el clímax, y luego, a la más absoluta y merecida extenuación.

—Hacía demasiado que no hacía el amor... —dijo Miguel cuando recuperó el aliento—. Bueno, la verdad es que hacía años que no deseaba a ninguna mujer —añadió mientras abrazaba por la espalda y con dulzura a María, que todavía parecía estar ausente.

—Yo también llevaba mucho tiempo sola y sin necesitar a nadie —susurró ella, algo más cohibida.

—No sé si esto ha sido lo más adecuado, pero, sinceramente, no me arrepiento de ello —siguió diciendo él mientras la acariciaba—. ¿Tú... te arrepientes? ¿Estás a gusto, o te sientes extraña?

—No, no me arrepiento, aunque probablemente no era el momento más indicado... Sí, todo esto es un tanto extraño —dijo ella, dándose la vuelta y mirándolo a los ojos—. ¿Y ahora qué, Miguel?

—No lo sé. Me gustas, pero no sé si estoy preparado para mucho más que esto. Llevo demasiado tiempo solo, como plantearme cambiar mi vida de repente.

—Lo entiendo perfectamente. Tampoco yo sabría decirte si esto podría funcionar...

—Supongo que, con los años, todos arrastramos demasiadas historias y nos volvemos más complicados.

—Sí, eso está claro...

—Por cierto, ¿puedo preguntarte cómo te hiciste la cicatriz que tienes en la espalda?

—No, no puedes —replicó ella con una sonrisa—. Es una vieja herida de guerra. Me la hice de jovencita, al tirarme desde un acantilado. No era muy alto, no creas... Calculé mal, y la piedra actuó como un cuchillo sobre mi espalda.

—¡Uufff...! Vaya, debías de ser una jovencita muy atrevida.

—Bueno, no fue más que una imprudencia juvenil.

María, que tenía hambre, como casi siempre, miró disimuladamente el reloj de su muñeca. No sabía cómo decir que le gustaría cenar.

—Son casi las diez de la noche... —dijo en un susurro.

—¿Y?

—¿Sabes si a esta hora se puede cenar algo en este país? —preguntó, temiéndose la respuesta.

—Ya me había olvidado hasta de comer, entre una cosa y otra... Supongo que se me ha cerrado el estómago.

—Ya veo. Pues yo tengo un hambre feroz, y dudo que se me vaya a pasar —dijo ella sonriendo.

—Siempre nos quedará el servicio de habitaciones... —Miguel se levantó y cogió la carta que había sobre el escritorio. Le echó una ojeada, y acto seguido se acercó a María con una sonrisa—. Creo que será lo más sensato, si queremos comer algo a estas horas.

—Perfecto, porque ahora mismo me comería un toro enterito; de hecho ya tenía hambre cuando me acerqué a tu habitación...

—¿Sabes una cosa? —la interrumpió él, mirándola ensimismado mientras ella repasaba las posibilidades que ofrecía el servicio de habitaciones para cenar.

—¿Qué? —dijo ella sin apartar la vista de la carta.

—No sé qué hubiera hecho si no llegas a aparecer aquí... Creo... Creo que no lo hubiese soportado.

María levantó la vista, y lo miró con aquellos ojitos dulces de gata falta de cariño que quitaban el sentido, dedicándole una amplia y hermosa sonrisa. Parecía tan fácil enamorarse de aquella mujer que, por unos instantes, Miguel sintió miedo de sí

mismo y de sus emociones. María lo miraba como hipnotizada. En el fondo, tampoco ella era capaz de imaginarse qué hubiese hecho en Alesund sin él. Eran dos completos desconocidos que se necesitaban. Dos personas a las que la vida las había hecho coincidir casualmente y de manera casi mágica en un momento horrible de su existencia. Dos seres muy distintos, pero que parecían tener mucho más en común de lo que podrían haber imaginado en un principio.

CAPÍTULO 9

EL COCHE

Aunque durante la noche había vuelto a llover con fuerza, a primera hora de la mañana las pocas nubes que se perdían y dispersaban en el cielo habían ido desapareciendo progresivamente, dejando tras de sí un cielo nítido y casi cristalino. Erika decidió aquella mañana recuperar las buenas costumbres, y salió algo más temprano de casa para ir a correr. El hecho de vivir un poco alejada del núcleo urbano hacía que disfrutara de un entorno privilegiado para llevar a cabo actividades al aire libre. Llevaba días sin hacer ejercicio, y se sentía algo entumecida. Correr era además algo que la ayudaba a pensar con claridad y a sentirse mucho mejor consigo misma. Después, cuando llegaba a casa, adoraba la sensación de darse una ducha de agua bien caliente y dejar que, durante unos minutos, el agua corriese por su cuerpo sin prestar atención alguna al reloj. Aquél era uno de sus momentos preferidos del día, sólo superado por aquellos fríos domingos de invierno en los que se tumbaba en el sofá de casa para ver una peli con un bol repleto de palomitas.

En cuanto llegó a comisaría, se fue directa hacia Lars para preguntarle sobre su visita a la agencia de alquiler de vehículos. Esperaba que por fin pudiesen hallar un hilo del que tirar.

—¿Conseguiste algo?, dime que sí.

—Un buenos días para empezar no estaría nada mal.

—Buenos díaasssss...

Resignado, Lars le mostró ambas manos antes de dar explicaciones.

—La misma descripción que ya tenemos de la mujer que vimos en las imágenes del aeropuerto, una reserva hecha oportunamente a nombre de Sandra Cuevas, y una IP que tal vez acabe llevándonos a un cibercafé de algún lugar de España.

—¿Se la has pasado a los chicos para que la rastreen?

—Sí, claro, pero yo no esperaré nada del otro mundo. De hecho, tengo la sensación de que están jugando con nosotros.

—¿Devolvieron el coche?

—Ah, es verdad... No, no lo hicieron, y tenían que devolverlo ayer por la mañana, pero nadie ha aparecido aún por la agencia de alquiler.

—Ni creo que lo haga. Sea quien sea esa mujer, sabe perfectamente que la policía de medio país busca ese coche y a su conductora —apuntó Erika, convencida de que en cualquier momento el vehículo aparecería abandonado.

—La verdad es que me decepcionaría si lo hiciese. Hasta ahora ha demostrado ser una mujer inteligente y metódica.

—Empiezo a pensar que cada vez parece más difícil que Sandra aparezca con vida... Después de todos estos días, y sin que nadie haya pedido un rescate o nada a cambio. Espero equivocarme.

—Está claro que esto no parece un secuestro al uso, no tenemos un móvil claro, no sabemos cuáles son sus intenciones... —dijo Lars, planteando en voz alta sus dudas.

* * *

Miguel abrió los ojos lentamente y, como cada mañana desde que estaba en Alesund, se dispuso a ducharse para bajar a desayunar. Entonces volvió la cabeza hacia el otro lado de la cama y, al ver a María tumbada a su lado, sonrió. Todavía no terminaba de creerse lo que había ocurrido la noche anterior. María seguía durmiendo plácidamente y, a sus ojos, aquella hermosa mujer se asemejaba a un ángel. Hacía tanto que no sentía nada, ni tan siquiera una mínima atracción por ninguna mujer, que aquella situación se le hacía agradablemente extraña.

Miró hacia la ventana, y vio que la mañana se había levantado soleada y que el aguacero del día anterior ya había remitido. Intentando no despertarla, se incorporó y fue directo al baño; su próstata ya no aguantaba tanto como lo hacía de joven. Luego, tras lavarse la cara y ponerse un albornoz, se quedó observando a María unos segundos más desde el marco de la puerta. Si hubiera sido una mañana cualquiera, no hubiese dudado en vestirse para bajar a desayunar, pero después de lo ocurrido aquella noche prefería volver a desnudarse y tumbarse de nuevo a su lado, para esperar a que se despertara. Deseaba tanto volver a hacerle el amor, volver a sentirla, que se acercó a ella agarrándola ligeramente por la cintura y besó suavemente su cuello hasta hacer que todo el vello de su cuerpo se erizara. María reaccionó a sus caricias pronunciando un casi inaudible buenos días, envuelto en algo así como un gemido de placer, y Miguel aprovechó la señal para arrimarse más a ella y hacer que sintiese en su espalda el brío con el que se había levantado. Sin dudarlo un instante, María se volvió hacia él, y ambos empezaron a besarse apasionadamente, como la noche anterior.

—Necesito un café urgentemente... —dijo ella sonriendo, después de disfrutar de un nuevo orgasmo—. Aunque te parezca increíble, todavía sigo dormida.

—Pues para estar dormida, te he visto muy pero que muy activa —respondió Miguel con ironía.

De pronto, sonó su teléfono móvil. Miguel lo cogió y, en cuanto vio el número, supo que eran ellos. Se levantó de la cama, un tanto inquieto.

—Dame un par de minutos... —le dijo a María, entrando en el baño y cerrando la puerta tras él.

María se quedó mirando la puerta del baño, un tanto extrañada. ¿Qué tipo de llamada necesitaba ser atendida a esa hora y con tanta discreción? Llena de curiosidad, y a pesar del riesgo de ser descubierta, se acercó a la puerta y apoyó la oreja en la madera. Algo la hacía desconfiar.

—Soy Miguel —le oyó decir.

—Hola, compadre. Soy yo, Diego. ¿Cómo va todo por ahí? —dijo una voz desagradable que parecía retumbar en las paredes del baño.

—Espero que me llames por una buena razón, es muy temprano...

—Digamos que el jefe ha aceptado tu encargo, y no creo que tarde en darte buenas nuevas.

—¿Qué habéis averiguado? ¿Sabéis quién lo asesinó?

—Te llamaré cuando esté resuelto, no seas impaciente. Todo a su debido tiempo.

—Lo quiero muerto... Y espero que sea pronto.

—Yo también, manito. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme que los ajustes de cuentas ajenos a la organización.

Miguel colgó el teléfono y, tras inspirar un par de veces para no parecer contrariado, abrió la puerta del baño. Por suerte para ella, María había vuelto a la cama de un salto y, cuando él se acercó de nuevo, le dedicó una mirada amaneradamente somnolienta.

Miguel le acarició el pelo.

—¿Te parece si nos vestimos y bajamos a desayunar? —preguntó mientras recogía la ropa que la noche anterior habían dejado por el suelo—. Creo que, después de este despertar, necesito reponer fuerzas —añadió sonriendo.

—Sí, claro, pero antes bajaré a mi habitación. Quiero cambiarme, y me gustaría darme una ducha.

—¿En media hora abajo?

—Cuarenta y cinco minutos me irían mejor... —dijo María, vistiéndose y tratando de reorganizar ligeramente sus cabellos antes de salir de allí.

—Perfecto.

Ya en su habitación, María empezó a darle vueltas a la conversación que acababa de oír mientras se metía en la ducha. Era evidente que Miguel estaba metido en algo turbio... O eso, o había contratado a un sicario para que diese caza al asesino de su hijo. Lo cierto es que no sabía nada de él. Lo poco que conocía de Miguel le había llegado por su hija hacía ya tiempo, y siempre sobre cuestiones relacionadas con el trabajo. ¿Y si era una de esas personas del periódico que andaban metidas en el blanqueo de dinero de la mafia? Había estado tan a gusto con él, había sido tan caballeroso todo el tiempo, que imaginarlo asociado a aquella organización se le hacía inverosímil. Pero... ¿y si Miguel no era en realidad la persona que ella creía haber conocido?

Cuando bajó al vestíbulo, Miguel ya la estaba esperando, como de costumbre. Se le hacía muy difícil mirarlo con los mismos ojos que antes de oír aquella conversación, pero no podía dejar que él se diese cuenta. Sin embargo, ahora se preguntaba qué debía hacer con aquella información. «Lo más lógico sería hablar de ello con la inspectora Vinter...», pensó. Pero... ¿y si eso ponía en peligro la vida de su hija? Cualquiera opción le parecía poco acertada.

* * *

Lars y Erika estaban en la otra punta de la sala, tomándose un café bien cargado, cuando el teléfono de la mesa de ella sonó con insistencia. Al otro lado de la línea, un compañero la informaba de que habían encontrado el maldito coche de alquiler abandonado en una granja, no muy lejos del centro de Alesund. Era difícil que lo que fuera que hubiese en aquel coche pudiese resolverles muchas dudas, pensó. Seguramente estaría limpio, pero valía la pena intentarlo. Tanto Lars como ella cogieron sus abrigo y se dirigieron, junto con un par de chicos de la Científica, al lugar donde se encontraba el vehículo abandonado. Lars se puso al volante, y Erika se sentó en el asiento del copiloto, a su lado. Los dos chicos de la Científica, que cargaban con sendos maletines, se sentaron detrás.

—¿Crees que servirá de algo? —preguntó Lars, con su escepticismo habitual.

—Probablemente, no. Además, hace muchos días que lo alquiló, de modo que de poco nos servirá para poder determinar los kilómetros realizados y la posible ubicación de Sandra. Podría haber ido a cincuenta sitios distintos en este tiempo.

—Hacía mucho que no teníamos un caso tan complicado.

—Cierto, aunque éstos son los casos por los que me hice policía... —repuso Erika.

—Sí, claro, yo también. Las denuncias entre vecinos o las peleas en un bar no formaban parte de mi vocación...

—Pues como no te destinen a Oslo, no creo que vayas a tener un caso parecido entre manos en mucho tiempo, así que disfrútalo.

Los dos chicos de la Científica, que hasta entonces no habían dicho nada, se miraron sonriendo.

—Hablar de disfrutar con un asesinato suena un poco sádico, ¿no les parece? —dijo en tono jocosos el más jovencito de ellos.

—Visto así... —masculló Erika.

Tanto ella como Lars no pudieron evitar sonreír ante aquella oportuna apreciación. Era evidente que muchas de las bromas o de los comentarios que a veces podían hacer entre ellos podían sonar frívolos, o de escaso gusto.

En poco menos de diez minutos, llegaron al lugar en cuestión. El coche, un Ford Focus negro, se hallaba aparcado al lado de un establo, y apenas se veía desde la

carretera. Salvo por una vieja casa, allí cerca no había mucho más a donde ir. Los verdes campos llegaban hasta casi donde alcanzaba la vista. El resto de construcciones que podían verse a lo lejos se hallaban a una distancia considerable. Bajaron del coche y dieron un rápido vistazo al vehículo, y Lars y Erika decidieron dar un paseo por la zona mientras los de la Científica hacían su trabajo. Después de algo más de media hora de deambular por el lugar, regresaron hasta el coche, ávidos de respuestas. Tal como sospechaban, el vehículo parecía estar absolutamente limpio, a excepción de un cabello largo de tono castaño, aparentemente de mujer, que había quedado prendido en el respaldo del conductor.

—¿Crees que será de ella? —preguntó Lars.

—Ojalá, pero también puede ser de alguien de la agencia de alquiler, o del conductor anterior... Además, aún no tenemos a ningún sospechoso, ni a nadie con quien cotejar la muestra de ADN...

—Bueno, podríamos hacerlo con las chicas de la empresa, para descartarlas...

—Habrá que guardarlo y esperar... —dijo Erika, como si ya no le escuchara.

La inspectora rodeó el vehículo, observándolo detenidamente. En las ruedas había un exceso de barro seco, incrustado en el dibujo de la goma. Aquello llamó su atención. Allí no había barro, y el suelo llevaba horas seco en toda la zona. Además, el color de aquel barro poco tenía que ver con el de la tierra de aquella zona. Lars la seguía, atento, consciente de que, cuando Erika actuaba así, era porque había descubierto algo.

—¡Agente! —exclamó, dirigiéndose a uno de los compañeros de la Científica.

—¿Sí? Dígame, inspectora —respondió el chico, acercándose hacia ella.

—¿Podrían tomar una muestra del barro seco que hay en estos neumáticos?

Él la miró algo extrañado, frunciendo ligeramente el ceño, sin terminar de entender la necesidad de aquello.

—Aquí no hay barro, agente —explicó Erika—, y el terreno está completamente seco. Hay algo que no cuadra.

—¿Y? También puede ser barro de ayer...

—Efectivamente, eso pienso yo, que es barro de ayer, y además barro grisáceo que no corresponde con el que se formaría en este lugar. En esta zona, la tierra es mucho más rojiza. Quizás ese barro nos dé alguna pista de la localización del zulo donde tienen retenida a Sandra Cuevas.

—Entiendo... —masculló el agente, un tanto avergonzado.

Lars la miraba con admiración. Siempre había envidiado su capacidad de detectar aquellos pequeños detalles que podían llegar a ser cruciales. A veces, Erika podía llegar a ser brillante. Él, en cambio, era un investigador de cantera, un agente más de mesa, de rascar datos, aunque le hubiese encantado tener esa intuición que distinguía a su compañera. También era cierto que, por otro lado, Erika no era tan meticulosa como él a la hora de contrastar información. Juntos formaban un gran equipo, y se compenetraban a la perfección.

—No creo que sea fácil localizar su origen —apuntó el otro agente, avanzándose al ver que su compañero no reaccionaba—, pero si cree que puede ser de utilidad, tomaremos una muestra, por supuesto.

—Gracias.

—He de decir que esta vez me has sorprendido —dijo Lars cuando Erika se volvió hacia él, alzando las cejas y señalando disimuladamente a los de la Científica—. Dudo que a mí se me hubiera ocurrido algo así.

—No sé si servirá de algo, pero quizá nos dé alguna pista.

—Necesitamos a un especialista que conozca el tipo de suelos que tenemos por la zona. ¿Quizás un geólogo? —añadió Lars, pensativo.

—Pues ponte a ello.

—¿Y dónde demonios encuentro yo un geólogo ahora? —farfulló el inspector en voz baja, casi para sí mismo, mientras se encaminaban de vuelta hacia el coche—. Eso me pasa por pensar en voz alta...

—Te estoy oyendo... Si sigues así, vas a hacerte viejo antes de hora. Refunfuñar no es nada sano —replicó Erika, que iba justo detrás de él, sin poder dejar de sonreír.

* * *

Viernes, 11 de junio

A media mañana, he oído de nuevo unos pasos y el sonido de la llave en una puerta, probablemente la que da al exterior. Parece que mi oído se ha afinado, y ahora percibo con una claridad inverosímil cualquier pequeño ruido. Imagino que es eso lo que ocasiona el silencio y la soledad, que se agudicen los sentidos de una forma increíble. Hoy, por fortuna, mi carcelera ha vuelto a traerme comida y agua. Ayer no quise terminarme toda la que tenía, temiendo pasar de nuevo varios días sin nada que llevarme a la boca. Por segundo día consecutivo, ha evitado hablar conmigo; evita hasta cruzar su mirada con la mía. Tengo la sensación de que, si no hago algo por intentar escapar lo antes posible, esto no va a terminar bien. Debo hacer lo que esté en mi mano por liberarme, porque me temo que, si no lo hago yo, nadie va a venir a rescatarme. Nadie sabe dónde estoy, ni siquiera si aún sigo viva.

Hoy, mientras ella dejaba la comida sobre la mesita, me ha parecido que se relajaba, y he visto la posibilidad de reducirla. No lo he dudado ni un instante, la desesperación nos hace pecar de impulsivos e imprudentes. Me he abalanzado sobre ella con todas

mis fuerzas, tratando de quitarle el revólver, y hemos forcejeado. Pero todo ha sido un gran error, un terrible error del que ahora me arrepiento infinitamente. Al intentar detenerme, se le ha disparado el arma y me ha dado en la pierna derecha, en todo el muslo; podría haberme dado en cualquier otra parte vital del cuerpo, y ahora estaría muerta. He caído al suelo, malherida. El dolor era terrible, inhumano, y no paraba de sangrar. Le he pedido ayuda, le he implorado que me llevase a algún sitio para que me atendieran, pero se ha limitado a decirme que no puede hacerlo, que la detendrían, que he sido una verdadera estúpida. Tan sólo ha hecho una tira con un trozo de sábana y me ha hecho un miserable torniquete. Después se ha ido sin más, sin mirar atrás, sin un ápice de remordimiento. Me temo que, si nadie lo remedia, voy a morir desangrada. Lo sé, lo presiento en lo más hondo de mi ser.

Tras unos instantes a solas, me he dado cuenta de que su voz me resulta muy familiar; mi oído no me engaña. No consigo ubicarla, pero sé que la conozco, y mucho. A mi mente empiezan a acudir destellos de mi llegada al aeropuerto, imágenes sueltas de la terminal de Alesund y de esa mujer acercándose a mí, pero su rostro permanece difuso, como envuelto en una bruma, y no consigo verla con claridad. Sé que la conozco, que me acerqué a ella con confianza. Pienso que, si consigo saber quién es, tal vez podré entender sus motivos y negociar con ella. Empiezo a desesperarme. Trato de estrujar mi mente en busca de respuestas, pero mi memoria todavía se resiste a recordarlo todo; sigo teniendo lagunas, tanto de mi llegada como de las cosas que ocurrieron los días previos a mi salida de España. Si logro saber quién es ella, tendré alguna posibilidad de resolver este encierro. Eso sí, para cuando ella vuelva, no me he desangrado por completo.

CAPÍTULO 10

CONFESIONES

María parecía estar definitivamente en otro mundo. Su mirada se perdía al otro lado del ventanal en semicírculo de la gran sala, y uno no podía saber si miraba al cielo o repasaba las coloridas casitas del entorno. Ensimismada, mojaba la magdalena en el café con leche y se la llevaba a la boca sin derramar ni una sola gota. Miguel la miraba, sorprendido por su destreza; él ya se habría manchado la camisa o mojado el mantel. Terminaron de desayunar casi en absoluto silencio, y Miguel empezó a pensar que algo no iba bien. La observó con detenimiento, como si pudiese leer su pensamiento, escudriñar su interior. Era algo muy sutil, una fina línea entre lo que no se decía y lo que se vislumbraba en aquellos almibarados ojos. Percibía algo distinto, enigmático y extrañamente negativo en la mirada de María. Algo que no conseguía descifrar, y que lo tenía en jaque. Ella trataba de aparentar normalidad, pero Miguel podía percibir perfectamente la tensión en su rostro. Aquella carita risueña de hermosos y expresivos ojos color miel parecía andar preocupada con algo que a él se le escapaba por completo. Trató de pensar si había hecho algo que la pudiese haber molestado, pero no consiguió dar con nada. Ella permanecía como ausente, abstraída, y, cuando se dirigía a él, su tono parecía haber variado de algún modo: era más seco, cortante. Tras observarla un buen rato, decidió intentar conversar con ella para romper de una vez aquella repentina frialdad, a todas luces injustificada.

—¿Cuándo tienes previsto regresar? —preguntó, sabiendo que su compañera no tardaría en emprender el viaje de regreso.

—Tengo el vuelo para mañana por la mañana, sobre las siete y media.

—Es una lástima que no puedas quedarte unos días más —dijo Miguel, deseoso de tenerla más tiempo junto a él.

—No puedo alargar más mi estancia. Llevo casi una semana fuera, y mi jefe me necesita... —respondió ella, vagamente, algo agobiada por el hecho de tener que irse sin saber nada de su hija.

—En realidad, mi deseo es absolutamente egoísta —dijo Miguel sonriendo—. Aquí tampoco vas a resolver nada..., ¿lo sabes, no? No te preocupes. Si ocurre cualquier cosa, yo te avisaré enseguida.

—Lo sé, pero es muy duro regresar sin ella. Lo peor es que, a estas alturas, no puedo evitar pensar que quizás esté...

—No te hagas eso, María.

Ella lo miró, angustiada.

—¿Acaso conoces algún caso de secuestro que, pasados tantos días, termine bien?

—Ni tú ni yo somos policías. No tenemos experiencia en estas cosas, ni sabemos nada de secuestros... No debes torturarte de ese modo.

—No puedo remediarlo.

Sin poder evitarlo, María rompió a llorar, desconsolada. Había aguantado bastante bien todo ese tiempo, pero ahora se daba cuenta de que acabaría volviendo a España sin su hija, y eso la rompía por dentro. Quizá la tensión acumulada durante esos días estaba haciendo mella. Miguel se levantó de la mesa, acercó su silla a la de María y la abrazó, tratando de consolarla. Aquellas lágrimas hacían que volviese a pensar en su hijo, y que la emoción lo embargase también a él.

—Aparecerá, ya lo verás, todo saldrá bien —susurró en un intento de infundirle ánimos, tratando de ocultar sus propias emociones—. Estoy convencido de que todo saldrá bien, y que pronto estaréis juntas de nuevo.

—Eso espero.

—Pero tienes que ser fuerte, María —añadió, tratando de tranquilizarla—. Y tener paciencia, porque las...

De pronto, de forma brusca y repentina, María lo interrumpió con una pregunta inesperada:

—Hay algo que necesito saber, algo que lleva torturándome toda la mañana, y que tengo que preguntarte.

—Dime.

—¿Con quién hablabas esta mañana? ¿En qué lío andas metido? —preguntó en un tono bastante incisivo, incapaz de seguir fingiendo que no pasaba nada.

Miguel respiró hondo y bajó la mirada, sin saber qué hacer o qué decir. En el fondo, intuía que el cambio de María podía deberse a eso, aunque en su interior suplicaba que no fuese así. No tenía ni idea de qué parte de la conversación habría llegado a oír, o si lo habría oído todo, pero que ella conociera cualquier pequeño detalle de todo aquello podía ser muy peligroso para ambos. Ojalá no hubiese cogido aquella maldita llamada. Nervioso, alzó la mirada e intentó quitárselo de la cabeza, era lo mejor. No podía dejar que ella se involucrase en aquel desastre.

—Es complicado, y no creo que te haga ningún bien conocer los detalles, créeme. Es lo último en lo que deberías mezclarte, por tu propio bien —dijo en un intento de disuadirla.

—Pues quiero saberlo. Mi hija está en peligro, y si no me cuentas lo que sabes iré a hablar con la inspectora Vinter. Tú eliges —afirmó con aplomo—. Si hay algo que no soporto son los engaños y las mentiras.

—¿Tu hija? ¡Esto no tiene nada que ver con tu hija! María, por favor... No puedes contarle nada a la inspectora... Sería un gran error, un error de consecuencias imprevisibles. Hazme caso, dame un voto de confianza. No quiero mezclarte en esta mierda, no te lo mereces.

—Haberlo pensado antes de meterme en tu cama.

Miguel cerró los ojos, dolido por aquel comentario; se sintió juzgado sin oportunidad de defensa.

—Está bien, está bien... Si no queda más remedio, subamos a la habitación y te lo contaré todo. Aquí no puedo explicártelo.

—¿Por qué?

—Nadie puede oír esto...

María lo miró, recelosa.

—¿Acaso crees que voy a hacerte daño? ¡María, por favor! Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Mira, podré haber cometido muchos errores en mi vida, pero lo de ayer, lo de ayer... es una de las mejores cosas que he hecho en mucho tiempo.

Ella pareció tranquilizarse.

—De acuerdo, subamos, pero necesito confiar en ti. Quiero que me lo cuentes todo.

El trayecto en ascensor transcurrió en un cortante e incómodo silencio. Era tan extraño aquel desasosiego tras haber pasado la noche juntos. Miguel se sentía fatal por haberse cargado tan tontamente la magia que, aquella noche, se había creado entre ellos. Resultaba tan difícil coincidir de ese modo con alguien, en el tiempo, en las emociones y sentimientos, que ver cómo eso se destruía en segundos le partía el alma.

Ya en la habitación, le ofreció una silla a María, y él se sentó al borde de la cama como la noche anterior, aunque, por desgracia, esta vez para afrontar una situación muy distinta. La miró fijamente y, armándose de valor, trató de explicarle desde el principio todo lo ocurrido.

—Hace cuatro años, una organización colombiana contactó conmigo. Fue durante un congreso de periodismo en Bogotá, al que asistimos varios de la empresa. Estaban interesados en nuestra compañía porque operábamos a ambos lados del Atlántico; para ellos eso era importantísimo, porque les permitía blanquear el dinero de la droga y llevarlo a otro país con muy poco riesgo.

—¡Dios mío, cómo has podido!

—Déjame acabar, por favor, antes de juzgarme. Las cosas no son siempre blancas o negras, ¿sabes?

María estaba horrorizada, pero trató de calmarse.

—De acuerdo, aunque dudo que nada de lo que puedas decir me haga cambiar de opinión —respondió.

—Sabían perfectamente a qué personas acercarse. Buscaron a gente que, por un motivo u otro, no podía negarse a colaborar. Gente con problemas económicos, como yo, gente con secretos...

—¡Uno siempre puede negarse! —exclamó ella.

—En aquel momento, hacía dos años que Alicia me había dejado y que mi vida se había ido a pique. Cuando me dejó, yo empecé a beber, a jugar... Y cuando quise darme cuenta, debía mucho dinero, iba a perder mi casa y posiblemente la de mi hijo, incluso me habían amenazado... Ellos llegaron en el momento oportuno, ofreciéndome un dineral que yo necesitaba. Fue el peor error que he cometido en toda mi vida, lo sé, pero ya no puedo volver atrás, no puedo...

—¿Te das cuenta de que mi hija puede haber desaparecido por tu culpa? —dijo María, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—No, no es así, te lo juro. Si lo hubiesen hecho ellos, lo sabría.

—¿Lo sabrías? —preguntó ella con ironía.

—Por supuesto. Fui yo quien la avisé con un anónimo para que abandonase la investigación y desapareciese durante una temporada. Quería ayudarla, y en cuanto supe que estaba investigando la implicación de la empresa en todo aquello, le pedí que lo dejara antes de que ellos se enteraran.

—¿Tú la avisaste? ¿Y por qué no dijiste nada a la policía, o a mí?

—¿Cómo iba a hacer algo así? Ahora estaría preso... O muerto.

María lo miró, un tanto desconcertada.

—Y aun así, te la jugaste por ella... Eso al menos te ennoblece.

—Sí, me la jugué, jamás hubiese permitido que le pasase nada a Sandra. Si ellos se hubieran enterado de esto, yo sería hombre muerto.

—Pero... ¿qué ocurrió, exactamente?

—Sandra se enteró de todo el tema por un documento que vio en el ordenador de otra persona. Nunca debió tirar del hilo, pero lo paré a tiempo y tranquilicé a los colombianos. Les dije que la persona en cuestión estaba controlada, que trabajaba para mí. Por suerte, me creyeron.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, segurísimo —afirmó Miguel con aplomo.

—¿Y de qué hablabas con ellos esta mañana?

—Hace un par de días, me llamaron para decirme que el mendigo de la morgue era un aviso para que no se me ocurriese decir nada sobre ellos a la poli. Tenían miedo de que, dada la situación, pudiese irme de la lengua.

—¿Y?

—Bueno... Yo... Yo aproveché la llamada para pedirles un favor.

—¿Cuál? —preguntó María, intrigada.

—Que averiguaran quién mató a Eduardo —respondió Miguel, roto de dolor—. Necesitaba saber que alguien acabaría dando con él, dudo que la policía lo consiga.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso, no te miento.

María lo miró con una mezcla turbadora de sentimientos. Por una parte, no podía dejar de entender lo que aquel dolor infinito le había empujado a hacer, pero tampoco podía olvidar que aquel hombre formaba parte de una organización criminal,

probablemente mafiosa; eso no podía obviarlo. Contrariada por sus emociones, se lo quedó mirando, sin saber qué decir.

—¿Qué saben de Sandra? —preguntó finalmente, después de un largo silencio—. ¿Saben algo de lo que ha pasado con ella?

—No saben nada de ella, y de hecho tampoco de su secuestro.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Ni siquiera saben que ha desaparecido! En cuanto les dije que todo estaba controlado, en cuanto Sandra renunció a seguir investigando, dejaron de preocuparse. Afortunadamente, en ningún momento llegó a ser un objetivo de la organización, lo controlé a tiempo.

Preocupada, María respiró hondo, intentando decidir qué debía hacer con toda aquella información. Para ella, todo aquello no estaba siendo nada fácil. Miguel la miraba intranquilo, esperando y temiendo su reacción.

—Si averiguan que te lo he contado, estaremos ambos en peligro; espero que lo entiendas, esto no puede salir de aquí. También pondríamos en peligro a Sandra. Ni tan siquiera debemos decírselo a la policía, y no es porque me detengan, eso sería lo de menos. El problema reside en que la policía no podría protegernos de ellos, créeme.

—Puedo imaginarlo.

—Ojalá nunca hubiese hecho negocios con esa gente; sólo me han traído problemas. ¿Acaso crees que estoy orgulloso de ello? Lo único que he hecho ha sido complicarme la vida, y dudo que nunca pueda dejarlo.

—Pero... ¿por qué no vas a poder dejarlo? —preguntó María con ingenuidad.

—Esa gente está relacionada con la mafia, y a la mafia no se la deja, jamás. Son ellos lo que te dejan, y habitualmente muerto.

María lo miraba anonadada, estupefacta. No podía entender cómo alguien con dos dedos de frente podía meterse en un fregado como aquél, y encima tratar de justificarlo con nimiedades. Para ella era algo inaudito. En su cabeza, toda aquella información se amontonaba como un rintero de dagas afiladas, que la alejaban cada vez más de aquel hombre que estaba frente a ella. Le resultaba increíble que aquella persona con la que apenas hacía unas horas había vivido una situación tan romántica y llena de pasión, fuese la protagonista de esa otra historia. Ahora tenía la sensación de que estaba hablando con un completo extraño.

—De momento, no voy a hacer nada con esta información, pero espero por tu bien que esto no tenga relación alguna con la desaparición de Sandra, porque, de ser así... De ser así, Miguel, seré yo misma quien acabe contigo —respondió María con firmeza.

—Lo entiendo, pero puedo asegurarte que no tiene relación alguna con lo de Sandra, ni tampoco con la muerte de Eduardo.

María se levantó de la silla, pensativa y muy contrariada por aquella situación. Un tanto aturdida, se encaminó hacia la puerta dispuesta a salir de allí cuanto antes; aun

así, en el último instante miró a Miguel y, con cara de pocos amigos, le dijo:

—Creo que hoy prefiero pasar el resto del día a solas, supongo que lo entenderás.

Miguel, completamente abatido, se limitó a asentir con resignación. Sabía que era mejor no decir nada; cualquier cosa que pudiese decir por suavizar la situación podía volverse en su contra y empeorar las cosas todavía más. Era consciente de que acababa de perder la posibilidad de iniciar una relación con una mujer maravillosa, alguien a quien llevaba años buscando... o esperando encontrar. Era curioso ver cómo la visión que tenemos de una persona puede cambiar de un modo tan rotundo en cuestión de minutos, de segundos. Ahora María lo veía como a un monstruo, como a un ser abominable al que había que evitar. Sin embargo, él, por desgracia, la seguía viendo con los mismos ojos, los del corazón de un hombre solitario que sólo quería volver a enamorarse.

De camino a su habitación, María no podía dejar de darle vueltas a todo lo que Miguel le había contado. Aún le costaba creer que aquel hombre encantador que la había acompañado todos aquellos días de forma tan atenta y caballerosa fuese el mismo que acababa de confesarle sus vínculos con la mafia colombiana. Pero era así, de eso no cabía duda, y ahora se sentía traicionada, dolida por las mentiras y los engaños, y empezó a arrepentirse de todo lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Cómo había podido dejarse seducir por aquel hombre, un hombre que en aquel momento le parecía cualquier cosa menos atractivo?

Aquella tarde iba a ser de lo más extraña. Desde su llegada a Alesund, María y Miguel apenas se habían separado. Ella decidió comer sola en el centro, y pasar una tarde tranquila leyendo alguna novela o viendo una película en su habitación; Miguel, en cambio, prefirió coger el coche de su hijo y darse una vuelta por los alrededores. En el fondo, aunque había pasado casi toda su vida inmerso en el gris asfalto de la ciudad y posiblemente ya no sabía vivir de otro modo, algo en su interior le hacía envidiar a esas personas que, como su hijo, disfrutaban a diario de la naturaleza; deportistas y gente cuya vida era probablemente mucho más sana que la suya. Tal vez por ello decidió alejarse un poco de la ciudad, y dirigirse a Trollstigen halvbru, a casi dos horas de camino de Alesund. Conducir lo relajaba, y pasear por la naturaleza también le iría bien, pensó. Antes de salir, pidió en el bar del hotel un par de bocadillos y una botella de agua. Una vez llegase a la cumbre, seguro que tendría hambre y sed.

La ruta de Trollstigen, o escalera de los *trolls*, era una carretera bastante turística. Tenía fama sobre todo por sus once curvas de ciento ochenta grados y por la notable inclinación de la carretera, que llegaba en algunos tramos hasta un nueve por ciento de pendiente. Años atrás la había recorrido con su hijo, y tenía buenos recuerdos de aquel momento, así que decidió repetir la experiencia, aunque esta vez iría solo.

A medida que iba ascendiendo por la carretera, se dio cuenta de que la temperatura empezaba a disminuir notablemente. Si abajo rozaba los dieciocho grados, ahora, ya cerca de la cima, apenas alcanzaba los seis, y eso que estaban en

pleno mes de junio. De haberlo intentado en invierno, probablemente no hubiese podido subir por culpa de la nieve. Durante el ascenso, el paisaje iba cambiando. Poco a poco iban desapareciendo los abetos, y en su lugar el entorno se iba colmando de pequeños arbustos y algunos neveros. Luego se vio rodeado de grandes peñascos tachonados de nieve, en los que destacaban pequeños lagos que, diseminados aquí y allá, adornaban de forma antojadiza las peladas y frías cumbres.

Cansado de conducir, detuvo el vehículo, aparcó a un lado de la carretera y bajó. Cogió su anorak de plumas y se alejó por los abruptos prados dirigiéndose a la cima, dispuesto a contemplar el impresionante paisaje que se rendía a sus pies. Por suerte, en aquella zona no había demasiada gente, y pudo respirar el silencio y la paz de aquel lugar sin que nadie lo molestara. El aire era frío, y el viento castigaba de tal modo aquella cresta de los Trollstigen que sintió que los pelos de su barba se congelaban y que su nariz goteaba ligeramente. Al llegar a la cima, buscó con la mirada un lugar donde poder sentarse un rato y dejar que su mente volase lejos de allí. Todo lo ocurrido durante aquellos últimos días había sido tan intenso y atropellado que apenas había podido asimilarlo. Además, al día siguiente, por la mañana, iban a incinerar a su hijo, y tenía que decidir qué hacer con sus cenizas. Un poco más allá, al lado de uno de aquellos pequeños lagos, Miguel vio una roca que, desgastada y redondeada por el tiempo, parecía invitarlo a acomodarse. Se sentó allí mismo y, pensativo, cruzó sus piernas al estilo de los indios, tratando de decidir qué hacer con los restos de su pequeño Eduardo. Nunca imaginó que un día tendría que tomar una decisión como aquella, debería haber sido a la inversa... Debería ser su hijo quien estuviera allí, planteándose ese dilema. Aquello era algo contra natura.

Durante unos minutos, dejó que su mente recorriese su vida y recalase en momentos bastante más felices, momentos donde todo parecía ser perfecto, o al menos, estar en calma. Los mejores años fueron sin lugar a dudas los que compartieron todos juntos, antes de que Eduardo se fuese de casa y cuando él todavía tenía a Alicia a su lado. ¡Qué lejos parecía todo aquello ahora! Aún hoy, después de tantos años, era incapaz de entender en qué momento se había desmoronado su vida. Recordaba con amargura su completa y total desesperación, la sensación de pérdida, de vacío irreparable, que sintió el día en que su mujer decidió alejarse de ellos para siempre. No hay nada más devastador que tener que dejar de querer a alguien a la fuerza. ¿Cómo se le pide al corazón que deje de querer? ¿Cómo se acepta que aquella persona no va a regresar a tu vida nunca más...?

El chillido de un águila lo devolvió a la realidad, y sin poder evitarlo se planteó una vez más qué hacer con las cenizas de su hijo. No parecía una decisión fácil de tomar. Estaba convencido de que, de haber estado allí Alicia, no hubiera habido negociación posible. En tal caso, sus cenizas habrían terminado en una horrenda urna sobre la repisa de la vieja chimenea del que fue su hogar. Pero algo le decía que Eduardo jamás hubiese querido estar allí, preso en un cascarón de arcilla dormitando sobre un estante para toda la eternidad. Tampoco a él le parecía que ésa fuera la mejor

forma de pasar página y de recuperar la cordura. Tener las cenizas allí el resto de su vida le parecía de lo más deprimente, y además eso de guardar los restos de alguien en casa siempre le había parecido un tanto primitivo y desafortunado.

Eduardo había sido un alma libre desde el mismo día en que nació... Como un pájaro, como esa águila que planeaba ahora sobre los riscos que tenía ante él. En sus ojos, siempre había habido ese brillo que da el sentirse vivo, ese ímpetu por la aventura, por volar lejos del hogar, por hacer su vida sin deber explicaciones a nadie. Miguel recordaba perfectamente el día en que su hijo tomó la decisión de irse a vivir a Noruega. Alicia se lo tomó muy mal y montó toda una escena... Quién sabe si ya pensaba por entonces desaparecer de sus vidas sin dejar ni rastro. Sin embargo, Miguel siempre lo entendió: sabía que Eduardo iba en busca de esa libertad, de esa sensación de espacio infinito, de naturaleza. También le comprendió cuando tuvo tan claro que las ataduras del matrimonio no estaban hechas para él. Eran tantas las vivencias que recordaba allí sentado, tantos los momentos que jamás podría borrar de su memoria...

El águila volvió a sobrevolarlo, y lanzó un nuevo chillido que pareció prolongarse en las paredes de las montañas que lo rodeaban. Miguel sacó de su pequeño macuto los bocadillos y la botella de agua, y, a pesar del frío, se dispuso a comer allí mismo. Aquel aire gélido y limpio parecía reactivar su torrente sanguíneo y todos sus sentidos, y, aun estando bien abrigado, sentía cómo la humedad se adhería a su piel... De pronto, cuando abrió uno de los bocadillos y vio el reflejo del sol sobre el papel de aluminio, recordó cuánto le gustaba a Eduardo navegar por los fiordos. Sí, los fiordos... Aquellas aguas cristalinas bañadas por el sol con hermosos destellos de luz que enlazaban el añil de sus fondos con las blancas tramas de las estelas que las embarcaciones dejaban a su paso... Ése era el lugar idóneo, la mezcla perfecta entre el cielo y la tierra, entre el firmamento, el áureo sol y la traslúcida agua azarosa que un día acabaría desembocando en el profundo e inmenso mar que los rodeaba. Allí era donde probablemente Eduardo hubiese querido estar. Sin límites, sin fronteras... Fluyendo para toda la eternidad, inmerso en la infinitud del océano. Le invadió una sensación de paz, y entendió que estaba frente a la respuesta correcta.

* * *

María, que tumbada sobre la cama de su habitación trataba de pasar el tiempo leyendo una novela que se había traído desde España, se dio cuenta de que no podía apenas concentrarse en lo que estaba haciendo. Se veía obligada una y otra vez a releer la misma página para conseguir retener parte de la información. Tenía tantas cosas dando vueltas en su cabeza que le resultaba muy difícil poner los cinco sentidos en aquello. Cansada de aquel inútil y estéril esfuerzo, se incorporó y decidió preparar la maleta; al menos eso no requería de mucha concentración, y, si no lo hacía ahora,

tendría que hacerlo más tarde. Sin embargo, en cuanto empezó a poner sus cosas sobre la cama, se sintió desfallecer. Se iba, tenía que volver, y seguía sin saber nada de Sandra. Su hija seguía desaparecida... Pensó en cuánto necesitaba a Miguel en esos momentos, él intentaría animarla, la abrazaría, le diría que todo saldría bien... Pero ella misma se había encargado de echarlo. Quizás había sido algo injusta con él, pensó para sus adentros. Dubitativa, se sentó sobre la cama tratando de fundamentar su actitud desde la razón, y no desde los sentimientos. Y aunque todo le decía que debía alejarse, aunque todos sus razonamientos le parecían muy sensatos, en la práctica le estaba costando un mundo no pensar en aquel hombre y en los días que habían pasado juntos. ¿Por qué somos las personas tan sumamente complicadas? En el fondo, sabía que Miguel no era una mala persona; había algo en su mirada, en sus palabras, en su forma de actuar y de ser que le transmitía algo completamente distinto. Sabía que, tras aquella mirada transparente y directa, había una bellísima persona que estaba pasando por un mal momento. Un hombre que quizás había tomado decisiones equivocadas, pero que sin duda sabía querer a los demás... Tras un largo y sentido suspiro, María volvió a levantarse de la cama y puso la maleta sobre la colcha, junta a la ropa que había ido apilando. Ahora lo tenía claro, cuando terminase de preparar el equipaje iría a hablar con él, decidió. Posiblemente se había precipitado al juzgarlo y, aunque el embrollo en el que se hallaba inmerso era peligroso y arriesgado, María creía firmemente en las personas, en su fondo y en las segundas oportunidades. «Al menos, estaría bien compartir con él una cena de despedida antes de irme», pensó. Después de todo lo vivido, se le hacía muy extraño terminar así.

Hacia las siete de la tarde, Miguel regresó al hotel. Todavía sentía sus manos y sus pies entumecidos por el frío que había pasado en la cima del monte Trollstigen, y se había pasado todo el trayecto temblando porque el coche de Eduardo tenía la calefacción estropeada, de modo que, cuando llegó a su habitación, destemplado y bastante cansado, sólo tenía ganas de tomar un baño bien caliente y relajarse un rato antes de cenar. Mientras se desnudaba, vio que el piloto rojo del teléfono que estaba en la mesita parpadeaba con insistencia. Por lo visto, tenía un mensaje de voz. Extrañado, se sentó en la cama dispuesto a comprobar quién había llamado. De hecho, aquello le pareció un tanto extraño, ya que la única persona que podía llamarlo era la inspectora Vinter, y, de hacerlo, sin duda hubiese recurrido al móvil, nunca le habría llamado al teléfono de hotel. Levantó el auricular y se dispuso a escuchar el mensaje: «Hola, Miguel. He bajado para hablar contigo, pero no parecía haber nadie en tu habitación, así que he decidido dejarte un mensaje. Creo que quizás he sido un poco injusta y muy impulsiva en mis reacciones, y... Bueno, que si quieres podríamos cenar esta noche para despedirnos y hacer las paces. Creo que tendríamos que hablar. Ya me dirás algo».

Miguel sonrió, feliz tras oír aquel mensaje de voz. Su corazón le había dado un vuelco sólo con oír su voz de nuevo. Quizá no estaba todo perdido con María, se dijo

a sí mismo. Pocas cosas podían alegrarle el día, dada la situación, pero ésa era una de ellas. Sin pensarlo dos veces, marcó el número de la habitación de María, deseoso de invitarla a cenar y solucionar aquel embrollo. Aquél iba a ser un final perfecto para un día que había empezado siendo especialmente desagradable.

María, que estaba tumbada de nuevo en la cama viendo las noticias de la televisión noruega, descolgó el auricular enseguida.

—¿Miguel? —preguntó sin poder ocultar su euforia al oír su voz de nuevo—. ¿Eres tú?

—Sí claro, soy yo. Me encantará cenar contigo esta noche y... gracias por el voto de confianza. Sé que todo esto no es nada fácil para ti.

—De nada. Yo también soy consciente de que para ti tampoco debe serlo... Supongo que todos cometemos errores en la vida, y quizá fui demasiado dura al juzgarte.

—Tranquila, en parte tenías razones para ello. ¿Nos encontramos a las ocho y media en el vestíbulo?

—Perfecto.

María, resplandeciente, saltó de un brinco de la cama y se empezó a arreglar como una quinceañera que va a su primera cita. Era innegable que Miguel había despertado en ella algo que hacía mucho que no sentía.

CAPÍTULO 11

RECUERDOS

Sábado, 12 de junio

Ayer por la noche pasé frío, mucho frío. Oía cómo la lluvia regaba y azotaba lo que sea que haya en la parte exterior de este zulo. Caía de forma incesante, con furia desmedida, como si el cielo fuera a partirse de pronto en dos. Los truenos retumbaban una y otra vez, feroces, entre estas cuatro paredes, como bombas o tambores de guerra, y la humedad se colaba tercamente y sin invitación alguna, atravesando el frío hormigón de las paredes, hasta corroerme los mismísimos huesos. Arropada hasta el cuello con una sábana y una fina manta, sentí que mi cuerpo se escarchaba por instantes y amenazaba con convertir mis lágrimas en sutiles y frágiles estalactitas. Temblando, traté de enrollarme sobre mí misma para retener el calor, pero aquel frío penetrante no cesaba hiciese lo que hiciese. Del techo, alguna que otra gotera insistente rezumaba sin cesar, salpicando el suelo con decisión, con ahínco, y generando una diabólica melodía que apenas me dejaba conciliar el sueño. No recuerdo haber pasado una noche tan terrible en toda mi vida.

Sé que, además, he perdido bastante sangre, a pesar del torniquete que esa mujer me hizo cerca de la ingle; me siento débil, y tengo miedo de que se me infecte la herida. Sólo espero que esa mujer venga con ayuda y no me deje morir aquí, como un perro sarnoso. Esta mañana me he despertado, además, con un agudo e insistente dolor de garganta y una tos que parece querer quebrar mi pecho en dos. Creo que tengo hasta algo de fiebre, aunque no sé si la ha provocado la herida o el frío de la noche; me siento enferma. Estoy convencida de que, si no me mata el hambre, lo hará el frío, o quizás esta maldita herida.

Apenas puedo apoyar el pie en el suelo; si lo intento, el dolor que parte del muslo se irradia en ambas direcciones, haciendo que me maree y casi pierda el conocimiento. Un sudor frío recorre mi frente, y cada vez me siento más debilitada. Desplazarme hasta el

inodoro de la esquina del cuarto se ha convertido en una aventura de proporciones bíblicas. Además, una vez allí no he tenido más remedio que deshacer el nudo que oprime mi pierna para poder bajarme los pantalones y orinar. La sangre ha empezado a salir a borbotones de la herida. Tan pronto como he terminado, he vuelto a anudar el trozo de tela tan fuerte como he podido, pero esta vez directamente sobre mi muslo. Por un momento, no he podido evitar pensar en la fea cicatriz que me quedará en la pierna, y lo horrible que se verá en la playa con mi bikini... ¡Como si eso tuviera ahora mayor importancia! Las horas pasan, inescrutables para mí, y tumbada sobre este catre empiezo a pensar que no voy a salir de ésta. La conciencia de que se aproxima el momento de la muerte no es algo que uno elija, es algo que de pronto acontece, y el estar o no preparado para asumirlo es cosa de cada cual. Lo peor de imaginar la propia muerte es tratar de saber qué se siente cuando uno deja de ser, cuando sobreviene el vacío, la nada. Quizá para aquellos que creen en otra vida pensar en la muerte implique el paso a algo mejor, pero para mí, que no creo en nada que no pueda ver, la muerte equivale a pensar en la no existencia, y eso, además de extraño, me provoca un angustiante desasosiego. Tampoco puedo dejar de pensar en el dolor que sentirán mis seres queridos cuando sepan que he muerto. Eso tal vez es más terrible aún. Por un instante, he intentado preguntarme a mí misma si tengo miedo a morir, y sorprendentemente la respuesta es que no, que de lo que tengo miedo es de sufrir y de hacer sufrir a aquellos a los que quiero. De hecho, pienso que el miedo a la muerte no es más que el miedo a lo desconocido, a lo intangible, a algo que no puedes controlar. ¿Por qué he de tener miedo de algo que no conozco y no puedo valorar? De tener miedo, prefiero tenerlo a algo que pueda medir, a algo físico, a algo real.

** * **

He tenido que esconder la libreta, pero ahora retomo mis notas para dejar constancia de todo lo que ha ocurrido durante su última visita.

Cuando se ha abierto la puerta, ha aparecido de nuevo esa mujer. Llevaba una botella de alcohol, un maletín y la comida. Me

la he quedado mirando, temiéndome lo peor. No pretenderá...

—Voy a ausentarme unos días; te dejo bastante comida y agua —me ha dicho mientras abría el maletín y preparaba todo el instrumental.

Angustiada, le he preguntado si no ha traído a un médico.

—No, querida, la bala te la voy a sacar yo —me ha respondido sin titubear.

—¿Cómo?

—O eso, o la dejamos ahí dentro y te desangras. Tú eliges, y date prisa porque tengo que irme.

—Está bien... —me he limitado a responder, consciente de que no me quedaba otra alternativa—. Supongo que habrás traído algo para sedarme, ¿no?

Ella me ha mirado levantando ligeramente las cejas, y se ha limitado a pasarme una botella de whisky.

—Tendrás que conformarte con esto.

Algo en su forma de conducirse me hace desconfiar. Tengo la sensación de que no sabe qué hacer conmigo, que lo que fuese que tenía en mente se le ha ido de las manos. Me la he quedado mirando, me he armado de valor y le he preguntado si piensa matarme.

—Preguntas demasiado —se ha limitado a responder, mientras se preparaba para la «intervención».

No recuerdo en qué momento caí inconsciente, o si lo hice en varias ocasiones. Tan sólo me acuerdo del indescriptible dolor que sentí cuando hundió aquellas enormes pinzas en mi herida, removiendo la carne en busca de la bala. De eso, y de cómo algo punzante atravesaba mi piel una y otra vez, haciendo que deseara morir. Lo curioso del dolor es que, una vez desaparece, uno es incapaz de recordarlo. Es decir, sabes que te dolió mucho, pero difícilmente recuerdas la intensidad, las sensaciones. A diferencia de las heridas del alma, el dolor físico se olvida fácilmente.

Unas horas después, recuperé el conocimiento y puede observar la costura que Cristina había realizado sobre mi muslo. Sí, Cristina, ya no tengo ninguna duda de que la misteriosa mujer es ella. Su voz, su olor... Son los de ella. Aun así, preferí no decirle que sabía quién era. Si se veía descubierta, la posibilidad de que no me curase la pierna y se largase dejándome malherida era demasiado alta.

Ahora empezaba a recordar todo lo ocurrido en el aeropuerto. Era como volver a ver una vieja película de súper 8... Algo borrosa y con trozos medio quemados. A la última persona que podía

esperar ver allí era a ella. Sin embargo, se acercó y me dijo que había venido unos días de vacaciones por su cuenta, que se alojaba en un hotel del centro y que Eduardo le había pedido que fuese al aeropuerto a por mí porque a él se le había complicado el día y, además, al no esperarla, la sorpresa sería mayúscula. Como sabía que hacía años que se conocían, tampoco me pareció tan extraño que pudiese estar ahí, y más si se alojaba en un hotel y no en casa de él. Lo único que me sorprendió fue que no me hubiese dicho nada de que también iba a ir a Noruega cuando yo le expliqué, entusiasmada, todo mi plan de vacaciones. ¿No es eso lo que suelen hacer las amigas, explicarse todo o casi todo?

En cualquier caso, no consigo entender la razón de este secuestro, de este maldito encierro, aunque tal vez hay algo que sé pero que todavía no recuerdo. ¿Qué motivos puede tener Cristina para hacerme esto a mí? Es mi mejor amiga, y de pronto me parece no conocerla en absoluto. ¿Y si todo esto ha sido idea de Eduardo? Lo cierto es que no atino a imaginar la razón que ninguno de ellos pudiese tener para hacerme esto. Mañana pienso hablar con ella, y le exigiré que me cuente qué está pasando y por qué. Ahora, por el momento, voy a tratar de descansar un rato... Me siento débil y creo que me hace mucha falta... Mañana...

* * *

Cuando María apareció en el vestíbulo, Miguel se acercó a ella enseguida.

—Estás increíble... Eres preciosa —dijo sin poder evitarlo, embelesado.

Ella sonrió y se contorneó ligeramente, mostrando orgullosa su vestido. Lo cierto era que aquel vestido rojo coral realzaba aún más su belleza natural.

—Gracias. Tú también estás muy elegante.

—He pensado que, como mañana hay que madrugar, sería más cómodo cenar en el restaurante del hotel, ¿te parece bien?

—Sí, perfecto.

Miguel la cogió suavemente del brazo, y ambos entraron en el restaurante. Tras sentarse y escoger los platos, tomó la palabra de inmediato.

—Gracias por darme otra oportunidad. La verdad es que no estoy orgulloso de haberme metido en todo esto, pero ahora es tarde para volver atrás.

—Lo sé, y aunque no comparto lo que has hecho y me cuesta entenderlo, creo que en verdad eres una buena persona. Supongo que todos tenemos derecho a cometer errores, y es de sabios saber reconocerlos e intentar rectificar.

Miguel bajó la mirada, en señal de agradecimiento.

—Mañana por la mañana, voy a incinerar a Eduardo. Me hubiese gustado que estuvieras a mi lado, pero entiendo que tengas que irte —dijo, cambiando de tema.

—No puedo quedarme más tiempo, lo siento...

—Tranquila, no te preocupes.

—Te llevarás las cenizas a España, ¿no?

—No, al final no. Hoy he entendido que éste es su sitio, entre la naturaleza, cerca del mar...

—Una elección muy bonita, aunque supongo que no habrá sido fácil tomarla.

—Eso es lo que él hubiese deseado, y es lo que debo hacer, de eso no tengo duda —respondió mientras cogía las manos de María entre las suyas.

Ambos se miraron en silencio, embelesados. Parecía que, pese a todo lo sucedido, las aguas habían vuelto a su cauce, y la magia entre ellos seguía tan viva como la noche anterior. Sin embargo, Miguel sabía que, si quería conservarla a su lado, tendría que buscar la forma de salir de toda aquella mierda en la que ahora se hallaba inmerso. Una mujer como ella no iba a seguir a su lado por mucho tiempo si no era así.

Cuando les trajeron el postre, sus miradas y gestos ya dejaban entrever el deseo que recorría sus cuerpos de forma casi primitiva y animal. Tras la cena, no hicieron falta palabras para saber adónde querían ir. Como dos locos en celo, tomaron el ascensor y empezaron a comerse a besos y caricias, sin tan siquiera reparar en una pobre mujer que los miraba escandalizada. Se sentían como dos quinceañeros, como dos adolescentes cuyas hormonas revolucionadas les hacían perder el mundo de vista.

Era aún de noche cuando María abandonó la cama de Miguel. Su vuelo salía a las siete de la mañana, y aún tenía que vestirse y recoger sus cosas de la habitación. Él abrió los ojos y se incorporó para despedirse.

—Sigue durmiendo, cielo... —susurró ella con dulzura.

—En cuanto te vayas, lo haré —respondió Miguel, que no podía permitir que se fuera sin despedirse de ella.

—Te voy a echar de menos, ¿sabes? —dijo María mientras se vestía.

—Y yo a ti, sobre todo hoy.

—Lo sé, pero, aunque me gustaría, no puedo asistir al funeral...

—Lo entiendo perfectamente... —susurró él, levantándose y agarrándola por detrás, para besar su suave cuello con dulzura.

—Nos veremos a tu regreso —respondió María, saliendo ya de la habitación—. Madrid nos espera.

—Dalo por hecho.

María ya estaba en su avión, camino de España, cuando Miguel bajó al vestíbulo del hotel dispuesto a dirigirse al crematorio. Para él hubiese sido más fácil si María todavía estuviera allí; aquella mujer se había convertido en su único apoyo. Aunque él había previsto inicialmente quedarse un par de días más, la noche anterior decidió

cambiar su billete e irse justo después del funeral de Eduardo. Lo cierto es que no tenía mucho más que hacer allí, y quería volver a ver a María cuanto antes.

Miró a través de las puertas giratorias del hotel, y vio que la mañana había amanecido clara y soleada, y que la temperatura parecía algo más suave que la de otros días. Contaba con que algún amigo de Eduardo se acercaría a la misa previa a la incineración, y probablemente también estarían presentes la inspectora Vinter y su segundo, ese tal Lars. Ataviado con un traje negro que había comprado para la ocasión la tarde antes de partir, y que a buen seguro tiraría justo después del funeral, se dirigió hacia el coche de Eduardo. Justo entonces, cuando iba a abrir la puerta del automóvil, sonó su teléfono.

—¿Diga?

—Buenos días, Miguelito. Te traigo noticias frescas —dijo una voz ronca y desagradable.

—A ver, sorpréndeme —respondió Miguel, que por supuesto había reconocido a su interlocutor.

—Compadre..., ya está todo resuelto.

—¿Resuelto?

—Sí, muerto el perro, muerta la rabia. Nos debes una, compañero. Cuídate —añadió el hombre antes de colgar.

—Pero... ¿¿quién era?! —exclamó sin obtener respuesta—. ¡Joder con el hijoputa este, que ni siquiera escucha!

El mensaje que le habían transmitido era claro y directo, y pese a que aún no sabía quién había sido el asesino de su hijo, se sintió invadido por una extraña emoción. Miguel cerró los ojos, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. «Al menos se ha hecho justicia —pensó—, y justo antes de incinerar a Eduardo». Sin embargo, todavía ansiaba saber quién había sido y por qué. Necesitaba entender cómo era posible que alguien, aparentemente sin motivos, hubiese matado a su hijo de aquella forma tan sádica. Si las cosas salían como era de esperar, la policía no tardaría en saber del asesinato, y él sabría por fin quién había sido el culpable de todo. Su única duda era si llegaría a saber la razón de aquel acto atroz y sin sentido.

Sentado en el coche, no pudo evitar esbozar una sonrisa de felicidad... Había vengado a su hijo. Era verdaderamente chocante que algo en aquella macabra historia pudiese hacerle sonreír, y en parte se sintió mal por ello. En ese instante, no pudo dejar de pensar que, fuese quien fuese el asesino, también tendría un padre y una madre que no tendrían culpa alguna de todo aquello, y que también iban a sufrir mucho, como estaba sufriendo él. Aquella idea hizo que la sonrisa desapareciera de inmediato de su rostro. Ahora, pese al alivio que le daba saber que el asesino de su hijo estaba muerto, se sentía extrañamente culpable. A pesar de todo lo que había vivido en su vida, y en especial durante aquellos últimos años, seguía teniendo conciencia. ¡Qué difícil parecía dar satisfacción a todos los deseos sin arriesgarse a perder la integridad!

De camino a la iglesia, contempló una vez más aquel verde y exuberante paisaje que sabía que no volvería a ver más. Estaba claro que, después de aquello, no iba a regresar a Noruega, y menos aún a Alesund; ya no había nada que lo atara a aquella tierra, salvo la tristeza y el dolor. A su paso, y gracias a la fuerza del viento que se había levantado aquella mañana, parecía que los verdes árboles se inclinaban sutilmente ante él, en señal de despedida. Miró por última vez aquellas casitas que parecían sacadas de una pintura renacentista, y que a modo de terrenal arco iris iluminaban y llenaban de vida aquella minúscula ciudad de fantasía. Una mezcla de nostalgia y aflicción invadió su alma, haciéndolo sentir culpable de aquella inevitable despedida. Acaso también los lugares, como las personas, nos dejan alguna suerte de huella perenne en el corazón, reflexionó apenado. Pero había huellas que prefería borrar, o dejar atrás para siempre, huellas que sólo restaban, huellas que parecían heridas labradas con una azada sobre el fino velo de nuestra frágil alma.

Llegó a aquella iglesia, y vio a un pequeño grupo de amigos y conocidos de su hijo que esperaban en silencio junto a la puerta. A la mayoría les habría visto a lo sumo una o dos veces en algunos de sus anteriores viajes. Al otro lado, tal como esperaba, los dos inspectores aguardaban también su llegada. Aquello, por suerte, iba a ser un funeral tranquilo y sin demasiada gente. Tampoco a Eduardo le gustaron nunca las multitudes, pensó.

—Gracias por venir —dijo acercándose a Erika y Lars unos instantes, para luego dirigirse al resto de los presentes.

Erika abrazó a Miguel para darle el pésame; algo nada habitual en ella, y que sorprendió incluso a Lars.

Tras charlar un rato con los amigos de Eduardo, Miguel miró al interior de la iglesia y vio que ya habían depositado el féretro de su hijo frente al inmenso altar. El ataúd descansaba, desnudo y solitario, en aquella iglesia vacía de adornos. Dadas las circunstancias, había preferido ahorrarse las entradas con música o cosas similares. Cuando antes terminasen con aquello, mejor; no quería recrearse en el dolor, ni convertir aquel acto en un circo innecesario. Haciendo un gesto a los asistentes para que lo acompañasen, entró en la iglesia en silencio, cabizbajo, dispuesto a darle a su hijo el último adiós. Aquel templo era bastante moderno y sobrio, minimalista en su decoración y arquitectura, algo que casaba perfectamente con el estilo de vida de aquella gente. Lo cierto es que también casaba con la personalidad de su hijo; nunca le gustaron las sofisticaciones o las estridencias.

Se acercó al ataúd con tristeza, y mientras esperaba el inicio de la misa funeraria, acarició la madera de su tapa lentamente, como si de ese modo pudiese acariciar a su pequeño por última vez. ¿Cuánto tiempo duraba el duelo?, ¿cuándo dejaría de sentir que su corazón se había quebrado?, se preguntó, deseoso de dejar atrás aquella horrible sensación de ansiedad y vacío que parecía desgarrarle por dentro día tras día. A veces, sería mejor no sentir nada, se dijo para sus adentros, abrumado por aquella pérdida que no le permitía pensar en otra cosa.

En aquel momento, entró el cura ataviado con una sotana morada, que era la adecuada para aquel tipo de misa. Por desgracia, aquel hombre no hablaba ni una palabra de inglés o español y, tras saludarlo, Miguel se sentó en primera fila para que pudiese empezar el oficio funerario. En ese instante, empezó a sonar el Ave María de Schubert, tal como él había solicitado. Aquella melodía era tan hermosa que gustaba incluso de escucharla por la noche en su casa, sentado en el sofá con una buena copa de vino tinto.

En el fondo, resultaba un tanto surrealista estar enterrando a tu hijo y no entender nada de lo que estaba diciendo el cura. Pero no quedaba otra. Al final de la ceremonia, Miguel decidió decir unas palabras en español. De pie frente al atril, conteniendo la emoción, miró hacia el féretro y dijo con voz entrecortada:

—Lo más triste de esta vida es que nunca solemos decir cuánto queremos a las personas... hasta que ya no están aquí para oírlo. Yo dejé de decírtelo cuando creciste, pensé que ya no tocaba, que eras mayor para eso... Pues me equivoqué, ojalá lo hubiese seguido haciendo, Eduardo... En estos instantes, tan sólo puedo esperar haber sido al menos la mitad de buen padre de lo que tú fuiste como hijo. Eras un hombre increíble, Eduardo. Únicamente le pido al de arriba que, en un tiempo no muy lejano, volvamos a encontrarnos. Te quiero y siempre te querré, enano.

Con los ojos bañados en lágrimas, un enorme e incontrolable nudo en su pecho y su garganta tan seca como un árido desierto, Miguel regresó a su sitio mientras el coro entonaba una última canción y el cura daba por finiquitada la misa. La gente de la funeraria retiró poco después el féretro, para llevarlo hasta el coche fúnebre y luego al crematorio. Tras despedirse uno a uno de los asistentes, Miguel se dirigió a su vehículo y siguió al coche hasta el tanatorio, donde se iba a proceder a la incineración del cuerpo. Aquél iba a ser el último instante junto a su hijo; luego iría al fiordo de Geiranger con las cenizas, como había planificado.

Llegó allí solo, con el coche de su hijo y las cenizas en el asiento del copiloto. Se sentó en una roca al borde del agua, y con la urna entre sus piernas empezó a entablar una conversación con Eduardo, como si él pudiera oírlo aún. Ésa era, quizá, su forma de despedirse realmente de él.

—¿Sabes, Eduardo...? No creo que tú lo recuerdes, pero, cuando eras un niño de tan sólo dos años, apenas querías estar conmigo... —empezó a decir en voz alta, tratando de que la voz no se le quebrase—. Pasabas el día con tu madre, y yo llegaba siempre muy tarde a casa... Durante aquella época, lo pasé muy mal. Me sentía culpable por no poder dedicarte más horas. Luego, las tornas fueron cambiando. Tú empezaste a reclamar juegos de chicos, y tu madre ya no era el referente que necesitabas...

Hizo una pausa para coger fuerzas, y prosiguió:

—Me hiciste el hombre más feliz del mundo. Me sentí tan importante, tan querido... Era consciente de cuánto me necesitabas, y no recuerdo haber sentido nada

igual en toda mi vida... Con el tiempo, probablemente se hubieran invertido las tornas y hubiese empezado a necesitarte yo... Pero ahora ya no estás aquí. No imaginas cuánto me gustaría cambiarme por ti...

Tuvo que detenerse de nuevo. Sus ojos, llenos de lágrimas contenidas, se desbordaron.

—Nunca te dije cuánto te quería, cuánto te necesitaba... Nunca te dije lo importante que eras para mí. Tal vez hayas sido la única cosa que he hecho bien en toda mi vida... Supongo que éste es sólo un adiós pasajero, aunque prefiero decirte hasta pronto, porque sé..., porque sé que algún día volveremos a estar juntos, enano...

Sin más preámbulo, Miguel se incorporó y miró al horizonte, y luego al azul que yacía a sus pies, buscando quizás una señal, algo que le diese un atisbo de esperanza. Dejaría que sus cenizas se mezclasen para siempre con las cristalinas y profundas aguas de los fiordos, esas aguas que Eduardo tantas veces había surcado y en las que tanto le gustaba estar. Abrió la tapa de la urna, y dejó que las cenizas flotaran hasta el agua. Sus lágrimas se convirtieron en imparable sollozos, y, aún con la urna en las manos, ahora vacía, Miguel dejó que la brisa se regodeara en su dolor. «Lástima que María no esté ahora aquí, junto a mí... Me habría gustado compartir este momento con ella», susurró en voz baja. Para él no iba a ser nada fácil volver a casa, pero al día siguiente regresaría a España y podría estar de nuevo a su lado.

* * *

Ya estaban llegando a la comisaría, cuando sonó el teléfono de Erika. Al otro lado de la línea, un agente de la Interpol con el que tenía muy buena relación la avisaba de un suceso probablemente relacionado con el caso que ella estaba llevando. Al parecer, a primera hora de la mañana alguien había disparado a bocajarro, desde un coche en marcha, a Cristina Puig. El asesino había realizado dos disparos en el rostro de la víctima cuando salía de su casa, en Madrid, para ir a trabajar. Era evidente que aquello no podía ser una mera casualidad. Erika no daba crédito a sus oídos; ya iban por el tercer cadáver, y ellos seguían sin tener ninguna pista sólida. Pensó una vez más en lo que el comisario les diría cuando los viese aterrizar por la central. Lars, que miraba intrigado a su compañera, trataba de adivinar qué estaba pasando. En cuanto ella colgó, la cosió a preguntas:

—¿Qué ocurre...? No vas a dejarme así, ¿no? ¿Algo relacionado con el caso? ¿Con el secuestro?

—Acaban de cargarse a la amiga de Eduardo y Sandra, Cristina Puig —dijo Erika, todavía procesando la noticia.

—¿En serio?! —exclamó Lars, sorprendido.

—Dos balazos desde un coche en marcha.

—¡Oh, vamos, no puede ser...! ¿Un sicario de la mafia?

—Al menos lo parece. Pero... ¿por qué?

—Empiezo a pensar que quizá la mujer del aeropuerto fuese ella.

—¿Cristina? ¿Por qué lo dices? —preguntó Erika, tratando de entenderlo.

—Bueno, si no, qué relación tiene con todo esto.

—O sea, estaríamos afirmando que Cristina viene aquí, asesina a Eduardo, sigue chateando con su amiga como si fuese él, y luego se va al aeropuerto como si nada, recoge a Sandra y la hace desaparecer... ¿Y después regresa a España?

—Pero es que, si no es así, se me hace difícil relacionar ambas cosas... —dijo Lars.

—¿Y cuál sería el móvil? Porque a mí no se me ocurre ninguno.

—A mí tampoco, la verdad...

—Habrá que dejar que la policía española y la Interpol investiguen lo ocurrido. De todas formas, mañana cursaré una petición para que también revisen su teléfono móvil, su ordenador y los movimientos de sus tarjetas de crédito... Y para que busquen testigos que puedan decirnos qué días ha estado en España y qué días puede que no —zanjó Erika—. Por el momento, es lo único que podemos hacer...

—No te olvides de pedir una muestra de ADN para cotejarla con el pelo que encontramos en el coche.

—Tienes razón, ya me había olvidado de eso... —respondió Erika.

—Por otro lado, con un poco de suerte, esta tarde tendremos localizada la IP del ordenador desde el que se hizo el alquiler del coche... Aunque seguro que será de un cibecafé.

—Probablemente.

—Además, si la secuestradora era Cristina y ahora está muerta..., ¿cómo podremos saber dónde tiene retenida a Sandra? —preguntó Lars, preocupado.

La inspectora se limitó a asentir, pensativa.

—Está claro que ahora tendremos que trabajar contra el reloj —dijo, unos instantes después—. Si ese maldito barro del coche de alquiler no nos lleva hasta ella, Sandra tiene las horas contadas —Erika suspiró con resignación—. Por cierto, ¿ya has localizado a algún geólogo?

—He conseguido contactar con uno. Parece un tipo bastante excéntrico, pero lo he citado en comisaría para esta misma tarde.

—Espero que eso pueda darnos alguna pista, por el bien de Sandra.

—Cruzo los dedos.

Cuando llegaron a la central, el comisario Espen los estaba esperando.

—¿Qué sabemos del coche? Este caso se está alargando más de lo que nos gustaría, y ya tenemos a algún político inquieto —soltó en cuanto los vio aparecer.

—Pues por mucha inquietud que le ponga no va a conseguir nada. ¿Acaso creen que estamos perdiendo el tiempo? —respondió Erika, un tanto molesta.

—No, nadie ha dicho eso. Pero debes entender que a nadie le gusta tener a un asesino suelto, y menos aún en una ciudad tan pequeña como ésta.

—Veo que no sabe nada todavía de las últimas noticias...

—¿Qué noticias? —preguntó Espen, temiendo su respuesta.

—Esta mañana han abatido de dos tiros en la cabeza a Cristina Puig, en España...

El comisario levantó ambas cejas, sorprendido.

—Esto se complica, Vinter, esto se complica. No creo ya que haya ninguna duda de que se trata de un grupo organizado. ¿Qué habéis averiguado de la implicación de la mafia colombiana?

—Barajamos algunas hipótesis, pero aún no tenemos nada que nos permita concluir cuál es el papel de Cristina en todo esto. Ignoramos por qué la mafia ha ido a por ella.

—¡Necesitamos resultados ya, Erika! La presión política empieza a ser agobiante, y no veo que estemos avanzando mucho —dijo Espen, antes de darse la vuelta y dirigirse a su despacho. Cuando ya se disponía a cerrar la puerta tras él, se volvió de nuevo hacia ellos, alzó el dedo y exclamó—: ¡No estamos avanzando, inspectora!

Erika suspiró con resignación y se dirigió a grandes zancadas hacia su mesa. Aquel tipo de comentarios eran los que conseguían ponerla de mal humor. ¿Acaso ella les decía a los políticos cómo debían hacer su trabajo?

CAPÍTULO 12

ENCONTRAR A SANDRA

Domingo, 13 de junio

Apenas he conseguido dormir algo esta noche. No me encuentro nada bien; de hecho estoy segura de que tengo fiebre y bastante alta. Siento que me arde la cara y las manos, me cuesta mucho tragar y la pierna me sigue doliendo horrores. No he parado de tiritar, y he tenido unas pesadillas terribles; incluso algunas alucinaciones especialmente reales que tan sólo consigo recordar en parte. Cuando, aún medio dormida, he abierto los ojos en un par de ocasiones, me ha parecido ver sombras alargadas e inquietantes que se cernían hambrientas sobre mí, acechándome, buscando atraparme. Sombras que parecían deambular perdidas por este maldito sótano, esperando algún acontecimiento, quizá mi muerte... Acaso sea ésta la forma en que se nos presenta la muerte el día en que nos señala como su próximo objetivo... Sea como sea, estos delirios, estas alucinaciones, no hacen más que empeorar mi situación. Cada vez me resulta más difícil mantenerme entera.

A juzgar por el leve y distante sonido de algún pajarillo cantando en el exterior, creo que ya debe de haber amanecido. Aun así, tras esta horrible noche no puedo dejar de temblar de forma casi compulsiva, estoy desmoronándome y no sé qué hacer para recuperar el control. Sé que, si no voy a un hospital pronto, tengo las horas contadas. No hace falta ser muy listo ni haber estudiado medicina para saber que el riesgo de infección de la herida es alto, y si a eso le sumo la fiebre y la debilidad propia del encierro, sin duda tengo muchos números de morir en las próximas horas, aquí, sola...

No puedo evitar pensar en mi madre; soy lo único que le queda en este mundo. Sé que estos últimos años no me he portado con ella como debería. Sé que la he hecho sufrir mucho con mis continuos desprecios y mis más que frecuentes silencios. Supongo que la hago responsable de cosas que estaban fuera de su alcance, y que no es justo. Ella no tiene la culpa de que mi infancia no fuera feliz. En el

fondo, hizo lo que pudo para que saliéramos adelante... Si salgo de ésta, sé que debo cambiar muchas cosas. Y hablar con ella... Le debo mucho más que una disculpa. Ahora no puedo dejar de pensar en que, más que a la muerte, temo sufrir y hacer sufrir a los que quiero.

Oigo pasos fuera que parecen acercarse, y me engaño pensando que quizá Cristina ha decidido regresar con ayuda. Sé perfectamente que ayer dijo que se iba a ir de viaje, y de hecho me dejó comida para varios días... ¿Por qué iba a regresar ahora...? Es posible que su vuelo sea a media tarde, y que haya decidido echar un último vistazo a mi herida... De pronto, recuerdo su respuesta a mi pregunta sobre si pensaba matarme: «Preguntas demasiado...», dijo sin más. Tal vez haya llegado el momento, tal vez esté aquí para acabar con esto...

Si este diario termina en estas líneas, es que mis sospechas son fundadas y Cristina ha regresado hoy para matarme, para sacarme de una vez por todas de este extraño y desesperante bucle. Creo, sinceramente, que no sabe qué hacer conmigo, y tal vez ha decidido que lo más fácil sea sacarme de en medio. Antes de que entre, esconderé la libreta bajo el colchón, como siempre. Al menos así cabe la posibilidad de que, si no salgo viva de ésta, alguien, algún día, descubra toda la verdad.

* * *

La temperatura parecía haberse templado, y del frío de los días anteriores no quedaba ya ni el recuerdo. Eran las cinco de la tarde del lunes 14 de junio, cuando el geólogo con el que Lars había contactado llegó a la comisaría de Alesund. Aquel hombre pequeño, enjuto, con gafas oscuras de pasta y pinta de ratón de biblioteca, se sentó en el banco de la entrada y, un tanto agobiado, se dispuso a esperar a que lo recibieran. Aún no tenía ni idea de por qué le habían pedido que fuese hasta allí. Mientras esperaba, consultaba su teléfono móvil de forma casi compulsiva.

—Pero ¿no le has explicado qué es lo que queremos de él? —preguntó Erika, sin entender que Lars le hubiera hecho venir sin ponerlo en antecedentes.

—Si le llego a explicar el motivo, igual me ponía una excusa, así que opté por decirle que tenía que venir a prestar declaración sobre un caso policial, sin darle más detalles...

—¡A veces no deja de sorprenderme lo torpe que puedes llegar a ser con algunas cosas! —exclamó Erika, indignada—. Ese hombre no está obligado a colaborar. ¿Y si

ahora se niega a ayudarnos? Habremos perdido el tiempo tontamente, tendremos que buscar a otro y...

—Veamos primero si quiere colaborar o no, ¿te parece? —la frenó Lars, molesto por la bronca.

Erika iba a replicar de nuevo, pero se contuvo en el último instante. Ponerse más nerviosa de lo que estaba no le serviría de nada. Tenía que calmarse y centrarse en el caso.

—Está bien, hazlo pasar a la sala uno, os espero allí.

Lars fue a buscar al geólogo a recepción y lo hizo pasar a la pequeña sala de interrogatorios, donde la inspectora hojeaba el último informe de la Interpol. Si aquel hombre decidía no ayudarlos, el tiempo se les echaría encima, y la suerte de Sandra podía depender de ello. Tendría que recurrir a sus mejores armas para convencerlo.

—Buenas tardes, señor Haugen, y perdone que le hayamos hecho venir de esta forma, pero el caso que nos ocupa lo requiere —dijo Erika, tratando de preparar el terreno.

—No termino de entender por qué me han citado.

—Enseguida se lo cuento... Verá, tenemos entre manos un caso de secuestro bastante complicado, y la única pista de la que disponemos es el barro seco que quedó en las ruedas de un vehículo...

—¿Y eso qué relación tiene conmigo? No entiendo por qué me...

—No se preocupe, señor Haugen, está aquí en calidad de experto, nada más —lo interrumpió Erika, tratando de tranquilizarlo—. El barro en cuestión no corresponde con el de la zona donde se halló el automóvil; es más, no es un tipo de barro demasiado común en los alrededores de la ciudad. La cuestión es que nos preguntábamos si un geólogo sería capaz de determinar en qué lugares se puede hallar ese tipo de tierra.

El hombre la miró atónito, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Me está diciendo que me han hecho hacer un trayecto de casi ciento cincuenta kilómetros para que les dé mi opinión?

Erika bajó la mirada, temiéndose que ese tal Haugen se levantase y se fuera.

—Cuando hablé por teléfono con su compañero, creí entender que tenía que declarar en no sé qué caso policial, incluso me pareció que estaban valorando mi posible implicación.

—Me temo que el inspector Lars no supo explicarse correctamente; sentimos la confusión. Pero debe entender que la vida de una chica está en peligro, y su ayuda puede ser de vital importancia. No tenemos a nadie más a quien recurrir, y tampoco mucho tiempo.

—Ése no es mi problema —replicó él, que parecía bastante molesto.

—Sé que no ha sido una forma muy acertada de pedir su ayuda, pero píenselo, una chica inocente puede morir...

El hombre lanzó un largo suspiro y, tras soltar un «hay que joderse» por lo bajo, respondió a la petición de la inspectora.

—Está bien, voy a intentar ayudarles —dijo finalmente—. Pero no puedo asegurarles nada.

—Muchas gracias —Erika no pudo ocultar su alivio por aquella respuesta.

Lars, que estaba de pie detrás del geólogo, resopló disimuladamente mirando a Erika, asintió cuando ella le señaló la puerta con la cabeza, y se dirigió al almacén en busca de la prueba que la Científica había recogido. Cuando volvió a la sala de interrogatorios, la depositó sobre la mesa.

Haugen se incorporó un poco para observar la bolsa sin tocarla, y luego miró al inspector:

—¿Puedo? —preguntó haciendo ademán de abrir la bolsa para estudiar el material.

—Sí, claro, todo suyo —dijo Lars.

—Necesito comprobar la textura.

El hombre introdujo la mano en la bolsa y sacó un poco de tierra, dejándola resbalar suavemente entre sus dedos.

—Sin duda alguna es Keuper. Keuper nórdico, para ser exactos.

Los dos inspectores se miraron como si estuviesen hablándoles en chino.

—Es un sedimento muy habitual en el escudo báltico, y en especial en las zonas cercanas a las cuencas de los ríos. Yo de ustedes buscaría un lugar cercano al agua... Agua dulce, por supuesto.

Erika tomó un mapa de la zona y trazó una circunferencia alrededor de Alesund, de aproximadamente unos cien kilómetros de radio.

—Por lógica deberíamos limitar la búsqueda a los fiordos de Stro y de Hjorund, pero eso es todavía una superficie enorme y no tenemos tanto tiempo... —dijo Erika, que miraba el mapa con preocupación.

—Tiene que ser un lugar más o menos conocido por los extranjeros; no debemos olvidar que la sospechosa no es de aquí —apuntó Lars.

—Pues yo de ustedes miraría entonces en Geiranger; al fin y al cabo, es con mucho la zona más turística, ¿no? —recomendó el hombrecillo de tez blanquecina.

Lars y Erika se miraron con la seguridad de que esa hipótesis de trabajo era la más acertada.

—Avisa a los chicos. Vamos a peinar toda la zona de Geiranger de arriba abajo —ordenó Erika levantándose de la silla y señalando el mapa a medida que hablaba—. Parece que hay varias granjas y graneros abandonados en la zona. Empezaremos por ahí.

—Gracias por haber venido..., y por su colaboración. Siento no haber sido más claro cuando hablamos por teléfono... —dijo Lars, estrechando la mano de aquel hombre.

En esta ocasión, fue Erika quien lo acompañó a la salida.

—Espero haberles ayudado... —dijo el geólogo.

—Ha sido de gran ayuda, señor Haugen, se lo aseguro —contestó Erika, que todavía no terminaba de creerse que tuviesen algo de lo que tirar—. Si lo necesitamos para algo más, procuraremos que no tenga que desplazarse hasta aquí. Muchísimas gracias.

La inspectora sabía que no podía entrar en casas particulares sin una orden judicial de registro, pero si esperaba a tenerla podía ser tarde para Sandra, así que tenía que arriesgarse a que la dejaran entrar los propietarios, o irrumpir ilegalmente en aquellos lugares que estuvieran cerrados o abandonados. Era consciente de que aquello podía costarle el puesto, pero había una vida en juego.

Una hora y media más tarde, un grupo formado por diez hombres peinaba toda la ribera del fiordo de Geiranger, registrando las casas, las granjas y los establos de la zona. Iba a ser una tarea ardua y tal vez infructuosa, Erika lo sabía bien, pero era preferible eso a no hacer nada. Quedarse parada sin hacer nada no era algo que la inspectora soliera hacer, ni en su trabajo ni en su vida personal.

* * *

Miguel estaba esperando en el aeropuerto para tomar su vuelo, cuando recibió una llamada de la inspectora Vinter. Aquello le sorprendió.

—Buenos días de nuevo, inspectora Vinter. ¿A qué debo el honor?

—Buenos días, señor Torres. Verá, ha habido algunas novedades en el caso, y necesito hacerle un par de preguntas —dijo Erika.

—Estoy a punto de embarcar, pero dígame.

—Esta mañana, en Madrid, alguien ha disparado a Cristina Puig desde un coche en marcha, causando su muerte.

—¿Cómo? ¿Cristina? Pero... No puede ser verdad... Cristina es... es... —acertó a responder Miguel, absolutamente consternado.

—Tiene toda la pinta de ser un acto de la mafia.

Miguel se había quedado callado, intentando procesar lo que acababa de oír.

—¿Qué puede contarnos de Cristina? ¿Sabe qué tipo de relación tenía con su hijo Eduardo?

—Cristina... era... —Las palabras parecían no querer salir de su cabeza de forma lógica u ordenada.

—Imagino que ahora estará conmocionado, señor Torres, y como no quiero que tenga que quedarse más días aquí, si le parece, cuando llegue a España y haya tenido tiempo de pensar un poco, hablamos con calma. Supongo que la policía española también querrá interrogarlo.

—Sí, claro..., la llamaré... —respondió él, todavía bloqueado por la noticia.

—Y otra cosa. No hable mucho de este tema con la señora Cuevas, no queremos alarmarla innecesariamente hasta que tengamos claro qué ha pasado con Sandra.

—Lo entiendo, lo entiendo, no se preocupe...

Cuando al fin Miguel subió al avión, estaba muy alterado. Aunque quisiera, no podía dejar de pensar en Cristina. Hasta la fecha, tan sólo se sentía responsable de ayudar a la mafia a blanquear dinero... Tal vez era un delito grave, sin duda algo sucio y reprochable, y quizás algún día acabaría pagando por ello; pero estaba claro que nada de aquello podía compararse con un asesinato. Era cierto que aquel dinero procedía de la droga, y que tras ese dinero sin duda había un reguero de sangre... Aun así, siempre se había dicho a sí mismo que él no era nadie, sólo un pequeño engranaje más, un eslabón de una larga cadena de la que ni siquiera era consciente. Ahora, sin embargo, ya no podía seguir engañándose. Su participación en todo aquello había sido directa. Él había apretado el botón, pulsado aquella tecla. En aquel instante, fue consciente de que, aunque fuese por encargo, había traspasado un límite que para él había sido siempre infranqueable: se había convertido en un asesino. Es curioso cómo el ser humano consigue engañarse con subterfugios para justificar sus errores. Eso es lo que había hecho él hasta la fecha; pero esta vez ya no podía, había sobrepasado la línea que separa lo poco ético de lo inmoral. Y para Miguel la diferencia entre una cosa y la otra residía en poder mirarse a un espejo cada mañana sin avergonzarse de sí mismo.

Angustiado, miró a través de aquella minúscula y ridícula ventanilla, tratando de apagar sus pensamientos en aquel cielo rojizo y repleto de nubes. Pero difícilmente encontraría algo que le diese esa ansiada paz de espíritu, esa paz que él mismo se había encargado de destruir. Desde el instante en que pidió a la mafia que diese caza al asesino de su hijo, había pasado a ser tan ruin, tan mala persona y tan asesino como ellos. ¿Desde cuándo el fin justificaba los medios? Jamás. Jamás... ¿En qué momento había perdido su dignidad? ¿Cómo había podido participar en algo tan inmoral, tan profundamente inmoral? Nunca habría pensado que la persona asesinada, la víctima de sus actos, iba a ser alguien cercano, alguien conocido, alguien a quien apreciaba y que posiblemente no lo mereciera. Aquello iba a estar sobre su conciencia durante toda su vida. ¿Con qué cara miraría a los padres de Cristina en el funeral? ¿Cómo podría volver a acercarse siquiera a María sin decirle la verdad de lo sucedido? Además, que Cristina fuera la asesina de su hijo no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a hacer algo así? Aquello no tenía lógica alguna. Su hijo y ella habían sido buenos amigos desde niños, y él jamás vio nada extraño.

* * *

El sol empezó a descender paulatinamente sobre las aguas de Geiranger, creando hermosos y purpúreos reflejos. Erika, que descansaba unos instantes sentada sobre

una roca, todavía no había perdido la esperanza de encontrar algo allí. Necesitaba hacer una parada. Los chicos seguirían durante una hora más, aproximadamente, pero después tendrían que dejarlo hasta el día siguiente. En general, los habían dejado entrar en casi todas las casas, y los que no se lo habían permitido tampoco eran los más sospechosos. Un pareja muy mayor y algo asustada, una chiquilla cuyos padres no estaban en casa en esos momentos... Eran casos de justificada reticencia.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —preguntó Erika a Lars, que se la quedó mirando, algo incómodo por aquella pregunta.

—¿Cómo dices?

—¿En qué estás...? ¡No habrás pensado que te proponía una cita, ¿no?! —exclamó Erika, mirándolo sorprendida y riéndose de él.

Lars se puso rojo como un tomate.

—Lo decía por seguir nosotros un rato más, y terminar de peinar esta zona. Si seguimos y no encontramos nada, mañana podemos ir a otro lugar.

—Claro, claro, te referías a eso... —dijo Lars, aliviado.

—¿A qué iba a referirme, si no? ¿Cómo has podido pensar...? —Ahora era Erika la que se sonrojaba.

Lars prefería cambiar de tema cuanto antes.

—Me parece bien, continuemos. Ya sabes que no tengo a nadie esperando.

—Entonces, perfecto. En cuanto el equipo se retire, haremos nosotros las cuatro o cinco casas que quedarán por registrar.

Cerca de las ocho de la tarde, el equipo de rastreo empezó a retirarse. Y aunque el cansancio también había hecho mella en ellos, los inspectores decidieron seguir un rato más. En las primeras cuatro casas a las que llamaron no encontraron nada sospechoso, y Lars, que empezaba a tener sed y bastante hambre, miró a Erika con intención de darse por vencido.

—Venga, ¡sólo quedan un par más! —exclamó Erika, tratando de dar ánimos a su compañero.

—Ya voy yo a esa casa de allí —dijo Lars, señalando un edificio que se alzaba cerca de los acantilados—. Parece deshabitada y habrá que forzar la entrada, así que es mejor que lo haga yo. Si me pillan a mí, siempre podrás protegerme. Si fuera al revés, podrían empapelarte.

Erika abrió los ojos exageradamente, sorprendida por aquel alarde de valentía de su compañero, y luego sonrió y asintió:

—Yo iré a ver aquel establo del otro lado. No creo que me cueste mucho entrar por cualquier hueco.

—Perfecto, nos vemos en unos minutos —dijo Lars, tomando el sendero que conducía hasta la casa.

Aquel edificio debía de llevar tiempo abandonado; sus ventanas estaban tapiadas, y las paredes, desconchadas, acusaban la falta de cuidado y el paso del tiempo. Al estar cerca del cauce del río, el desgaste era todavía mayor. La humedad penetraba en

la madera de las contraventanas, que aún seguían ocupando su lugar pese a que los huecos estaban tapiados, y las vigas del pequeño porche amenazaban con desplomarse. El techo de la casa, algo combado por las nevadas del invierno, también parecía peligrar. Lars rodeó el edificio, buscando algún posible acceso que no estuviese tapiado. Al otro lado, mirando de espaldas al agua, encontró una puerta metálica que seguramente sustituía la original de madera. Un enorme candado bloqueaba el acceso al interior. Lars miró a su alrededor, en busca de algo con qué forzarlo, aunque sin duda no sería fácil romper aquel grueso pedazo de metal. Decidido, sacó su pistola de la funda, apuntó y apretó el gatillo. Aún no había devuelto su arma a la funda cuando Erika, sobresaltada, apareció tras unos arbustos a la carrera.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó alarmada.

—Bueno, había un candado enorme... y yo...

—¿Cómo?! ¿Te has parado siquiera a pensar que hay vecinos en la zona? —exclamó la inspectora, que no daba crédito a tanta torpeza—. ¿Eres consciente de que estamos haciendo algo ilegal?

—Lo sé, pero...

—¡No hay pero que valga, si llaman a la central diciendo que han oído disparos se nos va a caer el pelo! —dijo Erika, tratando de controlarse—. Por Dios, piensa un poco antes de actuar, Lars.

El inspector la miró como si fuera un niño pequeño que acaba de recibir una reprimenda.

—No intentes ablandarme —dijo Erika, sin poder ocultar una sonrisa.

CAPÍTULO 13

LA LIBRETA DE SANDRA

Lars se encogió de hombros, convencido de que a veces era necesario tomar decisiones como aquélla y ser un tanto expeditivo. Luego retiró lo que quedaba del candado, encendió su teléfono móvil para usarlo a modo de linterna, y empujó la puerta, cediéndole el paso a la inspectora.

Ya que estaba allí, Erika decidió que era mejor entrar en aquella casa con Lars. Al fin y al cabo, era ya bastante tarde y difícilmente iban a continuar con la batida aquella noche.

—Adelante, el honor es tuyo. Si aquí no hay nada, lo dejaremos por hoy —dijo ella, dejando que Lars entrase primero.

Al entrar en el rellano, un terrible olor a humedad y suciedad hizo que ambos arrugasen la nariz. Aquella vetusta construcción estaba medio en ruinas. En algunos tramos del pasillo de entrada el techo se había desmoronado, y podía verse el cielo, en el que ya empezaban a adivinarse las estrellas. Apenas había muebles allí, ni nada que tuviese valor alguno. Tan sólo quedaba una vieja mesa y un par de sillas medio desarmadas, que sin duda habían encontrado en aquella casa su último destino. En algunas de las habitaciones, las malas hierbas se habían adueñado del lugar, y las desconchadas paredes parecían conformar un cuadro deprimente, en el que el abandono y el pasado se mezclaban con la podredumbre. En otra época, aquel edificio debió de ser una hermosa granja, pero no cabía duda de que debía llevar mucho tiempo vacía.

No era excesivamente grande, y todas sus habitaciones, salvo una o a lo sumo un par de ellas, se encontraban en la primera planta. Lars miró la escalera que llevaba al segundo piso con reticencia. Era de madera y estaba en muy mal estado. Seguro que nadie había subido por ella desde hacía años.

—Dudo que haya nada ahí arriba. Es prácticamente imposible subir por aquí, júzgalo tú misma.

Erika observó la escalera con atención: los peldaños de madera estaban podridos, y no parecía fácil subir por aquel hueco.

—Tienes razón, cualquiera que subiera por ella se jugaría el pescuezo.

—Pues me temo que, si no subimos, esto es todo. Ni siquiera parece haber un sótano... —dijo Lars, volviendo hacia el pasillo.

—Maldita sea... —masculló Erika—. Ya podríamos haber encontrado algo que justificase tu disparo —añadió con ironía.

Justo en ese momento, cuando ya iban a salir de lo que parecía el comedor de la casa, la inspectora tropezó ligeramente con la esquina doblada de una cochambrosa alfombra que todavía cubría parte de aquel suelo, también de madera. Lars la iluminó con su móvil:

—¿Qué pasa?

—Aparta ese móvil, no veo nada... —exclamó Erika en un susurro—. Aquí abajo hay algo... —Lars dirigió el haz de luz hacia el trozo de suelo que había quedado al descubierto—. Parece... Parece una trampilla. Es muy probable que, finalmente, sí haya un sótano.

La inspectora sabía que ese tipo de sótanos eran bastante frecuentes en el país.

—Eso parece, sí, y nuevamente está cerrado con un candado... —replicó él, mirando a Erika, expectante, como si esperara que su compañera le ofreciese una solución mejor que la suya.

Erika resopló largamente y ladeó la cabeza, pensativa; en el fondo, sabía que la solución más expeditiva era la utilizada por Lars. ¿Qué iba a hacer, llamar a la central para pedir permiso? Arrugó el ceño en señal de desaprobación, pero acto seguido sacó su arma reglamentaria y disparó sobre el candado.

—¡Vaya! —apuntó Lars con ironía—. ¿Tu pistola lleva quizá silenciador, o es que cuando dispara la jefa no pasa nada?

—Tú mismo has respondido a tu pregunta. Muy bien, inspector, veo que al menos aprendes rápido —dijo Erika con una sonrisa, mientras se agachaba para retirar el candado de la trampilla.

Al abrirla, la inspectora miró a Lars alzando las cejas y señaló con la barbilla la funda de su pistola para que sacara el arma y se preparara. Luego cogió el móvil e iluminó el pasadizo que se abría ante ella.

—Aquí hay unas escaleras, pero el hueco es muy estrecho. Vigila con la cabeza al bajar, y reza para que nadie haya oído este segundo disparo.

—La próxima vez, les regalamos a los vecinos un kit de tapones para los oídos y listos —respondió Lars mientras empezaba a bajar, apuntando con su pistola hacia la oscuridad.

Erika lo siguió a una distancia prudente, iluminando las escaleras. Ambos avanzaban con mucho cuidado, por si algún travesaño estaba roto o en mal estado. En cuanto Lars llegó abajo y le dio la señal, Erika se apresuró a seguir sus pasos.

—Aquí hay una puerta metálica cerrada con llave... —susurró el inspector.

—Pues dispara a la cerradura; total no vendrá de un disparo más o menos —dijo ella, iluminando la puerta—. Ojalá que los vecinos sean duros de oído.

—Fijo que mañana nos va a caer el pelo con tanto disparito —añadió él, blandiendo el arma.

Lars disparó dos veces, y la puerta cedió, quedándose entreabierta. Erika la empujó levemente e iluminó la estancia con el móvil, y ambos observaron con prudencia aquella lúgubre y oscura habitación, comprobando si había alguien y buscando algún interruptor. Allí no había más que una pequeña lámpara sobre una mesita, conectada a un enchufe. Erika se acercó a ella y probó a encenderla. Los dos se sorprendieron al ver que todavía había corriente en aquella casa. Tras dar un rápido vistazo a aquella especie de zulo, ambos se miraron con preocupación: aquel camastro estaba manchado de sangre, y aquello parecía bastante reciente. El suelo también estaba encharcado, y la sangre actuaba como un pringoso unguento que se enganchaba a las suelas de sus zapatos. Si Sandra había estado allí y seguía con vida, era evidente que estaba malherida. Erika se volvió hacia Lars:

—Voy a subir para llamar a la central. No te muevas de aquí, y no toques nada.

—No me muevo de aquí y no toco nada —dijo Lars, obediente.

En cuanto salió al exterior, Erika tecleó el número de la comisaría:

—Central, aquí la inspectora Vinter. Acabamos de descubrir el posible zulo en el que estuvo encerrada Sandra Cuevas, aunque no hay rastro de ella. Necesitamos que vengan los de la Científica de inmediato.

La agente que estaba de guardia pareció dudar:

—¿Inspectora Vinter...? Son las once y media de la noche... ¿Ha hablado ya con el comisario?

—Si te parece, ahora mismo lo llamo a casa y lo despierto. ¿Quieres que lo despierte? Avisa a los de la Científica, yo asumo toda la responsabilidad de esto.

—Sabe que la van a odiar, ¿no? —dijo la agente que estaba al otro lado de la línea.

—¿Acaso crees que me importa?! —replicó Erika, impaciente por volver a bajar para que Lars no cometiera ninguna tontería—. Es su trabajo, y el tuyo es hacer lo que te ordeno; toma nota de la dirección.

Lars la esperaba abajo, observando a su alrededor con atención, y sin moverse de su sitio, cada rincón de aquel sótano infecto. Aunque era consciente que aquello podía ser la escena de un crimen y de que no debía tocar nada, su curiosidad le impedía estarse quieto, de modo que dio dos pasos hacia el colchón, dispuesto a comprobar si ocultaba algo.

—¡Ni se te ocurra poner la mano en ningún lado! —exclamó Erika, que de sobras conocía su impaciencia.

—Si tú fueses Sandra Cuevas y llevases entre ocho y nueve días aquí encerrada, ¿qué harías?

La inspectora, que ya empezaba a acusar el cansancio acumulado de aquella intensa jornada, lo miró con curiosidad sin saber muy bien adónde quería llegar.

—Supongo que habría pasado las horas buscando cómo escapar, aunque no parece algo fácil...

—Quizá fue eso lo que causó toda esta sangre —dijo Lars, pensativo—. Aun así, ¿sabes cuántas horas estuvo aquí sola, sin nada que hacer más que pensar y pensar?

—Imagino que muchas, demasiadas... Pero no entiendo adónde quieres llegar exactamente...

—No sé, yo creo que, en una situación así, habría dos cosas que se convertirían en prioridad absoluta, al menos para mí. Lógicamente escapar, pero también intentar dejar pistas, por si no lo consigo... Procuraría ocupar mi mente en algo útil... —dijo Lars, convencido de su teoría.

—No es descabellado. ¿Pero hay algo que te haga suponer que ella hizo algo así, o son sólo suposiciones?

—Déjame dar un vistazo.

—Está bien, quizá tengas razón, mira lo que quieras, pero no toques nada y vigila dónde pisas, ¿entendido?

Lars levantó las cejas, sorprendido, y la miró con incredulidad. No era habitual que Erika le diese la razón sin mostrar algún pero. Aquella respuesta lo había dejado fuera de juego. Mientras tanto, ella empezó a buscar, móvil en mano, alguna señal en las paredes o en el suelo.

—¿Se puede saber a qué estás esperando? —preguntó, sorprendida de que, tras tan acertada deducción, se quedase embobado.

Lars salió de su estupor, tomó su móvil y comenzó a examinarlo todo, tratando de no tocar ninguno de los pocos muebles que allí había: la lámpara, la mesita, la cama, el inodoro...

Ninguno de los dos vio nada relevante.

—¿Alguna otra idea? —preguntó Erika, un tanto decepcionada.

—Sin poder tocar nada, es imposible. Si pudiéramos apartar ese colchón, o desmontar esa mesita...

—Esperaremos a los de la Científica. Cuanto antes podamos verificar si la sangre pertenece a Sandra Cuevas, mejor.

Una media hora después, aparecieron un par de compañeros de la Científica con cara de pocos amigos.

—¿No podíais esperar a mañana por la mañana? —soltó uno de ellos mirando a la inspectora.

—Hay una chica desaparecida y puede que esté malherida. ¿Si fuese tu hija, preferirías esperar? —replicó ella contrariada.

El hombre la miró sin atreverse a responder, abrió su maletín y empezó a hacer su trabajo. Fue al cabo de unos minutos, mientras revolvían cada rincón de aquella estancia, cuando uno de ellos dio la voz de alerta.

—¡Aquí hay algo! —exclamó, haciendo que ambos se acercaran.

Allí estaba la tan ansiada prueba: bajo el colchón, una libreta esperaba pacientemente a ser descubierta. Erika se puso unos guantes de látex que le facilitó el joven de la Científica, y luego tomó el objeto entre sus manos. Una extraña

excitación recorrió sus venas, como si fuese una niña pequeña a punto de abrir el regalo de Navidad. Entusiasmada, empezó a leer.

—¡Bingo! —exclamó—. Es de ella.

Lars le lanzó una mirada de orgullo: su deducción había sido acertada. Erika le devolvió la mirada y levantó el pulgar en señal de aprobación. El inspector se hinchó como un pavo antes del Día de Acción de Gracias.

Al cabo de media hora, los dos miembros de la Científica, que ya habían terminado de recoger las pruebas, se retiraron. Erika y Lars, sentados en el porche de la casa, seguían enfrascados en la lectura de aquellas páginas y se resistían a irse a casa antes de terminar. La inspectora, que sabía un poco de español, iba leyendo y traduciendo en voz alta, mientras Lars la iluminaba con el móvil.

—Es una suerte que puedas leer en español... Si quieres nos sentamos en el coche y nos lo ventilamos —dijo el inspector, temiendo que Erika quisiera llevarse la libreta a casa y lo dejara en ascuas.

—Estudié italiano de jovencita, cuando estaba en la academia... y el español se parece bastante. —La inspectora se lo quedó mirando: su compañero mantenía el móvil en alto, en una posición un tanto incómoda—. Estás harto de hacer de farola, ¿eh? Está bien, vayamos al coche, estaremos más cómodos.

Sentados en la parte delantera del vehículo, ambos devoraron con ansia aquellas páginas. Cuando su compañera leyó las últimas líneas, Lars abrió la ventanilla, encendió un cigarrillo y se quedó mirando las estrellas.

—¿Crees que la sangre es de Sandra? Quizás esté muerta... —dijo pensativo.

—Esto no tiene muy buena pinta, sobre todo teniendo en cuenta la última frase del diario. Ojalá nos equivoquemos.

—Por lo que dice aquí, Cristina pensaba regresar el domingo por la mañana. Deberíamos comprobar de nuevo las cintas del aeropuerto y las listas de pasajeros de todos los vuelos con destino a España...

—Está claro que el lunes estaba en Madrid.

—De eso no hay ninguna duda... —admitió Lars—. Aunque sigo sin entender por qué Cristina secuestró a su amiga. ¿Qué la empujaría a hacer algo así? ¿Cuál era su móvil?

—Ni siquiera sabemos aún si fue Cristina quien la secuestró. Aunque todo parece señalarla a ella, por lo que dicen estas páginas Sandra no le vio la cara en ningún momento... Tendremos que esperar a que la Interpol nos diga qué han averiguado nuestros colegas en España sobre Cristina. Se supone que encontrarán algo que pueda responder a todas estas preguntas.

—Algo que también nos ayude a entender quién mató a Cristina y por qué... —añadió Lars—. Además, las muestras de ADN del cabello localizado en el coche de alquiler que hemos enviado a la Interpol nos ayudarán a confirmar si era Cristina o no quien tenía retenida a Sandra.

—No tenemos otra opción que esperar —repuso Erika.

Ambos se quedaron en silencio unos instantes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lars, consciente de que estaban de nuevo en un callejón sin salida—. ¿Qué se supone que ha pasado con Sandra? ¿Cuál será nuestro siguiente paso?

—Me temo que, o bien se la han llevado a otro escondite, o posiblemente tengamos que empezar a buscar un cadáver. Por desgracia, no creo que esté curándose en ningún hospital.

—Pues ya me dirás por dónde empezar a buscar su cuerpo...

—Igual no lo encontramos nunca, es cierto.

—Y tarde o temprano tendremos que hablar con su madre —señaló Lars, a quien no le apetecía nada hacer esa llamada.

—Esperaremos a tenerlo todo un poco más claro; por ahora, no tenemos más que conjeturas.

—Sí, tienes razón...

—Mañana pensaremos cómo seguir con esto —dijo Erika, mirando a su compañero—. ¿No estás cansado? Yo ni siquiera soy capaz de pensar con claridad...

La inspectora miró su reloj: eran casi las dos de la madrugada. Lo cierto era que, en aquella casa abandonada, había perdido por completo la noción del tiempo.

—Deberíamos irnos y dormir un poco. Seguro que mañana el comisario nos recibirá cabreado por haber irrumpido en varias casas sin orden judicial —señaló Erika, temiendo la bronca que les soltaría Espen.

—¡Pero, si hemos dado con el zulo! ¿Acaso eso no cuenta para nada?

—Sea como sea, no hemos seguido las normas —replicó la inspectora—, y además hemos usado nuestras armas reglamentarias. No me extrañaría que alguien hubiese llamado a comisaría, alertando de los disparos.

Erika se pasó la mano por la cara, agobiada; probablemente Espen le abriría un expediente disciplinario, y eso si no se metían por medio los de Asuntos Internos. Preocuparse ahora por eso le iba a servir de muy poco, y la inspectora lo sabía muy bien, pero no podía evitarlo. Sólo rezaba por que no la apartasen del caso. Eso sería lo peor que podrían hacerle.

Muerta de sueño y sintiendo que le costaba mantener sus párpados abiertos, puso en marcha el coche y aceleró tratando de llegar a casa cuanto antes. Los ojos le pesaban horrores y le costaba un mundo el mantener la vista fija en la carretera. Todavía tenían que regresar a la comisaría, dejar aparcado el coche oficial y coger los suyos. Lars, que callado intuía el agobio que sentía su superior, la miraba con preocupación. La probabilidad de que inhabilitasen a Erika era grande, y él no quería dejar de trabajar con ella bajo ningún concepto.

CAPÍTULO 14

CRISTINA

Cuando Erika llegó al centro de Alesund con aquel coche que solía lavar cada fin de semana, hasta dejarlo tan limpio como un plato en el que comer, debían de ser cerca de las nueve y media. Aunque solía llegar más temprano, ese día prefirió no madrugar. Total, sabía que iba a caerle una bronca de las buenas, y que probablemente le abrirían un expediente. La policía noruega era muy estricta con los protocolos de actuación. Avanzó por la calle paseando tranquila, sin prisa alguna, y para su sorpresa vio que Lars la esperaba en la puerta de la comisaría, con un café en una mano y un cigarrillo en la otra. El inspector apenas fumaba, era un fumador más social que otra cosa, a menos que estuviese nervioso por algún motivo. Aquella mañana la temperatura era muy agradable, y era todo un lujo poder estar en la calle con el sol calentándole a uno las mejillas. Lars vio a Erika, y levantó la mano para saludarla.

—¿Se puede saber qué haces aquí fuera? —preguntó ella, extrañada por su actitud.

—¿Acaso crees que iba a entrar ahí sin ti? —contestó él, arqueando las cejas sutilmente.

—Pues no sé por qué no ibas a hacerlo...

—¿Quizá porque no quiero comerme yo solito la reprimenda del comisario?

—Muy listo —dijo ella, asintiendo y cerrando los párpados con resignación—. Pues ve cogiendo aire y vayamos a por ello. Aunque ya te aviso de que no creo que esto te afecte en nada. El rapapolvo me lo comeré yo solita.

Lars apagó el cigarrillo dentro de los restos de su café, y ambos entraron en la comisaría como si nada, ante las miradas y las sonrisitas de sus compañeros. Todos en la central de policía sabían que se avecinaba un tsunami de los gordos. Erika trató de no mirar hacia la pecera de Espen, y siguió directa hacia su mesa intentando pasar desapercibida, mientras Lars hacía lo propio. La aparente paz que reinaba allí dentro duró apenas un par de minutos. En cuanto el comisario vio que habían llegado, salió del despacho como una hiena furibunda y fue a su encuentro.

—¡¿Quién coño se cree que es para saltarse todas las normas del reglamento en una sola noche?! —voceó Espen desde la otra punta.

El resto del equipo bajó la cabeza, siguiendo a lo suyo. En esos casos, era mejor no llamar la atención.

—¿Y el «buenos días»? —preguntó Erika con ironía.

—No me toque los cojones, Vinter... —respondió el comisario, acercándose a su mesa con el rostro encendido.

—Verá, señor, la vida de Sandra estaba...

—¡Ha incumplido usted al menos tres o cuatro normas básicas!

—Lo sé, pero el fin...

—¿El fin? ¡¿Qué fin ni qué niño muerto?! ¿Acaso ha rescatado a Sandra? Noooooo... Porque, de ser así, todavía tendríamos algo con que justificarlo. Pero lo único que ha encontrado es un sótano vacío en una granja abandonada. ¿Me cuenta de qué coño de fin estamos hablando?

Erika bajó la mirada, consciente de que, cuando Espen se ponía así, era mejor no replicar. Lars la miró un tanto sorprendido, reconociendo en el comportamiento de Erika algo de su propia estrategia cuando era ella la que se cabreaba. Aunque tenía que reconocer que Erika sabía hacerlo mucho mejor que él.

—Allanamiento de morada, uso del arma reglamentaria sin causa que lo justifique, utilización de recursos del departamento sin autorización del superior inmediato... ¡Hasta se atrevió a llamar a los de la Científica a pesar de que eran más de las once de la noche! ¿Acaso se cree usted un pistolero del lejano oeste?

Erika permaneció en silencio, aguantando estoicamente el chaparrón.

—Hubo más de diez llamadas de vecinos alertando de disparos en su zona. ¿Le parece eso razonable?

—Si me permite... —intervino Lars, mientras Erika, desde atrás, trataba de disuadirlo con gestos.

—A ver, sorpréndame inspector Ovesen, que también tengo algo para usted si hace falta —soltó el comisario con sarcasmo.

—Creo que está usted siendo muy injusto. Admito que los métodos utilizados tal vez no fueron los más adecuados, pero si no fuera por las decisiones que tomó Erika no tendríamos por dónde seguir. Es un caso cada vez más complicado...

—¡¿Los más adecuados, dice?! ¿Es usted consciente de que, si esto trasciende, tendríamos a los de Asuntos Internos soplándonos en el cogote? La ley es igual para todos, señor Ovesen, absolutamente para todos, y ustedes no son ninguna excepción. ¿Me oye?

—Le oigo, señor —respondió Lars, batiéndose en retirada.

—Pero ¿dónde demonios consiguieron ustedes su placa? ¿En un mercado medieval? ¿En una tómbola? —añadió fuera de sus casillas.

Espen miró fijamente a Erika, negó con la cabeza como si lo que iba a decir no le gustara, y lanzó la sentencia:

—Queda usted inhabilitada hasta nueva orden, inspectora Vinter. Deje la placa y la pistola sobre mi mesa antes de irse, y dé gracias de que no le abra un expediente disciplinario —y, dicho esto, Espen Holt se dirigió a su despacho sacando humo por las ruedas.

Lars miró a Erika, disgustado por aquella incómoda situación. Aquello no era para nada justo; él era tan responsable como ella de incumplir el reglamento. Al fin y al cabo eran un equipo, y el primero en disparar el revólver había sido él.

—Debería entregar también mi placa, esto no es justo —dijo en voz baja.

—Ni se te ocurra. Te necesito más que nunca en activo —respondió ella, que ya estaba planeando cómo seguir con el caso apoyándose en Lars—. Hay que encontrar a esa chica.

—¿Piensas seguir sin la placa?

—¿Tú qué crees?

—Entiendo... No sé cómo he llegado siquiera a dudarlo... —dijo Lars en un susurro para que nadie más le oyera. A pesar del tiempo que llevaban juntos, Erika no dejaba de sorprenderlo—. ¿Cómo lo hacemos?

—Escúchame bien. Es casi seguro que hoy llegará el informe de la autopsia y del registro en casa de Cristina Puig. Necesito leerlo todo. Te voy a dar el teléfono de mi contacto en la Interpol. Llámalo y pídele que te mande una copia de todo a tu correo electrónico. Seguro que Espen estará pendiente de ello, así que sé prudente.

—No te preocupes. En cuanto lo tenga, te lo hago llegar.

—Perfecto. Será mejor que no me lleve nada, así que dejo todos los expedientes en mi mesa, no sea que *Terminator* vuelva y nos machaque un poco más con su humor de perros. ¿Nos vemos a las ocho en el bar de la plaza?

—Allí estaré.

Erika se levantó de su sitio, cogió su anorak con gesto brusco y, sin despedirse de nadie, entró en el despacho de Espen. Con una mirada gélida y casi desafiante, dejó su placa y su arma reglamentaria sobre la mesa. El comisario la miró de reojo sin hacer ningún comentario, como si quisiese restarle importancia, mientras seguía tecleando en su ordenador. La inspectora sabía que a su jefe no le gustaba nada todo aquello, y que no era nada personal. De hecho, con su inhabilitación no sólo estaba protegiendo al departamento, sino también a ella: Erika se había saltado el reglamento, y su jefe debía impedir que intervinieran los de Asuntos Internos para evitar males mayores. Aun así, ella seguía convencida de que había actuado correctamente: las normas estaban para desatenderlas, y más si había razones de peso para hacerlo. Cabreada, y sobre todo dolida por lo que implicaba estar inhabilitada en aquel momento, abandonó la comisaría a la espera de que Lars le facilitara los informes tan pronto como llegaran. En aquellos informes tenía que estar la clave del móvil del crimen de Eduardo y de la desaparición de Sandra.

Espen Holt era básicamente un buen hombre con un temperamento algo fuerte y un poco cascarrabias. Llevaba toda su vida vinculado al cuerpo; primero fue su abuelo, luego su padre y ahora él. Le quedaban, como mucho, cinco años para jubilarse, y su gran pesar era que ninguno de sus hijos hubiese tomado el testigo de aquella profesión. En general, el comisario era un hombre correcto en sus formas y bastante comprensivo con su gente, un policía íntegro, noble y de palabra, aunque,

cuando perdía los estribos, podía llegar a ser muy irascible y excesivamente visceral. De ojos color añil y recios cabellos negros, en otro tiempo había sido un hombre muy atractivo. De hecho, a pesar de su edad todavía levantaba pasiones.

Debían de ser cerca de las cinco de la tarde cuando la comisaría entró de pronto en ebullición. Parecía como si toda la información tuviese que llegar precisamente aquella tarde, en la que la inspectora Vinter no estaba presente. Primero fueron los datos sobre la IP desde la cual se había alquilado el coche del secuestro. Max, uno de los informáticos encargado de aquellos temas, se acercó al inspector Lars sin saber muy bien a quién debía entregar aquellos datos. Al no estar Erika, el equipo andaba algo despistado.

—Ya tenemos localizada la IP desde la que se alquiló el coche del secuestro —dijo Max acercándose a Lars.

—¿Y?

—Al parecer, corresponde a un cibercafé del centro de Madrid. Se podría pedir a la Interpol que solicite información a la policía española, pero, sinceramente, dudo que encuentren nada más. Como ya sabe, intentar averiguar quién usó un ordenador un día y a una hora concreta en un ciber es casi imposible.

—Ya nos esperábamos algo así, la verdad. Gracias de todas formas por el esfuerzo —respondió Lars—. No te preocupes.

Unos veinte minutos más tarde, llegó al ordenador de Espen, que ya se había encargado de que no envasen nada al correo electrónico de Erika, todo el informe de la Interpol con la autopsia y los registros en casa de Cristina Puig. Tras avisar a Lars de que había llegado la información, el comisario imprimió el documento y se puso a leerlo con calma.

Lars, por su parte, que también acababa de recibir el informe a través del contacto de Erika, se dispuso a hacer lo mismo. Un tanto nervioso, preparó el dossier para pasárselo a su compañera, tal como se lo había pedido ella. Luego grabó los documentos en un *pen* que guardó después en su bolsillo, y esperó pacientemente a que Espen le dijese algo al respecto.

Apenas unos minutos después, el comisario lo llamó discretamente por el teléfono interno.

—¿Señor Ovesen, puede venir a mi despacho? —dijo Espen con su frialdad habitual.

—Enseguida, señor —respondió Lars, deseoso de que el comisario lo dejara todo en sus manos.

Cuando entró en el despacho, Espen fue directo al grano:

—Creo que, a falta de la inspectora Vinter, usted es la persona que mejor conoce este caso, así que lo más lógico es que sea usted quien siga con él. Tenga, ha llegado el último informe de la Interpol —dijo facilitándole una copia impresa—. Espero poder confiar en usted.

—Por supuesto, señor, le agradezco la confianza, pero creo que la inspectora Vinter sería la más...

—Erika está inhabilitada —lo interrumpió el comisario—. Y espero que siga siendo así. ¿Nos entendemos? —añadió con voz firme.

—Sí, señor, nos entendemos.

Aquella coletilla final le sentó como una patada en los huevos. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, no necesitaba que nadie se lo recordase, y menos aún en aquel tono amenazante. Aun así, en las próximas horas desobedecería esa orden directa... Incluso le pareció que aquel *pendrive* que escondía en el bolsillo palpitaba ligeramente. ¡Qué mal llevaba la mentira!

—Cuando lo haya leído, lo comentamos, ¿le parece? —dijo Espen, tratando de sustituir a Erika.

—Como ordene, señor.

Lars tomó el informe, salió del despacho de su superior y se dirigió directamente a la máquina de café: aquello iba para largo. Luego salió a fumar un cigarrillo, para atemperar los ánimos antes de empezar a leer. La mañana había empezado movidita, y aquella jornada prometía seguir en la misma línea. En cuanto volvió a su mesa, se dispuso a leer el informe con atención. Era obvio que, si Espen quería comentar el tema con él, Erika iba a tener que esperar. Sin dudarlo, le mandó un mensaje para avisarla; seguro que se enfadaría con él, pero no le quedaba más remedio que cumplir con su obligación. Abrió la carpeta y se volcó en la lectura de aquellas páginas con entusiasmo.

Tras casi tres cuartos de hora de lectura y un par de cafés bien cargados, el inspector cerró la carpeta, satisfecho. En aquellos documentos, había información que nadie podía esperar, y que quizá fuese la clave para entender lo que había sucedido. Lars se incorporó y se acercó al despacho del comisario.

—Ya lo he leído todo, jefe.

—¿Y? ¿Qué opina al respecto? —preguntó como si lo pusiera a prueba.

—Lo primero que me ha sorprendido es lo de Cristina. Jamás hubiese imaginado que estaba embarazada. Por lo visto, lo llevaba en el más absoluto secreto, y de hecho parece que nadie sabe quién puede ser el padre.

—¿Alguna idea, inspector?

—Me temo que sí... Hay una hipótesis que explicaría algunas cosas, pero si no le importa prefiero confirmar algunas pruebas más antes de plantearla seriamente.

—Ser prudente es de sabios —apuntó Espen, que comulgaba más con la cautelosa forma de trabajar de Lars que con la impulsividad de Erika.

—Por otro lado, parece que es imposible verificar los días en que Cristina estuvo en Madrid. La gente es incapaz de recordar si la vio el lunes o el jueves.

—Ya sabíamos que sería difícil.

—Aunque aún nos quedan las cintas del aeropuerto. Sólo así podremos comprobar si Cristina tomó algún vuelo el domingo, tal como Sandra afirma en su

diario.

—¿Qué más puede decirme?

—Que el análisis del ADN del cabello encontrado en el coche de alquiler también coincide con el de Cristina Puig. Así que, por lo visto, no hay duda de que fue ella quien secuestró a Sandra.

—Eso parece, sí. ¿Y qué me dice del registro de su casa?

—Lo único relevante desde mi punto de vista es que Cristina parecía estar obsesionada con Eduardo —señaló Lars con convencimiento.

—Es cierto, se percibe un cierto comportamiento obsesivo-compulsivo hacia su persona.

—¿Sólo cierto? Han encontrado un montón de fotos de Eduardo colgadas en la pared, cosas suyas que ella guardaba como tesoros, y algún recuerdo aparentemente absurdo de las veces que estuvieron juntos. Por el momento, no podemos confirmar si mantenían o no una relación íntima, pero eso no quita que ella lo tuviese idealizado.

—La obsesión siempre puede ser un buen móvil, según mi experiencia —apuntó Espen.

—Otra cuestión importante son las conversaciones por Facebook y WhatsApp que mantuvo tanto con Eduardo como con Sandra.

—Cierto.

—Es curioso porque, aunque en ningún caso discute con Eduardo o lo acusa de nada, su actitud hacia él es un tanto hostil. Parece que le recrimina su forma de relacionarse con las mujeres, y es especialmente crítica con el hecho de que Sandra vaya a visitarlo a Alesund.

—Sí, parece muy molesta con esa visita en particular; sin embargo, cuando habla con Sandra su actitud es completamente distinta, incluso puede llegar a parecer encantada con lo que está sucediendo entre ellos —dijo Espen—. ¿Qué piensa de ello?

—Intenta aparentar que está contenta de que su amiga vaya a Alesund, incluso finge que se alegra de esa especie de enamoramiento desde la distancia que parece haber nacido entre Sandra y Eduardo. Pero nada más lejos de la realidad.

—Como ha dicho al principio, y a falta de que podamos verificarlo, ¿cabría pensar que el hijo que Cristina esperaba fuese de Eduardo?

—De ser así, el móvil sería sin duda el de los celos. Una venganza de libro, comisario.

—Sí, probablemente, probablemente... —susurró Aspen, pensativo.

Lars miró su reloj: eran más de las ocho y media, y Erika lo estaría esperando, impaciente.

—¿Tiene prisa, inspector? —preguntó Espen, que había visto el gesto de Lars.

—Bueno..., había quedado para cenar con unos amigos en casa... —acertó a decir Lars, algo incómodo por tener que mentir.

—Entiendo. No se preocupe, es tarde, continuaremos mañana, ¿le parece?

—Sí, claro, y perdone por las prisas... —respondió Lars, tratando de disculparse por salir un par de horas más tarde de su hora.

Cuando el inspector llegó al bar, Erika parecía casi desesperada. Iba ya por la segunda cerveza, y en cuanto lo vio levantó el brazo para que la viese. La paciencia no era precisamente una de sus virtudes.

CAPÍTULO 15

REENCUENTRO

El Milk Bar & Lounge tenía una vista privilegiada del puerto y solía ser un lugar acogedor y tranquilo donde conversar. Su estilo, más parecido al de una coctelería de diseño que al de un bar al uso, le daba un aire moderno a la par que distinguido. Era un local donde muchos directivos almorzaban, y donde también tomaban la última copa antes de retirarse a sus casas. A Erika le gustaba especialmente, y no era la primera vez que se citaba con algún compañero entre aquellas paredes, que les servían de lugar de encuentro, de trabajo o, incluso, para contarse las penas.

Lars entró por la puerta e hizo una visual del establecimiento, aunque sabía perfectamente dónde solía sentarse Erika. Le encantaba hacer aquello, y no sólo porque le gustaba observar a la gente y memorizar sus vestimentas y otros detalles, sino también porque imaginar cómo serían sus vidas era un excelente ejercicio para la práctica de su profesión. Aquella tarde, sin embargo, se sentía inquieto por si aparecía Espen, y comprobó si estaban allí algunos de los oficiales con los que el comisario solía coincidir. Erika, que estaba ansiosa por conocer los detalles del informe de la Interpol, miró a su compañero sin entender a qué estaba esperando para acercarse a su mesa. Lars se acercó finalmente a la barra, pidió que le sirvieran una cerveza, y se dirigió hacia la inspectora. Sin apenas darle tiempo a sacarse la chaqueta, y sin siquiera saludarlo, Erika le recriminó la tardanza:

—¡Ya era hora!

—Espen estaba con ganas de comentar el informe y no había quien se fuera de allí. Lo siento.

—¿Lo has traído?

—Sí, pero en un *pen*. Era lo más prudente... —susurró Lars mirando de reojo a sus espaldas, como si temiera que el comisario pudiera aparecer en cualquier momento de debajo de cualquier mesa.

—Perfecto. ¿Dónde lo tienes?

El inspector pareció sorprenderse.

—¿Eh? Ah..., sí, claro... Lo tengo en el bolsillo —dijo mientras se sentaba.

—¿Y qué, no piensas dármelo?

—Sí, sí, por supuesto. Perdona, todo esto me saca de mis casillas...

El inspector sacó el *pen* de su bolsillo y lo deslizó por la mesa cubriéndolo con la mano.

—Ya, pero disparar en plena noche para romper un maldito candado en un vecindario tranquilo no hace que te tiemble el pulso. Una curiosa forma de prudencia selectiva, ¿no te parece? —replicó Erika cogiendo el lápiz de memoria—. En fin, ya lo leeré en casa. ¿Podemos comentarlo ahora?

—¿Ahora...?

—Sí, ¿qué pasa, tienes prisa?

—No, supongo que es tan buen momento como cualquier otro —respondió Lars, acostumbrado a llegar a casa bastante más tarde.

El inspector tomó aire, se relajó un poco, y empezó a explicarle todo lo que había estado leyendo y su posterior conversación con el comisario.

—¿Así que Cristina Puig estaba embarazada? Este caso no deja de sorprenderme, la verdad —dijo Erika tras escuchar toda la información.

—Eso dice el informe forense.

—Supongo que estás valorando que, si el padre fuese Eduardo, tendríamos el móvil perfecto.

—Exacto, pero de momento es sólo una conjetura, no tenemos pruebas... —afirmó Lars.

—Para ello, necesitaríamos una prueba de ADN del feto, y poder contrastarla con un cuerpo que ya no tenemos: el de Eduardo.

—O en su defecto, podríamos cruzarlo con el ADN de Miguel Torres, ¿no?

—Sí... Una prueba de ADN indirecto —puntualizó Erika, que estaba absolutamente entusiasmada con la información.

—Por otro lado, la prueba de ADN del pelo del coche ha dado positivo al contrastarlo con el de Cristina Puig.

—Y si a eso le sumamos esa especie de fijación que, según la policía española, tenía Cristina con la figura de Eduardo, parece que todo cuadra...

—Por cierto, ¿qué hacemos con respecto a Sandra? —preguntó Lars, que igual que Erika se temía lo peor.

—Habría que rastrear la zona con perros, pero me temo que, si la han matado y enterrado, las probabilidades de encontrarla son ínfimas. Aun así, no estaría mal que trataras de convencer a Espen de que peine la zona. Quizá tengamos suerte y la enterrasen cerca. Tal vez los perros detecten algo. No creo que sea adecuado hablar con su madre hasta que se encuentre el cuerpo.

—Mañana hablaré con el comisario. Y también le señalaré la necesidad de que se lleve a cabo la prueba de ADN del feto para contrastarla con la de Miguel Torres —añadió Lars.

—No quiero ni pensar en la reacción del pobre señor Torres si el niño que esperaba era de su hijo.

—Es lo que le faltaba.

Erika se quedó pensativa, con aquella expresión que a Lars siempre le daba a entender que algo no terminaba de cuadrarle.

—¿En qué piensas?

—Aun así, hay algo que no termina de encajar en esta historia —dijo ella, dubitativa.

—¿Qué?

—Sigo sin entender qué tiene que ver la mafia en todo esto.

—Tal vez el vínculo sea Miguel... —propuso Lars.

—Pero, de ser así..., y posiblemente tenga algo que ver con él, ¿por qué esa advertencia del depósito y para qué? En mi opinión, tiene que haber un nexo que relacione eso con el asesinato de Eduardo.

—Sería lo más lógico, estamos de acuerdo, pero por el momento no hay nada que lo vincule.

—Por el momento, como bien dices.

—Pero tampoco tenemos de dónde tirar... —añadió Lars, tratando de imponer algo de cordura.

—Lo sé, aunque eso no significa que podamos cerrar el caso sin investigarlo.

Lars la miró, convencido de que aquella cabeza no dejaría de darle vueltas al asunto hasta hallar la conexión entre ambos asesinatos. Erika era una mujer de convicciones y bastante tozuda; cuando estaba segura de algo, iba hasta el final del asunto.

—Creo que es mejor que me vaya a casa —dijo Lars, inquieto—. No me gustaría que alguien nos viese juntos ahora. Sería difícil de explicar, ¿no crees?

—Tienes razón. Quizá deberíamos buscar un sitio menos expuesto para encontrarnos, al menos hasta que recupere mi placa.

—Ojalá el comisario rectifique pronto. Nos haces falta en la comisaría, y no actuando a escondidas. Tu ausencia es un lujo que no nos podemos permitir.

—Gracias. Aunque sabíamos el riesgo que corríamos, y probablemente lo volveríamos a hacer, ¿no?

—Probablemente —respondió él sonriendo, mientras se incorporaba y cogía su gabardina.

—Llámame si hay algo importante.

—Lo haré, no lo dudes. Yo te invito a ese par de cervezas.

Cuando Lars se dio la vuelta y se acercó a la barra para pagar las consumiciones, miró de nuevo hacia Erika, que le lanzó una sonrisa:

—¡Me tomaré otra!

* * *

Apenas hacía unas horas que había regresado a España, pero su primer pensamiento en cuanto se levantó de la cama fue ver a María. Sólo esperaba que el hecho de encontrarse de nuevo inmersos en su día a día no alterase sus sentimientos.

Sintió que levantarse le costaba más de lo habitual; quizás el viaje le estaba pasando factura. Se incorporó con desgana y, tras un pequeño desayuno, llamó a María. Tenía miedo de que algo hubiese podido cambiar tras su último encuentro, pero afortunadamente su respuesta fue la deseada. Tras más de media hora de charla telefónica, más parecida a la de dos adolescentes que a la de dos adultos, quedaron a las tres para comer en pleno barrio de Salamanca, de forma que María tuviese tiempo de cambiarse tras su turno de mañana en el supermercado. Satisfecho, Miguel se metió en la ducha con aquella estúpida e inalterable sonrisa de quinceañero enamorado que no veía reflejada en el espejo desde hacía siglos. Tenía la sensación de que, pese a todo lo ocurrido, por fin el destino le había dado un respiro poniéndole a aquella mujer en su camino. No es que aquello pudiese borrar el dolor de lo vivido, pero era como encontrar una flor en medio del desierto, una pequeña luz al final del trayecto que hacía que siguiera teniendo ganas de levantarse por la mañana.

Relajado, dejó que el agua cayese por su cuerpo, sin prisas, disfrutando del momento. Aquéllos eran, posiblemente, los mejores instantes de la mañana. Luego, de nuevo frente al espejo del baño, se quedó mirando aquella desagradable y prominente barriga que con los años había ido alimentando. Trató de disimularla, sin demasiado éxito. Eso era peor aún: si trataba de encoger el estómago, su rostro se congestionaba y se ponía rojo. Hacía mucho que no prestaba atención a esas cosas, pero de pronto habían empezado a molestarlo. Era obvio que se había olvidado de su cuerpo durante demasiado tiempo; no había nadie por quien quisiese sentirse atractivo. Pero ahora su vida había cambiado, y se preguntó qué podía hacer para mejorar su aspecto físico. Nunca había sido muy amante de los gimnasios, le parecían de lo más aburrido, y tampoco es que le sobrase tiempo... Volvió a la habitación, se sentó en la cama, y se dispuso a vestirse mientras observaba a la gente que se paseaba de buena mañana por la calle Serrano. Le encantaba hacer aquello. Vestirse y contemplar la calle, pensando en el día que le esperaba. Vivir en pleno barrio de Salamanca era un lujo que muy pocos podían permitirse, y del que él, gracias a una herencia paterna, disfrutaba desde hacía unos meses.

Pese a que no era muy tarde, estaba claro que en la calle el calor era ya insoportable. El sol atizaba sin clemencia el asfalto, generando aquella especie de espejismos borrosos, aquella reverberación invisible... El contraste con el clima de Noruega era notable, y una vez más Miguel se dijo que, cuando se jubilase, se iría a vivir a Canarias. En el centro de la Península, la temperatura alcanzaba cotas intolerables.

María, que por el contrario vivía y trabajaba en las afueras, cerca del parque de Lisboa, se apresuró a ir a su casa para ducharse y arreglarse, ya que luego tenía más de media hora en metro hasta el centro de la ciudad. Nerviosa, como si fuese su primera cita, empezó a sacar ropa del armario de forma compulsiva y a distribuirla encima de su cama. A diferencia de Miguel, ella nunca había renunciado a la idea de volver a enamorarse, pero era consciente de que, con la edad, cada vez era más difícil

encontrar a una persona que encajase en su vida. Por otro lado, la idea de convivir con alguien se le antojaba muy complicada, o casi imposible. Llevaba tantos años sola, sin compartir su espacio, que la mera idea de meter a alguien en su casa la espantaba. Por suerte, Miguel no parecía un hombre dependiente, también él llevaba mucho tiempo solo y, probablemente, tampoco estuviese por la labor de vivir con nadie.

Tras probarse más de medio armario, María decidió ponerse aquel alegre vestido color coral que realzaba sus curvas. Se miró al espejo y, acercándose a él más de lo deseable, observó con irritación aquellas molestas patas de gallo y los surcos que descendían con ahínco desde su nariz hasta la comisura de sus labios. ¿Cuándo había dejado de ser joven y hermosa?, se preguntó, algo disgustada por su aspecto. Quizás en otro momento no hubiese sido tan crítica consigo misma, pero ahora quería estar preciosa. Ella se sentía igual de joven que cuando tenía tan sólo veinte años, pero su cuerpo parecía querer llevarle la contraria.

Miró de reojo el montón de ropa que tenía sobre la cama, sabiendo que no le iba a dar tiempo a recogerla hasta la noche. Por suerte, era evidente que no irían luego a su casa, sino a la de él. Nerviosa, se acercó al espejo del baño para maquillarse. El corrector hacía milagros, pensó mientras extendía todos los elementos necesarios sobre el mueble del baño. Maquillarse no dejaba de ser como pintar un lienzo: hacían falta buenos pinceles, mejores pinturas y una buena base. El resto era cuestión de la gracia que cada uno tuviese.

Miguel, que llevaba un par de horas sentado en el sofá del salón intentando leer, miró por cuarta vez el reloj con impaciencia. Parecía que el tiempo no avanzaba; se le estaba haciendo eterno. Tenía tantas ganas de verla, de abrazarla, que era incapaz de concentrarse en nada; ni tan siquiera en leer aquel libro que había empezado antes de su viaje a Alesund. Habían quedado con María en el centro, en la calle Serrano, justo en la puerta del centro comercial ABC, casi haciendo esquina con Juan Bravo. Allí había varios sitios para comer, y así estaban cerca de casa por si luego surgía la ocasión de subir a tomar un café, o lo que fuese. Sobre todo pensaba en ese «lo que fuese...». Lo cierto es que aquella vieja técnica continuaba funcionando bastante bien.

Enfundada en su ajustado y sensual vestido carmesí, y con sus altos y elegantes zapatos de tacón de aguja, María cogió el bolso y se dirigió al metro. Hubiese sido más cómodo ir en coche, pero aparcar en el centro de la ciudad era una tortura. Además, tenía el metro casi a la puerta de su casa, y luego la dejaba muy cerca del lugar en el que habían quedado. Normalmente, cuando se arreglaba prefería que la viniesen a recoger, pero en esa ocasión no hubiese tenido demasiado sentido que Miguel fuese a buscarla para regresar de vuelta al centro de Madrid. Nerviosa, se pasó casi todo el trayecto retocándose el maquillaje con la ayuda de aquel diminuto espejo, preguntándose si los sentimientos de ambos seguirían siendo los mismos. En el fondo tenía miedo de que, fuera de aquella burbuja que habían creado en Alesund,

aquello no funcionase. Igual que Miguel. En cualquier caso, lo que era indudable era que, de aquella angustiada y desagradable situación que ambos estaban viviendo, al menos había surgido algo positivo, algo casi mágico, algo que en aquel momento le devolvía las ganas de seguir viviendo.

Miguel ya estaba esperándola, como de costumbre. María se acercó poco a poco, contoneándose ligeramente y clavando los tacones con firmeza. Sabía perfectamente cómo seducir, cómo hacer que un hombre se fijase en ella. Miguel la miraba embelesado, pensando que, a lo largo de esa noche, aquella hermosa mujer sería suya. Cuando por fin estuvieron frente a frente, se miraron a los ojos casi atravesándose el alma y, sin cruzar ni media palabra, se besaron con intensidad, como si fuese el último beso que iban a darse en su vida. Era obvio que se habían echado de menos, aunque sólo hubiesen estado separados unas veinticuatro horas.

—Siento haberte hecho esperar —dijo María, consciente de su retraso.

Miguel no podía dejar de contemplarla.

—Al menos ha valido la pena... —respondió Miguel.

Ella sonrió, consciente de que aquello era un elegante elogio.

—No he podido dejar de pensar en ti. Tuve que dejarte en un momento difícil...
¿Cómo fue el funeral?

—Si hubieras estado a mi lado, todo hubiera sido más fácil —contestó él, cogiéndola de ambas manos.

—Me hubiera gustado estar allí, contigo...

—Lo sé. Fue algo bastante íntimo. Lástima que el cura sólo hablara noruego...

—Vaya...

—Aun así, estuvo bien, y se acercaron algunos amigos de Eduardo... Y también los agentes.

—¿Fuiste después al fiordo, a tirar las cenizas? —preguntó ella con curiosidad.

—Sí, y fue... intenso, emotivo y devastador. Supongo que no podía ser de otra forma.

—Lo siento, debió de ser duro.

—Un poco.

Miguel bajó la mirada con tristeza, y trató de no emocionarse.

—¿Te parece si seguimos conversando sentados? Estaremos más cómodos... —propuso él, invitándola a ir hacia el restaurante, que estaba muy cerca.

—Me parece perfecto.

Ya sentados a la mesa del Restaurante Milford, siguieron hablando con tranquilidad de todo lo ocurrido.

—¿Sabes si han avanzado algo en el tema de Sandra? —preguntó ella, ávida de buenas noticias—. No me han llamado ni una sola vez.

—La verdad es que la única novedad que tengo es la del asesinato de Cristina. Todavía no salgo del asombro. Me cuesta entender la razón que pudo llevarla a hacer algo así.

—Pero... ¿realmente crees que pudo ser ella? ¿Por qué iba a hacerlo? No tiene ningún sentido.

—No lo sé, la verdad. Todo en este caso es tan extraño, que ya no sé qué pensar...

—Fue un tema de la mafia, según dicen... ¿Tiene esto algo que ver con la famosa llamada del otro día? —preguntó María, temiendo en parte la respuesta.

—Quiero pensar que no. Vamos... Yo jamás pedí que matasen a nadie —afirmó Miguel, tratando de que María no notase que aquello no era más que una mentira piadosa.

—Mi única preocupación ahora es que, si fue Cristina quien secuestró a Sandra, haya dejado alguna pista de su paradero. De lo contrario, ¿cómo van a dar con ella?

—Seguro que dan con ella. La encontrarán, María, ya lo verás...

Miguel sabía que aquello era bastante improbable, pero no podían perder la esperanza de que todo aquello acabaría saliendo bien para Sandra.

—Yo no lo tengo tan claro. ¿Cómo van a encontrarla estando Cristina muerta? ¿Y si no lo hacen, Miguel?

—No pienses en eso, María; no vale la pena, sólo te harás más daño del necesario.

—Supongo que tienes razón, pero se me hace tan cuesta arriba... —respondió ella, cabizbaja.

En aquel momento, una camarera interrumpió la conversación, devolviéndolos a la realidad.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —preguntó en un tono no muy adecuado.

—Todavía no. Denos unos segundos —contestó Miguel, abriendo la carta en ese preciso instante—. Aunque de momento puede traernos un par de cervezas bien frías —dijo buscando con la vista la aprobación de María.

CAPÍTULO 16

ADN

Como era de prever, la comida terminó con ambos deseando subir a casa de Miguel. En cuanto cruzaron el umbral de la puerta de la calle, empezaron a besarse sin parar mientras avanzaban a tientas hasta el ascensor. Miguel, impaciente, empezó a meter su mano por debajo de la falda de María.

—Te he echado mucho de menos... —susurró con ternura en el oído de ella.

—Y yo a ti —respondió ella, que, encendida por el deseo, dejó escapar aquellas palabras entre sensuales jadeos.

Era tal la atracción, la química que existía entre ellos, que era imposible que no terminasen en la cama, dejando que la pasión los consumiese. Sus cuerpos se fusionaron como dos lenguas de fuego, como dos volcanes en plena erupción, hasta llegar a moverse casi al unísono, de forma acompañada y armónica. Sus bocas se buscaban, hambrientas, sus manos se entrelazaban como hermosos y sinuosos ríos confluyendo en un mismo mar.

Cuando la tempestad dejó espacio a la calma, Miguel, exhausto, abrazó a María por la espalda y recorrió su cuello con los labios, besándola de forma sutil, hasta hacer que su piel se erizase de placer. Deseaba tanto estar con ella, besarla, acariciarla, sentirla..., hacerla feliz. Ninguno parecía querer moverse de allí y, acurrucados, entre caricias y besos, dejaron que el sueño los embargara.

De pronto, el teléfono de Miguel sonó de forma insistente, sacándolos de aquel estado onírico en el que se habían sumido.

—¿Dígame? —respondió Miguel, abriendo a duras penas los ojos.

—Hola, buenos días. Soy el inspector Suárez, de la jefatura de policía de Madrid.

—Buenos días —dijo Miguel, extrañado por aquella llamada—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Es usted Miguel Torres? —preguntó con voz profunda.

—Sí, soy yo.

—Necesitaríamos que viniese cuanto antes a la comisaría de Leganitos, para un par de cuestiones relacionadas con el asesinato de la señora Cristina Puig.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, lo antes posible. ¿A qué hora podría venir?

—¿Les va bien dentro de una hora?

—Perfecto, le esperamos. Pregunte por mí en la entrada; inspector Rafael Suárez.

—De acuerdo. Hasta ahora.

Colgó, y vio que María lo miraba, expectante.

—Quieren que me acerque a la comisaría de Leganitos por lo del asesinato de Cristina. Imagino que les faltarán datos de Eduardo, o de Cristina... —apuntó él, tratando de tranquilizarla—. ¡Esto está siendo peor que un parto!

—Es probable que sea por eso. Yo quiero llamar esta tarde a la inspectora Vinter, para saber si han avanzado algo con lo de Sandra.

—Pues nada, parece que tenemos que dar por terminado nuestro primer encuentro en Madrid. Aunque quiero pensar que éste sólo va a ser uno de muchos —añadió sonriendo y besando a María en la mejilla, antes de saltar de la cama.

Mientras Miguel entraba en el baño, María aprovechó para levantarse también y recoger su ropa del suelo para vestirse. De no ser por aquella inoportuna llamada, se hubiese quedado allí toda la tarde ronroneando como una gata al lado de Miguel. Era cierto que el tema de su vinculación con la mafia seguía siendo un problema que no se sacaba de la cabeza, y que habría que resolver de algún modo, pero en cualquier caso aquel hombre la hacía feliz, y hacía tanto que nadie la hacía sentir así...

* * *

Miguel trataba de parecer sereno, pero era consciente de que la orden de cargarse a Cristina había salido de su boca, y eso le generaba una gran inquietud y un cargo de conciencia que difícilmente podría obviar. Conducía casi por inercia, como un sonámbulo, mientras su mente repasaba cualquier posibilidad de que alguien pudiera saber algo sobre su relación con la organización. Aparcó el coche, y se dirigió andando hasta la entrada de la comisaría, tratando de autoconvencerse de que era imposible que la policía pudiese vincularlo con aquello. Aunque sin duda estaban seguros de que aquel asesinato era obra de la mafia, nadie podría imaginar que él tuviese relación alguna con ese suceso. De hecho, hasta la fecha tampoco nadie podía demostrar su vinculación con la organización, salvo la propia María. Aun así, sabía que, después de todo lo sucedido, era posible que alguien metiese la nariz en el periódico, y entonces todo saltaría por los aires.

Entró en aquel apestoso y deprimente hormiguero de gente donde, salvo los policías, todos parecían ser inmigrantes ilegales o delincuentes peligrosos. El hecho de estar en la zona centro, cerca de Sol, les hacía lidiar con lo peorcito de la ciudad. No en vano aquella comisaría era una de las de mayor movimiento de toda la capital. Se acercó hasta el mostrador, y preguntó al policía que estaba allí por el inspector Rafael Suárez. El agente, que andaba algo liado con uno de aquellos histriónicos personajes, lo invitó a sentarse en un banquillo de la entrada y a esperar a que el inspector saliera a por él; Miguel, sin embargo, viendo la fauna que estaba sentada en aquel lugar y percibiendo el olor que algunos de ellos desprendían, prefirió quedarse

allí de pie. En un lugar como aquél, uno podía pillar cualquier cosa, pensó mientras observaba al personal. A los pocos minutos, un hombre joven y moreno, de mediana altura, cuyos bíceps debían de ser más voluminosos que sus dos piernas juntas, salió a su encuentro.

—¿Señor Torres? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—Sí, soy yo.

Estaba claro que, rodeado de toda aquella gentuza, era difícil confundirse de persona, pensó.

—Encantado —dijo el policía, estrechándole la mano—. Si me acompaña, iremos a un lugar más tranquilo.

El ambiente de aquella comisaría no tenía nada que ver con el de la jefatura de policía de Noruega. Allí era todo mucho menos formal, más ruidoso, sórdido y menos organizado. Incluso los detenidos tenían peor pinta. Por un instante, echó de menos a la inspectora Vinter y a su compañero.

—Según tengo entendido, regresó ayer mismo de Alesund, ¿no? —le preguntó el inspector, mientras abría la puerta de una de las salas.

—Sí, llegué ayer por la noche.

—Tome asiento, por favor —lo invitó el inspector, señalando la silla con la mano.

—Gracias.

—Verá, el motivo por el que le hemos hecho venir es un tanto delicado. Supongo que está al corriente del asesinato de Cristina Puig.

—Sí, por desgracia así es.

—Ya... Pues el caso es que, al realizarle la autopsia, se descubrió algo que nadie esperaba. Algo que hace cambiar, y mucho, el curso de la investigación.

Miguel entrecerró los ojos y frunció el ceño, sorprendido por aquella misteriosa forma de plantear la cuestión.

—¿Y qué descubrieron? Piensa decírmelo o no puede... —preguntó, temiendo la posible respuesta.

—Al parecer, Cristina Puig estaba embarazada de casi dos meses.

—¿Embarazada? —exclamó Miguel, asombrado.

—Embarazada, señor Torres. Encinta. Por lo visto, nadie lo sabía; lo llevaba absolutamente en secreto.

Miguel se quedó bloqueado por unos instantes, incapaz de pronunciar palabra.

—Y... ¿se sabe quién..., quién era el padre? —preguntó finalmente, todavía conmocionado por aquella noticia.

—Ésa es la cuestión. Las autoridades noruegas tienen razones para creer que el embarazo pudo ser el detonante del asesinato de su hijo.

Miguel miró al inspector, sin terminar de entender adónde quería llegar con todo aquello.

—¿El detonante? ¿Cómo que el detonante?

—Cristina parecía estar obsesionada con Eduardo; guardaba todo tipo de cosas relacionadas con él. Estamos valorando la posibilidad de que el padre del niño fuera su hijo Eduardo, y que, tras la negativa de él de hacerse cargo de la criatura, Cristina lo matase.

—¿CÓ... cómo es posible?

—Creemos que ése fue el móvil: la venganza.

—Pero... —musitó Miguel, que empezaba a sentirse algo mareado—. ¿Me está diciendo que Cristina esperaba un hijo de Eduardo, o que únicamente les parece posible?

—Le estoy diciendo que es una hipótesis muy plausible, que queremos y debemos corroborar con su ayuda.

—¿Plausible? ¿Corroborar? ¿Y cómo puedo ayudarles yo?

—¿Conoce las pruebas de ADN indirectas? —preguntó el inspector Suárez.

—No... No sé de qué me habla.

—Cuando no podemos contrastar el ADN de un hijo con el del padre, como ocurre en el caso que nos ocupa, por haber sido su hijo incinerado, se puede hacer la prueba con el abuelo. O la abuela. El porcentaje de coincidencia de la cadena genética es muy elevado.

—Entiendo —dijo Miguel, pensativo—. ¿Y me está pidiendo que les autorice a tomarme una muestra de ADN para cotejarlo con el de ese bebé?

—Exactamente.

Miguel estaba como en trance. Sintió que una gota de sudor frío descendía por su sien, y sus manos empezaron a temblar sin control. Si lo que aquel hombre sostenía era cierto, no sólo había hecho asesinar a Cristina, sino también a su propio nieto. Horrorizado, sintió que su estómago se revolvía en su interior. En aquel instante, y sin poder evitarlo, sintió asco de sí mismo.

—¿Y si no quiero colaborar, y si no quiero saberlo? —dijo Miguel, que todavía no sabía cómo reaccionar ante aquello—. ¿Qué gano yo con esto?

—Entonces nos obligaría a pedir una orden judicial.

—O sea, que en cualquier caso, terminaré haciéndome la prueba, ¿no es así?

El policía encogió los hombros, dándole a entender que, hiciera lo que hiciera, la prueba terminaría por realizarse.

—¿Alguien ha pensado en el efecto que eso puede tener en mí tras lo que he vivido? Acabo de enterrar a un hijo que ha sido cruelmente asesinado...

El policía permaneció en silencio y se limitó a suspirar.

—Ya veo que no, que les importa una puta mierda, a usted y a todo el mundo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Pues sabe qué?, terminemos cuanto antes —respondió Miguel—. ¿Cuándo quieren hacerla?

—Creo que es la mejor actitud que puede adoptar, se lo digo en serio. Si le parece, hablaré con el laboratorio y le llamaré para comunicarle cómo procederemos.

¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Es todo?

—Sí, puede irse, señor Torres. Y gracias por su comprensión.

—¿Comprensión? ¡Bonita forma de llamar a una imposición! —exclamó Miguel, levantándose.

Salió de allí completamente abatido, descompuesto y sin saber cómo digerir aquella impactante noticia. ¿Cómo iba a convivir ahora con aquello? ¿Qué le iba a contar a María? Destrozado, se sentó en un banco y dejó que su mirada se perdiera entre el gentío. Si existía el cielo y el infierno, él ardería en las tinieblas por toda la eternidad, pensó con los ojos enrojecidos. Lo peor de todo es que se sentía incapaz de llorar; como si tantos días de sufrimiento y dolor le hubiesen secado por dentro para siempre. Se sentía vacío y agotado.

* * *

María llegó a casa con una expresión de felicidad impresa en su rostro. Sus ojos desprendían tanta ilusión que hubiesen iluminado cualquier habitación en la que estuviese. Tras ponerse cómoda, se sentó en el sofá del salón y decidió que era hora de llamar a la inspectora Vinter. Hasta ahora, el miedo a que le diesen malas noticias le había hecho posponer aquella llamada con excusas triviales. Había llegado el momento de hacerla.

—¿Fortelle?

—¿Podría hablar con la inspectora Erika Vinter?

—Sí, soy yo. ¿Señora Cuevas?

—Sí, soy María.

—¿Qué tal fue el regreso?

—Bien, gracias, bastante tranquilo... Regresando a la rutina.

—Me alegro.

—Verá, la llamaba para saber si hay novedades.

Erika sabía que, si le contaba a María todo lo referente a la granja abandonada, se iba a venir abajo. Por otro lado, tampoco podía mentirle. Una cosa era evitar informarla durante un tiempo, y otra muy distinta engañarla.

—Bueno... De hecho, ha habido algún avance.

—¿Sí? Cuénteme... —susurró María con emoción, temiendo que las noticias fuesen las peores.

—Hemos encontrado el lugar donde han tenido retenida a Sandra durante todo este tiempo...

—¿La han encontrado? —preguntó, sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

—No exactamente... —acertó a decir Erika.

—¿Qué significa «no exactamente»?!

—Significa que hemos encontrado el zulo, cosas tuyas, pero de ella no hay ni rastro.

—Y entonces... ¿dónde está? ¿Qué van a hacer ahora? ¿Tienen alguna idea de dónde puede estar?

—No sabemos todavía dónde está. Estamos rastreando la zona con perros, para intentar seguir su rastro.

—¿Y cómo saben que realmente estuvo ahí?

—Hay restos...

—¿Restos? ¿Qué restos? —exclamó María, angustiada.

—Un diario y restos de sangre... Parece que debió de hacerse algún corte.

María cerró los ojos con fuerza, presa del pánico. ¿Acaso le estaba diciendo que Sandra podía estar muerta?

—Pero... Si en el zulo no hay nadie... Sólo restos de sangre y un diario, ¿qué creen que ha pasado con ella? —preguntó María, bastante alterada.

—No lo sabemos aún.

—¿Y qué pone en ese diario?

—Por el momento es una prueba, y no puedo hablarle de su contenido.

—¿Que no puede...? ¡No me lo puedo creer, esto no puede estar pasando! —exclamó María, indignada.

—Lo siento, pero el reglamento...

—¿El reglamento? ¿Y cómo van a encontrarla sin Cristina? ¿Qué piensan hacer?

—Tranquícese, le prometo que estamos haciendo todo...

—¿Que me tranquilice? ¡Cómo se nota que usted no tiene hijos, inspectora! No puede imaginarse lo que siento en estos instantes...

Erika, que no sabía qué responder, guardó silencio durante unos segundos, dejando que María se desfogase.

—Ni tan siquiera sé si mi hija sigue viva... ¿Puede entender el dolor que supone eso?

—Le juro que apenas he dormido pensando en su hija. No pienso en otra cosa. No voy a olvidarme de ella, se lo prometo —dijo Erika, intentando que aquella pobre mujer se sintiese algo mejor.

—¿Que usted no ha dormido? Pregúntese cuánto he dormido yo estos días, y cuánto voy a dormir esta noche —respondió, colgándole el teléfono.

María llamó a Miguel de inmediato; necesitaba oír una voz amiga, necesitaba un hombro sobre el que llorar. Lo que no esperaba era que, al otro lado, un hombre destrozado por las circunstancias ni siquiera tuviese ánimos de cogerle el teléfono.

CAPÍTULO 17

¿QUIÉN ES EL ASESINO?

Erika, que estaba sentada en el sofá de su casa intentando leer una novela cuando María la llamó, se quería morir. Se sentía impotente por estar fuera de la investigación. No tener ninguna pista sobre el paradero de Sandra la estaba matando, y ahora, encima, aquella llamada. Tampoco tenía ninguna certeza de que el comisario pusiese en marcha un rastreo de la zona cercana a la granja. Lo cierto era que la búsqueda de Sandra podía acabar convirtiéndose en algo incluso más complicado que la búsqueda de una aguja en un pajar. Ni siquiera sabían si estaba muerta, y era muy poco probable que estuviera enterrada cerca de allí. Podía estar en cualquier parte. Y emplear tantos recursos en algo que se basara tan sólo en una posibilidad no era precisamente algo que al comisario Espen le gustase en exceso. Por otra parte, a veces las familias de las víctimas no eran conscientes de que la policía no era el enemigo. Ellos estaban ahí para tratar de ayudarles, no eran los responsables de su desgracia. La gente tampoco parecía darse cuenta de lo difícil que era a veces resolver un caso. Erika trataba de ser empática con las personas afectadas y de entender la desesperación que solía acompañar a este tipo de situaciones, pero a veces la falta de paciencia y aquella agresividad con la que solían tratarlos no le parecían justas. Ella tampoco era precisamente la persona más adecuada para consolar a las víctimas; le costaba horrores hablar de sentimientos y emociones. Nunca se había sentido cómoda en estos temas, ni tan siquiera en su vida personal. Ella era buena atando cabos, observando detalles, analizando la escena del crimen y pensando en los posibles motivos. Necesitaba entrar en acción, demostrar las cosas con hechos. Pero cuando se veía obligada a hablar con un familiar, las palabras parecían quebrarse en su garganta y era incapaz de decir lo que la gente esperaba de ella.

Pese a todo, para bien o para mal, Erika llevaba el instinto policial en las venas desde niña. Amaba aquella profesión, era toda su vida. De pequeña, cuando el resto de niñas de su clase decían que de mayores querían ser actrices, cantantes, peluqueras, diseñadoras o algo parecido, ella ya sabía que lo suyo era perseguir y dar caza a los malos. Por otro lado, siempre había pensado que, por duro que fuese el trabajo de uno, cuando era vocacional siempre era todo un privilegio. ¿Cuánta gente podía decir que adoraba su trabajo? Cualquiera otro en su lugar se hubiese tomado aquella inhabilitación como unas vacaciones; para ella estaba siendo poco menos que un calvario.

Miró, pensativa, a través de la vieja ventana de madera decapada. Tenía que tratar de evadirse un poco, de desconectar... «¡Pero es imposible, Erika! ¿Cómo vas a desconectar?», se dijo a sí misma. Sabía perfectamente que, hasta que no se cerrase el caso por completo, no lo iba a conseguir. En el exterior, una llovizna leve pero insistente salpicaba de forma sutil los cristales y refrescaba la hierba de la colina, haciéndola resplandecer. El olor a hierba mojada siempre la transportaba a la infancia, a aquellos momentos en los que jugaba con su hermano en el jardín de la casa de sus padres. Además, ver llover la relajaba, incluso la ayudaba a pensar. A veces, a diferencia de la mayoría, ella disfrutaba dando un paseo por el campo, bajo la lluvia. Sentir cómo el agua caía sobre su cabello y resbalaba por su rostro la hacía sentir viva.

Su mente volvió a centrarse en el caso. En Eduardo, en Sandra y en Cristina... Algo no cuadraba. A pesar de que todo parecía indicar que Cristina Puig era la asesina de Eduardo, Erika estaba tan segura de que algo se les escapaba que volvió a coger todos los documentos del caso para repasarlos una vez más. Sentada en el sofá, rodeada de un mar de papeles, empezó a revisar de forma concienzuda el informe completo. Ya no recordaba cuántas veces lo había leído, pero a veces ésa era la única forma de descubrir algo que se había pasado por alto. Fue entonces, mientras analizaba mentalmente todos y cada uno de los sucesos y hechos acontecidos y releía a conciencia todos los informes que tenía del caso, cuando algo hizo clic en su cabeza.

—¡La incisión era perfecta, como realizada por un cirujano! —exclamó exaltada al releer el informe de la autopsia de Eduardo—. ¡Cómo pude olvidar algo así!

Aquello era la clave. La investigación no tenía que centrarse en Cristina. Nerviosa, se levantó del sofá de un brinco, cogió el teléfono y marcó el número de Lars.

—¿Fortelle?

—¡Cristina no es la asesina! Estoy completamente segura de ello —soltó Erika sin más.

—¿Có... cómo dice? ¿Inspectora Vinter, es usted? —preguntó Lars, completamente descolocado.

—Sí, claro que soy yo. ¿Quién quieres que sea, tu ángel de la guarda? Escúchame. ¿Crees que Cristina tenía nociones de medicina, o de cirugía?

—¿Perdón? Lo siento, pero no te sigo.

—Necesitamos saber qué formación tenía Cristina, pero me juego lo que quieras a que nada tiene que ver con la medicina.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—La persona que asesinó a Eduardo debía tener forzosamente conocimientos de cirugía.

Lars se quedó sin palabras, tratando de entender de dónde venía aquella deducción.

—Pero... ¿cómo que de cirugía...? ¿De dónde has sacado eso?

—¡La autopsia, la autopsia, ¿recuerdas?! «La incisión era perfecta, como realizada por un cirujano...».

—¡Dios mío, es cierto! —exclamó el inspector, sorprendido por lo ciegos que habían estado todo ese tiempo.

—Busca entre todos los posibles implicados, averigua quién tiene nociones de cirugía o algo parecido, y tendrás al asesino de Eduardo —afirmó Erika, exultante.

—No dejas de sorprenderme.

—Déjate de sorpresas y ponte a buscar la respuesta.

—Sí, sí... Ahora mismo me pongo a ello.

—Sé meticuloso, no des nada por supuesto y avísame si encuentras algo.

—¡Estamos en contacto!

Tras colgar el teléfono, Erika se dejó caer de espaldas en el sofá, satisfecha. Esos momentos daban sentido a las noches sin dormir, a las jornadas interminables, incluso a las broncas de Espen. Se sentía pletórica, feliz de haber conseguido avanzar un paso más. Con una sonrisa que recorría todo su rostro, se levantó y fue directa a la nevera. El éxito siempre le abría el apetito.

Por su parte, Lars, que sentado ante su mesa todavía no salía de su asombro, levantó el auricular y llamó al contacto de Erika en la Interpol. Aunque él mismo investigaría por su cuenta en las redes, le sería de gran ayuda que la policía española le pasara toda la información que pudiese tener sobre los estudios y formación de la gente relacionada con el caso.

* * *

Miguel, que llevaba cuatro años sin probar el alcohol, salvo el día en que se enteró de la muerte de Eduardo, se paró frente a una taberna inglesa y, por unos instantes, sintió la tentación de entrar y pedir un *whisky* doble o triple. Aquellos habían sido con mucho los peores años de su vida. Le había costado tanto salir del infierno del alcohol y de la depresión en la que estaba sumido, que parecía imposible que ahora pudiese estar cuestionándose aquello. Pero enseguida recordó la promesa que le hizo a su hijo de no volver a beber, el mismo día que asistió por primera vez a una reunión de alcohólicos anónimos. Ahora, más que nunca, no podía incumplirla; se lo debía a su pequeño, aunque fuese la última cosa que hiciese por él. Aun así, apoyado en la pared del local recordó entonces cómo el alcohol le había ayudado en otras ocasiones a no pensar en los problemas, a evadirse, a olvidar. Era tan fácil recurrir a la botella cuando uno no quería enfrentarse a los problemas. Por suerte, cuando su voluntad empezó a flaquear de forma ostensiblemente peligrosa, su teléfono móvil sonó de nuevo, salvándolo, como una inesperada campana celestial, de caer en la tentación.

Sacó el móvil de su bolsillo y miró la pantalla: era María, que no había dejado de llamarle.

—María... —dijo al descolgar—. ¡No sabes cuánto te necesito y cuánto bien me haces! —exclamó, dejando a María algo descolocada.

—¿Y eso a qué viene ahora? —preguntó ella extrañada, aunque sintiéndose halagada por el comentario—. Te he llamado hace un rato, pero no me lo cogías.

—Lo sé... Perdóname, pero no tenía fuerzas para hablar con nadie. A veces las cosas se complican, y uno tiene un límite, aunque parezca fuerte.

—¿Qué ha pasado? —preguntó María, sorprendida de que él también tuviera problemas.

—Bueno, esta tarde he estado en comisaría. ¿Recuerdas la llamada que he recibido hoy, no?

—Sí, sí, claro. ¿Y qué querían?

—Decirme que, al hacer la autopsia de Cristina, habían descubierto algo inesperado. Algo que me ha dejado conmocionado y que no sé ni cómo procesar.

—¿Inesperado? ¿Qué han encontrado?

—¿Estás sentada?

—Sí, sí, dime...

—Cristina estaba embarazada.

María se quedó muda por unos segundos, igual que le había pasado a Miguel.

—¿Cómo? No... No me lo puedo creer. ¿Alguien lo sabía? —acertó a decir, saliendo del trance.

—No, no dijo nada a nadie. Imagínate cómo deben estar en estos momentos sus padres... No quiero ni pensarlo.

—La verdad es que no salgo de mi asombro...

—Pues, por desgracia, todavía hay más —apuntó Miguel.

—¿Más? No sé ni si me atrevo a preguntarte.

—Resulta que tienen la sospecha de que el hijo era de Eduardo. Creen que ése fue el móvil para matarlo.

—¡Dios Santo! Pero... ¿tú sabías algo? ¿Los viste alguna vez juntos?

—No, nunca. Yo tampoco sabía nada. No tenía ni idea de que tuvieran la más mínima relación... Pero ellos... En fin, la policía parece tenerlo bastante claro.

—Qué horror... No sé ni qué decirte. ¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Vas a hablar con sus padres?

—Estoy tan impactado que no sé ni cómo reaccionar.

—Yo tampoco sabría qué hacer en tu lugar.

Miguel se quedó unos instantes pensativo, como ausente, sin saber qué añadir; en su mente, aquella información bullía en un caos de emociones, y aún no había sido capaz de procesarla.

—No me imagino lo que debes estar sintiendo.

—De todo, María, absolutamente de todo —contestó él, abrumado y desbordado por la situación—. Empiezo a pensar que no conocía en absoluto a mi hijo.

—Imagino que todos los hijos nos ocultan cosas, no creo que sólo fuese el tuyo.

—Además, insisten en que quieren hacerme una prueba de ADN.

—¿A ti? ¿Para qué?

—Por lo visto, la cadena de ADN de un padre es muy similar a la de su hijo, de modo que, si comparan mi ADN con el del feto, pueden verificar sin error si Eduardo era el padre.

—¿Y tú quieres saberlo? —preguntó María, preocupada—. Yo creo que preferiría olvidarme del tema y no saberlo nunca.

—Probablemente, yo también... Pero a ellos eso no les preocupa, no tengo elección; según la policía, si me negase la ley me obligaría de todas formas.

—Vaya... Lo siento, Miguel. Me gustaría estar ahí contigo para poder abrazarte...

Miguel guardó silencio unos segundos, intentando contener sus emociones. No podía decirle que se sentía responsable del asesinato de Cristina, y que ahora eso suponía que también había truncado la vida de su nieto. La taberna irlandesa parecía oscilar ante él. Cuando retomó la conversación, su voz sonó quebrada.

—¿Y tú? ¿Por qué me llamabas? Te interrumpí antes de que pudieras contarme nada.

—Acabo de hablar con la inspectora Vinter.

—¿Hay novedades? —preguntó Miguel, sintiéndose culpable por no haber pensado en Sandra desde que se fue de Alesund.

—Sí, por lo visto han encontrado el lugar donde mi hija estuvo retenida...

—¿Cómo? ¿La han encontrado? —exclamó Miguel, sorprendido.

—No, no ha habido suerte —María apenas podía ya contener las lágrimas.

—Pero ¡tendrán alguna pista! Algo habrán encontrado, ¿no?

—Restos de sangre, un diario escrito por mi hija que no me dejan leer, pero ni rastro de ella...

—Lo siento mucho, María. ¿Y qué te han dicho?

—Nada... Sólo que siguen con la investigación... Que siguen buscándola. No saben nada, Miguel. Puede estar muerta, enterrada en cualquier rincón... Quizá no la encuentren nunca... —María rompió a llorar, desconsolada—. ¿Te imaginas seguir viviendo sin saber si tu hija está viva o muerta?

—¿Dónde estás ahora?

—En casa —añadió con voz temblorosa.

—Pásame un mensaje con tu dirección, que voy para allá. Quiero estar contigo.

—Gracias por estar ahí, Miguel... Gracias.

Miguel dejó atrás la taberna irlandesa y se dirigió hasta el callejón donde había dejado aparcado el coche. Ojalá que María no se enterase nunca de que él era responsable de la muerte de Cristina. Consternado, respiró hondo, preguntándose cuándo iba a terminar aquella horrible pesadilla. Abrió la puerta del vehículo, se

sentó al volante pensativo y, al ir a arrancar, se dio cuenta de que había un papel prendido en su limpiaparabrisas. Primero pensó que, para variar, sería algo de publicidad, pero luego, cuando fue a accionar los limpiaparabrisas para que la nota se desprendiese, se percató de que había algo escrito a mano en ella; algo que no parecía precisamente un texto publicitario.

Salió de nuevo del vehículo para ver de qué se trataba. Cogió el papel y, tras desdoblarlo, lo miró con detalle. Tal como le había parecido desde el interior del coche, no era publicidad, sino una nota manuscrita, una nota dirigida a él:

Miguelito, mañana van a inspeccionar el periódico y todos los ordenadores y archivos. También tienen todos los móviles vuestros y algunos nuestros pinchados; no nos llames, y ándate con mucho ojo. Borra todos los documentos que tengas en tu PC cuanto antes.

Nervioso, Miguel observó el angosto y sombrío callejón, pero allí no había ni un alma. Era obvio que habían colocado aquel papel en su coche mientras él estaba en la comisaría, hablando con el inspector. Lo que estaba claro era que, si la organización actuaba de esa forma, a escondidas, era porque la poli tenía escuchas por todas partes. Tenía que revisarlo todo: su coche, su casa y, cómo no, su despacho en la oficina. Por otra parte, conociendo la forma de actuar de la organización, seguro que tenían a alguien vigilándolo por si hacía algo que no debía o se iba de la lengua. Esos tipos no se andaban con chiquitas.

Estaba convencido de que, si la policía empezaba a investigar a fondo en el periódico, tarde o temprano su nombre y el de muchos otros compañeros implicados podían aparecer en los papeles. Aquello no pintaba nada bien, y no estaba dispuesto a pasar el resto de su vida entre rejas por asociación con organización criminal y blanqueo de capitales. De hecho, hasta donde él sabía, había gente muy importante metida en aquella trama de blanqueo que a buen seguro contaría con abogados de primera línea; él no era más que un mero peón, una pieza más. La situación se estaba tornando muy peligrosa para todos, y cuando la gente se ponía nerviosa era muy fácil que se cometieran errores o que los de arriba acabaran buscando algunas cabezas de turco. Sabía que, en aquella situación, lo más inteligente que podía hacer era colarse en la redacción del periódico esa misma noche y borrar concienzudamente todo cuanto pudiese incriminarlo. Aunque tal vez se encontrara allí con unos cuantos haciendo lo mismo que él... Dubitativo, pensó entonces que tal vez era más inteligente acercarse a la oficina en horario laborable, para evitar aparecer en las cámaras de seguridad a una hora poco habitual. Sí, era mejor no exponerse demasiado. Si era capaz de poner una excusa razonable al hecho de ir unas horas antes a la redacción, nadie tendría por qué sospechar nada.

¡Como si no tuviera ya suficientes problemas en los que pensar! Aquello no hacía más que complicar las cosas. Sabía que, con todo lo que tenía en la cabeza, no iba a

ser precisamente una gran ayuda para María, pero también sabía que ella le necesitaba más que nunca. No, no podía dejarla sola en aquel momento, así que, sin dudarlo, se subió de nuevo al coche y se dirigió a su casa. Estaría con ella un par de horas tratando de consolarla y tranquilizarla, pensó, y luego aparecería por la redacción con cualquier pretexto. Aunque no le esperaban hasta el día siguiente, eso sería más fácil de justificar que si lo veían merodear por la oficina en plena noche.

CAPÍTULO 18

EL REGISTRO

Salió de casa de María bastante más tarde de lo que hubiese sido aconsejable, pero seguía pensando que lo más prudente era acercarse al periódico mientras quedase gente trabajando. Era muy posible que a aquella hora sólo quedara algún directivo y parte del personal de limpieza. Mientras conducía, iba pensando lo que diría para justificar su presencia en la oficina a aquellas horas y un día antes de su reincorporación. Era muy importante que su historia fuese sencilla y creíble. Jarl, que como siempre estaba sentado tras la mesa de recepción, controlando todas las cámaras de seguridad y registrando las visitas, lo saludó sorprendido en cuanto lo vio entrar en el edificio. A esa hora, ya no había nadie más en recepción, y el vigilante nocturno todavía no había llegado.

—Buenas tardes, señor Torres, no sabe cómo siento lo de su hijo —dijo saliendo de detrás del mostrador de recepción y estrechándole la mano con expresión triste—. No le pude dar el pésame antes de que se fuera, y quería decirle que si necesita cualquier cosa... No puedo ni imaginar por lo que estará pasando.

Jarl era un hombre alto y bastante corpulento. Pese a su aspecto de matón de discoteca, no había en él un ápice de violencia o maldad. Su caminar, un tanto desgarrado, daba la sensación de que era alguien que en cualquier momento podía tropezar y caerse de bruces. Era un hombre atento, y siempre tenía una sonrisa en los labios o un «buenos días».

—Muchas gracias, Jarl —contestó Miguel, agradeciendo aquella muestra de afecto.

—¿No se reincorporaba usted mañana?

—Sí, pero me dejé unos artículos por revisar y, si espero a mañana, llegaré tarde seguro. Ya sabe cómo vamos siempre con las prisas a la hora de cerrar.

—Entiendo. Pues nada, no se vaya muy tarde.

—Eso intentaremos. Gracias.

—Por cierto... —dijo Jarl cuando Miguel estaba a punto de entrar en el ascensor.

—¿Sí?

—Hace diez minutos han venido unos policías a registrar parte de la oficina. Han hablado con el señor Kristopher Raske de legal, y todavía siguen arriba. Lo digo para que no se asuste.

—Ah, gracias... —respondió Miguel, tratando de disimular su expresión de sorpresa en la medida de lo posible, mientras la puerta del ascensor se cerraba.

Su cabeza se quedó en *shock* por un instante, y sintió que una gota de sudor frío resbalaba por su frente. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?, pensó. Lo mejor era subir como si nada y, si todavía no habían registrado su despacho, borrar todo lo posible. En el supuesto de que ya lo hubiesen hecho, sólo le quedaría buscar un buen abogado.

Salió del ascensor, nervioso, mirando a ambos lados como si de un radar se tratase. La planta estaba casi vacía, y parecía fácil pasar desapercibido. Inquieto, avanzó con decisión hasta su despacho, intentando conservar cierta apariencia de normalidad. Fue entonces cuando los vio, sentados en el despacho de Leo, su jefe, y acompañados del abogado de la compañía. Parecían estar enfrascados en un acalorado intercambio de impresiones. Tratando de no llamar la atención, Miguel avanzó hasta su despacho y, disimuladamente, conectó el ordenador. Si conseguía borrar los ficheros y salir de allí sin ser visto, habría superado con éxito aquella encerrona. Sentado frente a su pantalla, mirando de reojo y con recelo al exterior, sintió que el corazón se le salía del pecho y que su garganta se secaba por momentos. Debía borrar a conciencia todo lo que pudiese implicarlo, y asegurarse de que ningún archivo se pudiese recuperar. Lo ideal hubiese sido formatear el ordenador, pensó, pero eso hubiese cantado como una almeja y, además, tampoco tenía tiempo suficiente para hacer algo así.

Mientras estaba borrando documentos y registros, vio que Edith, su secretaria, que todavía seguía en la oficina, se acercaba a la fotocopidora que había al lado de su despacho. Sin dudarle un instante, Miguel se tiró al suelo para esconderse tras la cajonera de la mesa, con la que se golpeó la rodilla. Tuvo que morderse los labios para no gritar de dolor. Si Edith le veía, tendría que hablar un rato con ella, y eso le impediría terminar con lo que estaba haciendo. Además, cuanta menos gente lo viese, mejor. Angustiado, miró de refilón para comprobar si todavía seguía allí, y trató de seguir borrando documentos haciendo malabarismos desde el suelo. En situaciones como aquéllas, se arrepentía de no estar más en forma y algo más ágil. Su prominente barriga no era más que un estorbo. En cuanto vio que Edith se volvía de espaldas a él para regresar a su mesa, se incorporó ligeramente y siguió borrando archivos lo más rápido que pudo. No disponía de mucho tiempo. La policía podía empezar a merodear por la planta en cualquier momento, y podría sorprenderlo allí, con las manos en la masa. De su rapidez dependía no terminar la noche en comisaría.

—¡El último! —exclamó en un susurro, algo más tranquilo.

Agazapado tras la mesa del despacho, vio que los agentes empezaban a salir del despacho de Leo. Trató de calmarse y pensar fríamente. No podían verlo, nadie debía saber que había estado allí. Apagó el ordenador de inmediato y empezó a pensar en cómo salir de la oficina sin ser visto. Estaba claro que, si avanzaba hasta el ascensor, se iba a cruzar con ellos, así que se dijo que lo más inteligente era dirigirse al baño y encerrarse allí hasta que encontrase la forma de sortearlos. Con el corazón en un

puño, salió de su despacho sin hacer ruido, aprovechando un instante en que el grupo miraba hacia otro lado, y avanzó hacia los lavabos. Se encerraría en uno de ellos y esperaría a que abandonasen la planta. De todas formas, no podía olvidar que era posible que entrasen en algún momento en el baño, y sin duda les extrañaría encontrar una puerta bloqueada cuando casi no quedaba nadie allí. Sí, esa posibilidad era muy real. Recordó entonces el cartel que a veces colgaban los técnicos del edificio en las puertas de los sanitarios, cuando se estropeaba alguna cisterna. Si veían ese cartel, nadie se preguntaría por la razón de que un baño estuviese bloqueado. La lógica le decía que esos carteles debían de guardarse en el cuartito lateral de los baños, donde los encargados de la limpieza guardaban todo el material. Cruzó los dedos y abrió la puerta de aquel minúsculo receptáculo, que era más parecido a un armario grande que a un cuarto, y rebuscó entre el material sin hacer ruido, tratando de encontrar a oscuras el maldito cartel. Si encendía la luz, el reflejo se vería desde el exterior, y era mejor no llamar la atención.

—¡Aquí está! —exclamó en voz baja, aliviado al encontrarlo oculto tras los rollos de papel higiénico.

Sin dudar, lo colgó del pomo de la puerta de uno de los servicios, entró cerrando la puerta tras él, y puso el pestillo. Si oía entrar a alguien, se subiría encima de la taza, como había visto hacer tantas veces en las películas. De algo tenía que servirle su afición a las películas de suspense, pensó. Ahora sólo tenía que tener paciencia, y esperar a que se fuesen para salir de allí y regresar a casa... Sólo entonces se dio cuenta de su error: si no quería aparecer en las grabaciones de las cámaras, saliendo del edificio en plena noche y justo detrás de la policía, algo que sin duda le haría parecer sospechoso, lo más sensato sería quedarse allí hasta la mañana siguiente y hacer ver que acababa de llegar a la oficina. Si nadie era consciente de que había entrado en el edificio aquella tarde, y teniendo en cuenta que Jarl terminaba su turno en breve y no sabría si había abandonado el edificio o no, lo mejor era no moverse. Además, Jarl no volvería hasta la tarde siguiente, con lo cual tampoco podría saber si aquella mañana había entrado en el edificio a la hora habitual o no. Por otro lado, las grabaciones de las cámaras sólo se preservaban durante setenta y dos horas y, si nadie sospechaba nada, era más que probable que nunca llegasen a ver su entrada. Resignado, sabiendo que aquélla era la opción más inteligente, Miguel miró a su alrededor preguntándose cómo iba a dormir allí. Le esperaba una noche toledana.

* * *

Ya era bastante tarde, y Lars seguía esperando, ansioso, la información que había solicitado a la Interpol. Había barrido a conciencia la red sin encontrar nada que le diese la respuesta buscada, y hubiera estado dispuesto a quedarse allí hasta dar con

algo —en eso Erika y él eran iguales—, pero estaba claro que a esas horas ya no llegaría nada de la policía europea.

Era evidente que, fuese quien fuese la persona con conocimientos de medicina implicada en el asesinato de Eduardo, o bien no llegó nunca a titularse, o bien estudió en algún centro no homologado. En cualquier caso, en cuanto consiguiese desenmascararlo, Lars le explicaría al comisario quién había sido la responsable de aquel importante avance; tal vez de ese modo le levantara la sanción a Erika. Que la hubieran apartado de esa forma era de lo más injusto. Después de casi ocho años trabajando mano a mano, Lars tenía muy claro que formaban un buen equipo. Como ocurre en todas las relaciones, algunas veces no coincidían en la forma de ver las cosas, pero más allá de algún pequeño desencuentro solían llevarse bien. Además, ocho años juntos habían hecho que esa relación se convirtiese en una sólida amistad; una amistad distinta, marcada por una cierta distancia y el formalismo inevitable al que obligaba el cargo, pero una amistad sincera, de aquellas con las que sabes que siempre puedes contar.

Cuando Lars salió de la comisaría, estaba cansado, con la espalda dolorida tras tantas horas frente al ordenador y con ganas de llegar a casa. Fuera, el cielo se había encapotado, y aquella espesa neblina acompañada de un viento arremolinado amenazaba con desatar un torrente de agua sobre su cabeza en cualquier momento. Odiaba conducir bajo la lluvia; de hecho, odiaba conducir bajo cualquier circunstancia, y la lluvia no hacía más que empeorar su percepción de aquella desagradable práctica. En realidad, Lars sólo era feliz dando largos paseos caminando, corriendo o subido a una bicicleta. Pero la distancia desde su casa a la comisaría y las exigencias de su trabajo lo obligaban a desplazarse en coche. Afortunadamente, cuando estaban de servicio era la inspectora quien solía conducir. A ella sí le gustaba ponerse al volante, y más si se trataba de una persecución. En aquellos casos, él solía pasarlo francamente mal, y Erika, que era consciente de ello, siempre le tomaba el pelo... Justo en ese momento, mientras pensaba en ella y se dirigía de regreso a casa en su viejo trasto, recibió una llamada de la inspectora Vinter. Se detuvo en el arcén, extrañado de que lo llamara a aquellas horas.

—¿Erika?

—¡Tengo muy buenas noticias! ¡Las mejores que me podían dar! —dijo la inspectora, eufórica.

—¿Y eso?

—Espen quiere verme mañana a primera hora en comisaría. Todo apunta a que volveré a estar en activo.

—¡No sabes cuánto me alegro! De hecho, justo estaba pensando en lo injusta que era esta sanción... La echaba de menos, inspectora Vinter.

—Gracias, yo a ti también, inspector Lars. Lo cierto es que me estaba volviendo loca entre estas cuatro paredes. Sé que has estado ejerciendo presión para que Espen me devolviera la placa.

—Menos de lo que me habría gustado, ya sabes cómo las gasta nuestro amigo el comisario —dijo Lars—. Entonces, ¿nos veremos mañana por la mañana?

—Espero que sí... Por cierto, ¿sabemos algo más sobre el posible sospechoso que estudió medicina?

—Aún no he conseguido averiguar nada. Parece que quien fuera que lo hiciese no llegó a licenciarse, y menos todavía a ejercer. He estado toda la tarde esperando que tu colega de la Interpol dijera algo. En la red me ha sido imposible encontrar nada.

—Mala suerte. Mañana lo llamaré yo, a ver si ya tiene algo.

—Pues nos vemos mañana, Erika, me alegra mucho que vuelvas.

—Gracias, hasta mañana.

Aquella noticia le había alegrado el día también a él; desde que habían apartado a Erika del caso, ir a trabajar ya no era lo mismo. La inspectora era una magnífica detective, y hacía que cualquier investigación fuese fascinante. Además, el simple hecho de tenerla cerca lo tranquilizaba, le daba seguridad. Era obvio que se apreciaban mucho y que trabajaban muy a gusto juntos. Aun así, le parecía un tanto sorprendente que Espen hubiese cambiado de opinión en tan poco tiempo. El comisario era un hombre bastante cabezota y de ideas fijas, y el hecho de que rectificara de esa forma en una cuestión tan delicada le parecía muy extraño. Sólo esperaba equivocarse, y que tras aquella decisión no hubiese otro motivo oculto... Fuera como fuese, tratándose de Erika, una de las mejores detectives de todo el departamento, parecía algo bastante razonable. Permitirse el lujo de prescindir de su colaboración en un caso de aquella envergadura no era muy prudente. Tal vez el comisario había considerado que, con un par de días de inhabilitación, era suficiente.

* * *

Miguel debía de llevar más de una hora en aquel incómodo y angosto receptáculo, sin saber ya ni cómo sentarse, cuando oyó que la puerta del baño se abría. De un brinco, se colocó de cuclillas sobre la taza del váter, tratando de no hacer ruido. Oyó unos pasos acercándose lentamente hacia él... Unos pasos que parecían detenerse metódicamente frente a cada puerta para comprobar que no hubiese nadie dentro. Aquello no pintaba nada bien. Nervioso, trató de no alterarse en exceso. Cuando los pasos llegaron hasta su puerta, vio que, fuese quien fuese la persona que estaba fuera, trataba de girar el pomo para abrir la puerta y, al comprobar que estaba cerrada, asomó ligeramente la cabeza por el ínfimo espacio que había entre ésta y el suelo. Miguel cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración. Sólo esperaba que aquel ángulo de visión limitado le impidiese ver nada más allá de la base del inodoro. Sentía que su corazón palpitaba a una velocidad inaudita, y que las venas de su cuello, hinchadas por la tensión y por el esfuerzo, propulsaban la sangre con brío. Tenía la sensación de que estaba a punto de desmayarse. Algunas gotas de sudor

caían a plomo desde su frente, aterrizando en las baldosas del suelo. Tras unos instantes que se le antojaron eternos, los pasos parecieron alejarse un poco más, y la voz del hombre resonó en las paredes de los servicios.

—¿No te parece extraño que el ordenador de Miguel Torres esté limpio? —dijo la voz de un hombre que parecía relativamente joven.

—La verdad es que, teniendo en cuenta el fregado personal en el que está metido y lo que ha ido ocurriendo en ese caso de asesinato, pensaba que sería uno de los primeros en caer —contestó otro hombre de voz notablemente más profunda.

—Yo también, la verdad.

—Hay claros indicios de que la mafia está metida de lleno en lo de su hijo. Por lo visto, incluso apareció otro cadáver con la corbata colombiana.

—Eso he oído en jefatura. ¿Crees entonces que ha podido borrar información?

—Bueno, en principio, según su jefe y compañeros, no regresa a la oficina hasta mañana, y ayer estaba volando desde Noruega. A menos que haya venido hoy...

—Ya, pero nadie le ha visto hoy por el edificio. Aunque al bajar podemos preguntarle al vigilante.

—Lo haremos, no lo dudes. Pero no parece muy probable que haya tenido tiempo de borrar nada. Aunque tampoco podemos descartar que haya sido precavido, y que tenga toda la información en algún portátil o en su casa. Yo desde luego lo hubiera hecho así. Nunca sabes si el departamento de informática tiene acceso a tu CPU.

—Eso es cierto, si el hombre sabe un poco de informática y es mínimamente hábil, es más que probable que haya optado por guardar en otro lado cualquier cosa que pueda incriminarlo. Habrá que registrar también su casa, y por supuesto interrogarle.

—Por supuesto. Mañana mismo curso la orden —sentenció el hombre de voz grave, mientras Miguel podía oír perfectamente cómo ambos descargaban todos los líquidos ingeridos durante el día en los urinarios del otro lado.

Esa extraña y desagradable costumbre de ponerse a hablar mientras se meaba era algo que nunca había podido entender. En esa situación, él sólo pensaba en acabar cuanto antes y trataba de no mirar a los lados. No le parecía algo demasiado agradable. Afortunadamente, pensó, para esa hora Jarl ya se habría marchado del edificio y su sustituto no le había visto entrar.

Miguel, cuyo cerebro iba a doscientos por hora, empezó a repasar mentalmente qué pruebas incriminatorias podía tener en su casa. Seguro que algo habría, de modo que tendría que ir a su piso y revisar a conciencia todos los cajones y su portátil. Llevaba tanto tiempo con esa historia que había ido relajándose demasiado, y por tanto era fácil que hubiese cometido errores o dejado información donde no debía. No le iba a quedar más remedio que acercarse a casa a primera hora de la mañana. Tenía que salir de allí antes del mediodía, e ir a su domicilio para deshacerse de cualquier posible rastro. Eso iba a complicarle un poco la mañana; se vería obligado a simular que acababa de llegar, y luego volver a salir a los diez minutos. Si no encontraba una

buena excusa, aquello no iba a ser sencillo. De pronto, vio la luz: la famosa prueba de ADN podía ser su tabla de salvación. Con decir que lo habían llamado de la jefatura de policía para hacerle la famosa prueba, le bastaría. Total, como se veía obligado a hacerla quisiese o no, al menos le serviría de excusa para salir de la oficina. Llamaría a primera hora al inspector Suárez para preguntarle a qué dependencias o laboratorios podía acercarse para realizarla. Primero se acercaría a su casa, lo revisaría todo y luego iría a hacerse la prueba. Nadie se percataría del tiempo empleado.

Tras algunos minutos que se le hicieron agónicos, oyó pasos que se alejaban lentamente y luego la puerta del baño que se cerraba. Supuso que los dos policías habían abandonado los aseos, pero esperó unos segundos antes de moverse. Luego, con cuidado, bajó de la tapa del inodoro y abrió ligeramente la puerta para comprobarlo. El baño estaba vacío. Algo más relajado, entró de nuevo en aquel incómodo receptáculo y se sentó una vez más sobre el váter. Aún no quería dormirse. No sabía si los policías habrían abandonado el edificio, y cabía la posibilidad de que volviesen a entrar en el baño. De hecho, si quería estar seguro y echar alguna cabezada, no le quedaría más remedio que salir de los servicios y comprobar por sí mismo si todavía seguían allí o ya se habían marchado de la oficina. Aquélla iba a ser una de las noches más largas e incómodas de toda su vida, de eso estaba seguro.

CAPÍTULO 19

READMISIÓN

La mañana se había levantado algo más fría y sombría de lo que cabría esperar. Erika, que estaba eufórica tras la llamada de Espen, abrió la ventana de su habitación de par en par como si el sol, que a duras penas había hecho acto de presencia, fuese a entrar por ella a raudales, fundiéndolo todo y tiñendo las paredes de mil colores. Aunque la suspensión había sido sensiblemente más corta de lo esperado, a ella se le había hecho eterna. Era demasiado activa para estar parada sin trabajar. Canturreando por la casa, recogió todas sus cosas y, con fuerzas renovadas, se dispuso a salir camino a la oficina. Aquél iba a ser sin duda alguna un gran día.

En cuanto entró en la comisaría, y sin darle tiempo siquiera a saludar a sus compañeros, Espen le hizo una señal desde el fondo para que fuera a su despacho. Erika, que estaba convencida de que iba a recuperar su puesto, se acercó a él con una de sus mejores sonrisas. Desde su mesa, Lars, algo más desconfiado que la inspectora, observaba la escena con cautela, sin terminar de creerse que el comisario hubiese dado por terminada la suspensión. Conociendo lo estricto y poco razonable que podía llegar a ser, algo no terminaba de cuadrarle. A los pocos minutos de la reunión, y para sorpresa de todos los presentes en la sala común, Erika, que estaba sentada frente a Espen y escuchaba sus palabras atentamente, dio un golpe sobre la mesa del comisario y se incorporó, furibunda. Todos se quedaron mirando estupefactos a la pecera del jefe. Los gritos podían oírse desde fuera, aunque, para decepción de algunos, los términos de la discusión no se entendían demasiado. Era obvio que Erika no parecía estar muy contenta con lo que fuese que Espen le hubiera propuesto. Enfurecida, salió del despacho dando un fuerte portazo, hasta el punto que hizo añicos el cristal de la puerta, dejando a todo el departamento con la boca abierta. Lars, preocupado por su compañera, se levantó de su asiento y, sin dudarle un instante, aun a riesgo de la posterior bronca por parte de Espen, la siguió al exterior. Si Erika había reaccionado de aquel modo, el comisario debía de haberla llevado al extremo.

—¡Erika, espera! —gritó, mientras caminaba a grandes zancadas tras ella.

Su compañera, que seguía caminando calle abajo sin siquiera volverse para mirarlo, parecía no querer oírle. Sus pasos, firmes y acelerados, partían el asfalto en dos.

—¡Erika, joder! Espera y cuéntame qué ha pasado —exclamó Lars, dándole caza y agarrándola a la carrera del hombro derecho—. ¡Que soy yo!

Erika se detuvo en seco y resopló con fuerza, como si de un toro de lidia se tratase. Su rostro encendido era el claro reflejo de su alterado estado de ánimo. Cerró los ojos unos segundos, como tratando de recuperar el aliento y algo de cordura, y aún con rabia desmedida gritó:

—¡Es un hijo de la gran...! Sólo quería humillarme, sólo eso... —acertó a decir.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Hurto y robos menores. Eso es a lo que quiere que me dedique. ¿Crees que llevo todos estos años luchando por hacerme un hueco en homicidios, para que llegue este cabrón y me degrade de esa forma? ¿Acaso merezco eso?

Lars bajó la mirada y suspiró. Era de esperar que Espen no diera marcha atrás; al menos él se lo temía desde el principio.

—No, no te lo mereces, pero no puedes permitir que te saque de tus casillas de esa forma.

—Lo sé, pero ese cabronazo ha conseguido joderme bien jodida —replicó ella, disgustada.

—Eso es lo que a él le gustaría —respondió Lars con sarcasmo, tratando de arrancarle una sonrisa a su compañera.

Erika lo miró con los ojos abiertos de par en par, pero de pronto pareció entender la broma y todo su cuerpo se relajó como si le hubieran extraído toda la rabia de golpe.

—Gracias —dijo esbozando una leve sonrisa.

—¿Por?

—Por estar siempre ahí y hacerme la vida más fácil.

—No más fácil de lo que tú nos la haces a los demás, Erika. A veces creo que no eres consciente de lo mucho que luchas por todos.

—¿Por qué tiene que ser siempre todo tan complicado?

—Porque, si no lo fuera, la gente como tú se aburriría.

Erika no pudo evitar soltar una pequeña risotada. Lars la miró y la cogió de las manos.

—Respira, ¿me oyes? Respira y piensa un poco.

Ambos se fundieron en un abrazo, quizás el único que se habían dado en todo el tiempo que llevaban trabajando juntos.

—No dejes que pueda contigo, no lo merece. Si ésta es la forma provisional que tienes de regresar al cuerpo, pues bienvenida sea. Peor que estar en casa mirando al techo no puede ser —dijo, tratando de animarla.

—Tienes razón...

—Por cierto, supongo que sabes que te has cargado el cristal de la puerta de Espen, ¿no? —añadió Lars con expresión jocosa—. Tendrías que haber visto su cara. Era todo un poema.

—Era preferible cargarse el cristal que darle un puñetazo, ¿no crees? —respondió Erika entre risas.

—Visto de este modo... ¿Te apetece una cerveza? Eso sí, sin alcohol —propuso Lars, consciente de que a aquella hora todavía estaban de servicio.

—Me iría bien, la verdad.

—Pues vamos.

* * *

Debían de ser cerca de las once de la noche, cuando Miguel decidió salir del baño y asomarse a la oficina para comprobar si los agentes se habían marchado ya. Después de tantas horas allí, se sentía anquilosado. Con suma prudencia, abrió ligeramente la puerta de los aseos y asomó la cabeza como si de un avestruz se tratase. La planta parecía estar en silencio. Poco a poco, avanzó casi de puntillas y con todos los sentidos alerta por el pasillo que conducía a su despacho, como lo haría un felino que está a punto de lanzarse al cuello de su presa. Aparentemente, allí no quedaba nadie, pero Miguel recorrió la planta entera para asegurarse. Cansado, casi exhausto, miró con anhelo la silla reclinable de su despacho, incluso la mesa de la sala de reuniones le parecía atractiva en aquel momento. Nunca una mera silla de despacho le había parecido tan sensual y apetecible. «Si al menos pudiese tumbarse en ella y dar una cabezada...», pensó. Pero el riesgo de que alguien pudiera sorprenderlo allí no le permitía hacerse concesiones. Además, no podía olvidar que el vigilante nocturno haría su ronda. Resignado, puso la alarma del móvil una hora antes de la hora habitual de entrada, por si a alguien se le ocurría madrugar, y volvió hacia los aseos con cara de pocos amigos. Sentado de nuevo sobre aquel frío e incómodo retrete, Miguel trató de apoyar al menos la cabeza contra la pared trasera, aun a riesgo de que, a la mañana siguiente, no pudiese ni girar el cuello por la tortícolis.

Eran las siete de la mañana cuando sonó la alarma del teléfono móvil. Apenas había conseguido pegar ojo, y entre el sueño, el dolor de cuello y el de espalda, Miguel hubiese pagado para que alguien le diese un buen masaje. Medio sonámbulo y con el cuerpo entumecido, se acercó al lavabo y se mojó la cara, intentando despejarse. Esperaría unos minutos a que hubiese un poco de movimiento en la planta, y saldría del baño como si nada. Necesitaba que la gente le viese a primera hora: simularía que acababa de llegar a la oficina, se quedaría un rato en su despacho, y luego diría que tenía que ir a hacer la maldita prueba de ADN.

Cerca de las ocho, Miguel, que ya no sabía qué hacer encerrado entre aquellas cuatro paredes, decidió salir del baño. Estaba seguro de que Edith ya estaría en su mesa. Antes de abrir la puerta, se olió disimuladamente los sobacos, temiendo que, tras aquella noche allí encerrado, pudiese oler a tigre en celo. Por fortuna, su olor corporal era todavía aceptable. Se mojó un poco más el pelo, tratando de simular el

toque de gomina que muchas mañanas alzaba su flequillo, y salió. Rodeó el baño astutamente, hasta salir por el lado contrario al de su despacho para que pareciera que venía de la calle. Sólo entonces se acercó a su secretaria y la saludó como lo hubiese hecho cualquier otra mañana después de estar unos días fuera.

—Buenos días, Edith. ¿Qué tal todo por aquí estos días?

—Buenos días, señor Torres. Pues bastante tranquilo. ¿Y qué tal fue todo... en Noruega? ¿Se encuentra bien?

—Bien, dentro de lo que cabe, estoy bien.

—Debió de ser muy duro. No sé qué haría yo si me pasase algo parecido con alguno de mis hijos...

—Lo fue.

—Lo siento tanto... Si puedo hacer algo por usted...

—Te lo agradezco, Edith. Por cierto, en diez minutos he de ir a hacer unas pruebas de ADN que me pide la policía. Lo digo por si Leo pregunta por mí y ya me he ido. En cuanto termine con ello, vuelvo a la oficina.

—Claro, señor Torres. No se preocupe que yo se lo digo.

—Gracias —contestó él, antes de entrar en su despacho y sentarse en su silla como si fuera el trono más cómodo del mundo.

Poco después, encendió el ordenador y se puso a redactar un breve informe, de modo que pareciese que, antes de irse, había empezado a ponerse al día.

Apenas un cuarto de hora más tarde, Miguel ya estaba saliendo por la puerta del vestíbulo camino de su casa. Una vez allí, eliminaría cualquier prueba que pudiera incriminarlo y luego se acercaría al laboratorio en el que le habían dicho que debía hacerse la maldita prueba. Sabía que la policía no tardaría en presentarse en su casa para llevar a cabo un exhaustivo registro; si no lo hacían hoy, lo harían mañana, así que debía resolver esa cuestión lo antes posible. Entre la prueba de ADN, los registros en la oficina, la mafia acechándolo continuamente y la investigación policial del asesinato, Miguel sintió que tenía demasiados frentes abiertos, y eso era muy peligroso. Tenía la sensación de estar haciendo de funambulista en un circo de cuatro pistas y sin red.

Llegó a su casa en poco más de veinte minutos, y se fue directo a su portátil. Sin ni siquiera leer en profundidad los documentos, copió todo lo que tenía alguna relación con sus negocios en un pen y lo fue borrando del disco duro de su ordenador. Luego revisó a conciencia todas las carpetas donde solía guardar documentos en papel; aunque estaba casi seguro de no haber archivado nada relacionado con sus «socios», prefirió no dejar ningún cabo suelto. Cualquier precaución era pequeña en un caso así. Ya más tranquilo, guardó el *pen* en su bolsillo y salió de casa camino al laboratorio. Era importante guardar pruebas de todo; nunca sabías si podías llegar a necesitarlas más adelante. Ahora, ya sólo le quedaba pasar por la segunda parte de aquella especie de tragedia griega. ¿Y si el hijo que esperaba Cristina era de Eduardo? ¿Cómo iba a lidiar día tras día con el hecho de haber ordenado su

asesinato? Puestos a elegir, casi prefería no saberlo, pero ésa no era una alternativa posible.

* * *

Aquella mañana no le hizo falta el despertador. Los nervios que la consumían por dentro apenas le dejaron conciliar el sueño, y Erika se despertó antes de la hora con una extraña mezcla de sensaciones. Por una parte, volver a la comisaría era algo positivo, pero por otra la vergüenza de hacerlo en aquellas condiciones la tenía contrariada. Mientras el agua se deslizaba cálidamente por su cuerpo, Erika se acordó de su primer día en la comisaría. Recordaba perfectamente esa confusa mezcla de ilusión y nerviosismo. Aquella noche tampoco había pegado ojo, aunque los motivos fuesen muy distintos. Lo suyo era vocacional, había querido ser poli desde niña, pero, como todos los buenos polis, a veces era poco respetuosa con las normas y el reglamento. Ella creía firmemente que, en ocasiones, la urgencia y la trascendencia de una investigación debían estar por encima de las normas. No era la primera vez que se llevaba una reprimenda por ese motivo, pero esta última había sido con creces la peor. Había tensado tantas veces la cuerda con Espen que posiblemente había llegado a romperla.

Subió a su coche y puso la radio, intentando distraerse y no pensar en ello, pero su cabeza no la dejaba desconectar. Ya podía imaginarse el cachondeo de algunos de los compañeros. Acostumbrada a lidiar con situaciones complicadas y a veces peligrosas, estar llevando casos de hurto parecía casi un insulto a su inteligencia y a sus capacidades. Aparcó el coche cerca de la puerta, como todas las mañanas, pero se quedó allí todavía unos minutos, pensativa, tratando de asimilar aquella absurda e irritante situación. En cuanto entró, se fue directa a su mesa sin saludar a nadie, ni tan siquiera a su compañero. No tenía ganas de preguntas, y menos aún de dar demasiadas explicaciones. Lars, que sabía lo mal que lo estaría pasando, se acercó a verla enseguida.

—¿Cómo van esos ánimos?

—Mal, para qué engañarnos...

—Trata de tomártelo con filosofía. No creo que Espen te tenga mucho tiempo así, te necesita en homicidios, y él lo sabe. Ya lo conoces...

—En estos momentos preferiría no haberlo conocido nunca —replicó Erika.

En aquel preciso instante, el comisario se acercó también a su mesa.

—Imagino que no estaréis hablando del caso Torres, ¿no? —preguntó con ironía—. Sabéis perfectamente que no podéis...

—No se preocupe, comisario —lo interrumpió Erika—. Lars es uno de sus mejores agentes, y jamás incumpliría el reglamento.

Espen sonrió lacónicamente.

—Venía a entregarte un par de carpetas pendientes. Un caso de sustracción de un vehículo de alta gama, y un robo a una vivienda.

—Apasionante, no sé cómo he podido vivir sin esto —respondió Erika en tono desafiante.

Lars, que no quería que el comisario se encabronara todavía más con ella, le dio una patada por debajo de la mesa. Aquello sorprendió a Erika, que lo miró con desaprobación.

—Os dejo a lo vuestro —dijo Espen, dándose la vuelta con una media sonrisa que dejaba intuir que se había dado cuenta de la patada—. Por cierto —añadió—, la cristalera la descontaré de su sueldo, inspectora Vinter.

Erika lo miró con rabia contenida, mordiéndose los labios para no soltarle algún taco. Lars puso la mano sobre las carpetas que acababa de dejar el comisario, tratando de apaciguarla.

—Tienes que centrarte en tus nuevas tareas, olvídate de él.

—Lo hace para provocarme... —masculló ella.

—Y tú entras al trapo —repuso Lars con una sonrisa—. Te mantendré informada, no te preocupes. Voy a llamar ahora mismo a tu contacto de la Interpol. Tal vez haya dado con algo.

El inspector se dirigió a su mesa, y Erika se quedó mirando las tarjetas con verdadera desidia. ¿Cómo iba a dedicarse a aquello sin morirse de aburrimiento? Le parecía tan injusta aquella medida.

CAPÍTULO 20

NADA ES LO QUE PARECE

Erika revisó ambas carpetas tratando de no desmotivarse. Ahora aquél era su trabajo, y debía hacerlo lo mejor posible, pensó. Quizá siendo eficiente conseguiría que Espen la reincorporarse a su puesto de inspectora de homicidios en poco tiempo. En la primera carpeta, encontró el informe de un robo en una casa que había sido desvalijada durante las vacaciones de su propietario, y en la segunda todos los datos de la sustracción de un coche de alta gama en un bar de carretera. Ambos casos le parecían igual de deprimentes, pero se esforzó en leer los informes y tomárselo con un toque de humor. Era mejor así.

Tras revisar concienzudamente ambos casos, decidió empezar por el del coche. Si no actuaba con celeridad, un vehículo como aquél sin duda sería sacado del país o desguazado; la casa, en cambio, no iba a moverse de su sitio, y ya se habían recogido las posibles huellas. Con más desgana que otra cosa, decidió desplazarse al lugar de los hechos para tratar de recabar información sobre lo ocurrido, no sin antes telefonar al propietario del vehículo para pedirle que se acercase también al bar en cuyo aparcamiento se había producido el robo. Aquello iba a ser probablemente una pérdida de tiempo, pero ella no sabía trabajar de otra forma. Había que ir paso por paso.

Llegó a aquel destartado bar con estética de los años sesenta casi a la hora de comer, y se sentó en la barra a hacer tiempo hasta que llegase el propietario del coche sustraído. Aquella barra metálica, los taburetes rojos y la decoración del local la transportaban a otra época y, mientras esperaba, aprovechó para pedir un refresco. Aún faltaban algo más de quince minutos para que llegase el propietario, de modo que decidió aprovechar el tiempo y tantear a la camarera, para ver qué sabía de lo ocurrido.

—La verdad es que yo no vi nada. Estaba de espaldas, preparando unos cafés, cuando oí a aquel hombre gritar desesperado.

—¿Quién más estaba aquí aquel día? —preguntó Erika sin demasiadas esperanzas.

—Rose, la encargada, que estaba en la cocina, y Jimmy. Creo que Jimmy sí que vio a la mujer.

—¿La mujer?

—Sí, por lo visto fue una mujer la que robó el coche...

—¿Y Jimmy está hoy por aquí?

—Sí, claro. Espere un segundo, voy a buscarlo —dijo mientras entraba en una pequeña cocina.

Jimmy apareció poco después y se acercó a la barra. Era un hombre poco agraciado, menudo, enclenque y barbilampiño, de aspecto muy poco saludable y piel blanquecina. Parecía estar más en el mundo de los muertos que en el de los vivos. Erika no pudo evitar sentir lástima por aquel tipo, y él pareció darse cuenta.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo tartamudeando.

Era evidente que la naturaleza se había cebado con aquel hombre, pensó Erika.

—Verá, soy la inspectora Vinter, y estoy investigando el robo del todoterreno del otro día.

—Aaaah, sí-sí, claro, entiendo. ¿Y en qué puedo ayudarla?

—Dice su compañera que usted vio a la presunta ladrona mientras sustraía el vehículo. ¿Es eso cierto?

—Sí-sí, la vi perfectamente. De hecho, estaba mirando hacia el aparcamiento cuando aquella mujer de mediana altura y cabellos castaños apareció y forzó la puerta del coche... Bu-bueno, de hecho, en ese momento no pensé que estuviera «forzándola». Tardó apenas unos segundos en hacerle un puente, y luego se lo llevó como si nada. Me fijé en ella porque era una mujer bastante guapa, y, bu-bueno, ya sabe..., uno tiene ojos para algo —añadió con algo parecido a una sonrisa.

—¿Y no hizo nada por evitarlo?

—Bu-bueno, es que al principio pensé que era suyo... Pero al ver la reacción del hombre que estaba sentado en la mesa del fondo cuando se dio cuenta de que se iba con su coche, me di cuenta de lo que pasaba.

En aquel momento, el propietario del automóvil entró en el local.

—Mire, ése es el señor al que le robaron el co-coche —dijo Jimmy, señalando al hombre de mediana edad que se aproximaba hacia ella.

—Sí, lo sé, le estaba esperando. Gracias por la información, Jimmy, ha sido de gran ayuda.

Erika saludó al propietario, que había llegado ya hasta ellos.

—Hola, soy la inspectora Vinter. Encantada —dijo estrechándole la mano con decisión.

—Hola. Ebbe Toov, un placer. ¿Saben algo del vehículo?

—No, acabo de coger el caso, y estoy tratando de hablar con los testigos para situarme.

—Perfecto. ¿Y en qué puedo ayudarla?

—Estaba hablando con el camarero sobre la mujer que le robó el coche. ¿La vio usted?

—La vi ya dentro del coche y, aunque corrí detrás de ella y casi conseguí ponerme en paralelo por unos instantes, no sé si podría identificarla. Pero el camarero la vio bastante bien.

Erika se quedó pensativa. Quizá valía la pena hacer un retrato robot. Evidentemente, no era algo que soliera hacerse en un caso de hurto y sustracción de automóvil, pero, ya que le tocaba meterse en esas cosas, al menos iba a divertirse lo máximo posible.

—¿Cree usted que sería capaz de describir a esa mujer como para hacer un retrato robot? —preguntó mirando a Jimmy.

—No lo sé... Pu-puedo intentarlo.

—Venga mañana por la mañana a comisaría, y veremos qué sale, ¿le parece?

—De acuerdo, pero dígaselo a mi jefa; no quiero tener problemas por llegar tarde.

—No se preocupe, así lo haré.

La inspectora se volvió hacia el propietario una vez más y le tendió la mano:

—Le agradezco mucho que haya venido, señor Toov. En cuanto sepamos algo, le llamaremos.

—Gracias a ustedes, veo que se lo están tomando en serio —contestó el hombre, estrechándole la mano con fuerza.

Erika miró el reloj, y pensó que lo más inteligente era aprovechar y comer allí mismo antes de regresar a comisaría. Se sentó en uno de los taburetes de la barra y hojeó la carta sin esperar nada del otro mundo. Aquel bar no tenía pinta de tener precisamente una estrella Michelin. Tras ver lo que había, optó por no arriesgar demasiado y recurrir al menú. Mientras esperaba que le sirviesen la comida, no podía dejar de pensar que difícilmente darían con la ladrona, aunque haría todo lo que estuviese en su mano para que eso no fuera así. En ese campo de investigación había más robos sin resolver que resueltos, en especial con los coches de alta gama, y tampoco es que el caso la apasionase precisamente, pero ella no sabía trabajar de otro modo.

Tras tomarse una insípida ensalada y unos filetes de pescado de lo menos apetecibles, Erika pidió la cuenta, habló con la encargada para comunicarle que había citado a Jimmy para lo del retrato robot, y se dispuso a salir del local. Se subió a su coche con la intención de ir directa a comisaría, pero antes de arrancar pensó que no estaría mal llamar a Lars para preguntarle si había novedades. Era mejor hablar con él por teléfono, así Espen no los vería intercambiar información.

—¿Alguna novedad en el frente?

—De momento, no demasiadas, pero seguimos revisando datos. ¿Y tú qué tal lo llevas?

—Pues acabo de salir del bar donde se sustrajo el coche, y estoy que no quepo en mí de la emoción.

Lars soltó una carcajada.

—¡Ya lo imagino!

—En un rato estoy ahí, tal vez Espen tenga algún caso de extravío de un gato que quiera pasarme cuanto antes.

—Me encanta que te lo tomes con humor. Veo que vuelves a ser la misma de siempre —dijo Lars, tratando de animarla.

—Eso intento.

* * *

Miguel entró en el centro médico con cara de pocos amigos. Seguía sin entender que pudiesen obligarlo a hacerse una prueba así; le parecía un abuso y casi un acoso a su intimidad. Se acercó al mostrador, donde una mujer no muy agraciada, de mediana edad, despachaba con displicencia a los pacientes que esperaban su turno. Hastiado por la cola, empezó a mirar su correo en el móvil. Tras unos minutos, la mujer le atendió y le dijo que esperara en una sala. Miguel odiaba hacer cola, pero aún odiaba más los hospitales y las salas de espera de los centros sanitarios, que le parecían un foco de virus e infecciones. Un lugar inmundo, aburrido y lleno de enfermos. Siempre había pensado que los pacientes deberían llevar mascarillas para no propagar sus enfermedades al resto del personal. Por suerte, a los pocos minutos de estar ahí, una enfermera le llamó y le indicó que entrase en la consulta del final del pasillo. Dentro, un sillón reclinable de color blanco, parecido a los que usaban los dentistas, una mesa con algunos utensilios médicos y un ordenador, esperaban a que una enfermera o un doctor le atendiesen. Ir al dentista era, si cabe, peor que estar allí esperando que le hiciesen pruebas. De todos los médicos, el dentista era posiblemente el más desagradable. Mientras esperaba, trató de relajarse, pero no lo consiguió. Tenía la sensación de que su alterado organismo reaccionaba de forma negativa ante aquella maldita prueba. Incluso le parecía notar un singular escalofrío, que recorría su tubo digestivo de arriba abajo como si fuera una serpiente. Todo su cuerpo estaba en tensión, y no era de extrañar, dadas las circunstancias. Más allá de la desagradable situación en la que se veía inmerso, tenía una seria aversión a las pruebas médicas y a los centros hospitalarios. El olor de aquellas decoloradas paredes, el deprimente aspecto de aquellos instrumentos, los médicos y las enfermeras, hacían que todo su cuerpo se pusiese en alerta.

Al cabo de una más que agónica espera, apareció una enfermera que, sin siquiera saludarlo, le pidió que se sentase y se levantase la manga para extraerle sangre. «¿Acaso el ADN no se extrae sólo de la saliva?», estuvo a punto de replicar. Sin embargo, pensó que lo mejor sería no decir nada y terminar cuanto antes. Había algo que todavía lo incomodaba más que aquella maldita prueba, y era la posibilidad de hacer el ridículo soltando una pregunta estúpida y a destiempo. Miró la jeringuilla con seria aversión, y luego apartó la mirada prudentemente, para no ver cómo se introducía en sus venas. Siempre que le extraían sangre recordaba el ridículo que había hecho cuando, de joven, quiso hacerse el valiente en la universidad, donando

sangre delante de una de sus compañeras. Cuando vio el líquido rojo brotar de su cuerpo, perdió de inmediato el conocimiento.

Tras la extracción, apareció una segunda mujer con bata blanca; en esta ocasión parecía una doctora, aunque, igual que la otra, ni siquiera lo saludó. Le pidió que abriera la boca, le metió un palito debajo de la lengua, en busca de sus secreciones bucales, y luego se limitó a devolver el palito a un pequeño tubo. Miguel se sintió muy incómodo, como utilizado, como si fuese un simple número; ¿acaso era un mero ratón de laboratorio? Un tanto molesto, decidió finalmente correr el riesgo y preguntar a la doctora sobre la necesidad de la extracción de sangre en aquel tipo de pruebas. La mujer, que no parecía tener un buen día, lo miró de reojo, pareció hacer un gran esfuerzo, y se dignó a responder:

—Son pruebas complementarias. Así seguro que no tiene que volver —dijo en tono cortante y con cara agria.

—Ya veo. ¿Y cuándo estarán los resultados? —preguntó de nuevo Miguel, que no estaba dispuesto a amedrentarse.

—En estos casos, no suelen tardar mucho —contestó la doctora sin más.

Ni siquiera se molestó en decirle si debía recogerlos él o, por el contrario, los enviarían a la comisaría que los había solicitado. Miguel saltó de la camilla, dispuesto a salir de allí cuanto antes, y, ya en la puerta, la miró con rabia. ¿Por qué había tantos médicos con tan poca empatía y delicadeza en el trato? No podía evitar preguntarse por qué aquellas personas rancias y desagradables habían escogido un trabajo como aquél. Respiró hondo, tratando de que su tono fuera lo más neutro posible, y volvió a preguntar.

—Perdone, pero... ¿hay que recoger las pruebas, o las envían ustedes a la policía?

—El laboratorio las envía directamente a comisaría —dijo la doctora casi sin mirarlo y saliendo con gesto de fastidio de la sala.

Parecía que aquella insistencia la había molestado más aún. Miguel se dio por vencido y, harto de estar allí, recogió su chaqueta con celeridad y se dirigió al vestíbulo. Al salir del centro, vio que el sol ya había ascendido notablemente y castigaba con fuerza las copas de los árboles de la calle. Mientras caminaba hacia su coche, lo invadió una extraña y perturbadora sensación de vacío que le revolvió las entrañas. ¿Y si aquel feto era en realidad su nieto? Pensar en aquella posibilidad lo aterraba. ¿Cómo podría vivir con aquella terrible carga sobre su cabeza si realmente era así?

* * *

Erika llegó a la oficina sobre las tres del mediodía. Todavía estaba enojada con Espen, pero no iba a darle el gusto de que se lo notase. Se sentó en su mesa sin llamar la atención, y llamó al técnico que solía hacer los retratos robot para que estuviera

disponible al día siguiente. Sabía de sobra que, cuando se enterara, a Espen no iba a gustarle nada aquel gasto, que a todas luces le parecería excesivo para la investigación de una simple sustracción de vehículo. Y eso era precisamente lo que le gustaba a Erika. Aunque sabía que aquella guerra no la iba a llevar a buen puerto, al menos se divertiría provocando al comisario.

CAPÍTULO 21

CAUSALIDAD

Debían de ser las ocho y media de la mañana cuando el retratista llegó a la comisaría, con su carpeta de dibujo bajo el brazo. Aunque la mayoría de retratistas ya lo solían hacer todo por ordenador, a Erika le gustaba trabajar con el viejo Emil; si no fuese por ella, aquel hombre se moriría de hambre. Por suerte para Erika, Espen no solía llegar antes de las nueve. Lars, que la miraba con curiosidad desde el otro lado de la sala, decidió acercarse.

—¿Vas a hacer un retrato robot? —preguntó sorprendido.

—Sí, claro. ¿Acaso crees que le he hecho venir para hacerme un retrato? —respondió ella con ironía.

—Pero ¿de quién?

—Pues de la mujer que sustrajo el coche en el bar de la carretera. Tengo un testigo que cree recordarla bastante bien.

—¿Un retrato robot para el robo de un vehículo? ¿Te has vuelto loca o qué? —exclamó Lars—. ¿Es que quieres terminar dirigiendo el tráfico?

—Sé que no es algo muy habitual, pero ¿por qué no?

—¿Porque cuesta dinero y Espen no lo va a aprobar?

—¡Que le den por culo a Espen! —gritó ella, alzando la voz más de lo necesario y haciendo que varios compañeros la mirasen.

Viendo que su compañera no iba a amedrentarse, Lars levantó la mano como pidiendo una tregua y retrocedió hasta su sitio. Aquellas situaciones lo incomodaban mucho.

Poco después, Jimmy apareció por la puerta preguntando por la inspectora Vinter. Erika, consciente de que Espen podría llegar en cualquier momento, encerró al retratista y a Jimmy en una de las salas. Para cuando el comisario se enterase, el retrato estaría seguramente terminado. La verdad es que tampoco esperaba demasiado de aquello, pero al menos se divertiría un rato viendo a su jefe cabreado. Jimmy, que estaba emocionado con la idea de ayudar a resolver un caso policial, se sentó al lado del dibujante y comenzó a describir a la mujer.

—¿La cara así de ancha? ¿Y la barbilla? —preguntó el experto, intentando afinar al máximo con los trazos.

Erika observaba la escena con atención. La facilidad con que Daniel plasmaba sobre el papel todo tipo de rasgos le parecía fascinante. Ella era incapaz de dibujar

nada coherente. Ésa era una de aquellas cualidades que le hubiese encantado tener, pero el destino no la había llevado por el camino del arte, precisamente. Luego, cansada de estar de pie, se sentó en el otro extremo de la mesa y se puso a responder algunos mensajes que tenía pendientes. Poco después, alguien llamó a la puerta. Erika se levantó, temiendo que fuese Espen, pero era Lars.

—El comisario acaba de llegar. Te aconsejo que vayas terminando si quieres evitar una buena bronca.

—Tarde o temprano se va a enterar, ¿no crees?

—De eso no tengo ninguna duda, pero ellos no tienen por qué aguantar el rapapolvo —dijo Lars, señalando al retratista y a Jimmy.

—Tienes razón, pero creo que ya casi está terminado...

Lars se acercó al dibujante y observó con detenimiento el retrato robot. De pronto, Lars frunció el ceño. Luego miró a Erika con gesto de sorpresa.

—¿Qué ocurre? ¿Has visto un fantasma? —preguntó ella con sorna.

—¡Dios mío! Mira ese retrato, es, es...

Erika se volvió a mirar aquella cara con atención. Sus ojos y su boca se abrieron de par en par. Aquello no era posible, no tenía sentido alguno y, sin embargo, no había duda alguna; aquél era el rostro de Sandra Cuevas. Ambos se miraron desconcertados.

—¿Cuándo se produjo el robo? —preguntó su compañero.

Nerviosa, Erika, que no se acordaba de ese detalle, salió a toda prisa de la sala en busca del informe. Lars la seguía de cerca, y Espen, que estaba en su despacho, los miró con curiosidad.

—El domingo trece de junio, el mismo día que terminan las entradas en el diario que encontramos.

—¿Qué explicación le das a esto?

—Si te soy sincera, no sé qué pensar. El bar está relativamente cerca del lugar donde Sandra estuvo retenida...

—¿Quieres decir que es posible que Sandra lograra escapar y que, asustada, optara por huir y robara un vehículo? —preguntó Lars.

—No, no lo veo claro. ¿No hubiese sido más fácil entrar en el bar y pedir ayuda?

—Seguramente.

—Llegados a este punto, la lógica nos dice que el secuestro no fue real. Que Sandra Cuevas ha estado jugando con nosotros por algún motivo que, por el momento, no alcanzo a entender —razonó Erika.

—Pero, si no ha estado secuestrada, ¿para qué robar un coche?

—No lo sé, la verdad. Está claro que esto cambia las cosas...

—¿Crees posible que ella y Cristina estuvieran de acuerdo? —preguntó Lars, que no dejaba de barajar posibilidades en su mente.

—¿Y que una hiciera el papel de víctima y la otra de verdugo? No creo que Cristina se prestase a ello.

—No sé... Piensa que, de hecho, Cristina tenía ya muy poco que perder. Enamorada y embarazada de un hombre que pasaba de ella, y que encima le tiraba los tejos a su amiga...

—¿Y qué ganaba Sandra haciendo esto? No, sigo pensando que hay algo que se nos escapa.

Lars miró hacia la pecera de Espen.

—Deberíamos comunicárselo al comisario, ¿no crees?

Erika miró a su compañero sabiendo que tenía razón. Sólo esperaba que el hecho de que hubiera sido ella quien había dado con aquella información fuese suficiente para que le devolviese el caso de Eduardo. Nerviosa, le pidió a Lars que volviera a la sala y la esperara allí. Mientras tanto, ella iría en busca de Espen.

Llamó a la puerta de su despacho como si estuviera llamando a las puertas del mismísimo infierno.

—Dígame, inspectora Vinter. ¿Qué andan tramando Lars y usted? —dijo él con voz grave y poco amigable.

—Verá, comisario, ha ocurrido algo inesperado... Debería venir a verlo.

—¿Inesperado?

—¿Recuerda el caso del robo del coche que me encomendó?

—Sí, claro.

—¿A que no adivina quién fue la ladrona?

El comisario la miró con recelo.

—Acompañeme, se lo ruego —dijo ella, invitándolo a seguirla.

Picado por la curiosidad, Espen la acompañó hasta la sala de interrogatorios, donde Lars estaba esperándolos. El inspector le mostró el retrato robot como si fuera *La Gioconda*:

—Comisario, le presentamos a Sandra Cuevas.

Espen miró a ambos agentes con estupor, luego miró al testigo y al retratista, y de nuevo a los inspectores, sin saber qué responder. Por una parte, estaba claro que se merecían que los felicitara, pero por otra sabía que Erika había vuelto a saltarse las normas al pedir un retrato robot para un caso menor sin su consentimiento. Tras unos instantes de vacilación, finalmente reaccionó como era de esperar:

—Vaya... Buen trabajo, la felicito, inspectora Vinter. Esto nos lleva a afirmar que Sandra Cuevas está viva...

—Y no sólo nos dice que está viva, comisario, sino que posiblemente nunca fue secuestrada —dijo Erika, orgullosa del trabajo realizado.

Espen la miró directamente a los ojos.

—Encuéntrenla y sepamos cuál es la verdad de todo este escabroso asunto.

Erika abrió los ojos de par en par, y, sin poder evitarlo, le dio un fuerte abrazo. Aquello significaba que volvía a homicidios.

—Y no vuelvan a fallarme, ¿entendido? Se lo advierto a ambos —añadió el comisario, sin poder evitar que una sonrisa iluminara su rostro mientras abandonaba

la sala.

—¡Vuelvo a estar en homicidios! —gritó Erika en cuanto Espen salió.

—Felicidades, sabía que lo conseguirías —le dijo Lars, que no sólo se alegraba por su compañera, sino también por él.

Tanto el retratista como Jimmy los miraban expectantes. No tenían ni idea de qué estaba ocurriendo allí, pero estaba claro que habían participado en algo importante. Lars, que se percató de ello enseguida, se dirigió a Jimmy y le dijo:

—Muchas gracias por su colaboración. Como puede ver, ha sido decisiva. Ya puede irse.

Erika, mientras tanto, despidió también al retratista, agradeciéndole su trabajo. Cuando cerró la puerta tras él, Lars se quedó mirando el retrato.

—¿Y ahora qué? ¿Damos un aviso de busca y captura? —preguntó.

—El problema es que han pasado varios días... Ese coche puede estar incluso fuera del país.

—De ser así, habría que extender la búsqueda a Suecia y Finlandia.

—O, siendo pesimistas, incluso hasta Dinamarca.

—También deberíamos averiguar si ha habido movimientos en sus cuentas en los últimos días —propuso Lars—. Los secuestrados no tiran de tarjeta ni van a los cajeros...

—Encárgate de hablar con la Interpol para que lo comprueben. Y ya de paso que bloqueen todas sus cuentas. Sin dinero no iré muy lejos.

* * *

Miguel sabía que no tardarían en llamarlo de la comisaría con los resultados de la prueba, y eso lo tenía angustiado. Seguro que, cuando era la policía la que pedía una prueba como aquélla, no tardaban tanto en enviar el informe forense. Sentado en su despacho, miraba ensimismado cómo los coches se amontonaban en los semáforos de la avenida. Era incapaz de concentrarse en nada; su mente volaba lejos de allí, en busca de soluciones que sabía no iba a encontrar... De pronto, una llamada de María lo sacó de sus pensamientos.

—¡Hola!

—¡Pero si sigues vivo y todo! —dijo María con ironía en cuanto oyó la voz de Miguel.

—Lo siento, he estado muy liado.

—No sé nada de ti desde anteayer, ¿y eso es todo lo que vas a decirme? —le recriminó ella, algo molesta.

—Por teléfono, sí. Ya te lo contaré todo cuando nos veamos. Confía en mí, por favor.

—De acuerdo. ¿Y cuándo vamos a vernos?

—Si quieres te recojo hoy al salir del trabajo. Te invito a cenar, ¿te parece bien?

—¿A qué hora?

—Estoy en tu puerta a las nueve. Te aviso cuando esté al llegar.

—Me parece bien. Nos vemos en un rato, entonces.

—Hasta luego, amor mío.

—Hasta después.

Cuando Miguel colgó el teléfono, no pudo evitar pensar que aquella cita iba a ser un gran error. Su cabeza no estaba para una cena romántica ni nada parecido, pero la experiencia era un grado, y empezaba a conocer a las mujeres lo suficiente como para saber que, si no quedaba con ella esa misma noche y la ponía al día de lo que estaba pasando, corría el riesgo de perderla para siempre. Respiró hondo e intentó relajarse un poco. Le hacía mucha falta. Desde que toda aquella locura había empezado, no había tenido tiempo de desconectar un solo instante. La muerte de su hijo le había hecho recapacitar, y ahora se preguntaba qué había hecho con su vida. Por un segundo, se planteó en qué momento se había olvidado de vivir, de sentir, de ser feliz... Ahora, mirando las cosas en perspectiva, gran parte de su vida le parecía un gran y terrible error...

La vocecilla de su secretaria lo devolvió a la realidad.

—¿Señor Torres? —preguntó la chica, asomando la cabeza desde el otro lado de la puerta.

—Sí, dime, Edith... —acertó a decir Miguel, consciente de que su secretaria debía de llevar un buen rato llamando.

Edith se asomó un poco más y, sin llegar a abrir la puerta del todo, le dijo:

—El inspector Suárez está aquí. Me ha preguntado si podría recibirle —dijo ella, esperando que la autorizase a hacerlo pasar.

—¿Cómo? —respondió sin poder ocultar su desconcierto.

—Que está aquí el inspector Suárez, pregunta por usted...

—Ya, ya... Sí, por supuesto, hazle pasar, por favor.

Al pronunciar aquellas palabras, sintió un fuerte pinchazo en el hombro izquierdo. Era un dolor agudo y muy molesto, probablemente fruto de la tensión.

—Buenas tardes, señor Torres —dijo el inspector, estrechando su mano con fuerza.

—Buenas tardes... ¿A qué debo el honor?

—Acaban de llamarme del laboratorio, ya tenemos el resultado de la prueba de ADN, y he creído oportuno acercarme para comunicárselo.

—¿Cómo, tan... tan pronto? —Miguel tragó saliva, tratando de no enmudecer.

—Sí, ya teníamos el ADN del feto, de modo que sólo hemos tenido que contrastarlo con el suyo.

—¿Y?

—No voy a alargar la agonía. El resultado es positivo. El niño que esperaba Cristina Puig era su nieto.

Miguel parecía estar como ido, con la mirada dispersa, y era incapaz de responder.

—¿Está usted bien, señor Torres? —preguntó el inspector, preocupado al ver que se llevaba la mano al pecho con expresión de dolor—. ¿Señor Torres?

—El pecho... Me duele...

—¡Dios santo! —gritó el inspector que, sin dudarlo, abrió de par en par la puerta del despacho y pidió ayuda—. ¡Llamen a una ambulancia!

Miguel Torres acababa de sufrir un infarto.

CAPÍTULO 22

TODO PUEDE EMPEORAR

La ambulancia no tardó en llegar, y Miguel, que tumbado sobre el frío suelo seguía medio consciente, no dejaba de tocarse el pecho tratando de sobrellevar el agudo dolor que parecía partirle el corazón en dos. Quizás aquel viejo corazón se había hartado de los sobresaltos a los que lo había sometido, pensó mientras el dolor se le hacía cada vez más insoportable. En realidad, pensar en la muerte tampoco le generaba una gran angustia. Salvo María, ya no le quedaba nada ni nadie por quien seguir ahí. Visto lo visto, quizás estaría mejor muerto. De ese modo, igual conseguía descansar en paz de una vez por todas, sin cometer más errores ni hacer más daño a nadie. El camino hasta el hospital se le hizo eterno, y aunque en cuanto lo metieron en la ambulancia le pusieron todo tipo de artefactos, su cuerpo seguía doliéndole como si fuera a morir allí mismo.

Por suerte para María, las últimas llamadas que Miguel había hecho habían sido a su número y, a falta de un familiar cercano a quien avisar, la policía decidió probar suerte con su teléfono. Aquella llamada era la última que podía esperar recibir. Al otro lado, el inspector Suárez la alertaba de lo que le había ocurrido a Miguel, y la invitaba a acercarse al hospital lo antes posible. Sin dudarle un instante, cogió el coche del aparcamiento subterráneo y se dirigió al centro hospitalario. De camino, no podía dejar de pensar que se le hacía bastante extraño haberse convertido en «el familiar más cercano» de Miguel Torres... Aunque, de hecho, tampoco ella tenía ahora a nadie a quien avisar en caso de emergencia. De pronto, la invadió una extraña y penetrante sensación de soledad y vacío que la hizo tambalear. Sin buscarlo ni pretenderlo, ambos se habían convertido en lo único que al otro le quedaba en este maldito mundo.

Nerviosa, entró corriendo en el pequeño vestíbulo de urgencias y preguntó a la enfermera de la recepción por Miguel. Al oír su nombre, un agente que estaba esperándola sentado en un banco salió a su encuentro.

—¿Es usted Marías Cuevas? —preguntó aquel hombre uniformado, acercándose a ella.

—Sí, soy yo.

—Hola, el inspector Suárez me ha pedido que me quede para atenderla. Acompañeme, por favor.

—¿Cómo está Miguel?

—Está en quirófano en este preciso instante. Según el médico, las primeras cuarenta y ocho horas son críticas —le dijo el policía, que había leído con atención el primer parte del cardiólogo.

—¿Podré verle? —preguntó María, ansiosa por saber si la cirugía había tenido éxito.

—Hoy no creo. Estará en cuidados intensivos tras la operación, y no sé cuánto tiempo seguirá inconsciente. Quizá mañana la dejan pasar unos instantes.

María se preguntaba qué había podido provocar aquella catástrofe.

—Y... ¿qué es lo que ha pasado, exactamente?

—Por lo visto, ha sufrido un infarto cuando el inspector Suárez le ha comunicado el resultado de las pruebas de paternidad. Ha sido de pronto, como siempre ocurre en estos casos. Se ha empezado a tocar el pecho diciendo que le dolía, y casi cae desplomado.

—¿Y cuál es el resultado de la prueba de paternidad?

—No creo que esté autorizado a revelarles a usted los resultados de la prueba, aunque, en realidad..., dadas las circunstancias, creo que se lo puede imaginar, ¿no?

María se quedó estupefacta ante aquella respuesta. Perder en cuestión de días a un hijo y a un posible nieto eran dos más que buenas razones para que el corazón de cualquier mortal deseara apearse de aquel despropósito de vida. A veces, resultaba difícil de entender que la vida se cebara de aquella forma con algunas personas. ¿Acaso no había piedad en este mundo? ¿Cómo era posible que una persona como Miguel fuera empujado hasta casi un punto de no retorno, mientras personas que no merecían ni tan siquiera estar en este mundo seguían tan campantes, sin que nunca les pasase nada malo? Aquello le parecía muy injusto. Sin poder evitarlo, sintió que algo en su interior se removía, y un desgarrador sentimiento de compasión y pena recorrió todo su ser. Ver sufrir a la gente que quería se le antojaba incluso peor que sufrir ella misma, se dijo para sus adentros. Nadie merecía pasar por semejante calvario.

Consciente de que le esperaba una larga noche, y tras despedirse del amable policía, María sacó un café de la máquina del fondo del pasillo, y trató de buscar un rincón mínimamente acogedor en aquella enorme, fría e inhóspita sala de espera. Siempre se había preguntado por qué en los hospitales no trataban de dar algo más de calor y humanidad a sus instalaciones. Eran lugares donde la gente lo pasaba mal, lugares en los que necesitaban más que nunca sentirse a gusto y reconfortados, y lo único que encontraban allí eran habitaciones y salas de espera gélidas, despersonalizadas e incómodas.

Miró con muy pocas ganas aquel vaso de agua sucia que la máquina había expulsado, y se sentó en una esquina. Ni tan siquiera había cenado, aunque en aquella situación tampoco hubiese sido capaz de comer nada. Tan sólo esperaba que todo saliese bien por una vez, y que aquello se quedase en un mero susto. Sentada, dio un sorbo a aquel repulsivo e insulso brebaje, que para su desgracia sabía más a agua caliente coloreada que otra cosa. Ojalá no tardase mucho en salir algún médico que le

llevase buenas noticias. No podía ni imaginarse la posibilidad de perder a alguien más... No sería capaz de soportarlo.

* * *

La luz anaranjada y mortecina de la tarde entraba perezosamente por los grandes ventanales de la comisaría, haciendo que Lars apenas pudiera mantenerse despierto. Una cabezada, que casi le hace darse de bruces con la mesa, le advirtió que debía parar ya. Miró el reloj, y vio que eran casi las ocho, de modo que decidió acercarse a Erika para decirle que su cabeza ya no daba más de sí.

—Hoy ya no puedo con mi alma. Creo que llevo demasiados días durmiendo apenas unas horas, estoy reventado... —dijo en un susurro, tratando de que Erika también diera la jornada por terminada.

—Yo también estoy cansada, la verdad. Ha sido un día intenso y lleno de emociones... —coincidió ella, mientras se desperezaba estirando sus brazos como si quisiera tocar el cielo.

—¿Te apetece una copa?

—Si me tomo una, sé que al final serán más y acabaré trasnochando.

—¿Y? Es cuestión de no pasarse demasiado y listos. Además, quiero que vengas a tomarte una copa conmigo. Hace días que no lo haces, y no hay que perder las buenas costumbres... ¿O piensas irte ya a tu casa?

—Si te digo la verdad, eso era exactamente lo que tenía pensado hacer, pero como tampoco tengo a nadie esperándome creo que me irá bien tomar algo. Vamos al Milk Bar, ¿no?

—Por supuesto. Si todavía te queda algo por cerrar, nos vemos ahí en un rato, ¿te parece?

—Recojo todo esto y en diez minutos estoy allí.

—Perfecto —dijo Lars, cogiendo su gabardina.

Erika llegó al Milk poco después y, desde la puerta, vio a su compañero sentado al fondo de la barra. Las mesas estaban todas llenas. Aquel local era ya como una segunda casa; conocían al personal, e incluso a algunos de los clientes. Era agradable tener una guarida donde la gente se sintiese como una pequeña familia. En la calle, el sol, que ya lucía cobrizo, se reflejaba con hermosas pinceladas de rosa escarlata sobre el índigo lienzo del agua de la bahía. El mar estaba tan en calma que casi parecía un lago. Cerca de la terraza del bar, las gaviotas revoloteaban, inquietas, buscando algo apetitoso entre los restos que algunos dejaban en las mesas.

—Al final no ha sido un mal día, ¿no? —preguntó Lars, señalándole el taburete que le había guardado—. Hay que ver cómo pueden cambiar las cosas en cuestión de horas.

—Bueno, teniendo en cuenta que ayer terminé el día tomando declaración a los camareros de un bar de carretera, hoy ha sido un día casi perfecto; increíble, de hecho.

—Ya imagino. Una mañana apasionante e inesperada donde las haya —dijo el inspector con una sonrisa y pidiendo una cerveza para su compañera—. Pero ahora tienes que ir con pies de plomo, sobre todo en todo lo concerniente al reglamento. Otra imprudencia más, y Espen te enviará al archivo.

—Lo sé. Me he prometido a mí misma que voy a cumplir las normas al pie de la letra. A partir de ahora, voy a portarme bien.

—Bueno, tampoco exageres —replicó Lars entre risas—. Eso no se lo cree nadie que te conozca mínimamente. Por cierto, ¿has emitido ya la orden de búsqueda del vehículo y de Sandra?

—Claro, esta tarde a primera hora, aunque no tengo muchas esperanzas, la verdad. Creo que ese coche aparecerá abandonado en cualquier sitio, y difícilmente podremos seguir el rastro de Sandra. Lo peor de todo es que tal vez nunca sepamos qué pasó realmente.

—Ya... Pero estoy seguro de que ya estarás dándole vueltas a alguna hipótesis, ¿me equivoco? —preguntó Lars, intrigado por saber qué pasaba por aquella cabeza.

—Desde luego, pongo muy en duda lo del secuestro. Alguien que escapa de un zulo no se pone a robar un coche en un aparcamiento de un bar; no, pudiendo pedir ayuda. Así que sólo cabe pensar que el secuestro fue una tapadera. Una farsa perfectamente estudiada.

—Eso ya podemos casi darlo por hecho. ¿Pero crees que el asesinato de Eduardo fue cosa de ambas, de Cristina y de Sandra?

—Es muy posible, pero si fue así, Sandra fue más lista que Cristina, y se buscó una coartada que además la convertía en la víctima —Erika lo miró con una sonrisa, consciente de que Lars esperaba más de ella.

—Aun así, ¿qué razón podía tener Sandra para matar a Eduardo?

—Ésa es la pregunta adecuada, Lars. Es la pieza de la historia que nos falta. Está claro que nadie arriesga su vida y su mundo por nada. Tiene que haber una razón más allá del embarazo de Cristina, algo que afectase a Sandra directamente, y que la llevase a cometer ese crimen.

—Está siendo un caso complicado, y con más aristas de las que pensábamos...

—Así es —dijo Erika, sonriendo ahora abiertamente y dando un trago a su cerveza—, pero puedo asegurarte que, sea quien sea el responsable de todo esto, la ha cagado de lleno.

Lars le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque no contaban con nosotros, inspector, no contaban con nosotros.

* * *

Hacia las doce de la noche, Miguel despertó de la anestesia lentamente y con bastantes náuseas, pero en su mente adormecida la noticia de que el hijo que esperaba Cristina era de Eduardo no dejaba de atormentarlo. Era tal la ironía, era tal el desafortunado incidente, que parecía diseñado para hundirle definitivamente y para siempre en lo más hondo de un oscuro pozo.

Nunca en su vida había deseado ver a alguien muerto, y la única vez que lo había hecho —y además ante la improbable oportunidad de que su deseo fuera hecho realidad— había tenido la mala suerte de mandar asesinar a la hija de unos amigos y a su futuro nieto. Vivir con aquello sobre sus espaldas no era algo de lo que se viese capaz, y posiblemente hubiese preferido que lo hubieran dejado morir cuando su corazón decidió decir basta. Ahora, el mero hecho de pensar en seguir con su vida con aquella insoportable carga a sus espaldas le parecía imposible.

Un doctor entró en ese instante en su *box*, y empezó a revisar a conciencia las indicaciones que colgaban en la historia clínica al pie de su cama. Al ver que el paciente ya estaba consciente, se acercó a la cabecera y le preguntó:

—¿Qué tal se encuentra?

—¿La verdad? Pues como si me hubiese pasado por encima un camión de gran tonelaje.

—Normal. Acaba de sufrir un infarto, y ha sido sometido a cirugía. Ha ido todo bien, hemos tenido que ponerle una endoprótesis. Las primeras cuarenta y ocho horas son delicadas.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que va a estar unos días aquí en la UCI, monitorizado. Le vamos a estar controlando con bastante frecuencia.

—Entiendo.

—De momento, esperamos que con la endoprótesis todo se normalice; con un poco de suerte, tal vez no necesitemos hacer un *bypass*, una derivación vascular.

Miguel escuchaba con atención.

—Tiene que descansar y tomárselo con mucha calma. ¿Entendido?

—Sí, claro.

—Ahí fuera, hay alguien que ha estado unas largas horas esperando a saber cómo ha ido la operación. Si todo va bien, mañana la dejaremos entrar unos minutos durante la hora de visitas.

—Muchas gracias, doctor. ¿Podría salir y decirle que todo ha ido bien, y que se vaya a casa a descansar? —respondió él, sabiendo sin lugar a dudas que se trataba de María—. No hay necesidad alguna de que pase aquí toda la noche.

—Ya la hemos informado y se lo hemos dicho, pero insiste en quedarse aquí por si acaso. Digo yo que algo habrá hecho bien para que le quieran tanto —contestó el médico, sonriendo.

—No esté tan seguro de ello, doctor, no esté tan seguro de ello.

Cuando el médico salió del *box*, Miguel se quedó pensativo, con la mirada perdida entre aquellas cortinas. Si María supiera todo lo que había hecho, difícilmente seguiría en la sala de espera preocupándose por él. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y empezaron a deslizarse por sus mejillas como el anuncio de una tormenta imparable. Quizá los médicos habían conseguido salvar su corazón, pero su alma ya no volvería a ser nunca la misma.

CAPÍTULO 23

NUEVOS DATOS

A la mañana siguiente, Erika se levantó con una buena resaca. Tenía la cabeza embotada por el poco sueño y el exceso de alcohol de la noche anterior. Cuando se juntaba con Lars en el Milk, siempre les daban las tantas sin apenas darse cuenta. Además, los excesos le sentaban cada vez peor. Abrió la ventana de la habitación de par en par, tratando de espabilarse un poco, y sin terminar de abrir los ojos fue a tientas hasta la cocina, se sentó junto a la encimera y se preparó una taza de café. Hasta que no tomaba algo de cafeína, su organismo parecía no querer reaccionar. Cogió del armario un par de galletas, tratando de asentar su estómago, que andaba todavía algo revuelto por el exceso de cerveza, y, tras una larga y necesaria ducha de agua templada, se puso lo primero que pilló de su reducido y práctico vestuario y salió camino de la comisaría.

Lars, que tampoco había descansado tanto como hubiera deseado, llegó todavía más tarde que ella. A juzgar por el color de sus calcetines, uno azul y otro verde, era obvio que todavía no estaba del todo despierto.

—¿Se nos han pegado las sábanas? —dijo Erika al verlo llegar con los ojos entrecerrados, como si la luz lo molestara. Luego lo miró de arriba abajo, y, al ver sus calcetines, soltó una carcajada y señaló sus pies—: Vaya, hay que reconocer que eres de lo más original. Como te vea un cazador de tendencias tal vez tome nota.

Lars miró sus calcetines, desconcertado, sin terminar de entender a qué se refería.

—La verdad es que sí. Hoy me ha costado horrores levantarme; con lo bien que se vive de noche... —dijo llevándose la mano a la frente, como tratando de tapar la claridad que entraba por las ventanas—. Y lo de mis calcetines... Bueno, uno de cada color..., será mejor ni comentarlo —añadió con una amplia sonrisa y un gesto de resignación. Sabía perfectamente que aquello iba a ser motivo de burla durante bastantes días.

—Ya te dije que no podíamos juntarnos a tomar copas. Siempre nos pasa igual.

—Supongo que tienes razón, pero no puedo evitarlo, me encanta beber contigo. Reconozco que por la noche no tengo hora, y luego, por la mañana, me quiero morir.

—Si te sirve de consuelo, yo también estoy igual.

—No me sirve, pero gracias.

—Por cierto, en cuanto he cruzado la puerta me han informado de los resultados de las pruebas de paternidad del bebé que esperaba Cristina Puig.

—¿Y? —preguntó Lars con curiosidad.

—Son positivas. De hecho, parece que Miguel Torres ha sufrido un infarto cuando le han dado la noticia.

—¡Pobre hombre!

—Sí, la verdad es que lleva una mala racha. No querría estar en su lugar...

—Sólo falta que acaben descubriendo que también está implicado en el tema del blanqueo de dinero de la mafia. Si no lo mata una cosa, lo hará la otra —comentó Lars.

—Pues no me extrañaría nada que fuese así —apuntó Erika, que desde el primer momento había estado convencida de la implicación de Miguel en el asunto.

* * *

Debían de ser cerca de las diez de la mañana, cuando una enfermera salió de la UCI para avisar a los familiares de que podían pasar a ver a los enfermos. La chica, que a juzgar por su aspecto no debía sobrepasar la treintena, se acercó a María para decirle que podía pasar a ver a Miguel.

—Ha pasado buena noche y parece que está estable. Pase si quiere unos cinco minutos, pero sobre todo no lo altere ni permita que haga esfuerzos. Necesita reposo y mucha tranquilidad.

—Por supuesto, no se preocupe —dijo María, que se moría de ganas de ver a Miguel.

—Es el segundo *box*, entrando a la derecha —le indicó ella.

—Gracias.

María llegó al *box* y lo vio allí tumbado, con el rostro demacrado y la mirada completamente perdida. Parecía mayor de lo que era, como si la vitalidad lo hubiese abandonado por completo. Daba la sensación de que allí sólo quedaba un cuerpo inerte y casi vacío, carente de energía. Aquel hombre apenas se parecía al Miguel combativo y vital que había conocido en Alesund.

—Hola, Miguel —susurró acercándose a él y posando su mano sobre las suyas—. ¿Cómo te encuentras?

—Hola, cielo —respondió él con un hilo de voz—. Pues ya ves, aquí recuperándome.

—Vas a ponerte bien, ya verás. Lo médicos dicen que evolucionas positivamente.

—Eso dicen, sí.

—Sé que lo de Cristina y lo del niño ha sido la gota que ha colmado el vaso, pero no puedes dejar que te hunda. Tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes? Absolutamente de nada.

Aquella frase se le clavó en el pecho como una daga envenenada y, sin poder contener las lágrimas, rompió nuevamente a llorar, como la noche anterior.

—Tú no sabes nada de mí —dijo con la voz rota—. No soy como imaginas.

—¿Que no sé nada? ¿Y qué tengo que saber? Sólo sé que eres una bellísima persona inmersa en un cúmulo de inmerecidas desgracias —replicó María, besándolo con ternura en la mejilla.

—He hecho cosas horribles...

—No me asustes, Miguel.

Él guardó silencio durante unos segundos, como tratando de preservar un poco más la idílica y falsa imagen que aquella hermosa mujer aún tenía de él. Sabía que, en cuanto le dijese la verdad, todo cambiaría para siempre. Pero debía hacerlo... Tenía que hacerlo... Ya no podía seguir así.

—No soy quien crees, ni siquiera merezco que estés aquí.

María lo miró, preocupada, sin poder entender a qué venía aquella extraña frase.

—¿Por qué no ibas a merecerlo?

Miguel cerró los ojos con fuerza, como si haciéndolo pudiese desaparecer de la faz de la tierra. Se sentía emocionalmente agotado, incapaz de seguir ocultando sus secretos. Luego tomó aire y se armó de valor, y, en voz baja, para evitar ser oído por las enfermeras, aún sabiendo que probablemente perdería a María para siempre, respondió:

—¿Recuerdas la mañana en que me oíste hablar por teléfono con «ellos»?

—Sí, claro.

—Te mentí. Acababa de pedirles que encontrasen y matasen al asesino de mi hijo.

—¿Cómo?

—Fue la peor decisión de mi vida.

María enmudeció. Le miraba como sonámbula, incapaz de articular ni una sola palabra. En aquel preciso instante, la joven enfermera entró en el box y comprobó las pulsaciones en el monitor.

—Señora, debería salir ya de la UCI. El paciente necesita descansar y se está alterando —dijo acercándose a la cama.

—Yo no sabía que era Cristina... —añadió Miguel, tratando de hacerla reaccionar—. Te lo juro. ¿Cómo podía siquiera imaginarlo? Sé que no es excusa, pero si lo hubiese sabido...

—Le ruego que salga del box, señora —reiteró la enfermera, preocupada por el estado de Miguel.

María bajó la mirada, abatida, y caminó hacia la salida incapaz de reaccionar o de decir nada. Miguel la miraba con el corazón en un puño, sabiendo que tal vez no volvería a verla nunca más.

* * *

Era casi la una del mediodía, y la comisaría estaba prácticamente desierta. A diferencia del resto de compañeros, Erika no solía salir a comer. Se había habituado a llevarse una fiamblera de casa, con una ensalada o algo liviano, y así no tenía ni que levantarse de la mesa. Salir e ir a un restaurante era una pérdida absurda de tiempo. Lo cierto era que, por lo general, malcomía casi todos los días, porque por las noches se limitaba a picar cualquier cosa que encontrara en la nevera, sin siquiera calentarla en el microondas. Para ella, comer era la última de sus prioridades.

Cuando sus compañeros se iban a comer, Erika aprovechaba aquel rato tranquilo para revisar informes o responder los mensajes que a lo largo de la mañana había dejado aparcados. El sosiego que reinaba en la oficina a aquella hora la ayudaba a pensar con mayor claridad. Sólo alguna llamada inoportuna la interrumpía de vez en cuando. Fue precisamente durante esa hora cuando llegó aquel correo electrónico. Iba dirigido a ella, y procedía de una comisaría al sur de Suecia relativamente cercana a la frontera con Noruega. En el asunto se podía leer: «Urgente: encontrado coche sustraído».

—¡Bien! —exclamó Erika.

Sólo esperaba que el coche no llevase mucho tiempo abandonado, y que aquella información —que a juzgar por el remitente parecía oficial— los ayudase a seguir con el caso y no fuese otra vía muerta. Rápidamente, Erika abrió el correo y lo leyó con mucha atención:

Estimados señores:

Les informamos de que el coche con matrícula de Noruega BD 56984, en busca y captura tras la notificación de la jefatura de Alesund, ha sido hallado esta mañana abandonado en el arcén derecho de la E6, al suroeste del país, a tres kilómetros de la ciudad de Jönköping. El vehículo, que se encuentra en perfecto estado, ha sido confiscado y trasladado al depósito municipal de la localidad. Rogamos procedan a notificarnos qué debemos hacer con él o, en su defecto, a retirarlo.

Atentamente,

*Jules Börg, Comisario en Jefe
Jönköping, Suecia*

Tal como Erika había imaginado, Sandra había abandonado el coche poco después de salir del país, pero por fortuna lo había hecho no demasiado lejos de Noruega. Eso les daba todavía ciertas opciones. De hecho, su foto estaba ya en esos momentos en todas las comisarías de los países colindantes. Con ello podían estar seguros de que Sandra no iba a moverse de Suecia, porque si lo hacía sería detenida en cualquiera de sus fronteras. Ahora sólo tenían que tener un poco de paciencia; sin

apenas dinero, sin poder acceder a sus cuentas bancarias y sin un lugar donde guarecerse, Sandra tendría que salir, tarde o temprano, de su escondrijo. Deseosa de compartir aquella noticia con Lars, le envió un *wasap* comunicándoselo. En cuanto llegase a comisaría, irían a por el coche y rastrearían los alrededores del lugar donde fue encontrado, en busca de pistas o posibles testigos que hubiesen podido ver a Sandra.

CAPÍTULO 24

TRAS LA PISTA DE SANDRA

Cuando recibió el mensaje, Lars estaba disfrutando de una buena comida con sus compañeros en un bar cercano. Sin pensárselo dos veces, dejó el plato a medias y se fue directo a comisaría. Sabía que Erika lo estaría esperando, y la paciencia no era precisamente una de sus virtudes. En cuanto entró en la sala común, Erika salió a su encuentro.

—Pero ¿has comido algo? —preguntó ella al verlo volver tan pronto.

—Bueno, más o menos. Digamos que me ha dado tiempo a saborear el primer plato y a oler el segundo.

Erika sonrió y cogió las llaves del coche oficial que tenía sobre la mesa.

—Bueno, no creo que te mueras de inanición, tienes reservas de sobra. Ya cenarás algo cuando puedas —dijo burlona.

Lars le devolvió la sonrisa.

—¿Adónde vamos?

—A Jönköping, en Suecia.

—¿Y a qué distancia está?

—Algo más de once horas.

—¡Dios! ¿Y no podemos ir en avión?

—No, la combinación es nefasta, así que dormiremos a medio camino.

—¡Cómo adoro esta profesión! —exclamó Lars, que odiaba con todas sus fuerzas los viajes en coche.

Cuando su compañero se sentó en el coche, sin pensarlo dos veces inclinó ligeramente el respaldo del vehículo y adoptó aquella postura relajada que lo invitaba a dormirse. Erika le miró de reojo a través de los cristales tintados de sus gafas de sol, y se alegró de que Lars decidiese desconectar; era preferible eso a tenerlo protestando todo el trayecto. Conectó la radio y puso algo de música suave de fondo.

—Supongo que no te molesta, ¿no? —le preguntó antes de que ya no pudiese ni contestarle.

—No, tranquila, voy bien. Espero que no te importe si echo una cabezada, voy a recuperar el sueño perdido.

—¿Cambiaría algo si me importase?

Lars sonrió y cerró los ojos. A diferencia de él, a Erika le encantaba conducir, y además lo hacía muy bien, de modo que podía dormir tranquilo.

María se sentó de nuevo en aquella desangelada sala de espera, y trató de recomponerse tras la impactante noticia. Había pasado la noche allí, y cada vez estaba más incómoda. Además, el aire acondicionado le helaba las piernas. Aquella sala parecía una nevera.

Pensativa, intentó decidir qué debía hacer con Miguel. Sus sentimientos hacia él eran incuestionables, pero ahora se preguntaba qué precio estaba dispuesta a pagar para salvar esa relación. ¿Cuántos engaños más estaba dispuesta a soportar? Aquello no iba a terminar nunca, pensó. Era evidente que la vinculación de Miguel con la mafia iba a estar ahí para siempre; aunque quisiera, no iba a poder salir. Y lo peor de todo aquello, la consecuencia directa, eran las mentiras. Ya no sabía qué pensar, qué creer y no creer. Recordaba perfectamente el instante en que hablaron de aquella maldita llamada en el hotel, y la seguridad y el aplomo con el que él afirmó que sólo les había pedido saber quién era el asesino de su hijo; nada más. Ahora resultaba que Miguel había sido el instigador del asesinato de Cristina, y de rebote de su propio nieto. No dudaba de que, de saber quién era la asesina, Miguel se lo hubiera pensado dos veces, pero tampoco podía estar segura de que, finalmente, no decidiera seguir adelante con su «ejecución». De hecho, de la principal razón para no hacerlo, su nieto, Miguel no supo nada hasta hace poco...

Si bien era cierto que todas las personas, incluida ella misma, guardaban algún que otro secreto, lo de Miguel era ya demasiado. Seguir con él representaba no saber en qué momento vendrían a detenerlo, a interrogarlo..., o incluso a asesinarlo. Compartir la vida con él iba a ser un continuo sinvivir. Ella no estaba dispuesta a pasar el resto de sus días así. Por otro lado, ahora estaba entre la espada y la pared. ¿Qué iba a hacer con aquella información? Era una cuestión de ética, de integridad. Estaba obligada a denunciarlo. Cuando le prometió a Miguel no desvelar su vínculo con la mafia, no había un asesinato de por medio. Su corazón, todavía enamorado, se negaba a entregarlo, pero su cabeza, a veces demasiado analítica y racional, no lo tenía tan claro.

En aquel momento, vio pasar a un hombre mayor que recorría lentamente el largo pasillo con un gota a gota, apoyándose en su esposa. Por la forma de ayudarlo, de mirarlo, era obvio que no se imaginaba la vida sin él. Aquella imagen tan conmovedora hizo que se diera cuenta de que era eso lo que ella deseaba: alguien con quien compartir, alguien en quien apoyarse, alguien con quien envejecer, y eso no iba a tenerlo nunca al lado de Miguel. Triste, abatida, se levantó y abandonó aquella sala y el hospital para no volver. Allí ya no quedaba nada que le interesase.

Miguel, que había tocado fondo, cerró sus ojos con fuerza, dejando que las lágrimas recorriesen hambrientas su demacrado rostro. Sabía que había hecho lo correcto, pero también que había acabado con todas las opciones de ser feliz junto a

María. ¿Qué más podía perder? ¿Qué más podía salirle mal? Sólo faltaba que lo relacionasen con la trama del blanqueo, cosa bastante probable, y acabar dando con sus viejos huesos en la cárcel. Ya no tenía fuerzas para seguir mintiendo, para seguir ocultándose, para seguir luchando por una vida cada vez más yerma y con menos sentido. Cansado de todo y de todos, se arrancó con decisión todos los tubos que colgaban de su brazo, y que aparentemente lo mantenían conectado a la vida. «¿Para qué seguir así?», se preguntó. Nada lo retenía ya. Se incorporó con prudencia y, tras levantarse de la cama, salió del *box*, avanzó con determinación por el pasillo y pasó ante la incrédula mirada de la enfermera de guardia que estaba en la zona de control. La joven, alarmada, salió a su encuentro, pero, sin pensarlo dos veces, Miguel la apartó de un manotazo, haciéndola caer de bruces contra el frío suelo, y siguió caminando imperturbable hacia la ventana del fondo de aquel largo pasillo. Puestos a elegir, él siempre había pensado que, de querer suicidarse, lo habría hecho con somníferos, o en una bañera caliente cortando sus venas... Una muerte dulce... Pero su situación no le daba muchas alternativas, así que se encaminó con decisión hacia la cristalera, dando por supuesto que, estando en un quinto piso, sus probabilidades de terminar con todo aquello eran bastante altas. Abrió la ventana. La enfermera, aturdida, lo observaba horrorizada desde el suelo, pidiendo ayuda e incapaz de reaccionar. Un médico apareció por una de las puertas y, al ver la escena, corrió hacia donde estaba Miguel. Él lo miró un instante desde la ventana, se volvió de nuevo, respiró hondo y, sin darle tiempo a que se acercase, saltó al vacío.

El tiempo se detuvo por unos instantes. Durante unos segundos, unas milésimas—aquéllas en que su cuerpo atendía a las leyes de la gravedad, y caía a plomo y sin control desde la ventana para ir a estamparse contra el asfalto—, vio el rostro de su hijo y el de su mujer. A su mente vinieron tan sólo los buenos recuerdos, imágenes de toda una vida que pasaron ante él como una hermosa película. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo que le esperaba, en la forma en que su cuerpo se haría pedazos al estrellarse contra el pavimento. Por suerte, su mente ya había abandonado aquel cuerpo mucho antes del impacto, ya había volado lejos de allí: ahora estaba al lado de su hijo, que parecía estarle esperando al otro lado de las nubes.

Rojo púrpura tiñendo el negro asfalto, como en un cuadro, frente a la entrada del hospital. Desde la ventana, el cuerpo de Miguel parecía una fina y rosada pincelada sobre un oscuro y suntuoso lienzo. El estruendo se oyó en todo el recinto, haciendo que la gente dejase lo que estuviese haciendo y que los curiosos se acercasen al lugar. María, que todavía no había salido de la zona hospitalaria, oyó aquel ruido a sus espaldas y se dio la vuelta, sobresaltada, sin saber aún que sus ojos iban a toparse con aquella horrible escena. Al principio no fue capaz de entender qué había ocurrido. Tan sólo vio un cuerpo inerte, engullido por un mar de vísceras y sangre, y una creciente marea de personas que no dejaban de chillar, horrorizadas por lo que veían. Aunque su cabeza le decía que siguiese su camino, que nada tenía que ver ella con aquel drama, la curiosidad la hizo retroceder. Sus pasos se fueron ralentizando a

medida que se acercaba... Era el cuerpo de un hombre... Un hombre que había saltado de una ventana... De pronto, algo se removió en su interior. Se llevó las manos a los labios, y todo su cuerpo se estremeció. La persona que yacía en el suelo podía ser Miguel... Incrédula, se abrió paso entre la gente y se arrodilló frente al cuerpo. Su barbilla empezó a temblar sin que ella pudiera evitarlo, sus manos, que trataban de acercarse a él en un intento absurdo de despertarlo, se detuvieron en seco y recularon hasta tapar su boca. Un grito desgarrador, sofocado y punzante, trepó feroz por su garganta hasta rozar sus labios e invadirlo todo. Hacía tan sólo unos minutos que había salido de aquel *box*, dejando atrás a un hombre lleno de culpabilidad y dolor, pero jamás imaginó que el pesar que arrastraba su alma fuese tan profundo como para llevarlo a hacer aquella barbaridad. Incapaz de contener el cúmulo de emociones que la invadía, María se incorporó y se quedó allí de pie unos instantes; luego se fue apartando poco a poco, engullida por la multitud de curiosos que querían ver el cuerpo. Cuando el personal médico del hospital salió para tratar de auxiliar a la víctima, se sentó sobre el césped de un parterre cercano y, en estado de *shock*, María sintió que todo su mundo se desmoronaba.

Mientras tanto, los médicos del centro, tras confirmar que aquel hombre estaba muerto, decidieron que había que avisar a las autoridades y a un juez para poder proceder al levantamiento del cadáver. La zona se llenó rápidamente de policía, y el cuerpo fue cubierto con una sábana. Poco después, los agentes colocaron a su alrededor unas estructuras metálicas que cubrieron con una lona, a modo de tienda de campaña, de modo que nadie pudiese ver la escena. María observaba sus movimientos desde la distancia, sin saber qué hacer. Por una parte, se sentía mal por querer irse y desaparecer, pero era consciente de que ya no podía hacer nada por Miguel, y si se quedaba allí no haría más que complicarse la vida.

Diez minutos más tarde, apareció un policía vestido de paisano, que entró de inmediato en la improvisada tienda. Cuando salió, unos segundos después, parecía descompuesto. Por la forma en que los demás policías revoloteaban a su alrededor, era obvio que debía de ser su superior. Tal vez un inspector o un comisario. En ese instante, María supo que sólo tenía dos alternativas, desaparecer lo antes posible, antes de que se percatasen de su presencia y la interrogasen, o acercarse a aquel policía y contarle todo lo que sabía de Miguel. La elección no parecía fácil, aunque era consciente de que acabarían interrogándola tarde o temprano. Ella había sido la última persona en ver a Miguel con vida. Pensó que lo más inteligente era adelantarse a los hechos y contarle todo lo que sabía. Si esperaba a que fueran a su casa, podían acabar pensando que escondía algo, que no quería cooperar. Nerviosa, se levantó de aquel pequeño remanso de paz en el que se había refugiado y avanzó hasta el policía con paso firme.

—Buenos días. ¿Es usted la persona a cargo de esto? —preguntó, acercándose a él.

—Sí, soy el inspector Suárez. ¿En qué puedo ayudarla? —respondió el policía, mientras seguía dando indicaciones a sus agentes.

—Mi nombre es María Cuevas, y creo que tengo información relevante sobre la víctima.

Aquel hombre de porte serio y mirada algo dispersa, se volvió hacia ella y le prestó toda su atención.

—Antes de... tirarse por esa ventana, me contó algo que creo deberían saber.

El inspector alzó las cejas, sorprendido.

—Si le parece bien, será mejor que me acompañe a comisaría. Éste no es lugar para hacer declaraciones.

—Como usted me diga.

—¿Ha venido en coche o en taxi?

—En coche.

—Bien, entonces nos vemos en media hora en la comisaría de Leganitos. Le apunto la dirección exacta.

Ya en el coche, María respiró más tranquila. Estaba segura de que eso era lo mejor que podía hacer. Con Miguel muerto, ya daba igual que la policía conociese su vinculación con la mafia. Incluso podía explicarles que él era el responsable del asesinato de Cristina. No sólo debía hacerlo por una simple cuestión de ética, sino porque, de otro modo, se arriesgaba a que lo averiguaran y la relacionaran con todo aquello. Podía verse involucrada en un delito de ocultación de pruebas, o de colaboración con banda armada...

Cuando llegó a la comisaría, esperó en el vestíbulo de entrada a que el inspector acudiese a buscarla. Nunca había estado en un lugar como aquél, y el ambiente no era precisamente entrañable. Por suerte, el inspector Suárez no tardó en salir a su encuentro y en acompañarla a su despacho.

—Tome asiento, por favor —le dijo apartando una de la sillas que tenía frente a su mesa.

—Gracias.

—Pues usted dirá.

—No sé ni por dónde empezar...

—¿Qué relación tenía con la víctima?

—Supongo que algo así como pareja, aunque nos habíamos conocido hacía poco. Tuvimos que desplazarnos juntos a Noruega, tras el asesinato de su hijo... y el secuestro de mi hija.

—Entiendo. Usted es María Cuevas, ¿no es así?

—Sí, se lo dije en el hospital...

—Sí, sí. Siga, se lo ruego.

—La cuestión es que, poco después de volver de Alesund, descubrí por casualidad que Miguel estaba vinculado con la mafia, y desde ese momento todo se fue complicando hasta hoy... —En ese punto, María no pudo contener las lágrimas.

Quizá sus sentimientos por Miguel eran más profundos de lo que ella misma quería aceptar.

—Imagino que todo esto no es fácil para usted —dijo el inspector, ofreciéndole un clínex.

—No, no lo es... —contestó ella, secándose las lágrimas.

—¿Dice que lo descubrió, o fue él quien se lo explicó?

—Él mismo me lo contó. Me dijo que lo tenían bien pillado. Que se metió en ello porque necesitaba el dinero desesperadamente, y que luego ya no pudo dejarlo.

—Sí, nunca te dejan salir.

—Pero tampoco quise saber nada más, sólo le pedí que se alejase de ellos... Aunque, en vez de hacerlo, les pidió un último favor.

—¿Cuál?

—Que encontrasen y matasen al asesino de su hijo...

—¡Dios santo, ahora lo entiendo todo...! Sin ser consciente de ello, hizo asesinar a su propio nieto. De ahí su reacción con lo de la prueba de ADN.

—Efectivamente. Y si a eso le suma que, al confesármelo en la UCI, yo enmudecí y le di a entender que no quería volver a verlo... Pues ya tiene las causas por las cuales se arrojó por esa ventana.

—Lo siento, señora Cuevas.

—Yo también, inspector, no puede imaginar hasta qué punto lo siento. Pese a todo, era una bella persona, con mala suerte y peores compañías.

—Gracias por su ayuda. Probablemente, la volveremos a llamar durante la vista para que testifique.

—Puedo imaginarlo.

CAPÍTULO 25

TODOS OCULTAN ALGO

Pasar la noche en un motel de carretera no era ni de lejos el sueño de ninguno de los dos, pero tener que hacerlo en el coche, porque el único motel que habían encontrado estaba lleno, era un verdadero desastre. A la mañana siguiente, tanto a Erika como a Lars les dolía todo el cuerpo, y apenas habían podido dormir. Ambos salieron del vehículo para respirar un poco y desentumecer los músculos, y Lars extendió un mapa sobre el capó. Tan sólo soñaban con encontrar un sitio decente para desayunar, ir al baño y asearse un poco. No eran ni las siete de la mañana, y en aquella carretera sólo se oía el trinar de algún pájaro.

—La próxima vez que se te ocurra hacer un viajecito en coche, no olvides reservar habitación antes de salir. Por Internet no es tan complicado, ¿sabes?

—Lo siento. No pensé que sería tan difícil encontrar un motel donde pasar la noche.

Lars iba buscando en el mapa.

—Mira, un poco más adelante parece que hay una gasolinera y un bar. Al menos podremos tomarnos un desayuno en condiciones.

—Perfecto —dijo Erika, estirando los brazos al cielo para desperezarse.

Sentados frente a frente en aquel viejo bar de carretera, apenas tenían ganas de hablar. Ya habían entrado en Suecia, y estaban a la altura de Uddevalla. Erika pensaba en el caso. Lars trataba, no sin esfuerzo, de mantener los ojos abiertos.

—Nos deben quedar unas tres horas hasta Jönköping —dijo Erika, mientras removía con la cucharilla el azúcar del café.

—¿Vamos a llevarnos el todoterreno?

—No. Ya enviaremos a alguien a por él. Nuestra máxima prioridad es intentar dar con cualquier pista que nos lleve hasta Sandra Cuevas.

—¿Crees que seguirá en la zona?

—Nuestra única ventaja es que aún no sabe que le seguimos la pista. Probablemente, está convencida de que la damos por muerta. Si cualquier otro agente se hubiera ocupado del caso, no hubiese pedido un retrato robot para un simple hurto de vehículo, y aunque lo hubiera solicitado no habría conseguido identificarla.

—Sí, eso nos da cierta ventaja... Pero sigo sin ver cómo vamos a encontrarla.

—Yo tampoco lo sé. Lo ideal sería que algo la obligara a arriesgarse y a salir de dondequiera que se esconda.

Lars se quedó pensativo.

—¿Crees que su madre sabe que está viva?

—Buena pregunta... —apuntó Erika, que empezaba ya a darle vueltas a un posible plan.

—Sabemos que el móvil de Sandra está inactivo desde el día de su desaparición, pero podemos rastrear las llamadas recibidas en el móvil de María Cuevas. Si Sandra está viva, se supone que tarde o temprano intentará entrar en contacto con ella.

—Es una buena opción. Habría que pinchar su móvil y ver qué números se repiten y a quién corresponden. Nos llevaría un cierto tiempo, pero podría acabar funcionando.

—O... Se me ocurre una idea algo descabellada, pero más rápida —dijo Lars, con aquella mirada de chiquillo inquieto a punto de hacer alguna travesura.

—A ver... Sorpréndeme.

—Imagínate que te hacen una entrevista en televisión, en el *telenoticias*. En ella, explicas que, tras la desaparición de Sandra Cuevas, ha pasado algo grave con su madre. ¿Detenida, muerta?

—Supongo que, si ella viese la entrevista, la llamaría para comprobar que está bien...

—Eso, si su teléfono estuviese conectado...

—¿Estás proponiendo que le requisemos el móvil? —preguntó Erika.

—Con que un carterista se lo robe horas antes, será suficiente.

—¿Me estás proponiendo algo ilegal? Eres maquiavélico..., ¿lo sabes, no? Pero me encanta la idea —añadió Erika, con aquel brillo en los ojos que daba a entender que estaba disfrutando del momento.

—Sabía que no habrías perdido tu espíritu.

—Pero esta vez informaremos a Espen. Si vuelve a quitarme la placa, estoy muerta —Erika miró su reloj—. Ya es una hora prudente, ¿qué te parece si, de camino a Jönköping, llamamos al comisario y le explicamos el plan? A ver qué opina.

—¡Espero que esté de buen humor!

En cuanto subieron al coche y salieron a la carretera, Erika conectó el manos libres para hablar con el comisario.

—Buenos días, comisario, soy la inspectora Vinter.

—Buenos días, inspectora. ¿Dónde están?

—Ya estamos cerca de Jönköping. Le llamaba para comentarle una idea que se nos acaba de ocurrir, y que tal vez podría ayudarnos a conseguir que Sandra salga de su escondrijo. A ver cómo lo ve.

—Antes de seguir, déjame que os comente yo una noticia de última hora. Miguel Torres se ha suicidado, por lo visto tras saber que el bebé que esperaba Cristina Puig era su nieto.

—¿Cómo dice?

—Por lo que hemos podido saber vía Interpol, María Cuevas, que fue testigo del suceso, ha estado declarando en comisaría al respecto.

—¿Declarando sobre el suicidio? —dijo Lars.

—No, declarando sobre la vinculación de Miguel con la mafia, y lo más sorprendente es que asegura que fue él quien pidió a la organización que matasen al asesino de su hijo. Es decir, a la madre de su futuro nieto, sin saberlo.

—¡Guau! Digno de un culebrón venezolano... —exclamó Erika.

—La verdad es que no me extraña que el pobre hombre se tirase por la ventana —añadió Lars.

—A ver, cuéntame qué locura se os ha ocurrido —dijo Espen, que conociendo a Erika se temía lo peor.

Tras escuchar la propuesta, Espen reaccionó como era de esperar.

—¿Me estás proponiendo que involucremos a la Interpol en un robo, que le pidamos que sustraiga y pinche un móvil, y que acepte que mientas públicamente y uses la televisión a modo de gancho? Sabes perfectamente que eso sería totalmente inapropiado; el fin no justifica los medios, inspectora...

Ambos se quedaron en silencio, decepcionados por aquella aparente negativa.

—... Pero, por una vez, estoy de acuerdo con vosotros en que, si no hacemos algo rápido, es muy probable que nunca encontremos a Sandra —añadió, haciendo que Erika recuperase la sonrisa.

—¿Eso es un sí, comisario? —preguntó Lars, asegurándose de haber entendido algo que le parecía increíble.

—Sí, pero con prudencia. Tendréis que justificar muy bien la maniobra delante de la Interpol y de los agentes españoles.

Mientras Espen seguía hablando, el teléfono de Lars empezó a sonar. El inspector, al ver que se trataba de su contacto en la Interpol, mostró la pantalla a Erika para que colgase.

—Señor —dijo ella—, tenemos que dejarle, están llamándonos de la Interpol, y seguro que es por algo urgente. En cuanto sepamos algo más le llamamos. Gracias por su comprensión.

—De acuerdo, ¡pero sean prudentes!

Erika colgó el sin manos, y Lars respondió de inmediato a la llamada de su móvil.

—¿Fortelle?

Al otro lado, la voz del contacto de Erika en la Interpol le dio los buenos días. Lars esperaba que tuviera novedades sobre el tema de los posibles estudios de medicina de alguno de los implicados.

—¿Has conseguido averiguar algo? ¿Tenemos a algún cirujano implicado? —preguntó Lars, impaciente.

Al oír a su compañero, Erika, que ya no se acordaba de aquel tema y que andaba distraída buscando un caramelo en su bolso, alzó la mirada de golpe, expectante. Quizás aquello les pondría las cosas aún más fáciles.

—¿Cómo...? Increíble, sí... Es la última persona en la que habría pensado, la verdad —dijo mirando a Erika, con aquella expresión de desconcierto tan propia de él.

—¿Qué dice? —preguntó ella levantando las cejas, cada vez más ansiosa.

Su compañero levantó la mano, pidiéndole algo de paciencia.

—O sea, que no hay duda posible... ¡Vaya, ¿en serio?! —exclamó Lars, sin salir de su asombro—. Pues muchas gracias, excelente trabajo; en cuanto sepamos algo más, la inspectora Vinter te llamará para compartir lo que sea. Hasta pronto, y gracias de nuevo.

Erika le miraba como si estuviera a punto de saltarle a la yugular. Lars disfrutaba como un niño cuando la veía tan ansiosa; pendiente de él como si le fuese la vida en ello.

—¡La próxima vez, conecta tu móvil al manos libres! Podríamos haber aprovechado para comentarle nuestra próxima jugada, ¿no crees? —lo increpó Erika, nerviosa.

—Espera a saber lo que me ha dicho; quizás acabemos optando por otra estrategia.

—Bueno, ¿piensas contármelo o no?

—No sé yo... —contestó él entre risas.

—¡Maldita sea, Lars, o lo sueltas ya o te despellejo aquí mismo! —respondió ella, lanzándole un puñetazo al hombro.

—No te lo vas a creer —dijo Lars, recuperando la compostura—. La persona que estudió enfermería pero nunca se sacó el título fue... ¡María Cuevas!

—¿Cómo?

—Lo que oyes... Pero... ¿qué sentido tiene?

—Esto lo cambia todo. Hay que recomponer toda la información del caso y buscar cuál pudo ser su móvil. Esto cambia por completo la ecuación.

—¿Te das cuenta que, en veinticuatro horas, se nos ha desmontado todo el caso? Por un lado, Sandra roba un coche, y por tanto nos hace sospechar que nunca estuvo secuestrada, y ahora su madre podría ser la asesina de Eduardo Torres.

—Si estuviera en comisaría, delante de mi pizarra, tendría que reordenar todas las piezas. Hay que empezar casi de cero.

—Pero... ¿y el cabello de Cristina, las imágenes del aeropuerto, el testimonio de la agencia de alquiler de vehículos...?

—¿Alguien la vio en realidad? ¿Tan difícil es colocar un cabello en un coche? Todo eran meras hipótesis, conjeturas.

—Tienes razón, todo son suposiciones, y nosotros unos ingenuos por no cuestionarnos nada.

—Además, nunca pudimos comprobar en qué avión había llegado Cristina a Alesund, y tampoco en cuál se fue, lo que todavía refuerza más la hipótesis de que

probablemente no fuese ella ni la mujer que asesinó a Eduardo ni la que secuestró a Sandra.

—Pues, si no fue ella, la broma le ha costado muy cara, ¿no crees?

—¿Y qué pasa con la mafia? ¿También cayó en el engaño, y asesinó a Cristina Puig sin cerciorarse de nada? —apuntó Erika, cuya cabeza ya iba a doscientos por hora.

—¿Y si nadie fue engañado? ¿Y si por algún motivo les convenía cargarse a Cristina? Esto se ha complicado tanto que ya no sé qué pensar.

—Yo tampoco.

Ambos se quedaron callados durante unos segundos.

—Cabe pensar que, fuese cual fuese el móvil, el plan estuvo desde el principio ideado por madre e hija —dijo finalmente Erika.

—Por supuesto.

—¿Sabes qué es lo que más me descoloca?

—¿Qué?

—Creo que ambos nos dimos cuenta de la relación que surgió entre Miguel y María, ¿no? —preguntó Erika.

—Sí, era evidente.

—Pues, o María tiene una sangre fría increíble y es una fantástica actriz, o se fue a enamorar del padre del chico que había asesinado.

—Tienes razón... —asintió Lars.

—¡Qué situación más rocambolesca y desafortunada!

—En cualquier caso, habría que pedir a la policía española que interrogue cuanto antes a María como posible sospechosa del asesinato de Eduardo, ¿no crees? —propuso Lars.

—Cuidado, aún no tenemos pruebas; sólo conjeturas. No podemos permitirnos el lujo de meter la pata.

—Es cierto, pero si antes íbamos a hacer que le pinchasen el teléfono, ahora con más razón.

CAPÍTULO 26

ATANDO CABOS

Quizá lo más sencillo era usar la supuesta verdad como gancho, y seguir adelante con el plan de hacer una declaración en televisión. ¿Cuánto tardaría Sandra en tratar de contactar con su madre si, como pensaban ahora, María Cuevas era realmente la asesina y la inspectora Vinter afirmaba tenerla detenida en el telediario?

Erika conectó el sin manos y llamó de nuevo a Espen, para comentarle las últimas noticias y la forma en que iban a proceder. Poco después, vieron el cartel que anunciaba la salida de Jönköping.

—Estamos llegando —dijo Lars.

—Perfecto. Echamos un vistazo al coche y damos una vuelta por el lugar donde fue abandonado, interrogamos a algún vecino o comerciante de la zona, y regresamos.

Al llegar a la comisaría de Jönköping, un hombre más bien obeso y de mirada sonriente salió a su encuentro.

—Inspector Dag Karlsson, un placer —dijo estrechando la mano de Erika.

—Erika Vinter y Lars Ovesen —respondió Erika, presentándose.

Karlsson los condujo hasta un despacho.

—Pasen, por favor —pidió abriendo la puerta.

—Muchas gracias —dijo Lars, a modo de saludo.

Los tres se sentaron, y Karlsson puso una carpeta casi vacía encima de la mesa.

—Supongo que no tendrán mucho tiempo, así que, si les parece, iremos directos al grano. En su comunicado no especifican de qué se acusa a la mujer que buscan.

—Posiblemente de asesinato —afirmó Erika—. Aunque todavía no tenemos pruebas concluyentes.

—¿Peligrosa?

—No, no creo. No es una asesina profesional ni una delincuente; es un hecho aislado por causas personales que aún desconocemos.

—Entiendo. ¿Creen posible que aún siga en el país?

—Muy probablemente.

—Muy bien. Si quieren acompañarme —dijo incorporándose de nuevo—, nos acercaremos al depósito.

—¿Hay que coger el coche?

—No, no hace falta, está aquí al lado, a una manzana de aquí.

—Perfecto.

Unos minutos después, llegaron al depósito, en el que había unos diez coches. Lars se acercó al todoterreno y empezó a inspeccionarlo por fuera con sumo cuidado. Aparentemente estaba en buen estado.

—No parece tener desperfectos.

—En principio no tendría por qué haberlos; en ningún caso hubo una persecución.

Erika, que por precaución se había puesto un par de guantes desechables, abrió el vehículo y revisó a conciencia el interior.

—Salvo que haya dejado alguna huella, cosa harto difícil porque no estamos lidiando con una ingenua, aquí tampoco parece haber nada destacable.

—¿Podrían pedir a algún agente de su unidad científica que mirara lo de la huellas? —pidió Lars—. Ganaríamos mucho tiempo.

—Sí, claro, sin problemas.

—También nos gustaría ver el lugar en el que abandonó el vehículo —dijo Erika.

—En ese caso, sí que necesitaremos coger el coche —advirtió el inspector—. Está a media hora de aquí.

—Muy bien, volvamos a comisaría y le seguimos.

Aquel pequeño arcén no tenía mucha pinta de guardar secreto alguno. Desde allí, una curva perdida en mitad de la nada, Sandra tenía que haber seguido su camino haciendo autostop. Era difícil imaginarse a alguien recorriendo a pie unos veinte kilómetros hasta la población más cercana. La cuestión era que eso aún dificultaba más la búsqueda, porque, al haber podido subir a cualquier coche, no podían tener la certeza de si su destino final había sido Jönköping u otra población de la zona. Ahora más que nunca tenían claro que necesitaban hacer que Sandra saliese de su escondrijo, si no, podían darla por perdida.

De vuelta en el coche, Lars no pudo evitar mostrarse algo negativo con las probabilidades de éxito de aquella operación. ¿Y si hacían todo el esfuerzo y Sandra ni siquiera veía las noticias? Desanimado, trató de pensar en otras alternativas, pero no se le ocurría ninguna otra opción. Además, era de esperar que en el coche robado no hubiese ninguna huella, ni ninguna otra cosa que les diese una pista. Tras despedirse del inspector y agradecerle su colaboración, Erika y Lars emprendieron el camino de vuelta a Alesund. Iban a hacer todo el trayecto sin apenas detenerse, y durante todo el primer tramo ninguno de los dos dijo nada; ambos parecían absortos en sus propias cavilaciones. No llegarían a casa hasta muy tarde, pero eso era preferible a pasar otra noche intentando dormir en aquel incómodo vehículo.

—Hay que detener a María —dijo Erika por fin, como si saliera de un trance—. No veo otro modo de hacerlo.

—¿Y con qué cargos? No tenemos pruebas, sólo meras conjeturas.

Erika miró a su compañero, descorazonada, tratando de pensar en una respuesta a esa pregunta, pero sabía que no sería nada fácil.

—¿Y si pincháramos el teléfono de María, averiguásemos los números a los que llama, o desde los que la llaman, y, cuando creamos tener el que corresponde a Sandra, robamos su móvil y le hacemos llegar un mensaje de su madre a Sandra diciendo que está detenida? —propuso Lars.

—¿Cuándo creamos tener el que corresponde a Sandra? Demasiado complicado. Además, es posible que use varios teléfonos.

—Por probar...

—Se me ocurre otra idea —lo interrumpió Erika.

—¿Cuál?

—Hacer creer a María que hemos detenido a Sandra. Me juego lo que quieras a que, en pocas horas, se presenta en comisaría y confiesa el asesinato. ¿Qué no hace una madre por una hija?

—Tienes razón, quizá sea más fácil de este modo.

—Hacemos que le roben el móvil unas horas antes, de forma que no pueda llamar a Sandra, y luego nos aseguramos de que vea en televisión a un inspector español contando que han detenido a su hija como culpable del asesinato de Eduardo... En cuanto confiese, la detenemos, y Sandra tendrá que arriesgarse y salir de dondequiera que se esconda —dijo Erika en tono triunfante.

—Reconocerás que todo tiene que salir a la perfección para que funcione. Ni siquiera sabemos si la policía española estará dispuesta a colaborar.

—Voy a informar a Espen, a ver qué le parece. Además, así no podrá decir que no se lo hemos comunicado. Luego llamaremos a la Interpol.

* * *

Jamás en toda su carrera habían colaborado con la policía española, pero cabía suponer que los procedimientos tampoco iban a ser tan distintos. Por suerte, su interlocutor, el inspector Suárez, parecía un policía competente, y la idea de Erika no le pareció excesivamente descabellada; de hecho, aquella forma de actuar en el límite de la legalidad era probablemente más propia de la cultura española que de la nórdica.

—No se preocupe por el tema de sustraerle el móvil a María Cuevas; eso es, sin duda alguna, lo más fácil. Cualquiera de mis agentes puede hacerlo.

—Bien.

—Y en cuanto al resto..., se me ocurre algo ligeramente distinto, algo que puede ser más sencillo y posiblemente más efectivo.

—Le escucho —respondió Erika.

—Como ayer mismo estuve hablando con María Cuevas y tomándole declaración, lo normal sería que, antes de que la noticia apareciera en los medios, yo

la llamase y la informase en persona de la detención de su hija. Es más, lo suyo sería pedirle que acudiera a comisaría para declarar al respecto, ¿no cree?

—Tiene razón, eso facilitará mucho las cosas. No tendrá tiempo de reaccionar, y, al encontrarse sin móvil, no podrá ni siquiera llamar a su hija para verificarlo. El único problema que le veo es que quizá decida venir con un abogado.

—Si se siente segura, no lo hará. Creo que ayer se sintió cómoda conmigo.

—De acuerdo, creo que es la mejor forma de proceder —contestó Erika.

—Bien. Entonces, si le parece, mañana por la mañana lo ponemos en marcha. La mantendré informada.

—Muchas gracias, inspector Suárez. Estaremos en contacto.

En el fondo, Erika hubiese dado lo que fuera por estar allí al día siguiente y ser ella la que llevase a cabo aquella operación. Se había metido tanto en aquel caso, que no concebía que nadie más pudiese intervenir. Lars, que la conocía bien, sabía que el hecho de que no fuera ella quien rematara aquel asunto estaría reconcomiéndola por dentro, así que trató de consolarla.

—Tú eres quien está moviendo los hilos, Erika. Ellos sólo colaboran. Ya detendremos nosotros a Sandra. Y la intuición me dice que ella es la clave de toda esta historia. No se puede tener todo, inspectora.

—Lo sé, pero me jode.

—Lo sé y te entiendo.

Debían de ser más de las once de la noche cuando llegaron a Alesund. El trayecto se les había hecho más corto de lo que pensaban, pero todavía tenían que ir a comisaría, dejar el coche oficial, coger los suyos e irse a sus respectivas casas.

—Ha sido un día muy largo e intenso, y mañana promete ser igual o peor —dijo Erika, bajándose del coche.

—Si no nos vemos obligados a regresar a Suecia y dormir otra vez en este infame coche, no creo que pueda ser peor.

—¡Qué exagerado eres! Tan mal no debiste dormir, a juzgar por tus ronquidos.

—Eso ha sido un golpe muy bajo, inspectora.

—¿Sabes? La verdad es que ahora no tengo nada de sueño. ¿Te apetece una copa? Lars, que tampoco tenía sueño, miró su reloj.

—Pero una rápida, que mañana no va a haber quien nos levante.

Erika, que ya conocía cómo terminaban aquellos buenos propósitos, sonrió abiertamente.

—Como usted diga, inspector jefe.

CAPÍTULO 27

RAZONES PARA MATAR

Aquella mañana, María salió de su casa poco antes de las nueve para ir a trabajar. Su horario de entrada en el supermercado eran las nueve y media, así que tenía tiempo de sobra. Aunque era temprano, el calor ya se hacía notar, y María pensó que sería una jornada de lo más insoportable. Con aquel caminar nervioso tan propio de ella, aceleró el paso hasta llegar al último cruce antes de entrar en el centro comercial. Siempre llegaba unos minutos antes para hacer un café con sus compañeras. Fue entonces, en aquel semáforo, cuando un agente de paisano pasó con su moto y, de un tirón, le arrebató el bolso. María apenas pudo reaccionar, y a punto estuvo de caer de bruces contra el suelo. Tan sólo pudo chillar, desesperada, y ver cómo su bolso se alejaba encima de una moto. Ya no era el dinero, ni tan siquiera el móvil lo que le preocupaba, sino la cantidad de trámites que tendría que hacer para renovar sus documentos. Deseó que aquel cabrón sin escrúpulos se estampase con la moto y diese con todos sus huesos contra el asfalto. Agobiada, siguió caminando hasta el centro comercial y decidió que se lo tomaría con calma. Desde allí, llamaría al banco para que anulasen de inmediato todas las tarjetas, y por la tarde se acercaría a una de las tiendas de su compañía telefónica para que le hiciesen un duplicado de la tarjeta, y compraría un móvil nuevo. En cuanto llegó al bar donde solían desayunar, le contó lo ocurrido a una de sus compañeras y le pidió que le prestase el teléfono para hablar con su sucursal.

El inspector Suárez esperó hasta las once; tenían que parecer hechos aislados. Se suponía que la habría tratado de localizar en su móvil y, al no lograrlo, la habría llamado o a casa o a su puesto de trabajo. La intención era clara: que no regresase a su domicilio, o al menos que no sintiese la necesidad de llamar a su hija. Tratando de ser prudente, el inspector optó por hacerla ir a comisaría con alguna excusa, sin nombrar para nada a Sandra. Una vez allí, le daría la noticia.

—María, tienes una llamada. Un tal inspector Suárez... —le dijo una de sus compañeras desde la caja central.

Extrañada, María se acercó al centro de control.

—Sí, dígame.

—¿Hablo con María Cuevas?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy el inspector Rafael Suárez. Se acuerda de mí, ¿no?

—Sí, sí, claro. ¿En qué puedo ayudarle?

—He estado tratando de llamarla al móvil, pero me daba apagado, así que la he llamado aquí.

—¡Sí, esta mañana me robaron el bolso!

—¡Uf, malditos carteristas! Lo siento mucho.

—Bueno, es la segunda vez que me ocurre, así que empiezo a acostumbrarme... ¿Quería hablar conmigo?

—Sí, sí, verás, tal como le comenté, necesito que venga a comisaría a testificar. Será poco tiempo, un mero trámite, pero necesitaría que viniese ahora.

—¿Ahora mismo?

—Me temo que sí. Lo siento.

—De acuerdo. Voy a pedir permiso, y me acerco a casa a por el coche.

—O si no coja un taxi, ya se lo pago yo. Pero corre bastante prisa, tengo aquí al procurador judicial, y está impaciente por cerrar el lamentable asunto del hospital.

—Bueno, está bien, cogeré un taxi. Tardaré unos treinta minutos, aproximadamente.

—Muchas gracias, señora Cuevas.

Un par de agentes de paisano estaban ya en el supermercado. Iban a seguir sus pasos, para descartar que hablara con nadie. Por el momento, parecía que todo iba bien. María se acercó a su supervisor, le pidió permiso para irse y, al explicarle los motivos, el encargado no le puso ningún problema. Luego habló con la misma compañera a la que le había contado lo del bolso, y le pidió algo de dinero para el taxi.

Con aquel tráfico, llegó a la comisaría algo más tarde de lo previsto; acceder al centro de Madrid a según qué horas era un suicidio. Suárez la esperaba impaciente.

—Buenos días, señora Cuevas. Disculpe que la haya hecho venir así, pero creo que el motivo real de mi llamada merece una cierta urgencia. Pase a mi despacho y le cuento.

—¿Motivo real? —preguntó ella, algo inquieta.

—Verás, no quería comentarle algo así por teléfono, y menos a través de una centralita —le dijo el inspector, invitándola a sentarse.

—Y... ¿qué es lo que quiere comentarme?

—Algo no muy agradable, la verdad. Pero prefería ser yo quien se lo dijese, y no que se enterase mañana por las noticias.

María lo miró con cara de preocupación.

—Es sobre su hija, Sandra. La acaban de detener.

—¿Cómo?

—La han encontrado en Suecia. Al parecer, conducía un coche robado. La han detenido por el asesinato de Eduardo Torres.

—No es posible... Sandra... Sandra estaba secuestrada. ¿Asesinato, dice?

—Por lo visto, no era así, todo era una tapadera para encubrir el asesinato de Eduardo Torres.

—No, se equivoca. ¿Cómo va a ser Sandra una asesina?

María se quedó unos segundos fuera de juego, pensativa. A juzgar por la expresión de su rostro, aquello la tenía desconcertada, y el inspector no alcanzaba a ver si era por lo inesperado de la noticia, o porque en realidad no sabía nada del secuestro simulado.

—Quiero hablar con ella —dijo de pronto.

—No creo que ahora sea posible, está siendo interrogada. Además, no está aquí, sino en Alesund.

—Esto no puede estar pasando, no debería haber ocurrido así...

—¿Cómo dice? —preguntó Suárez, viendo que empezaba a ceder y que se abría ante él la posibilidad de que todo aquello funcionara—. ¿Cómo debería haber ocurrido, señora Cuevas? ¿Tiene algo que contarme? Si tiene información que pueda ayudar a su hija, éste es el momento de soltarla.

Lo único que el inspector temía era que María reaccionase y pidiese la presencia de su abogado.

—Sandra no es culpable de nada; lo sé, se lo juro.

—¿Cómo puede saberlo? Usted no estaba ahí.

María respiró hondo y, sin pensarlo demasiado, respondió:

—Lo sé porque... sí que estaba ahí —dijo con voz temblorosa—. Yo maté a Eduardo Torres, no ella. Cuando Sandra llegó a Alesund, Eduardo ya estaba muerto.

—¿Es usted consciente de lo que implica esa declaración?

—Sí, lo soy.

—Me veo en la obligación de leerle sus derechos, antes de proseguir —repuso Torres, diciéndose mentalmente qué fácil había sido todo.

—Lo entiendo, no se preocupe.

—¿Puedo preguntarle por qué lo hizo?

—¡Qué no hace una madre por proteger a una hija!

El inspector la miró, intrigado, y procedió a leerle sus derechos y a poner en marcha la grabadora.

—María Cuevas, se acaba de declarar culpable del asesinato de Eduardo Torres, ¿es así?

—Sí, es así.

—Puede contarme por qué lo hizo.

—Sandra se había enamorado de él, y no veía nada más. Estaba ciega, perdidamente enamorada, ¡y sólo lo había visto una vez y por unos pocos minutos! De hecho, incluso estaba dispuesta a aceptar que Cristina esperase un hijo de él. Pero eso no es todo...

—Continúe, por favor.

—Yo sabía que Cristina y Eduardo seguían viéndose. Eduardo jugaba con las dos.

—Entiendo... ¿Por eso decidió matar a Eduardo Torres?

—No, no fue sólo por eso. El día que un par de matones de la mafia se presentaron en mi casa y, tras violarme, me hicieron esto, supe que iban a matar a mi hija —dijo María, levantándose la blusa y mostrando una cicatriz que recorría de arriba abajo toda su espalda.

Rafael la miró, atónito, sin poder creer lo que estaba viendo.

—Me amenazaron de muerte, y me castigaron por no revelarles qué información tenía Sandra de ellos y su paradero. Y... ¿sabe quién fue el culpable de todo? ¿Sabe quién la delató? Fue Miguel, Miguel Torres.

—Es decir, que Sandra no estaba de vacaciones, sino escondida, hasta que tomó el avión a Alesund.

—Efectivamente.

—Pero sigo sin entender el porqué del asesinato y el falso secuestro.

—Es muy fácil de entender, inspector. Sandra necesitaba desaparecer, los hombres que me habían atacado tenían que creer que mi hija estaba muerta. Y Cristina y Eduardo eran las víctimas perfectas. Además de embarazada, Cristina estaba tan enamorada de Eduardo que era perfectamente creíble que, en un ataque de locura, lo matara. Y por supuesto, también quería terminar con su amiga, a la que secuestraría para hacerla sufrir hasta acabar con ella.

—Entiendo... —dijo el inspector, sorprendido por la sangre fría de aquella mujer.

—Fue todo muy fácil. Sandra me había hablado de su futuro viaje, y yo, como buena madre, le pedí la dirección de Eduardo por si tenía que localizarla.

—Es decir, que no es cierto que estuvieran distanciadas, como dice el informe de la policía noruega.

—¿Usted qué cree?

—Ya veo.

—Llegué a Alesund, fui a casa de Eduardo y me identifiqué como la madre de Sandra.

—¿Y a él no le extrañó que usted se presentara ahí?

—Sí, claro, y mucho, pero le dije que había aprovechado que mi hija iba a pasar allí unos días para hacer yo también el viaje. Añadí que, por supuesto, pensaba alojarme en un hotel, para no molestarles, pero que había decidido pasar a saludarlo antes.

—¿Y luego?

—¿Luego? Bueno, me ofreció algo de beber, le pedí un té y, cuando trajo las bebidas, le pregunté si tenía sacarina. Tiempo suficiente para echarle una buena dosis de somnífero en la bebida.

—Y... ¿por qué fue usted tan cruel, para qué toda esa horripilante escenografía? Podía haberlo envenenado, simplemente.

—Ya, lo sé, pero tenía que parecer una especie de venganza, y si encima era capaz de que pareciera que aquello tenía algo que ver con la mafia y transmitir un

mensaje con su muerte, mejor que mejor.

—Lo tenía todo muy bien planificado.

—Bueno, no todo. El cadáver que apareció en la morgue no tiene nada que ver conmigo.

—Ya, lo imagino. Deduzco que ése era un mensaje real de la mafia para Miguel Torres.

—Probablemente.

—Prosigamos con la historia. Hábleme de la llegada de Sandra a Alesund.

—Cuando Sandra llegó al aeropuerto, por supuesto no sabía nada del asesinato. De hecho, se sorprendió mucho al verme allí. La acompañé al exterior, la metí en el coche para eludir las cámaras, y allí mismo le conté todo lo sucedido.

—¿Cómo reaccionó?

—Se volvió loca, quería denunciarme. Me costó mucho que se calmase y entendiese que era lo mejor que se podía hacer.

—Pero terminó por aceptarlo...

—Le conté lo de la violación. Y las cicatrices de mi espalda ayudaron. Entendió que corría peligro, pero ella estaba muy enamorada de Eduardo, y aquello fue un golpe duro de encajar. Por suerte, Sandra siempre ha sido muy lista y práctica...

—Es decir, que terminó por entrar en el juego.

—Nunca entró en el juego, ella no hizo nada, no sabía nada ni estaba de acuerdo con ello. Sólo se limitó a no denunciarme por el momento, y a mantenerse a salvo. Le hice escribir el diario que la policía noruega encontró, y le extraje sangre para poder esparcirla por la habitación. Pero ninguna de esas dos cosas son un delito, que yo sepa.

—Ésas tal vez no, pero ocultar y no denunciar un asesinato, sí. Eso la convierte en cómplice.

—Tienen que dejarla libre o meterla en un programa de protección. ¿No se dan cuenta de que, si entra en la cárcel, la mafia la matará?

Suárez se quedó pensativo; sabía que en eso María tenía razón. La cárcel era el lugar idóneo para los ajustes de cuentas.

—Si me disculpa un momento... —dijo el inspector, que se levantó y salió de su despacho.

Fuera, el equipo esperaba órdenes para enviar un mensaje desde el teléfono de María al número que creían, por descarte, que pertenecía al móvil de Sandra.

—Adelante —ordenó el inspector, quedándose unos minutos para observar si había respuesta.

Pero nadie respondió.

* * *

Erika esperaba con impaciencia la llamada del inspector Suárez. El tiempo pasaba lentamente, y el hecho de no haber recibido aún noticias de España la hacía enloquecer. Al cabo de un par de horas, su teléfono sonó. Lars se acercó a su mesa, ansioso por saber cómo había salido todo.

—¿Fortelle? —respondió ella.

—Buenos días, inspectora Vinter, soy Rafael Suárez.

—Buenos días, inspector. ¿Cómo ha ido?

—No del todo mal.

—Cuénteme, que me tiene en ascuas.

—Por lo que se refiere a María, todo perfecto, ha confesado y tenemos su declaración. Pero el mensaje de móvil para Sandra no ha dado el resultado esperado. Nadie ha respondido, ni creo que lo hagan.

—¡Qué extraño!

—A menos que nos hayamos equivocado de número, o que ella intuya que todo es una trampa para atraparla.

—Si el número fuese incorrecto..., ¿no cree usted que alguien hubiese respondido diciéndonos que nos estábamos equivocando?

—Es posible.

—Casi seguro, diría yo.

—Pues entonces, sólo nos queda pensar que es más inteligente de lo que pensábamos.

—Me temo que sí —dijo Erika, que temía que nunca iban a darle caza.

—Me parece que, a menos que tenga un golpe de suerte y alguien la reconozca, no vamos a poder apresar a Sandra Cuevas.

* * *

El agua cristalina y cálida lamía sus pies mientras paseaba por la orilla de aquella hermosa playa de arena blanca, cerca de Cancún. Aquello era mucho más de lo que podía esperar. El lugar era perfecto, y las expectativas inmejorables. La operación había sido bastante compleja, pero había valido la pena. Ahora, por fin iba a ser libre para hacer con su vida lo que le viniese en gana. No recordaba cuánto hacía que eso no era así. En aquel instante, sonó su teléfono:

—¿Sí, diga?

—Hola, bomboncito... Soy yo, Diego. ¿Qué tal va todo por el Caribe? —dijo aquella voz oscura y desagradable.

—Bien, no me puedo quejar. ¿Cómo va por España?

—Sigue su curso. Tu madre ha sido detenida, pero al interrogarla sin su abogado y utilizando falsedades, incluso robándole el móvil, creemos que va a ser sencillo

ganar el juicio. Además, tenemos a más de un juez que nos debe algún favorcillo. ¿Tú sabes, no?

—Perfecto, espero que todo se resuelva. Mantenme informada.

—Lo haré, princesa, descuida.

—Hasta pronto.

Sandra colgó el teléfono y siguió paseando por la fina arena. Era la primera vez, desde que se involucró en el blanqueo de dinero, que se sentía tranquila. El precio que había acabado pagando para salir de todo aquello y conseguir su libertad y la de su madre había sido un poco alto, pero perfectamente asumible. Miguel llevaba mucho tiempo estafando a la mafia con la ayuda de su hijo y desviando capitales a una cuenta de Noruega. Creía que nunca le pillarían, pero se equivocó. Engañar a la organización pasa factura, y ése fue el mensaje que su muerte y la de su hijo iban a transmitir al resto. Cristina había sido un daño colateral necesario para terminar de hundir a Miguel y dar credibilidad a la historia. Que después Miguel decidiese suicidarse, o acabar en la cárcel, había sido algo que habían decidido dejar en manos del destino. Ahora, sólo quedaba esperar a que liberasen a su madre, y a que ésta se reuniese con ella en aquel rincón paradisíaco del mundo. Tenía que reconocer que María había hecho un trabajo increíble, digno de las mejores actrices, digno de un Óscar. Por un momento había temido que terminase por sentir algo por Miguel, pero tuvo la suficiente sangre fría como para hacerle creer que le amaba y conducirlo a su propia muerte. Sandra se tumbó en la hamaca, y dejó que el rumor de la brisa la adormeciese.

Ya nunca volvería a mirar atrás. Nunca más en su vida.



LAURA FALCÓ LARA (Barcelona, 1969) es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y Máster en Dirección de Empresas por ESADE.

Entró a trabajar en el Grupo Editorial Planeta en 1995, y tras varios años a cargo del departamento de *marketing* del sello Planeta pasó a dirigir la editorial Martínez Roca. Posteriormente estuvo al frente de los sellos Minotauro, Timun Mas, Libros Cúpula, Esencia y Zenith. Actualmente es la presidenta de Prisma, la división de revistas de Grupo Planeta. Además, forma parte del equipo radiofónico del programa La rosa de los vientos, de Onda Cero, con la sección «Ecos del pasado».

Ha publicado cinco novelas: *Gritos antes de morir* (2012), *La muerte sabe tu nombre* (2012), *Chelston House* (2014), *Última llamada* (2016), *Amanecer de hielo* (2017) y *Ecos del pasado* (2018).